

FRÉDÉRIQUE DEGHELT

LA LECTORA
DE JADE



Lectulandia

Jade, una joven periodista decepcionada por una reciente ruptura decide «secuestrar» a su abuela Jeanne para impedir que la internen en una residencia. Juntas se van a vivir al piso de Jade en París, donde emprenderán un viaje literario y emocional que les cambiará la vida para siempre. Jeanne le confesará a Jade que lleva toda la vida leyendo libros a escondidas, porque en su pueblo y en su época no estaba bien visto que las mujeres leyeran, ya que se consideraba una pérdida de tiempo. Los conocimientos literarios de Jeanne impresionan a Jade que le propone a su abuela que lea la novela que ha escrito y que han rechazado varias editoriales. La joven descubrirá en su abuela una voraz y apasionada lectora, y entre ellas se establecerá un diálogo que les ayudará a comprender el sentido de la novela de Jade y de sus propias vidas. Gracias a su abuela, Jade conseguirá el valor y la confianza necesarias para volver a enamorarse de un joven y atractivo médico indio llamado Rajiv. Y Jeanne, por su parte, en sus intentos por encontrar a un editor para la novela de su nieta, conocerá a Albert, un veterano y culto editor con el que descubrirá que el amor se puede presentar a cualquier edad.

Lectulandia

Frédérique Deghelt

La lectora de Jade

ePub r1.0

Titivillus 26.06.2018

Título original: *La grand-mère de Jade*
Frédérique Deghelt, 2009
Traducción: Claudia Casanova

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La escritura llega como el viento, esta desnuda, es la tinta,
es lo escrito, y pasa como nada pasa en la vida,
nada excepto eso, la propia vida.

MARGUERITE DURAS

Uno

En cuanto se enteró de la noticia, Jade decidió ir a buscarla. Su abuela Jeanne, su Mamoune, había perdido el conocimiento. No la habían encontrado hasta el día después del ataque, estirada en el suelo de la cocina, en la granja de Saboya donde vivía. La noche siguiente, cuando Jade se disponía a salir con sus amigos, había sonado el teléfono. Las once de la noche. Jade había dudado si coger o no la llamada. A esa hora, seguramente sería Julien, con el alma magullada y ganas de verla. Vaciló, descolgó el auricular suspirando y oyó la voz de su padre, que vivía en Polinesia desde hacía unos doce años. Su padre le dijo que Mamoune se había desmayado, y también le dijo que había otro problema: sus hermanas, las tías de Jade, se negaban a admitir que el desmayo fuera un fenómeno aislado. Decían que podía volver a pasar, y con eso bastaba a las tres hijas de Jeanne, que vivían a tiro de piedra de su casita, pero nunca iban a visitarla. Decidieron esgrimir la seguridad; Mamoune no tuvo voz ni voto en la decisión, y las tres hermanas excluyeron del debate al resto de la familia que vivía más lejos. Serge, el padre de Jade, sabía que sería imposible arrancar a su madre, de ochenta años, de su casa de toda la vida invitándola a sus islas lejanas. Y de todas formas, nadie le preguntó qué opinaba. La orden de ingreso de Mamoune en una residencia con asistencia médica ya estaba firmada y sus hermanas acababan de informarle de la situación.

—Intenta averiguar qué traman —le dijo a su hija esa noche—. Parece que es temporal, pero a su edad, ¿quién sabe?

Al oír la inquietud en la voz de su padre, Jade se preguntó por qué razón sus tías querían deshacerse tan rápido de la madre que los había criado a todos, sin tan siquiera darle una oportunidad ni plantearse ayudarla. El malestar de Jade crecía a medida que escuchaba lo que su padre le contaba acerca del complot contra Mamoune. Una de las hermanas era médico, así que todo era muy fácil: con un certificado médico podía ingresar a Mamoune en una residencia. «Solo por un tropezón, el primero en toda su vida», pensó Jade.

Seguro que era una locura, pero decidió que a la mañana siguiente se subiría al coche, sin darle más vueltas, e iría hasta allí para sofocar la indignación que le ardía en el estómago. A lo largo del camino, sabía que repasaría mentalmente los pros y los contras, inclinándose por unos u otros según los kilómetros que la separasen de Mamoune. Siempre le pasaba lo mismo con las decisiones que tomaba en caliente. Fue lo mismo cuando Jade decidió dejar a Julien: un arrebató repentino. El que había creído que sería el hombre de su vida, y que durante cinco años lo había sido. Desde hacía dos meses vivía sola, en su apartamento. ¿Sería capaz de compartir su vida con una octogenaria, después de concluir que no podía vivir con un hombre? No, no: era

perfectamente ridículo, y no tenía punto de comparación. Jade sabía que pronto su doble la acribillaría a preguntas: esa, la que metía siempre palos en las ruedas en cuanto Jade cedía a sus impulsos. La otra, la que era cerebral y todo lo medía con lógica, le presentaría los argumentos pertinentes para frenar sus arrebatos. Le diría, por ejemplo, que se pasaba todo el día trabajando y no podría vigilar si Mamoune estaba bien. O que si sus tías tenían razón, si su abuela realmente necesitaba asistencia médica permanente, ella no podría permitirse una enfermera veinticuatro horas al día con su reducido sueldo de periodista *free-lance*.

También surgían preguntas aún más perturbadoras. En el fondo, ¿qué sabía Jade de su abuela Mamoune? No mucho. La adoraba desde su más tierna infancia, eso sí: una abuela con perfume de rosas o violetas, según los días o su estado de ánimo. Se parecía al hada buena de Cenicienta, con sus trenzas blancas recogidas en un moño y sus ojos claros. Era bajita, algo regordeta, y siempre había cuidado de los pequeños de la familia porque sabía cómo hablar con ellos, o cómo regañarlos con voz dulce, sin hacerles las preguntas que los adultos hacían a los niños. ¿Qué te han enseñado hoy en la escuela? ¿Qué querrás ser de mayor? Con ella, no había ningún abismo entre el mundo de los niños y el de los adultos. Era maternal, poseía una ternura envolvente y su risa era como una melodía que te alegraba y te daba ganas de reír con ella.

Jade recordó que su abuela era hija de un agricultor y de una comadrona. Mamoune le había enseñado una vez una fotografía de sus padres, el día de su boda, y a Jade le pareció que aunque parecían quinceañeros tenían rostros de ancianos. Él lucía un bigote pequeño, de campesino de principios de siglo, y ella tenía los cabellos recogidos en un moño, y una expresión muy seria. En aquella época no se sonreía en las fotos. Su hija Jeanne había trabajado como obrera en la fábrica del pueblo desde joven. Pero ¿qué sentido tenía que Jade intentara recordar quién era Mamoune, o Jeanne? Solo contaba su deseo de salvarla de su suerte. O quizá...

Jeanne conoció a su marido, Jean, en la fábrica donde ambos trabajaban. Entonces ella era muy joven. A sus dieciséis años, a Jeanne le fascinó aquel joven moreno de facciones angulosas que tan bien conocía las montañas y al que no parecían interesarle las mujeres. Sin embargo, la había cortejado. Una vez casados, Jeanne se había consagrado a sus hijos, y luego a los hijos de los demás. Siempre había un buen puñado de críos en la casa, y ella sabía mandar en su mundo sin enfadarse. Ningún niño quería desobedecer a Mamoune —ese era el apodo que le habían puesto los pequeños—, porque era demasiado buena como para defenderse. Jeanne corregía a su manera a los más caprichosos: los consolaba, y los miraba con dulzura. Sus ojos eran como una sonrisa azul, salpicada de motas grises, que los hundía de inmediato en un mar de vergüenza por haberse atrevido a desobedecer. Jean llegaba tarde, trabajaba duro y empujaba a sus hijos a superarse en sus estudios para que pudieran abandonar el mundo de los oficios y los trabajos manuales y acceder a estudios superiores. De sus tres hijas, dos se habían licenciado en Derecho y eran abogadas, y la tercera era

médico. Se sintió orgulloso de haber llevado a buen puerto la misión que se había marcado. Su único hijo, Serge, el padre de Jade, había jugado en cierto modo el papel de rebelde. Era pintor. Vivía en una isla lejana, al margen de la sociedad, en compañía de una artista bohemia tan imprevisible como él: la madre de Jade.

El marido de Mamoune había muerto de un ataque al corazón tres años atrás, y había dejado a su esposa desamparada. Ella, tan independiente a su lado, parecía haber dejado una parte de sí en la tumba de su esposo.

El traslado de Mamoune a la residencia estaba previsto para el sábado. Jade decidió desembarcar en su casa el viernes al mediodía. Era el día siguiente. No tenía mucho tiempo para pensar. Poco después de la llamada de su padre, Jade se planteó despertar a su abuela para susurrarle por teléfono: vengo a buscarte. Como si fuera un secreto. Para que comprendiera, con esa frase más propia de un secuestro, la confirmación de lo que Mamoune ya habría adivinado. Que sus hijas le habían «vendido» un período de prueba en la residencia, con edulcorados pretextos, para justificar el hecho de empaquetar sus objetos preferidos. Le habrían dicho que se trataba de una convalecencia, de un traslado temporal, y Mamoune, que no era tonta, habría fingido creérselo. Pero la urgencia era la misma: tendría que irse de su casa, aunque solo fuera para cambiarla por la de su nieta Jade.

—Vivirás conmigo en París durante un tiempo y después decidiremos juntas si quieres quedarte conmigo o si prefieres volver a tu casa, y en qué condiciones —pensaba decirle su nieta.

Así, Jade tenía la impresión de que no le ocultaba la gravedad de su estado, que había provocado que la quisieran ingresar en la residencia, y al mismo tiempo compartiría con ella sus dudas. La transparencia y la franqueza jugarían a su favor. Mamoune, que hacía años que se negaba a ir a París, no se haría de rogar esta vez. Al fin y al cabo, sería Jade quien se lo pediría: Jade, la hija del vástago preferido de su abuela, y vistas las circunstancias, escogería su bando.

Jade ya sabía qué diría Mamoune.

—Lo que más me molesta de estos sitios —empezaría, sin nombrar las residencias— es que están llenos de viejos. Yo también lo soy, claro —añadiría rápidamente—, porque no soy precisamente una jovencita, pero me parece que las generaciones que viven mezcladas... —Y aquí se detendría, para reflexionar un poco, y terminaría—: Quizá te pueda resultar útil, después de todo.

Y esta última frase, tan típica de ella, haría que las lágrimas acudieran a los ojos de Jade. La joven se imaginaba a Mamoune, y su redondez envuelta en un vestido azul, buscando con el ceño fruncido para qué demonios podía servir su existencia, como si fuera un objeto descartado; y lo haría con la mayor seriedad del mundo.

Mamoune

Tengo tanto miedo de no recordar y de ser incapaz de cuidar sola de mi pequeña existencia. Hasta hoy, la vida no me lo ha dado todo, pero sí me ha concedido lo esencial. Cosas que yo no le pedía: formas de satisfacer una curiosidad por lo nuevo, por el descubrimiento, que ni yo sabía que poseía. Estoy segura de que algunos dirán que lo que me ha pasado hoy era previsible. Cuando aún trabajaba en la fábrica, una compañera que era africana les decía a todas las madres: «Dormid con las cunas de vuestros hijos cerca cuando son bebés, porque si no cuando seáis mayores no os cuidarán». Yo en esa época todavía no tenía hijos. Seguramente se me olvidaron sus consejos, y no tuve las cunas de mis hijas lo bastante cerca: lo he descubierto ahora.

No las culpo. Incluso creo que las entiendo. ¿Qué van a hacer conmigo? A mi edad soy un lastre y no me arrepiento de haber llegado aquí. Soy demasiado vieja, eso sí, y estoy demasiado cansada. Y ahora, propensa a los desmayos. ¿Y mañana, qué?

Me gusta la vista que tengo desde la ventana de mi cocina sobre el jardín. Desde que Jean murió no es lo mismo, pero no me canso de observar a los pájaros mientras lavo los platos. Nos complementábamos tanto, él y yo, en el corazón de nuestro silencio. Solía labrar la tierra hasta que llegaba la estación invernal. En invierno, yo contemplaba los arbustos desnudos mientras bebía el primer café de la mañana y me imaginaba los colores con los que podría vestir mi jardín cuando llegara la primavera. Cada mañana, la tierra negra me susurraba al oído un espectáculo distinto del día anterior: tulipanes amarillos o rojos, *forsythias*, clemátides, prímulas. Los colores y las formas desplegaban frente a mí su esplendor, y entonces llegaba el gran día de la compra de semillas. Y luego, unas semanas más tarde, esperaba con impaciencia que el jardín revelase a Jean qué colores habían ganado esa vez. Eso sin contar con el viento, que siempre se las arreglaba para jugar con mis combinaciones, así que cuando florecían las plantas, siempre había sorpresas. En voz alta me quejaba, porque mis cuidadosos diseños terminaban mezclados, pero en el fondo me gustaba que una brisa imprevista le diera un toque salvaje a mi jardín.

La primavera acaba de empezar. Como si supiera que iban a arrancarme de mi casa, este año no he plantado nada. Después de la muerte de Jean, sin embargo, no había dejado de hacerlo ni una temporada. Cada mes de abril, y solo hubo tres, nuestro jardín recuperaba su esplendor. Hasta me parecía que era un pequeño homenaje a su ausencia, como si la tierra se esforzase por dar lo mejor de sí misma. Las vecinas que venían a visitarme se tranquilizaban al verme tan dedicada como siempre a mis labores de jardinera, y alababan mi habilidad con las flores y las plantas. Nadie se da cuenta del mensaje que me enviaba el que ya no estaba a mi lado: que ahora me tocaba contemplar, a mí sola, la belleza de nuestro jardín.

¡Teníamos tanta complicidad cuando estábamos juntos! Con los años, su boca mudó hasta convertirse en un pálido trazo que hablaba de emociones contenidas. La

mía, por el contrario, había conservado su carnosa redondez, y se distraía con charlas volátiles que no iban a ninguna parte. Y la piel de nuestros hijos, cuando lo abrazaban, le transmitían una dulzura que yo sentía que se aplastaba como la pulpa de una fruta sobre su recia mejilla; la de un hombre trabajador que me saludaba mis ternuras cotidianas con sonrisas solo para mí.

Creo que estaba soñando con él cuando me sentí mal y me dio ese desmayo que a veces parece que me reprochan. No, no fue exactamente así. Acababa de sacar la basura. El frío de este final de invierno era húmedo, y decidí prepararme un vaso de leche caliente. Volví a la cocina. Pero mi memoria hace trampas: se inventa una acción continua, cuando no hay más que vacío. La realidad es que me encontraron al día siguiente, caída frente a la nevera. Me gustaría poder decir que sentí algo. Seguro que me he desmayado antes, en circunstancias parecidas, y nadie ha hecho una montaña de eso. Pero quizá ya no estoy en la edad de la indulgencia, ni siquiera en la de la piedad. Ya no me pasan una, esa es la verdad.

De momento me alegro de que la niña venga a buscarme. Es una señal del cielo que me dice que debo seguir adelante. No tengo suficiente energía como para rebelarme, nunca la tuve. Sin duda, por eso siempre me libré de las sospechas cuando estuve en la Resistencia de la región de Saboya. Las miradas de los demás resbalaban sobre mí. Era invisible, no alguien de quien preocuparse. Nací vieja y dulcemente resignada, condenada a la amabilidad y a la franqueza.

Gracias a mi sempiterna docilidad, no siento ningún rencor hacia mis tres hijas. Cuando Jean y yo teníamos casi sesenta años, se dieron cuenta de que estábamos camino de ser más mayores de lo que son ellas hoy a la misma edad. Quieren negar el tiempo, aunque eso implique alejarme a mí también, como si lo llevara cogido de la mano.

Mi preciosa Denise se operó la nariz y apartó la cara para disimular porque no quería ver mi expresión sorprendida. ¡No creía que fuera a darme cuenta! Yo, que tantas veces había acariciado su naricita cuando era pequeña, pensando que tenía el perfil de una estatua egipcia. Me guardé mucho de decir nada, pero pienso que, después de la operación, perdió la gracia que emanaba de la incomodidad que sentía hacia su propio apéndice nasal, una especie de timidez adolescente que se disolvió en su arrolladora seguridad en cuanto se liberó de su defecto.

¿Por qué cambiar de rostro? Antes, uno nacía guapo, o guapa, o amable o valiente. Y cuando el valor superaba a la belleza, eran las vecinas las que contaban las imperfecciones del cuerpo o de la cara. Pero en el fondo todo el mundo acostumbraba a aceptar la suerte que le tocaba. Feo o guapo, joven o viejo, uno podía reírse de cualquier cosa, existir sin que nadie se molestase. Quizá el recuerdo de esa tolerancia es lo que me permite burlarme de la situación en la que me encuentro, y contra la que no me atrevo a protestar.

Ellas tienen su vida. Hete aquí que vuelvo a empezar, buscando excusas para su comportamiento. Pero la verdad es que la jovencita que viene en mi busca me

demuestra que mis hijas no han movido un dedo para salvarme de esto. Cuando me ha llamado, me ha parecido muy segura de sí misma, y no he sabido negarme a una cosa que, en realidad, anhelaba con todas mis fuerzas. Que una buena estrella viniera a cuidar de la libertad de una anciana.

Qué curioso ha sido el miedo que he experimentado cuando Denise, la primera médico de nuestra familia, me ha hablado de descansar y de solución temporal. Ha sido el miedo de un niño, una especie de tornillo se ha clavado en mi estómago empujado por el sentimiento de una impotencia injusta. Antes, nunca se me había ocurrido que mi vida pudiera pertenecer a los demás.

Dos

La prisa de su huida pintó el día de colores singulares. Cuando Jade le dijo que recogiera su ropa y que se llevara solamente lo imprescindible, Mamoune sintió una ligera reticencia que pronto desapareció por necesidad. Además, sabía que al abandonar voluntariamente su hogar, un día antes del traslado previsto hacia la residencia, Mamoune declaraba la guerra contra sus hijas. Máxime cuando no había hablado con ellas para comunicarles su desacuerdo por la decisión que habían tomado. Su vida, de hecho, había sido todo lo opuesto a esa brusca rebelión sin preaviso. Por su parte, Jade tenía miedo de arrastrar a su abuela a un mundo que no era el suyo, y no estaba segura de nada. Solo conocía el lado más razonable y tranquilo de la anciana, pero ¿no le había dicho un día la propia Mamoune que todo ser humano tiene una parte oculta, y que todos podemos ser, en el fondo, extraños e incluso extranjeros?

Mientras así pensaba, Jade no paraba de hablar:

—¿Esas mantas de lana que están al lado de la cama son tuyas? ¿Quieres que las ponga en la maleta? Aquí el clima es más húmedo que en París. Podrías llevarte la lámpara de la mesita de noche; sé que le tienes cariño. No, no te preocupes, hay sitio en el maletero de mi coche, y además quiero que te sientas como en casa. Llévate todo lo que te guste.

En realidad temía que su abuela aprovechara algún silencio para anunciarle que desistía, que no iría con ella, y por eso Jade llenaba los vacíos frenéticamente. Mamoune trotaba de una habitación a otra, llevando y trayendo ropa y objetos que guardar en sus maletas. Reunía sus enseres con la misma diligencia con la que participaría en una *yincana* o un juego de mesa de detectives. Cuando sonó el teléfono, dio un respingo. Jade la miró con una expresión de duda. Decidieron no descolgar y se miraron con angustia hasta que dejó de sonar. Mamoune aprovechó el silencio para confesarle a Jade con voz culpable:

—Antes de que me llamas para venir a buscarme, intenté irme. Fue cuando mi hija me avisó para decirme que habían tomado la decisión, junto con el médico, de ingresarme en la residencia de Annecy. Dijo que estaba rodeada de árboles, que era muy cómoda y tenía asistencia médica las veinticuatro horas, y que estaría muy contenta. La verdad es que me preocupó un poco esa manera de tranquilizarme. Así que no tardé en preparar la maleta. Salí por la puerta del fondo del jardín, la que da al pequeño cementerio. No tenía ni idea de a dónde ir, pero crucé el camposanto para llegar a la carretera abandonada que va por detrás del pueblo. Mientras caminaba por el sendero de piedra con mi maletita de ruedas, parecía como si los cuervos me hablaran, burlándose de mí. Con sus graznidos, me parecía escuchar la voz de los muertos: «¿Se va de mudanza, señora? ¿No le parece que se adelanta un poco? No le hará falta maleta; cuando llegan nuestros visitantes, dejan la bolsa en la entrada».

Todas las estelas sobre las que se alineaban fechas de principio y de fin de la vida me animaron. Me dije que después de todo, yo seguía viva, y que mis hijas lo hacían por mi bien.

—¿Y ahora has cambiado de opinión? —le preguntó Jade.

Por toda respuesta, Mamoune puso su Biblia encima de la maleta, antes de cerrarla.

Aunque su tía no iba a venir a buscar a Mamoune hasta el día siguiente, Jade decidió ponerse en camino lo antes posible. A pesar del cansancio, una vez salieran, pronto se alejarían de la casa de Mamoune, y eso las protegería de posibles encuentros embarazosos y de disputas familiares, que Jade quería evitar. Mamoune, después de abrazar la habitación con una mirada velada de lágrimas, siguió a su nieta y le pidió que cerrara los postigos y la puerta. La esperó, mientras terminaba de hacerlo, sentada en el pequeño banco donde solía contemplar sus flores.

Recorrieron los primeros kilómetros en silencio, y Mamoune incluso parecía cabecear. Lo cierto es que el revuelo la había cansado un poco. Jade la miraba de reojo, y se repetía que tenía ochenta años, casi sin poder creerlo. Más bien parecía que su edad se hubiera disuelto en el cariño que emanaba, como si Mamoune fuera eterna. Tenía arrugas, claro, pero siempre desprendía un halo de buena salud, y no el aire gris y enfermizo de algunos ancianos con los que Jade se cruzaba en París. Incluso cuando estaba enfadada —lo cual sucedía en raras ocasiones— Jade jamás la había visto prescindir de esa voz tranquila, casi velada, que la caracterizaba. Tenía un ligero acento de Saboya que aumentaba cuando hablaba de su hogar, de su jardín o de la gente a la que amaba.

Cuando Jade pensaba en su edad y se olvidaba del lazo que las unía, sentía miedo. Tenía miedo de estar cometiendo un error, miedo de no poder ocuparse de Mamoune, miedo de haberle mentado cuando le propuso salvarla de la residencia. Varias veces a lo largo del trayecto, al mirar por el retrovisor, creyó ver el coche de la tía Denise, persiguiéndolas.

¿Y si las tías decidían venir a pedirle cuentas? ¿Qué les diría, y cómo impediría que se llevaran a Mamoune? Hasta ahora, Jade era la nieta simpática con la que hablar de literatura o de la universidad. La joven no sabía qué pensarían sus tías de la nueva versión de Jade, la justiciera que secuestraba a su madre.

Aunque su padre le hubiera pedido que se ocupara de Mamoune, Jade no se hacía ilusiones: la Polinesia estaba muy lejos y ella estaba sola y tendría que asumir las consecuencias de lo que estaba haciendo. Además, estaba el tema de la custodia, un asunto jurídico del que nada sabía. ¿Cómo se ponía a una persona bajo la custodia de otra? ¿Quién la examinaba para declarar que no era capaz de ocuparse de sus asuntos? ¿Sería la forma en que las hijas de Mamoune intentarían recuperar a su madre? Jade no tenía ganas de entrar en una guerra que la obligara a pensar en sus tías como enemigas.

Habían recorrido un centenar de kilómetros y el cansancio empezaba a roerle la nuca. Jade decidió abandonar la carretera en busca de un pequeño hotel donde pasar la noche. Si seguía conduciendo, corría el riesgo de dormirse. De repente, notaba el peso de la responsabilidad hacia su abuela, y se dijo que nada volvería a ser como antes, y que no podría vivir con la misma despreocupación. No tenía ningún derecho a ponerla en peligro.

La historia de Mamoune le enseñaba que uno podía terminar muy solo en la vida, a pesar de haber estado casado y tener cuatro hijos: seis personas que vivían, se cruzaban y comían juntas en una casa que hervía con sus risas. Sentía miedo, también, por el destino de Mamoune. No soportaba la idea de que una persona que había entregado tanto amor quedara abandonada. Pero ¿era necesario realizar la hazaña de un salvamento para evitar los malos sentimientos? Jade no quería que su abuela se quedara sola; pero ¿dónde entraba el peso de su propia soledad? Si arrancaba a Mamoune de su casa y la transportaba a su propio mundo, ¿estaría Jade menos sola?

En el hostel solo quedaba una habitación. Estaba al borde de un riachuelo porque había sido un antiguo molino, según les dijo la dueña mientras les enseñaba su habitación, con dos camas individuales en una buhardilla cuya única ventana daba al bosque. Jade vio que Mamoune, a pesar de su cansancio, se esforzaba por mantenerse despierta.

—¿Te acuerdas, niña, de que cuando eras pequeña siempre querías dormir en mi habitación?

Claro que se acordaba: solía suplicarle que la dejase entrar, lo justo para echar una siesta en su cama, hundir la cara en su almohada y aspirar el aroma de rosas y violetas. Y cuando pasaba alguna noche en la casita de piedra y de madera de Mamoune, Jade se despertaba muy pronto, a las cinco de la mañana, para acurrucarse al lado de su abuela antes de que esta se levantara. Así, lograba unir sus sueños a los de su abuela, llenos de ternura, y esa hora robada a la mañana, y abrazada a Mamoune, estaba poblada de maravillosos sueños. ¿Cómo podría haberlo olvidado?

Por toda respuesta, sin embargo, Jade depositó un beso en la frente de Mamoune, y le dijo:

—En París, mi piso tiene unos sesenta metros cuadrados, pero allí tendrás tu habitación y yo no vendré a molestarte cada día. Solo una mañana de cada dos —añadió Jade, con carita de súplica.

Mamoune se echó a reír y la joven siguió con su explicación:

—Ya verás, tu habitación da a la parte de atrás del edificio, a los jardines del patio interior. Yo tengo dos balcones, uno en la cocina y el otro en el comedor. A la vuelta de la esquina de donde vivo, hay un pequeño jardín silvestre, que es de un museo.

Jade sabía hasta qué punto le importaba a Mamoune la naturaleza, porque muchas veces habían paseado juntas por la montaña y su abuela le había señalado y nombrado sin vacilar todas las plantas que veían, y además le explicaba su función

culinaria o curativa. Sabía mucho de herboristería y, en cierto modo, su saber la había transformado en una especie de bruja, dueña de los secretos de las pociones mágicas que hacía brotar en su jardín. Contempló a su abuela, que parecía perdida en la cálida habitación. Le preguntó:

—¿Tienes hambre?

Mamoune

No he dormido bien. En sueños, veía la puerta abriéndose y Denise aparecía en nuestra habitación para llevarme. Se deslizaba en la oscuridad para no despertar a Jade y me arrastraba con ella, y yo no podía exhalar ningún grito. ¡Qué sueño más estúpido! ¿Por qué me siento culpable ahora? Esta mañana hemos salido temprano, entre la neblina, y yo no le he contado nada a Jade de mi noche de pesadillas. Y claro, he tenido que echar una cabezada por el camino. Mi nieta pensará que soy una marmota.

Quizá son los valles del paisaje, o la niebla de primera hora de la mañana, pero mi mente deriva por caminos melancólicos. Me acuerdo de mi madre, cuando salía para asistir en el parto a las mujeres del pueblo. Se metía unas velas bajo la pelliza cuando sabía que la familia que iba a ayudar era pobre, y se iban a dormir cuando se ponía el sol porque no tenían con qué alumbrarse. Me acuerdo de mi abuelo, de su carreta y de la muerte de nuestro único caballo, cuya pérdida sumió a la familia en un aislamiento difícil de ocultar a la niña que yo era entonces. Los episodios de mi vida han sucedido así, a lo largo del camino, sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo. Ahora desfilan incansables en mi espíritu.

Casi hemos llegado al corazón de París. Mientras estamos en un atasco, Jade se concentra en la conducción y yo me dejo llevar por mis reflexiones de vieja dama. Me ha dicho que vive en una calle detrás de Pigalle, y que su distrito es a la vez un pueblo y un pedazo de la gran ciudad. Me pregunto cómo es posible.

He estado pensando durante todo el camino que nos conducía hasta su casa, mientras contaba los árboles, un trayecto que parecía una huida hasta que llegamos a las afueras de la capital. En cuanto dejamos atrás la periferia, fue como si nos sumergiéramos en otro mundo. Me concentro en identificar los prestigiosos monumentos que pueblan las calles. No reconozco la ciudad que abandoné durante los años cincuenta. Los edificios siguen ahí, pero parecen hundidos en un oleaje incesante de circulación, de ruidos y olores nauseabundos. Y en cuanto a los transeúntes, parece como si anduvieran al lado de su propio cuerpo. Observo sin que se percate la bonita cara ovalada de mi nieta de treinta años. Recuerdo que se cortó su preciosa melena rubia durante uno de sus primeros viajes. En el oficio de periodista, una mujer debe adaptar su coquetería a las exigencias de la vida práctica, solía decir. Ahora apenas le roza los hombros cuando gira bruscamente la cabeza para orientarse en el tráfico del final del día. Su mirada se cruza con la mía, y sus grandes ojos de color almendra me sonríen. Como si se hubiera quitado no sé qué peso de encima, se desliza con facilidad entre los demás vehículos. Tiene un aire de feliz despreocupación. Me doy cuenta de lo aliviada que está de llegar aquí, a su ciudad, como si mi secuestro fuera ahora algo irreversible y nadie pudiera alcanzarnos. Eso

es que no cuenta con la ira de mi hija pequeña, porque no tengo ninguna duda de que intentará viajar hasta aquí para llevarme de vuelta.

Mi nieta, sin saber lo que estoy pensando, puntúa sus hábiles golpes de volante con comentarios sobre los usos y costumbres de los parisinos. Por lo que dice, parece un pueblo de bárbaros maleducados. No veo ninguna relación entre lo que desfila frente a mí y lo que ella cuenta. Cae la tarde, las calles están animadas y el tráfico es intenso. Yo estoy cansada ya, y llena de dudas. Quizá ya no tengo edad para estas correrías. De hecho, hasta me parece que sigo viva en un universo al que ya no pertenezco. Incluso se me hace un mundo tener que deshacer la maleta y guardar mis objetos personales, que hemos empaquetado a toda prisa. ¿Cómo puede ser que a mi edad una cosa tan sencilla se me haga un mundo? ¡Como si no hubiera vivido situaciones peores!

Es cierto que es la primera vez que me escapo así. Ni siquiera durante la guerra tuve que esconderme o abandonar el pueblo. Pasaba mensajes entre los maquis que se ocultaban en las montañas, y los jefes de las organizaciones de la Resistencia de Annecy. Era solamente un paseo. Será que soy incorregiblemente vieja, y basta. O que me disperso en mis recuerdos.

Jade aparca el coche en una pequeña plaza arbolada, en el paso de peatones, según dice. Sale de su asiento, con su metro setenta y cinco en pie, y se estira frunciendo el ceño. Está valorando sus posibilidades de evitar una multa. Las campanas suenan como si quisieran saludar nuestra llegada. Jade sonrío y dice:

—Las ha fabricado un señor de tu pueblo. Las campanas que se oyen —añade— son las de Montmartre. Ya verás, será como estar en casa. Incluso ya estás en mi buzón: «J. Coudray», porque tenemos la misma inicial en el nombre de pila y en el apellido.

Me digo, orgullosa, que la pequeña de mi Serge se ha convertido en una joven hermosa y esbelta, y muy amable. Con el placer de haber llegado pintado en su rostro, todo el cansancio se ha borrado de su expresión. Es un privilegio de la juventud, mientras que yo...

Ahora que voy a vivir con ella, tendré que enfrentarme a esa diferencia cada día. Uno se acostumbra a vivir solo. Cuando Jean murió, creí que se acababa el mundo. Que yo me volvería invisible, porque él ya no estaba allí para ocultar mis errores y mis defectos; porque ya no estaba allí para protegerme. Pero no sucedió nada de eso; solo descubrí que había envejecido. Mi vida con Jean me lo había ocultado, porque yo me veía en sus ojos, que seguían siendo los de nuestra juventud. Tampoco yo le veía avanzar por los caminos del tiempo.

Así que también entonces empecé a observar. Al fin y al cabo, la vejez no interesa a nadie, ¿verdad? Cuantos más viejos hay, más jóvenes son. Me acuerdo de un tiempo en que decir la palabra «viejos» no daba la sensación de ser descortés. Hoy en día no

se puede decir eso, hay que decir «tercera edad», como si fuera la cuarta dimensión. Se dice «octos» por octogenarios, la última coquetería de una raza nueva que me parece cobardemente cómplice de estas florituras verbales. Es como si para tener una vejez como debe ser, uno tuviera que vivir una segunda juventud. ¡Qué paradoja más enternecedora! Rejuvenecer o desaparecer, esa es la elección. No les culpo, así son las cosas. Cuando yo era joven, los viejos eran viejos, y hoy que soy vieja, toca sentirse joven. Hay que decidir vivir en un mundo en el cual se valora la edad que tenemos, mientras no la aparentemos. Y claro, cada vez son más los empeñados en ocultarse en franjas de edad que no les tocan. Como una especie de guerra de los vivos, y en cuanto a los demás, los que no pueden hacer trampa, los disimulamos como podemos.

Sé que, por añadidura, esta locura, la huida que hoy emprendo, me empuja a una dependencia económica que no quiero en ningún caso que le pese a mi nieta. Jade se ha dado cuenta de mi bochorno esta mañana en el hostel, y en seguida me ha murmurado:

—Por el dinero no te preocupes, verás cómo nos arreglamos.

A plena luz del día, comprendí lo incongruente de mi situación: he escapado como si fuera una ladrona, y mi correo no me seguirá. ¿En qué piensa una durante una huida? Solo en salvar el pellejo. ¿De qué huía, en realidad? ¿Del encierro o de la vejez? Y ahora todo parece muy bonito, pero ¿qué voy a hacer yo en esta ciudad, y en la vida de Jade?

Tres

—Podría echarle una mano...

Su abuela apenas murmuró esas palabras, pero fueron el principio del gran descubrimiento que hizo Jade el domingo. Conocía a Mamoune desde siempre, y llevaban viviendo juntas una semana. Ese día, Jade conoció a Jeanne.

Al principio no comprendió la propuesta de su abuela, que estaba un poco molesta porque había oído su conversación telefónica con un amigo. Jade le hablaba de la novela que había escrito y que quería publicar. Como no conocía a nadie en el sector, hizo un envío al azar, diciéndose que si era lo bastante buena, alguien la editaría. Pero empezaron a llegar las cartas de rechazo, una detrás de otra, e incluso cuando el editor decía que le había gustado, parecía que no había conquistado al lector que podía convertir su manuscrito en un verdadero libro, con páginas y tapas y cubierta. Decían que sabía contar una historia; que había logrado muy buenos pasajes; que sus descripciones eran cautivadoras... Pero también llegaban cartas que informaban secamente, con un estilo lapidario, que la novela no encajaba con la línea editorial del sello, como si todo hubiera ido bien si ella y su manuscrito fueran distintos. Puesto que los interlocutores siempre se ocultaban bajo el término genérico de «comité editorial», Jade había terminado por imaginarse una asamblea de viejos barbudos con gafas que, tras enormes pilas de manuscritos, intentaban devolverlos en lugar de decidir los que querían publicar. Estaba desanimada, en suma, y no había escrito ni enviado nada más; se había concentrado en su trabajo, el de periodista, y había abandonado la idea de ser escritora.

Al fin y al cabo, como periodista *free-lance* en la prensa escrita, tenía experiencia y era seria; ponía el corazón en lo que hacía y tenía una red de contactos que le garantizaba encargos de forma más o menos regular; eso sí, siempre pedían más esfuerzo por menos dinero.

¡Y ahora su abuela le proponía ayudarla! ¿Cómo pensaba hacerlo? Jade ni siquiera se atrevía a preguntárselo para no ofenderla, como si la mera pregunta pudiera hacer sentir a Mamoune que su nieta la veía como una mujer que no sabía nada de la literatura. Aunque lo cierto es que se moría de ganas de saber qué podía aportar su abuela a su manuscrito. Tal vez sentido común e instinto, pensó Jade. Pero las lecturas de Mamoune seguro que se habían limitado a su Biblia y al periódico local desde hacía más de sesenta años. Aunque era verdad que durante un tiempo había sido bibliotecaria voluntaria del pueblo. Sin embargo, ni siquiera gracias a esa experiencia podía ofrecerse como lectora experta de un manuscrito rechazado.

Su abuela la miraba, entretenida, como si estuviera leyendo lo que pensaba y se estuviera divirtiendo muchísimo.

—Si quieres, nos preparamos un té, me siento contigo y te explico lo que quiero decir —dijo Mamoune.

Jade puso el agua a calentar; temblaba ligeramente, como si presintiera que las revelaciones de Mamoune no serían triviales. Mientras seguía el ritual de gestos de la preparación del té e introducía las bolsitas en la tetera de agua hirviendo, Jade recordó que fue ella la que inició a Mamoune en el té, cuando su abuela se cansó de la achicoria. Como si fuera ese su pie, Mamoune empieza a hablar, a contarle una historia. Susurra, como si alguien estuviera espiándolas. Y mientras habla, observa la reacción de Jade con suma atención.

—Desde hace muchísimo tiempo, soy una gran lectora. Asidua, amante de los libros, podría decirse. Sí, así es. Los libros fueron mis amantes, y con ellos engañé a tu abuelo, que nunca supo nada durante toda nuestra vida en común.

Jade tuvo la impresión que Mamoune le estaba confesando una actividad tan pecaminosa como si hubiera hecho la calle: la literatura como acto lujurioso. Su rostro se había metamorfoseado y, a la vez avergonzada y orgullosa, su abuela parecía otra mujer, mucho más joven.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca ni a mí ni a nadie de la familia? No nos hubiera parecido mal que te gustara leer, abuela.

Mamoune suspiró y sacudió la cabeza, señal de que estaba en profundo desacuerdo con el giro de la conversación. Después de presenciar su transformación, a Jade le tranquilizó encontrar en el rostro de su abuela una reacción que conocía.

—Acuérdate de cómo era mi época. Yo era solo una obrera en un valle lleno de fábricas e industrias, hija de campesinos y montañeses, y luego fui esposa de un obrero. Tenía un certificado de estudios, y eso ya era poco habitual en una mujer de la zona. Me dedicaba a vigilar a los niños, y seguramente lo hacía bien, porque no paraban de traerme más para que los cuidase. No tiene ningún mérito: me encantan. Y también los incorporé a mis tretas para disimular que leía. Por ejemplo, les leía a los bebés extractos de Victor Hugo, de Flaubert o de Joyce.

—¡Qué dices, abuela! —exclamó Jade, asombrada. Comprendió la enormidad de la revelación que estaba haciendo su abuela: conocía a Joyce, lo cual era de por sí inimaginable, y encima, ¡se lo leía a los críos! Eso sí que parecía una novela: pero Mamoune no tenía aspecto de estar bromeando.

—Pues sí, tus hermanos disfrutaron de los pasajes de *Ulises* durante la hora de la siesta, para evitar que nadie nos oyera. Era como una especie de música del lenguaje. Entiéndelo, por esa época me ejercitaba leyendo en voz alta los textos más difíciles.

—Pero es que no entiendo cómo empezaste a leer tan intensamente, abuela. ¿Fue en la escuela?

—No, qué va. Mucho más tarde. Pequeña mía, la verdad es que me gustaba mucho leer, pero tenía que ayudar a mis padres en la granja, y con más motivo porque mi madre tenía que salir casi siempre a atender un parto aquí y allá. Y en casa no teníamos libros. Un día, cuando estaba embarazada de mi cuarto hijo, la mujer del notario, de cuya hija pequeña yo había sido canguro, se fue del pueblo y se instaló en la ciudad. ¡Bendita sea esa mujer! Me trajo a casa una caja de libros que no podía

llevarse. Había obras de la condesa de Ségur, Jack London, Victor Hugo, Colette, Julio Verne, Edmond Rostand e incluso clásicos del teatro como Moliere y Racine. Me dediqué al principio a las novelas de Julio Verne, que mi tío abuelo solía leernos en voz alta. Luego deslicé una mirada por las páginas de *Los miserables*, y a partir de ese día me acostumbré a leer cada día unas páginas, siempre más y más páginas. ¡Qué descubrimiento tan maravilloso! Semana tras semana, me latía el corazón con fuerza mientras devoraba libro tras libro, leyéndolos todos de cabo a rabo. ¡Y qué decir del Icaro! Jamás había visto una representación, pero me aprendí todos los papeles de memoria. Alceste me encantaba, ¡qué extraordinario misántropo!

En ese momento, Jade reparó en algo sorprendente. No recordaba haber visto jamás a su abuelo con ningún otro libro que no fuera su Biblia, su sempiterna Biblia. Tampoco entendía por qué Mamoune no se había atrevido a contarle la verdad a su marido. La anciana adivinó la causa de la extrañeza de su nieta.

—Al principio no me ocultaba por malicia, sino porque me daba vergüenza. Leer era sinónimo de holgazanería. Solo los ricos leen, decían en su casa, o en la de su abuelo paterno, ¡porque no saben hacer nada más con los dedos, ni tampoco tienen nada que hacer, por otra parte, con las manos! La lectura estaba reservada a los intelectuales ociosos y afortunados que no tenían que deslomarse para ganarse la vida. Y a medida que el placer y el descubrimiento se instalaron en mi ánimo, lo que aprendía en los libros me convencía de que era mejor no decir nada.

Así era: se sentía otra mujer, la misma que ahora estaba hablando con Jade. Cuanto más se adentraba en el mundo de los libros, más crecía en su interior la sensación de que estaba traicionando a la clase a la que pertenecía. En cierto modo viajaba: se independizaba. Además, era una mujer que accedía al mundo de la erudición, y que descubría la vida porque podía juntar las palabras, conjugar sus actos. Hasta le parecía que corría peligro, como si hubiera descubierto un secreto. Miraba a su alrededor y veía los personajes y escuchaba los diálogos prisioneros en las páginas de sus libros. Comprendía lo que estaba en juego en los dramas cotidianos de las novelas. Al permitir la entrada de los libros en su vida, Mamoune por fin tuvo una vida propia, y herramientas para comprenderla. Continuó:

—Casi sin querer, decidí que esa libertad que me habían concedido, que era casi un privilegio, debía permanecer en la sombra. Al principio todavía me sentía culpable: era una madre, una esposa, una mujer que debía ganarse el pan. No puedes entenderlo, porque esto sucedió en un mundo antiguo que ya no existe.

Pero no era cierto: aunque todavía estaba asombrada, Jade empezaba a entender que el mundo de su abuela era el de las servidumbres más difíciles de vencer, porque son las que nos imponemos nosotros mismos y debemos desaprender con mucho esfuerzo: olvidar la tontería y la miseria que uno cree merecer. Mamoune procedía de un país convencido de la elegancia del fatalismo.

La aventura lectora de su abuela deslumbró a la joven, que no dejaba de mirar fijamente el rostro redondo de Mamoune, porque cuando hablaba de sus libros, su

piel se teñía de color y su cara esbozaba expresiones desconocidas para Jade.

—Con el paso del tiempo me sentí más audaz, y ya no esperaba a que todos se fueran para leer, sino ocultaba los libros bajo el forro de piel de mi Biblia. Si supieras las obras, nada católicas, que devoré bajo las barbas de todos —dijo Mamoune con malicia.

Jade notó que ni siquiera sus palabras eran las mismas. ¿Era la misma Mamoune que le decía antaño que el sábado había que «hacerse la permanente» y que allí la «dejarían oliendo a rosas»? Y sin embargo, Jade creía ser la persona que más había observado a Mamoune de toda la familia. Creía conocer su perfil tierno, la dulce blandura de sus mejillas, sus gestos lentos y a veces mecánicos. Ahora comprendía la distancia que la separaba de su abuela y entendía su resignación para con la vida que sus hijas habían decretado y que ella no había escogido, como si siempre lo hubiera llevado dentro, sin querer nombrarlo ni reconocerlo.

Jade nunca había oído a Mamoune hablar de filosofía, ni siquiera emitir el más mínimo juicio acerca de la vida. Se acordaba de cómo preguntaba al abuelo, durante el desayuno, acerca de las noticias que se publicaban en el periódico. «¿Cuántos muertos hay hoy? ¿Qué pasa en el mundo?».

Durante su charla, el té se había enfriado y ninguna de las mujeres había bebido un sorbo. Ya casi era de noche, y la luz que se retiraba dibujaba sombras cansadas en el cuerpo de Mamoune, que miraba a Jade con una sonrisa relajada. Tenía razón: a pesar de sus esfuerzos, Jade no entendía del todo ese mundo pasado del que le hablaba. Pero la bocanada de ternura que sentía al escucharla borró todas las reticencias de la primera semana de convivencia. ¿Cómo había podido dudar? Mamoune era increíble e imprevisible. Jade presentía que, a su lado, iría de sorpresa en sorpresa. Puso el agua de nuevo a hervir mientras los últimos rayos del día arrojaban pálidos reflejos sobre la mesa de la cocina. Su abuela se había callado, como si Jeanne hubiera desaparecido y su lugar lo ocupara de nuevo Mamoune, la que Jade siempre había conocido. La abuela del día a día cotidiano de la pequeña, la que preparaba pan de especias y con la que recogía tulipanes en el jardín para decorar la mesa los domingos y días de fiesta.

—Si quieres tener flores bonitas en las macetas para primavera, tendremos que plantar las semillas pronto —dijo su abuela mirando hacia fuera—. Si quieres, ya lo haré yo. En aquella ventana, ¿ves? Allí da el sol a partir de las dos de la tarde, y es un buen lugar, al abrigo del viento.

Mamoune

Siento que la he desconcertado, que creía conocerme y ahora descubre que su abuela no encaja con la imagen que tenía de mí: quizá es como si perdiera su sueño de niña pequeña, incluso. No me gustaría haberla decepcionado. Creo que aún no ha entendido la razón de mi secretismo. Es tan difícil explicarle a una joven nacida en 1977 cuáles son las reglas, las convenciones y las tradiciones de una persona que nació a principios del siglo pasado. No sé si algún día podré transmitirle todo lo que aprendí de mis mayores. Cuanto más jóvenes son los abuelos de hoy en día, más lejos me queda el tiempo que he vivido. Todo mi futuro, de hecho, está sumergido en el pasado, y cuando le he contado mi historia a Jade, me ha parecido que estaba lejos de mí. ¿Cómo podría hacerle entender que en mi época no se podía gastar luz y perder el tiempo sin hacer nada?

Llegué a los libros de golpe, como una intrusa, sin la instrucción que proporcionan la inclinación y la aptitud hacia la lectura. Al abrir sus tapas, elegí lo peor que podía hacer una mujer de mi entorno. Contemplaba un mundo que tenía prohibido, y era perfectamente consciente de que no era el mío. Luego volví a cerrar la puerta, pero ya era imposible olvidar lo que había vislumbrado: un espacio inmenso, sin el cual ya no podía vivir. ¿Por qué no abandonar mi pueblo, entonces, y vivir en otro universo, uno que me permitiera estudiar, incluso conocer la ciudad? ¿Por qué opté por ir y venir entre mi tierra y la otra, la que deseaba sin sentir que fuera mía del todo? No lo sé: pero tuve mucho cuidado, cada vez, de cerrar la puerta y de no mezclar jamás mis dos vidas: la de sencilla habitante de un pueblo de las montañas, y la de lectora de novelas.

Cuando vivía la primera, pensar en la segunda me daba fuerzas, porque en esos momentos de lectura no creía que pudiera existir ninguna otra forma de vida. Así, mi manera de vivir, muy tímida al principio, cambió notablemente.

Descubrí que el mundo de los libros, con el poder de su sabiduría, cambiaba a veces lo que yo creía conocer, como los cuentos que repetían mi madre y mi abuela cuando estábamos todas sentadas frente al fuego. Historias que yo creía escritas por los míos se evaporaban en la naturaleza de donde habían surgido, y sus autores se olvidaban de sus modestos orígenes.

Así pues, soy una mujer entre dos culturas. Sé el nombre de todas las plantas y también sus virtudes terapéuticas porque mi madre me las enseñó. Sé más historias que las que tiene mi hijo en su biblioteca, y él ya no sabe nada, porque posee los libros. Antes de que el hombre del tiempo anuncie sus erróneas predicciones para mañana, el cielo me murmura lo que no dicen las imágenes de los satélites. Mi abuelo, que era pastor, me enseñó a interpretar las nubes. Él no sabía leer y decía que la muerte se burla de los libros y del saber. No hay modo de empleo, ni guía del más allá disponible en una librería, ni nadie que pueda enseñarnos. Un atisbo de infinito, a

lo sumo, y saber que todo lo que muere en la naturaleza termina por renacer. ¿O es solo nuestra esperanza?

A veces, cuando hablaba con los abuelos de los niños que cuidaba, detectaba a un lector que pertenecía a su mundo, igual que yo al mío, convencido de que los obreros y los campesinos leen periódicos, como mucho, pero no libros. Y la ironía del asunto radicaba en que, pese a que ignoraban los dictados del sentido común y el saber de la tierra, no sentían que habían perdido algo precioso. Ni siquiera sabían que un día podían haber sido ricos: mi abuelo me enseñaba la montaña, los amaneceres y los árboles, y me decía que mirara con atención esos tesoros y que nunca los perdiera. No hay nada peor que olvidar que es esa riqueza la que nos alimenta, porque hay quien la pierde con una gran indiferencia.

Con el tiempo, me dije que el mundo no era tan grande, y que cuando una envejece las cosas se reducen a lo esencial. De joven, me habría gustado correr hasta el final del camino, y me imaginaba que allí encontraría el mar, porque yo vivía entre montañas y sabía que en estas no terminaba ningún camino. El mar era mi misterio, y le concedía la virtud de los viajes que la tierra no tenía. Soñaba con irme, de buena mañana, sin decirle nada a nadie. ¡Cuántos secretos vivieron en mis silencios!

Con mis compañeros del pueblo, fingía aspirar a un sueño, mucho más cotidiano que mis quimeras de viaje: ir a vivir al valle, donde estaba el progreso. Mi abuelo, en cambio, hablaba del valle como si fuera un lugar de perdición. Decía que allí uno se ganaba la vida demasiado rápido, y que luego no le daba tiempo de disfrutarla. Las factorías de allá abajo fabrican muertos, me susurraba en voz baja, como si me advirtiera. Las fábricas de tornos del valle de l'Arve, que mi madre llamaba «el valle de lágrimas» y mi padre «el valle de las larvas^[1]», no me querían. Contrataban, sobre todo, a hombres. Logré encontrar trabajo en una pequeña fábrica un poco más lejos, y ganaba lo suficiente como para saber lo que cuesta el pan y el sudor de la frente. A mis padres era lo que más les importaba: que supiera lo que cuestan las cosas. Y que, al mismo tiempo, comprendiera lo que significa vivir lejos de la familia.

Cuatro

Rápidamente, Mamoune adoptó el apartamento parisino de su nieta. Se extasiaba ante la exótica decoración, tan distinta de su casa de Saboya. Adoraba las guirnaldas de colores de la cocina, decorada como un barco, arreglada como si fuera la vela de un buque. Jade quería que su abuela fuera feliz allí, y se esforzó por decorar su habitación al gusto de Mamoune. Ni siquiera había pensado en ello antes de ir a buscarla. Casi no tuvo tiempo de cerrar la puerta de su despacho, que había convertido en su dormitorio provisional con un colchón en el suelo. No deseaba que su abuela supiera que no dormía en una cama. Lo único que le había importado a Jade era salir corriendo, ir a por ella y traerla a París sana y salva, y había postergado los detalles sobre cómo se instalaría la anciana en el piso. Julien se había llevado casi todas sus cosas hacía un mes y Jade todavía se estaba acostumbrando a volver a ocupar su propio espacio, que había sido de los dos durante cinco años. Para su sorpresa, apenas conservaba vagos recuerdos de su vida en común. Para no aguantar la presión de los amigos que se habían puesto de parte de Julien, había dejado de verlos, porque no entendían que ella pudiera aburrirse junto a un tipo tan formidable, divertido y atento. Jade, en cambio, sentía que necesitaba pasión, un hombre que hiciera que cambiase el sentido de la circulación de la sangre en sus venas. Tenía ganas de vibrar y de sentir que su corazón se desbocaba, y no de escuchar latidos como el tic tac de un reloj de cocina.

Mientras preparaba la primera comida que iba a compartir con su abuela, Jade pensó que jamás le había cocinado nada a Mamoune. Siempre era la abuela la que estaba al frente de los fogones, incluso cuando no estaba en su casa. La anciana la observaba, sin poder reprimir su sorpresa, y comprendió que todo lo que Jade sabía de la cocina, lo había aprendido de ella. Durante largo tiempo, la propia Jade pensaba que no sería lo bastante hábil, que jamás podría ejecutar ese *ballet* donde cada gesto parece transcurrir de forma simultánea: saltar las cebollas, coger los siguientes ingredientes, cortar una lechuga, rectificar la sal mientras se comprueba la tarta que está en el horno. Pero había pasado tanto tiempo observando a su vez a Mamoune, en su cocina económica de la casita de las montañas, que cuando tuvo que cocinar una gran cena por primera vez, fue como si todo lo que había aprendido mirándola se le hubiera grabado en el cerebro en su totalidad.

Jade llevaba un tiempo sin ver a su abuela antes del rescate, pero la anciana intuía que algo no iba bien con el chico al que siempre había llamado «tu Julien». Al cabo de unos días de estar en París, le hizo la pregunta, cambiando su denominación:

—¿Qué la pasó con «ese Julien»? ¿Se marchó o fuiste tú quien lo echaste?

Jade intentó explicárselo:

—No creo que fuéramos una pareja de verdad, nunca lo fuimos. Solo dos adolescentes que vivían juntos. Cuando pensaba en el futuro, siempre había otro hombre, alguien a quien conocería más tarde, con el que viviría una historia de amor fantástica y con el que tendría un montón de hijos hermosos, una especie de cuento de hadas con un toque cotidiano. ¿Qué idiotez, no?

Mamoune se limitó a sonreír, y decir enigmáticamente:

—Un buen hueso no cae nunca en la boca de un perro bueno.

Jade se dio cuenta, hablando con Mamoune, de que todavía no sabía lo que quería de la vida. Animada por la mirada benevolente de su abuela, le había revelado una especie de lista de requisitos del hombre ideal, pero no había nada concreto, todo era indefinido. ¿Era verdad que para encontrar el amor verdadero uno tenía que haber vivido intensamente? ¿Sería capaz de reconocerlo, por puro instinto, cuando se presentara ante ella? No se atrevía a preguntárselo a Mamoune. ¿Cómo iba a hablar de amor con una mujer cincuenta años mayor que ella? ¿Y qué sabría Mamoune, a sus ochenta años, de todo lo que Jade, con treinta, esperaba de un hombre? Máxime cuando ni la propia Jade sabía si esperaba a un hombre o a varios.

—¿Y tú, antes de conocer a Papounet, qué esperabas de un hombre? —le dijo por fin, dándole la vuelta a la pregunta. No es que buscara una respuesta que aplicar en su vida, sino que más bien sentía curiosidad por cómo había sido la experiencia de su abuela.

—¡Nada! —exclamó Mamoune rápidamente—. Para una chica como yo, que no tenía dinero ni era la más bonita del pueblo, no había nada que esperar, solo que viniera el amor. El sueño secreto de todas las chicas de mi época, supongo. Encontrar un buen chico, trabajador, cuya familia, con un poco de suerte, viviera cerca. En mis tiempos, la familia era lo primero, y las historias sobre la gente no se olvidaban tan pronto. Por ejemplo, mi abuela era hija de una de las poseídas de Morzine, y por eso la llamaban la hija del Diablo. Le costó muchísimo encontrar marido, y al final se casó con un muchacho que no era del pueblo, y que no sabía nada de su apodo y su fama de diablesa.

—¿Las poseídas de Morzine? Pero eso es una leyenda, ¿no?

Mamoune esbozó una ancha sonrisa. La atención de su nieta atizaba sus recuerdos como si soplara sobre sus brasas, y bastaba avivarlos un poco para que de repente empezaran a arder en su memoria. De pequeña, le había contado tantas historias a su nieta sin tener un libro en las manos, que Jade aún creía que su abuela vivía en un cuento de los que solía sacarse de los bolsillos de su delantal. La corrigió rápidamente:

—No, no. La historia de las poseídas es verdad. Las llamaban las diablesas, las demoníacas. Un centenar de chicas del pueblo tuvieron crisis terribles durante varios años. Golpeaban las cosas, chillaban insultos terribles y cosas así, de modo que los del pueblo empezaron a decir que el diablo les salía por la boca, que estaban poseídas. Mi abuela, hija de una de estas mujeres, había dado a luz en plena crisis.

Ojalá se hubieran olvidado de todo. —Mamoune suspiró y prosiguió—: Cuando la niña, que fue mi madre, se hizo comadrona, las almas piadosas del pueblo dijeron que gracias a sus malas artes, quizá naciera una nueva estirpe de diablos. ¿Te imaginas?

—¿Y qué sucedió?

—Pues que la necesidad hizo el resto: nadie era tan buena comadrona como mi madre, y la buena salud de los niños que había ayudado a nacer acalló los rumores, y con el tiempo la historia se olvidó. Solo contaba su reputación: cuidaba de la madre y del bebé, y nunca falló. Pero siempre vivió preocupada por la posibilidad de un accidente, que sin duda hubiera hecho aflorar de nuevo los rumores de sus antecedentes diabólicos.

Era una historia insólita, pero el hecho de que se la contara Mamoune, que estaba allí con ella, le confería verosimilitud y cercanía. La abuela de su abuela: no hacía tanto tiempo de eso, aunque la leyenda parecía sacada de la Edad Media. Pero lo importante era que Mamoune le había hablado a Jade de un tiempo en que ella también fue adolescente, y como ella, también había tenido una abuela, separada por los mismos años de su nieta. Como Jade. ¿Igual que ella, de verdad? Jade no estaba segura.

Pero no importaba, en el fondo, porque a raíz de las charlas que mantenían las dos, y de los momentos que nunca habían compartido antes, Jade se dio cuenta de que a su vida parisina le faltaba algo, aunque todavía no sabía señalar qué era. Salía con sus amigos, iba al teatro y al cine, se lo pasaba bien y gozaba de una vida rica e intensa. ¿Cómo explicar entonces la plenitud que sentía al escuchar a Mamoune? Había dado la espalda a sus raíces, sumergiéndose en la placentera vida de una joven moderna. Ahora, gracias a Mamoune, descubría los hilos que la conectaban con un mundo más antiguo, y sentía como si pudiera seguir el curso de su vida, tejiendo a partir de la trama de la que había nacido. Ya no era un rompecabezas solitario en busca de las piezas dispersas.

La semana transcurrió con calma. Jade tenía que entregar dos o tres artículos, y no podía alejarse de París. Durante las dos primeras semanas, ambas mujeres esperaban que las tías de Jade desembarcaran en cualquier momento en el apartamento. Jade escribió una larga carta a su padre, pidiéndole que le explicara a sus hermanas que a partir de ahora, ella se ocuparía de Mamoune. No se sentía con fuerzas de declararles la guerra a sus dos tías abogadas y a la tercera, médico, utilizando argumentos que rebatirían con facilidad apelando a que eran mayores que ella y sabían más de la vida. Jade ignoraba lo que les habría dicho su padre, pero el silencio de las tías no la tranquilizaba. Era la calma antes de la tormenta. Mamoune, que conocía bien a sus hijas, opinaba lo mismo.

—Mamoune, te esfuerzas demasiado. Has limpiado los cristales y has encerado el parque —le reprochó Jade un día—. Si no vas con cuidado, tendré que dejarte ir a esa

dichosa residencia, a ver si allí descansas un poco.

—¡Cariño! Es la primera vez que me regañas así —declaró Mamoune—. Lo siento, pero soy incapaz de estar quieta. Siempre hay algo que ordenar en una casa, y estoy segura de que no será eso lo que me mate.

Cada día, Mamoune se ponía un delantal estampado, como los que Jade la había visto llevar cientos de veces. Antes de limpiar, se lo ataba encima de un vestido sencillo, de tonos beige, o unos pantalones negros. Los domingos, una camisa blanca y la cadenita de oro que le habían regalado por su comunión. Poco después de su llegada, Jade acompañó a Mamoune durante una visita guiada por el barrio y se dio cuenta de que algunos comerciantes ya la conocían por su nombre. Mamoune le dijo que le gustaba sentarse en el jardín del museo de la Vida Romántica por la tarde, y Jade había albergado la esperanza de que aprovechara ese momento de soledad para descansar e incluso echar una siesta. Se daba cuenta de que Mamoune hacía un esfuerzo enorme por no caer dormida encima del plato después de los postres de la cena, para que no pensara que era demasiado vieja.

—No sirve de nada que te esfuerces en disimularlo, Mamoune —le había dicho Jade, medio divertida—. Después de todo eres mayor, y en el fondo es por eso por lo que estamos viviendo juntas.

Las discusiones sobre la limpieza del hogar se habían incrementado, y Jade tuvo que enfadarse para evitar que quitara el polvo de las estanterías de libros. La joven había exclamado:

—¡No me gusta que estés subida encima de una silla todo el día!

—Soy lo bastante mayor para decidir si me hace falta un taburete o no —declaró Mamoune—. Y además, no es más peligroso que ponerme a cuatro patas para encerar el parqué, que por cierto estoy segura de que nunca se ha pulido como debe ser. ¡A tu suelo le hacía mucha falta un buen repaso! Y no te olvides de que el olorcito a cera que se nota al entrar te ha gustado mucho, tú misma me lo has dicho al entrar —remató Mamoune, casi como una provocación.

Dulce es, pero no dócil, había pensado Jade diciéndose que se preocupaba demasiado de la seguridad de Mamoune, y muy poco de sus ocupaciones. Al principio la llamaba varias veces al día para asegurarse de que todo iba bien. Incluso había pensado en meterle algo en el bolso, una tarjeta con su dirección, o simplemente un recordatorio al que pudiera recurrir si tenía una ausencia. Lo más difícil era proponérselo sin ofenderla, claro. A Jade le daba vergüenza planteárselo, porque tenía la sensación de traicionar a su abuela, pero no podía evitar tener miedo de que Mamoune volviera a desmayarse o a perder el conocimiento.

—Prométeme que me dirás si te encuentras mal, o si te sientes confundida. Si no me cuentas cómo estás, o tus problemas de salud, y las tías luchan por recuperarte, no tendré argumentos con que defenderte —le dijo un día Jade—. Si quieres que nos dejen en paz, tenemos que ser intachables y que tu salud esté controlada al ciento por ciento.

—Te lo prometo —dijo Mamoune.

Pero Jade no se quedó tranquila: su abuela estaba muy preocupada por ella y no quería causarle ningún problema, y por ese motivo era perfectamente capaz de ocultarle la verdad o peor aún, de quitar importancia a sus achaques. Pertenecía a una generación que no se quejaba ni se preocupaba por su estado de ánimo a todas horas del día y de la noche.

Mamoune había insistido en abrir un bote en el que ambas depositaran una cantidad de dinero al principio de la semana, para los gastos de su extraña convivencia. Jade se dio cuenta, por el tono de voz de su abuela, de que no tenía ninguna intención de ser una carga económica para ella. Simbólicamente, Mamoune había pagado la primera compra de alimentos mientras decía:

—Nunca había creído en lo que decían de que en París la vida es más cara, pero ahora empiezo a entenderlo.

Mamoune

Mientras recojo la mesa del desayuno, Jade se dispone a salir a trabajar. Siempre tiene la delicadeza de excusarse cuando no tiene tiempo de ayudarme. Me gusta verla pasar, como un torbellino de viento, mientras busca un pañuelo y se peina a la vez, consulta su agenda y se lava los dientes, o lee una carta al tiempo que se pone la chaqueta. Parece como si no pudiera hacer una sola cosa a la vez. Para mí, que soy tan lenta, es todo un espectáculo.

Claro que Jade no puede hacerse a la idea de cómo era mi vida anterior: una mujer sola, en su pueblo, que se precipita hacia la soledad de su vejez. Algunas veces me acercaba a una residencia para visitar a una de mis vecinas, con la que ya no me encontraba por la calle; habíamos mantenido una cierta amistad. Al cabo de dos meses ya estaba comiendo solo verduras, y me dijo que una «zorra» que no dejaba de mirarnos había intentado estranglarla durante la noche. Era una mujer que jamás había pronunciado una palabrota durante cuarenta años como vecinas, y en un santiamén se había vuelto una bruja amargada. También visitaba a otra, que me explicó sin que yo supiera qué decirle que el cuidador del fin de semana le metía mano cuando la acompañaba a su habitación.

En cuanto a las que habían conseguido escapar a la residencia, me contaban con pelos y señales los problemas de salud de sus cuerpos decrepitos, como disfunciones urinarias o arterias taponadas. Incluso habían perdido interés por los nietos, a los todavía mencionaban de vez en cuando, pero que antes habían sido el centro de sus vidas. ¿Acaso yo era inmune a las enfermedades, o me había vuelto intolerante? Creo que no: tenía mi parte de miserias, pero era demasiado discreta como para invadir mis conversaciones con la lista de mis piezas defectuosas. Prefería hablar de flores, de semillas, de lluvia y de viento, y de todas las cosas hermosas que nos rodean, y que ellas, al parecer, habían dejado de ver.

Jade me abraza antes de irse, y su perfume huele a primavera.

—¿Te apetece algo especial para la cena de esta noche? —le pregunto.

Me mira consternada y dice:

—Mamoune, ya te he dicho que después de tomarme las pastas de miel del desayuno soy incapaz de pensar en lo que me apetecerá comer por la noche. ¡Además, qué deprimente, saberlo con tanta antelación! Pero —añade, como consolación— sí quiero que escojas algunas citas de entre tus lecturas y me las cuentes. Ya sabes, de esa libreta de cuentas literarias que llevas.

¡Las novelas y sus frases maravillosamente diabólicas que te atrapan y no te dejan tranquila! Desde el mismo instante en que la lectura se apoderó de mí, quise conservar las palabras, sentí la necesidad de copiarlas en una libreta, como si así dejara mi huella sobre los escritores que me gustaban. Así que opté por copiarlas en mi cuaderno de gastos, una libreta que sabía que nadie excepto yo miraría. No podía

quedarme los libros: elegí ocultar las pepitas de oro.

A menudo, cuando terminaba de escribir un poema o una frase en mi cuaderno, la releía. Contemplaba la belleza del extracto del texto, transcrito por mí, y me preguntaba siempre si quien lo había escrito por primera vez habría percibido la magia de su creación. A veces, cuando copiaba las palabras, me echaba a llorar. Otras, la retahíla de palabras se grababa con tanta fuerza en mi corazón durante la lectura, que para anotarla en mi cuaderno, escondida entre las cifras, no tenía que releerla. Cuando llené mi primer cuaderno por completo, pensé que acto seguido debía copiar de nuevo casi todo el contenido de las grandes obras que me habían deslumbrado, pues estaba convencida de que todo era importante y que se condensaba en la luz de la escritura. Con el tiempo me moderé, y aprendí a escoger el fragmento que revelaba lo que estaba buscando de veras ese día. Cuando vuelvo a leer un libro, meses o años después, nunca es la misma frase la que me llama la atención. Como si la lectora de antaño tuviera ahora deseos e intenciones diferentes.

Por cierto, Jade no me ha dicho si guarda, como yo, un cuaderno de reflexiones y citas. En una futura escritora me parece algo indispensable. Hay tantos libros en las estanterías de este apartamento... Algunos los leí hace mucho tiempo, pero como no eran míos, no siempre pude volver a leerlos. En mi habitación, que debía ser la suya antes de que yo llegara, hay una biblioteca que ocupa toda una pared, y casi me paso la segunda noche de mi estancia picoteando entre sus páginas, reencontrándome con tal o cual autor como con un amigo con el que hubiera perdido el contacto.

Cuando le conté que le había ocultado mi pasión por la lectura incluso a Jean, me di cuenta de que Jade no comprendía la razón de mi silencio. Pero ¿cómo iba a confesarle a mi compañero que el beso que me hacía soñar y aspirar a un amor carnal imposible era en realidad el de Cyrano de Bergerac? Hasta el día de mi muerte, e incluso aunque pierda la memoria, creo que podré recitar de corrido:

«¿Qué es un beso, al fin y al cabo, sino un juramento hecho poco más cerca, una promesa más precisa, una confesión que necesita confirmarse, la culminación del amor, un secreto que tiene la boca por oído, un instante infinito que provoca un zumbido de abeja, una comunión con gusto a flor, una forma de respirar por un momento el corazón del otro y de gustar, por medio de los labios, el alma del amado?».

Ahora, mientras recorro mi cuaderno de citas, de poemas, de fragmentos de todos los libros que he amado, es como si mi vida soñada estuviera guardada ahí dentro, acurrucada entre las páginas. No puedo volver a leer esa libreta sin que las lágrimas acudan a mis ojos. Es mi vida, en realidad, contada por los autores más importantes del mundo. Es un libro único, el máspreciado que poseo, porque he depositado mis pasos en las palabras que el cielo me susurraba, el mismo que acoge mis amores de literatura.

Me doy cuenta de que mi pequeña Jade se preocupa por mí y, sin embargo, hace mucho que no me sentía tan bien. Cuando salgo a dar una vuelta por el barrio, veo los rostros de la gente que imagino haber conocido en el pasado, pero aún tienen la misma edad que cuando los traté, como si yo fuera la única que ha envejecido.

Hay tanta gente en París. Para mí, que vengo de un pequeño pueblo, una pequeña excursión cotidiana abarca todo un mundo en mi bolso. Al volver, me preparo un té y contemplo mis manos. Me hablan del trabajo que he realizado a lo largo de los años, de los gestos que he repetido, del sol en verano y de la dureza de los inviernos. Mis manos, que fueron las compañeras de mi alma, son los fantasmas de los cuerpos arrancados y las heridas que han permanecido abiertas. Son las que se posaban sobre tu piel, Jean. Las que recogieron mi llanto cuando tú ya no estabas. Y ahora, mientras me dirijo a ti, es la primera vez que mis ojos están secos. Desde hace tres años no he pensado en ti sin derramar una lágrima. Y mi nieta no sabe los milagros que se han producido desde que vino a buscarme. Sean malas o buenas, las consecuencias de nuestros actos son siempre un misterio.

Cinco

Mamoune y su nieta llevaban diecisiete días compartiendo techo. Esa mañana, después de desayunar juntas en el balcón, Jade se había ido para saludar el maravilloso mes de junio, con su idílico clima. La joven se sentía feliz porque la temperatura era benigna para con Mamoune, que no tenía que permanecer encerrada en el piso, ella que siempre había vivido al aire libre, en la montaña. Ya tendría tiempo de acostumbrarse a los lluviosos días parisinos, que una vez el cielo empezaba a pintarse de gris parecían sucederse sin fin.

Mientras caminaba hacia el metro, Jade se fijó una vez más en que los parisinos siempre andaban mirando hacia el suelo. Pensó que la belleza de una ciudad dependía de la inclinación a la felicidad de sus habitantes, pero rápidamente se dibujó una sonrisa en sus labios al recordar que Mamoune, esa mañana, le había propuesto ir a comprar terciopelo rojo para coser las cortinas. La noche anterior, Jade le había descrito los maravillosos cortinajes teatrales que le hubiera gustado poner en el comedor, mientras se quejaba de los exorbitantes precios que le habían pedido en la tienda de decoración. Y Mamoune se había reído, burlándose con dulzura.

—¡Menuda generación de chicas! No sabéis fabricar nada con vuestras manos. Acuérdate de que cuando nos vinimos a París metimos mi máquina de coser en tu coche, y gracias a ella pronto tendrás tus cortinas.

Jade la había mirado, perpleja, mientras Mamoune se ponía a buscar sus gafas por enésima vez desde que vivían juntas.

—¿Estás segura? —había preguntado Jade, mientras recorría la estancia con la mirada para intentar distinguir el estuche azul de las gafas de su abuela.

—Ya te dije que te sería de utilidad —repuso Mamoune, acabando de repasar su blusa con la plancha.

Jade se había despedido con un beso sonoro en la mejilla de la anciana, y le había dejado al lado las gafas, que acababa de encontrar encima del sofá.

—¡Está bien! Si crees que puedes hacer algo tan complicado, adelante, a condición de que no las cuelgues tú sola, para que pueda ayudarte yo. Mañana nos iremos a un almacén de telas. Seguro que no has visto uno igual en tu vida. No vendré tarde esta noche, cuídate mucho.

Cerró la puerta suavemente y Mamoune se quedó sola en el apartamento.

Un poco más tarde, en un recodo del metro, Jade casi se dio de bruces con una mujer paralítica que estaba de rodillas en el suelo, apostada con su bebé, y que tendía la mano pidiendo limosna. La joven suspiró. Había llegado a París al principio de su vida profesional, y Jade había sido testigo de la lenta metamorfosis de la capital, como solían llamar a la gran ciudad en su casa de las provincias. Incluso en una ciudad más grande, como Lyon, donde había vivido antes, el día a día era distinto. Aquí la vida se había endurecido, y la indiferencia había ganado terreno. El gentío iba

y venía con un creciente desprecio hacia los pobres y los miserables, que engrosaban las filas de los sin techo. El trabajo de Jade, que debería haberse concentrado en denunciar esta situación, la empujaba en dirección contraria: la inanidad de las exigencias de la prensa diaria le daba vergüenza. Cada vez se le hacían más cuesta arriba los artículos que le encargaban, completamente fútiles, y que si bien correspondían al talante de su tiempo, a ella no le apetecían nada, ni respondían a lo que quería hacer.

Ese día tenía que pasar por la sede de una revista femenina para la que trabajaba como colaboradora externa desde hacía unos diez años. Allí gozaba del privilegio de tener una mesa que todo el mundo consideraba «la mesa de Jade», pero que al mismo tiempo servía para acoger a todos los *free-lance* que colaboraban con la revista. Ella era la que solía utilizarla más a menudo, pero se había negado a integrarse en esa redacción. Le gustaba la idea de escribir para una revista femenina, pero detestaba el espíritu de cotorras que reinaba en ese tipo de entorno. Todos los defectos de las mujeres tenían su encarnación casi caricaturesca en una u otra persona de la redacción. Nadie recordaba que la revista había sido en tiempos pionera en el movimiento de la liberación de la mujer y que cuando las demás solo publicaban patrones de punto, esa publicación había abierto sus columnas de opinión para que se expresara una nueva generación de mujeres. Ahora las periodistas en plantilla se dedicaban a artículos vacuos, que carecían de espíritu crítico y no aportaban ningún tipo de conocimientos al lector. Eran colorines, como se decía en la jerga del gremio, para vender la revista. Jade seguía creyendo, a pesar de su desacuerdo con la línea editorial —que su categoría de colaboradora externa no le permitía expresar abiertamente—, que la inteligencia todavía tenía posibilidades de resultar vencedora en el combate. Pero siempre le rechazaban los artículos que proponía, porque hablaban de problemas que una revista ligera y entretenida se negaba a abordar. Cuando había escrito un artículo sobre la responsabilidad corporativa, había tenido que negociar penosamente lo que iba a poner sobre la marca de cosméticos que representaba más del setenta y cinco por ciento de los ingresos publicitarios de la revista. Entre maquillaje y lentejuelas surgía la injerencia del mundo del dinero.

Una periodista amiga suya, que era mayor, se ponía a dar golpecitos impacientes con la punta del pie cuando Jade le decía que quería dejarlo todo atrás y que se trataba de honrar el pedazo de papel que guardaba en su bolso, donde ponía «carné de prensa». Su amiga le respondía que era más bien un «carné de tensa», y argumentaba que la resistencia consistía en aguantar y quedarse. Tenía que seguir escribiendo, conseguir testimonios, hacer que los lectores de la revista reflexionasen y profundizasen en cuestiones peligrosas, para derrumbar el edificio de la estulticia. Jade creía en esa teoría, pero solo a medias.

En el seno de la redacción no tenía muchas amigas, pero se llevaba bien con una de las redactoras jefe, ex gran periodista, intuitiva e inteligente, y solía hablar también a menudo con la que llevaba la sección de libros. Esta le aconsejaba

editoriales donde mandar su novela, dándole los nombres de los editores o los directores de colección. Para las chicas de la sección de moda, Jade era invisible, porque se vestía como un saco, sin marcas ni nada que les llamara la atención el tiempo suficiente como para mirarla dos veces. En cuanto a las que se dejaban los higadillos en los artículos de fondo con títulos del estilo «¿Cómo ser la mejor en la cama?», «¿Tercer hijo, antes o después del primer amante?», seguro que nunca habían leído sus artículos —demasiado deprimentes—, ni tampoco la saludaban. Por suerte, Jade también tenía contactos en una revista científica donde era prácticamente la única mujer, y en un semanal orientado a las cuestiones sociales que abordaba temas de verdad. A veces tenía que irse de viaje con el fotógrafo de la redacción para preparar los textos que acompañarían a su reportaje fotográfico, ¡y se convertía en una estrella!

Como intentaba mantener las apariencias de una buena relación con el equipo de la revista, de vez en cuando acompañaba a las chicas a tomar algo hacia las seis, al terminar la jornada, a un bar español. Allí se reunía una pequeña comunidad de madrileños a tomar sus tapas y su vino tinto. Cuando estaba de buen humor, el patrón sacaba una guitarra e improvisaba algunos acordes. En este ambiente festivo, riéndose de todo y de nada, Jade lograba establecer con las demás periodistas de la redacción una relación fácil y relajada, algo imposible de conseguir entre las frías paredes de cristal de su puesto de trabajo.

Esa noche, Jade dijo que no podía acompañarlas a cenar. Añadió rápidamente, aunque se pasó más tiempo del que quería explicándolo, que la esperaba su abuela, que acababa de venir a vivir con ella. La gente la miró con curiosidad, consternación, sorpresa e incompreensión... Y sobre todo detrás de los rostros escépticos, leyó el miedo en la mirada de casi todos. No importaba si tenían veinticinco o cuarenta y cinco años: todas imaginaron por un instante que vivían con sus abuelas, y no tardaron en prorrumpir en una lluvia de comentarios.

—Es una carga muy pesada, sobre todo si se trata de una persona mayor. A veces son peores que los niños pequeños — le dijo concretamente una mujer que tenía aspecto de sufrir mucho con sus dos hijos, y que siempre trataba de colocarlos en casa de los demás para poder pasar un rato tranquila.

Jade se fue a toda velocidad para cortar por lo sano, algo mareada a causa de la copa que había tomado, y en sus oídos aún resonaban las palabras de los demás: «¡Estás loca! Eres demasiado joven para atarte a una responsabilidad tan importante. Serás su cuidadora y su enfermera, y ya no podrás salir nunca más. ¡Acabas de firmar tu sentencia de galeras, será como volver a vivir con los padres a los treinta!». Así salían los comentarios, como un chorro, un único pensamiento que se reproducía con una melodía tintineante, casi alegre. Pero luego estaba el placer de volver a ver a Mamoune, de rozar su suave mejilla al llegar a casa, de apretar sus manos con cariño y de saber cómo le había ido el día y qué había hecho. Y mira, si no estaba muy cansada, igual saldrían a comer un poco de pasta al italiano, la pequeña cantina que

había en la calle de los Mártires. Conocía bien al dueño, y seguro que les daría su mejor mesa; sería amable con Mamoune y alabaría su peinado. Él también tenía una abuela a la que adoraba, en la Toscana. ¡Una abuela, no una carga!

Cuando Jade abrió la puerta, lo primero que vio fue el rostro angustiado de Mamoune, tan cambiada que casi no la reconoció.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien?

Su abuela sonrió con aire cansado, y trató de tranquilizarla, recuperando en parte su aspecto plácido de costumbre. Se frotaba las manos y, por fin, confesó:

—Me había preocupado. Has llegado más tarde que de costumbre... —Bajó la vista, como si quisiera retirar lo dicho. Añadió, avergonzada—: Pero es que tú tienes todo el derecho del mundo de volver cuando quieras, faltaría más...

Jade recordó que le había dicho a Mamoune que ese día volvería más pronto y atajó:

—No, abuela, es culpa mía. Tendría que haberte avisado. Es que he ido a tomar una copa con las demás chicas de la revista, y no me he acordado de lo tarde que era. ¿Por qué no me has llamado al móvil?

—No quería molestarte, niña. No quiero ser la abuela nerviosa que se preocupa a la menor oportunidad. Qué vergüenza, de verdad. ¡Mira que angustiarme por nada! Vas a pensar que...

—Mamoune, lo que pienso es que de ahora en adelante me preocuparé de avisarte para que no sufras. Y tú, poco a poco, te acostumbrarás a mis caóticos horarios de periodista. La próxima vez no te imaginarás que me han violado en el metro, o vete a saber qué cuentos corren en las provincias sobre la inseguridad en París.

—¿Pero cómo sabes...?

—Pues porque yo también escuchaba las conversaciones que mantenías con las vecinas del pueblo, Mamoune. Para que me perdones, vamos a cenar fuera. Guardaremos ese guiso que has preparado para mañana, ¿te parece bien? Porque eso es guiso, ¿verdad? —añadió Jade acercándose a la cocina.

—Como quieras, cariño. No lo pongas en la nevera, todavía está caliente.

Mientras se dirigían al restaurante, su abuela le contó que el día que había cumplido cuatro años, Jade le había dicho:

—Mamoune, cuando tú seas vieja yo habré crecido y seré grande, y cuando te mueras, yo seré vieja. ¿Después me moriré yo también?

—Pues sí, todo el mundo se muere, cariño.

—Entonces te echaste a llorar desconsolada: decías que no querías morirte.

Jade se echó a reír, porque no se acordaba de esa anécdota en absoluto. Se dio cuenta de que Mamoune se había emocionado al contársela. La abuela explicó:

—Hoy te ríes, pero entonces llorabas con auténtica desesperación, con lágrimas terriblemente verdaderas. Estabas triste de verdad, y yo no sabía cómo consolarte, si no era diciéndote que faltaba mucho para que todo eso pasase. Pero lo cierto es que no logré tranquilizarte.

Era muy propio de Mamoune, tomarse a los niños y sus emociones muy en serio, entregarles toda su atención, como si fueran en ese instante las personas más importantes del mundo.

—Pero todos los críos piensan cosas así, ¿no? —preguntó Jade.

—No exactamente. Tú eras una niña que tenía la cabeza llena de dramas, y eras muy consciente de las cosas. Hoy sé, aunque en aquel entonces no lo sabía, que podría haber apostado algo a que te convertirías en escritora. Por cierto, podrías darme a leer tu manuscrito. Si es que aún estás de acuerdo en que lo lea.

Mamoune

Acaba de irse, sin dar un portazo. Ha cerrado suavemente la puerta tras de sí. Antes me ha preguntado si estaba bien, si podría hacerlo sola, con un punto de tierna ironía en la voz. Es para que no me sienta una vieja, que es lo que soy; una anciana a la que hay que vigilar como a un cazo de leche al fuego. Mi nieta tiene tacto, y buen gusto. Esta mañana, mientras lavaba las tazas de café del desayuno, delicadamente estampadas de flores, me he fijado en todos los detalles de su cocina. La pequeña estantería donde guarda las especias, los distintos tipos de aceite, las cestas de mimbre colgadas del techo con ajo, tomillo y laurel. Hay una butaca colocada cerca de la ventana, y parece que la haya puesto ahí para que descansa, mientras cocino un plato y después otro. La primera vez que reparé en ella pensé que ahí me terminaría el café una vez ella se marchara por la mañana. Me gustan las cocinas, y esta ofrece la posibilidad de tener baldosas, como en el campo, en un apartamento de ciudad, en lugar de esos horribles azulejos.

En mi casa solo se vivía en la cocina. El comedor, que tenía parqué, era para los días de fiesta, y el salón era el lugar reservado para los hombres: un espacio triste, que olía a tabaco y a debate político. Si hubiera podido revelar mi amor por los libros, sin tener que ocultarlos, lo que me obligaba a no poseer más que uno o dos, habría puesto mi biblioteca en la cocina. ¡No me habría importado manchar de grasa las páginas! Después de algunos años, al abrir los volúmenes, habrían escapado de sus páginas diversos aromas: romero para Maupassant, curry para Baudelaire, cebollas para... ¿Qué autor podría emitir este olor azucarado que despiden las peladuras al principio de la cocción?

¡Cuánto me habría gustado esa cocina biblioteca! Así, mientras buscara mi libro de recetas para asegurarme de las proporciones de una salsa complicada, me daría de bruces con esa india de cuyo nombre no me acuerdo, ¡qué tontería!, la que escribió *El olor...*: «Añadí olivas, pimientos asados y piñones al curry del pollo... ¿Cómo puede ser que seas más bella ahora que ya no piensas en mí?». Me habría reído de mi propia insolencia, y habría seguido el curso de mi vida culinaria. La de aquella cuyos dedos pelan, cortan, mezclan y desmigán, mientras dejo que mis pensamientos se cuelguen de los títulos y me desplazo para alcanzar una cazuela o un paquete de azúcar.

Pienso en esta cocina cuando me instalo en la butaca naranja de Jade. Por la mañana, la estancia está casi a oscuras. La madera absorbe toda la luz; Jade me explicó ayer que había querido reproducir el interior de un barco.

Y heme aquí, embarcada en lugar de su Julien, el manitas, que la ayudó a completar su proyecto de decoración. Jade no habla demasiado de él, y yo solamente le vi dos veces. Pasaron una semana en el chalet de las montañas. Me acuerdo de que pensé, cuando los vi, que haría con él lo que le viniera en gana, y que luego acabaría por cansarse. No parecía lo bastante resistente frente al torbellino que era mi nieta, que lo arrastraba a un montón de actividades después de preguntarle, con la boca

pequeña, si le apetecía ir aquí o allá.

Mientras fui testigo de sus vidas durante esos días, estaba claro que Jade no se pasaría toda la vida frente a un chico que aún no era un hombre, y que no le llevaba la contraria en nada. Supe que se cansaría más pronto que él de ver satisfecho hasta el más ínfimo capricho sin tener que pelear por ello.

Debe ser porque estoy acostumbrada a observar a las parejas jóvenes: cuando me cruzo con alguna, incluso mientras paseo por la calle, intento imaginármelas a los cincuenta. Me fijo en sus ojos y procuro detectar a aquellos cuyo resplandor se apagará con la edad y esos otros que, por el contrario, arderán cada vez con más fuerza. Contemplo sus gestos y adivino cuál se convertirá en el más aparente.

Pero Jade y Julien, por mucho que los observara, no me daban la sensación de que fueran a ir más allá de unos cinco años. Llegué a la conclusión de que Jade se quedaría a su lado hasta que conociera otro con el que gozar más, o si no se separaban, languidecería con su facha de empresario de pompas fúnebres.

¡Es que tiene mucha energía, mi pequeña nieta! Lo demostró al venir a buscarme por impulso, pues me imagino que su decisión no fue fruto de ninguna reflexión pausada. Vino con la misma fogosidad que la depositó en esta tierra el día que nació. Me habría gustado que mi madre aún viviera y poder contarle, a ella que era comadrona, que su tataranieta había nacido rompiendo su cordón umbilical, una llegada fulgurante que hasta la fecha su vida explosiva no ha desmentido.

Cuando su padre decidió irse a vivir bajo un cocotero, Jade solo tenía diecisiete años, pero se quedó en Francia, a pesar del dolor que le producía estar tan lejos de su padre.

—Tú lo entiendes, ¿verdad, Mamoune? ¿Qué voy a hacer yo en ese país? ¿Qué me quedará por imaginar en un sitio donde los colores de la puesta de sol hacen vibrar el alma? —me decía—. Para mi padre y mi madre, que son pintores, está bien, pero yo... Me aburriré: solo arena, playas y lagos, sin un ápice de cultura ni nada que aprender.

Habría podido contestarle que no se necesita mucho para aprender a vivir, pero entendía muy bien la sed de la que me hablaba. ¿Acaso no la había experimentado yo también, las mismas ganas de vivir en una ciudad, de ver cosas nuevas sin cesar?

Así que me limité a tranquilizar a mi hijo y a defender a Jade frente a mi nuera.

—Tendrá a sus tías, y además es una chica razonable, trabajadora y entusiasta. Podéis confiar en ella —les dije—. Y si os echa de menos y quiere cariño, puede venir a ver a su Mamoune.

De modo que Serge y Lisa cedieron. Se fueron, y solamente se llevaron a los dos hermanos de Jade, más pequeños. Pero sé bien que a pesar de todo el tiempo que ha transcurrido, sigue echando de menos a sus padres y sus hermanos. Al día siguiente de que llegara, me enseñó todo el aparato informático que tenía montado para poder

telefonar por ordenador. Y ahora, hasta yo participo diariamente en esas conversaciones tan modernas en las que te filman. Así he podido volver a ver a mi hijo, y al resto de la familia. Hacen muecas ralentizadas mientras hablan, y yo me doy cuenta de hasta qué punto ha progresado el ser humano, pues pertenezco a otro tiempo, uno en que cruzar el Atlántico en avión se consideraba un milagro. Pero a veces, cuando contemplo a mi nieta después de una conversación que parece acercarnos mucho, pero que en realidad nos hace más conscientes de la distancia que hay entre nosotras, me pregunto si esas formas de comunicación no son peores que la propia ausencia.

Lo que nos distingue a Jade y a mí es que todo me sorprende. Cualquier cosa es una novedad que me maravilla, y aunque en mis tiempos he llegado a conocer algún adelanto tecnológico, no logro olvidar el pasado en que estos prodigios eran impensables. En cambio, Jade procede de un universo totalmente opuesto al mío. Ahora todo es posible. Y lo que todavía no existe, pronto será realidad. En su generación no se dice «nunca», sino «dentro de diez o veinte años».

Nosotros soñábamos con las aventuras de Julio Verne, que mi tío abuelo leía a un puñado de críos que lo escuchábamos boquiabiertos. Verne era uno de los pocos escritores que conocíamos en mi pueblo. Mi abuelo había heredado de su padre, que era amigo del editor de Verne, unos bellos volúmenes de color rojo que se adueñaron, solitarios, de la estantería de su casa. A veces me pregunto si no fue él quien logró sembrar en mi espíritu el amor por los libros. En una familia que solo conocía la tradición oral de los cuentos narrados al lado del hogar, la llegada de las aventuras de Verne impresas en páginas en blanco y negro debió ser toda una revolución.

Seis

—Cuéntame cómo te va con tu abuela. ¿Qué tal es la vida con ella?

Por fin una persona sensata, pensó Jade, y le produjo alegría notar una genuina curiosidad en su pregunta, y no las horribles dudas y la sugerencia de que estaba malgastando su vida. Aline era amiga suya desde hacía diez años. Eran tan amigas que hasta les gustaban los pequeños defectos de la otra. Jade la había conocido en circunstancias de lo más banales: Aline era la responsable del decorado de una obra de teatro sobre la que Jade tenía que escribir una reseña. Como los actores eran muy famosos, muy inaccesibles y estaban muy imbuidos de un sentido desmedido de su propia importancia, Aline le había salvado el artículo contándole anécdotas de la escenografía y otros detalles de la producción artística de la obra: las bambalinas de las bambalinas, por así decirlo. A continuación, había brotado entre ambas una amistad indefectible, siempre acompañada de un inmenso placer al reencontrarse y compartir lo que les sucedía. Cuando por fin le dejó leer el manuscrito, Aline fue una de las personas que había animado a Jade a enviar su novela a varias editoriales.

—Me parece muy original esta serie de capítulos alternados, como si fueran dos novelas separadas de dos personajes, en donde todos terminan por reencontrarse en el mismo avión para vivir una aventura nueva —le dijo.

También fue la primera en apoyar a Jade cuando empezaron a llegar las primeras cartas de rechazo.

—¿No irás a desanimarte a las primeras de cambio, verdad? ¿O es que no sabes que a algunos de los mejores escritores los rechazaron decenas de veces? Seguro que hoy nadie podría decir a ciencia cierta por qué les devolvieron sus manuscritos. ¡Acuérdate de la primera novela de Antoine Saint-Exupéry! Se la publicaron, sí, pero vendió solamente tres ejemplares. ¿Y qué me dices de la saga *Harry Potter*? —terminó Aline, enérgica.

—¿No me tomes el pelo! —exclamó Jade, echándose a reír—. ¿Por qué siempre que salen esos ejemplos son de gente que ha vendido miles de ejemplares, traducidos a veinticinco idiomas y cuyos autores se han convertido en las personas más ricas del planeta? ¿Por qué no hablamos de todos los que siguen en la sombra y que nunca tendrán la suerte o la desgracia de salir del anonimato?

Aline la miró maliciosamente, y Jade comprendió que le había tendido una trampa y ella había caído en ella. Jade cambió de tema, rápidamente:

—En cuanto a Mamoune, me he dado cuenta de que tomé la decisión de traerla sin adivinar que me llevaría por un camino muy diferente.

—¿Uno más propio de su época que de la tuya, quieres decir?

—Quizá. Creía conocer a Mamoune, pero lo cierto es que nunca llegué a pensar en ella como una mujer. Es ridículo, lo sé; ahora que compartimos el apartamento, me inspira muchísima curiosidad, tengo ganas de hacerle muchas preguntas, incluso de

ser indiscreta. Es como si fuera un cofre del tesoro y yo no supiera aún cómo abrirlo ni lo que contiene. Sabe mucho más que yo, aunque a veces sus manías me sacan de quicio.

—¿Habláis mucho?

—Un montón. Me cuenta anécdotas de su vida, y entonces entiendo las elecciones que no ha podido hacer, algo así como su destino. Y también me reveló un secreto no precisamente pequeño, algo que no podía ni imaginarme.

—¿Qué?

—Un día me oyó hablar por teléfono con Gaël, mi amigo de infancia, ya sabes. Le contaba que habían llegado dos cartas de rechazo más, que las editoriales no me hacían caso, que tenía que trabajar en la novela un poco más, en fin. Pues Mamoune me oyó y se ofreció a ayudarme.

—No veo nada raro en eso.

—Porque no la conoces. Mamoune es una mujer del campo. No lo digo en absoluto con desprecio, solo es que en toda mi vida jamás la había visto leer nada más que la Biblia. Y ahora resulta que, si es verdad lo que dice, lo hacía solo para disimular. Bueno, pues su secreto es que es una lectora. Una apasionada de los libros, desde hace más de sesenta años. Las obras maestras la han acompañado a lo largo de su vida, libros brillantes y admirados por todo el mundo, que leyó con discreción, en silencio. ¡Es toda una erudita!

—Eso es una historia magnífica, y si fuera tú, escribiría sobre ella —dijo Aline—. Pero entonces, ¿te propuso ayudarte con tus novelas? ¿Ser tu *coach*, si no lo he entendido mal, antes de que vuelvas a hacer una ronda con las editoriales?

—Me encanta cuando te burlas de mí con palabras tan modernas —dijo Jade, irónica—. Pues sí, se ofreció a ayudarme, y me habló de los años que había pasado leyendo en secreto. Ni siquiera sé en qué clase de ayuda está pensando, porque enseguida nos pusimos a hablar de las razones que la empujaron a seguir leyendo en secreto. Simplemente quise saber más sobre ella. Es como si fuera una mujer distinta de la abuela que conocí, y me sentí un poco desamparada. Y ayer por la mañana me dijo que quería leer mi novela y ayudarme, en la medida que pudiera. Le conté el argumento por encima. También me preguntó si hacía mucho que escribía.

—Quizá ella estaba igual de emocionada que tú —sugirió Aline—. ¡Una abuela que lee y una nieta que escribe! Pero entonces, no entiendo tus dudas. ¿No te entusiasma la idea de compartir tu libro con tu abuela, a la que tanto quieres?

—Pues debería sentirme feliz, pero es tan complicado... —suspiró Jade—. De repente, estoy frente a una extraña. Ya no es mi abuela, no sé si me explico, sino una mujer distinta, con aspiraciones propias y secretas. Sé que es una reacción egoísta, y que mis miedos son estúpidos. —Se quedó callada un momento y añadió, decidida—: Le daré la novela y mientras la termina, ya me acostumbraré a la idea de que yo solo conocí un aspecto de Mamoune; mientras, esperaré su consejo de lectora avezada.

—¿Y qué pasa con Julien?

—¿Qué va a pasar? Nada. ¿Cómo se le dice a un hombre que nunca le oculté nada, ningún deseo, ningún secreto? Tendría que haber visto venir su última oportunidad, y no se dio cuenta de nada. No tengo ninguna explicación válida para nuestra separación, y todas mis tentativas solo parecen réplicas para los cuentos de hadas. Como si estuviera ensayando diálogos para mis personajes... «Te dejo porque contigo jamás conoceré la vida vibrante que quiero. No tengo ningún otro motivo para dejarte ni para dejar de vivir contigo. Mis razones son incomprensibles, lo sé, pero no te quiero más». Etcétera. ¿Quieres que siga?

—A ver, déjame hacer un resumen de tu vida trepidante: acabas de cambiar como compañero de piso a tu pareja por tu abuela. ¿No crees que tu sentido de la aventura es un poco raro?

A Jade le dio un ataque de tos mientras tomaba un sorbo de su café.

—Gracias por tu agudeza y tu impecable análisis. Me resultará de una ayuda inestimable.

—Mujer, es que...

—¿Qué?

—Nada, una tontería: ahora que la abuelita vive con Caperucita Roja, ¿de dónde saldrá el lobo?

Mamoune

Esta mañana, encima de la mesa de la cocina, he encontrado el manuscrito de mi pequeña Jade. No he dormido demasiado bien, porque ya llevo tres semanas en París y aún no tengo noticia de mis hijas. Eso me preocupa y me ha tenido en vilo durante gran parte de la noche. Algo me dice que ese silencio no es buen presagio, y tengo miedo de que ni Jade ni yo podamos impedir lo que pueda suceder. Durante varias horas he pensado si debía llamar a Denise y Mariette para avisarles de que he decidido quedarme por un tiempo en París. Eso habría hecho años atrás, pero quizá ahora, después de desafiar su decisión y huir hasta aquí, ese gesto sea inútil. Pero sí creo que debería tener una charla con ellas. Si las llamo, quizá pueda tranquilizarlas, calmar la sorpresa y la cólera que debieron sentir al pensar que mi huida fue planificada.

Aunque, ¿por qué tengo que pedirles permiso a mis hijas para existir? Como si no fuera ya bastante duro aguantar el paso del tiempo. Seguro que Mariette, mi hija mayor, que siempre ha sido la más dulce, habrá sido más benévola al criticar esta conducta tan poco habitual en mí. Ya me imagino cómo habrá ido el debate entre las tres. Mariette, mi defensora, habrá argumentado que tengo miedo de los hospitales. Su dulzura y su persuasión son sus armas, igual que Léa es combativa y luchadora. Es la mediana, y seguro que le preocupa lo que está por venir. «¿Qué vamos a hacer?», habrá dicho. «¿Quién va a buscarla?». Como en la vida, todas habrán actuado según su rol: Mariette, especialista en divorcios y problemas conyugales, y Léa, gerente de empresa. Sé perfectamente que la más dura con mi comportamiento habrá sido la tercera, la médico. Siempre exige que los actos respondan a decisiones responsables, para legitimarlos. Esta vez me he enfrentado a su autoridad, me he rebelado contra la líder de familia y licenciada en medicina.

Durante la infancia de los hijos, una madre ve tantas cosas. ¡Todo está ahí! Con Denise, por ejemplo, cuando me pidió una caricia a los dos años, ya me di cuenta de que le gustaba más que el otro cediera que el propio gesto de cariño. Yo siempre la mimaba, porque esperaba que algún día mi cascada de amor bastara para satisfacer la incesante sed de victoria que sentía. Aunque era mi hija más pequeña, dominaba a sus hermanas. El único que se salvaba era su hermano, el último de mis hijos. ¡Todo un diablillo, el padre de Jade! Se metió a Denise en el bolsillo porque la admiraba muchísimo. Y mi hija, halagada por su adoración, no reparaba en el espíritu fantasioso e independiente de su hermano, que estalló como un chorro de luz cuando alcanzó la adolescencia. Denise no entendió nada cuando Serge declaró que quería estudiar Bellas Artes.

—Pero si eres un hombre, tienes que estudiar una carrera científica —repetía.

Jean y yo asistimos divertidos al combate entre el gallo y la mariposa, sin decir nada ni emitir el más mínimo juicio sobre los argumentos de uno y de otro. Denise nos había clasificado hacía tiempo en la categoría de los que no entendían nada de

estudios superiores, lo cual no dejaba de ser un poco cierto, en el fondo. Pero Serge se lo tomó bien. ¿Cómo iba a oponerse a la insistencia de alguien que tanto lo quería? Aconsejado por su hermana, nos hizo partícipes de su decisión: iría a la facultad de Ciencias. Su padre y yo nos quedamos asombrados y no supimos qué decir. El día en que nos lo contó, me acuerdo de que llevaba su pincel en la mano. Se habían instalado en el garaje para pintar sus telas y sus *collages*. Denise se había erigido ganadora, pero no era su última palabra. Serge solía frecuentar un gran pintor que tenía su estudio cerca de nuestra casa. Pierre Danglasse también venía a ver a Serge, al acabar su jornada en el *atelier*, y animada por mi hijo, yo tenía por costumbre invitarlo a quedarse a comer. Era un hombre encantador, la encarnación de la amabilidad, y apreciaba mucho mi cocina. Y sobre todo, impresionaba a Denise. Incluso había llegado a posar, tímidamente, para él. Frente a este gran artista, difícilmente podía objetar que la pintura solo era un pasatiempo sin ningún tipo de futuro. El pintor decía que las obras de Serge poseían una gracia especial, que constituían su mejor argumento. Y al ver que un pintor vivo y famoso defendía a su hermano, Denise dio por perdida la batalla de que Serge escogiera una profesión razonable. Así fue como mi hijo siguió su camino en el campo de las artes gráficas, y Denise se consagró a sus estudios de medicina. Primero fue anestesista, y luego cirujana. Estudió casi con rabia; tanto, que a veces me quejaba y le preguntaba contra quién se vengaba al volcarse tanto en sus libros. Me decía a mí misma que un día la práctica de la medicina la dotaría de la dulzura que aún no mostraba; que al enfrentarse con el sufrimiento humano real, en lugar de tratar con las técnicas de reparación del cuerpo que describían sus manuales, su corazón se ablandaría. Pensaba en nuestro médico de provincias, un venerable anciano que estaba orgulloso de ella, pero que fruncía el ceño cuando Denise arrancaba a hablar de sus clases. Él le contestaba con ejemplos sacados de sus enfermos, del contacto humano que mantenía con sus pacientes. Y a veces, cuando observo a Jade, reconozco en su obstinación rasgos que más bien ha heredado de la energía feroz de su tía que de la encantadora indolencia de su padre. Sin embargo, a diferencia de Denise, a Jade no parece importarle demasiado lo que los demás piensen de ella. Pero está alerta, eso salta a la vista: olisquea el futuro con prudencia, como si temiera no sé qué trampa.

Cuando le describí los distintos caracteres de mis hijos, y la forma en que habían vivido y crecido unos con otros, enseguida me preguntó más.

—Cuando me hablas de tus hijos, ya no pienso que son mis tías o que hablas de mi padre —dijo—. Es como si estuvieras hablando de gente que no conozco. Los veo a través de tus ojos, y no se parecen en absoluto a la imagen que tengo de ellos. ¿Por qué no hemos hablado así hasta ahora?

No sabía qué responderle. Quizá que hace falta tiempo para llegar a hablar con esta confianza. Y que en el mundo actual, a veces nos falta ese tiempo, y no podemos esperar que llegue.

Desde hace varios años, después del insomnio disfruto de pequeños periodos de sueño ligero durante los cuales vuelvo a ver a mis hijos cuando eran niños. Ignoro si es una bendición característica de las noches de la vejez. Pero oigo sus voces adolescentes, o sus risas de bebés, y redescubro ciertos episodios, con sorpresa, antes de caer rendida en un profundo sueño hasta la mañana siguiente. Cuando me despierto, me debato entre la dulce melancolía del reencuentro con aquel pasado donde tenía cuarenta años y el extraño sentimiento de que pertenecen a otra vida que en realidad no he vivido. Más de una vez he pensado que mis hijos se volvieron mayores de repente. ¿O es que no me olvido de proyectar mi propia vejez en mis sueños? Es verdad que de joven ya parecía mayor de lo que era en realidad. Así que durante mucho tiempo parecí tener la misma edad, como un privilegio, a cambio de no haber sido bonita. Cuando emergen los recuerdos en la noche, es como si llevara todo mi pasado sobre mis hombros, y al amanecer vuelvo a dormitar un poco, para aliviar la carga.

Jade se ha ido esta mañana y no he tomado el café con ella. He visto el manuscrito, depositado encima de la mesita. Ha optado por dejármelo sin decir nada, esa ha sido su respuesta a mi ofrecimiento de ayuda. Nunca he conocido a ningún escritor, vaya eso por delante. ¿Es que cambia en algo la lectura del libro, haberlo conocido? ¿Hay que buscarlo en la historia o entre líneas? Y aun así, ¿acaso puedo decir que conozco a Jade? Si en todos estos años no tenía ni idea de que quisiera dedicarse a la escritura.

Empiezo a comprender que no será tarea fácil. Le dije espontáneamente que la ayudaría, pero no tengo la menor idea de si mi gran pasión por la lectura será suficiente para juzgar una novela y, sobre todo, para sugerir cambios al autor, arreglos como notas musicales que evoquen una melodía diferente, que aún no ha logrado capturar. Estoy convencida de que Jade es una joven sensata y, aunque no está triste, su corazón está herido: siento las fallas recorriendo su interior.

Ella no se queja, ni rechaza su propia soledad. No es feliz, pero no lo dice. Y ello me conmueve aún más. Simplemente aspira al amor. Su fragilidad hace que mi corazón de mujer de antaño se emocione. Entonces, ¿cómo me las arreglaré para contarle lo que pienso de su novela, para darle mi opinión? Más aún, ¿sabré ayudarla sin ofenderla, ofrecerle la ayuda necesaria para llevar a buen puerto su novela? Las emboscadas están ahí, frente a mí, aun antes de que haya leído una línea del manuscrito que tengo delante. De repente, parece despedir una incandescencia que puede llevar nuestra relación por caminos peligrosos.

Siete

Jade ya lamentaba su decisión. Se sentía cobarde. Tendría que haberle explicado la novela a Mamoune, entregarle el manuscrito en mano en lugar de dejarlo tirado encima de la mesa de la cocina, como si se hubiera olvidado de decírselo. Tendría que haberle detallado el desarrollo de los personajes, el viaje a las Antillas de un grupo de desconocidos. ¿Sabría comprender su abuela que todos iban a parar al mismo avión, y que juntos vivirían una experiencia única? Ese resumen hacía que su novela pareciera una historia idiota e inverosímil. En el libro, el lector descubriría a partir de varios capítulos intercalados que algunos personajes eran pareja. «Hay un exceso de personajes», decía una de las cartas de rechazo de una editorial, «y la intriga se revela demasiado tarde». Jade había incluido estos comentarios en la carpeta que contenía el manuscrito. ¿Qué diría Mamoune? No importaba. Después de todo, se lo diría en persona. Si el autor tenía que estar en pie, al lado de sus lectores, explicándoles sus intenciones en tal o cual escena, es que el libro no funcionaba. Aun así, Jade estaba preocupada. ¡Mira que dárselo así! Y además, se acababa de acordar de otra cosa, algo en lo que ni siquiera había caído antes. Frunció el ceño, inquieta. Los pasajes eróticos. Mamoune los leería. Eran fragmentos un poco subidos de tono, incluso de alto voltaje.

—¡Basta! —exclamó Jade en voz alta—. Esto no tiene sentido. Tengo que calmarme. No voy a censurar mi novela solo porque mi abuela vaya a leerla. Es una lectora. Me ha ofrecido su ayuda. Me adora, además.

Pero precisamente, Jade no quería que Mamoune se dejara cegar por su amor mientras leía su novela. Prefería que la juzgara como a cualquier otro autor que su abuela hubiera leído por azar. Pero ¿hasta qué punto podría hacerlo, olvidarse de que el manuscrito era fruto del trabajo de su nieta? Hasta ahora, las dos o tres personas de confianza que habían leído su libro le habían aconsejado que lo mandase a un puñado de editoriales. Gaël y Clara (que se ocupaba de la sección de libros de la revista) y un amigo periodista. ¿Y si la amistad los cegaba? Y claro luego estaba Julien, que tenía la primicia de todo cuanto escribía ella cuando vivían juntos. Jade volvió a fruncir el ceño mientras pensaba en él. Siempre le gustaban sus novelas, le parecían muy bien. Tendría que haber sospechado ante su admiración incondicional.

Al repasar las historias personales de sus personajes, Jade trató de recordar el punto de partida de su novela. Recordaba que se había entretenido planeando los destinos de todas las vidas que zumbaban en su cabeza antes de plasmarlas por escrito. Hoy, al recordarlo, se imaginaba un pulpo con sus grandes tentáculos, pero no era una sensación aterradora, más bien al contrario. Escribía desde que era joven, primero poesía o relatos cortos, y de repente, a los veintinueve años, se había lanzado

sin pensarlo a escribir más de trescientas páginas, con las que ahora no sabía qué hacer. ¿Tendría que haber vivido un poco más antes de hollar el territorio de la novela? El problema era que Jade no había vivido tanto. El principio del amor a lo sumo, si es que se podía considerar amor esa relación en cuyo final ella presentía la eclosión de algo nuevo. Todo estaba a punto de pasar, y nada parecía suceder. Uno cree que ha terminado la infancia, y que la bruma mortal de la adolescencia nos abandona, y al final resulta que no llegamos a ninguna parte. Algunos de sus amigos, hombres más mayores, decían que la treintena era una mala etapa para las mujeres. Todavía no habían madurado, pero ya habían perdido la inocencia de los veinte años.

Jade levantó la vista. Alguien la estaba mirando, lo notaba. Se volvió y apartó la mirada del cristal sin paisaje del metro, y descubrió un par de ojos que la observaban. Sostuvo la mirada del extraño, pero al cabo de unos segundos tuvo que apartarla, por discreción, aunque eran ojos de los que difícilmente se podía escapar. El joven sonreía y su rostro se iluminaba cuando la miraba. Jade, que se había vuelto tan taciturna como los nativos parisinos, le devolvió la sonrisa sin pensarlo. El otro se acercó y le tendió la mano:

—Soy Rajiv y estoy estudiando en París. Soy de origen sueco —exclamó.

Jade se echó a reír ante su espontaneidad. Era muy poco corriente en una ciudad como París. El chico tenía facciones indias, profundos ojos negros y un cabello tan oscuro que parecía azul.

—Así que de origen sueco, ¿eh? —dijo Jade, enarcando una ceja y sonriendo.

Llevaba el pelo muy corto, y le daba un aire de niño bien educado. Replicó, suavemente:

—Nací en Suecia: mi madre era de allí. Viví dos años con ella.

Su voz era grave y poseía un tono ronco que la hizo temblar. El vagón se quedó en silencio mientras los demás pasajeros se interesaban de repente por el encuentro en directo de los dos jóvenes, como si acabaran de encender el televisor y ante la pantalla surgiera un culebrón. Incómoda, Jade se levantó de su asiento para acercarse a las puertas de salida.

—Encantada, Rajiv. Me llamo Jade y me bajo en la próxima parada.

—Hasta pronto, Jade —respondió él, y se detuvo pronunciando su nombre con lentitud, como si disfrutara. Añadió en voz baja—: Confiemos en el azar.

Y la obsequió con una nueva sonrisa resplandeciente e irresistible. La verdad era que Jade nunca había visto una sonrisa tan impresionante, que partía perfectamente su rostro y de una espontaneidad y calidez innegables. Casi parecía que se hubiera posado directamente sobre su corazón. Se quedó de pie frente a la puerta del vagón, sin saber qué hacer porque no se abriría hasta que llegaran a la estación siguiente, que no parecía que fuera a llegar nunca. Estaba un poco avergonzada por haber huido de esa manera, y también molesta por las miradas cómplices de los ex compañeros de vagón; y la tranquila y benevolente sonrisa de Rajiv era lo que más la enfurecía. ¡Y para colmo, estaba encantada! Por fortuna, no le había pedido ni su dirección ni su

teléfono delante de todo el mundo.

Mientras avanzaba con paso firme hasta el edificio donde estaba la redacción de la revista, no conseguía calmarse, ni tampoco identificar el origen de su cólera. Bueno, ¿cuál era el problema? Un tipo con una sonrisa despampanante la había saludado y se había presentado a ella en el metro. ¿Era eso motivo para ponerse así? ¿En qué clase de mujer se había convertido? ¿Una salvaje que huía poniendo mala cara? Y sin embargo, antes le encantaba conocer gente. Por eso había escogido el oficio de periodista, de escritora. Durante un viaje a Isla Mauricio, los nativos, que no dejaban de sonreír, le habían gustado muchísimo: todos parecían entregar su alma con sus miradas llenas de luz. Pero con Rajiv era diferente. Lo sabía perfectamente. Aún merodeaba en su oído el sonido de su voz grave, y algo magnético y estremecedor que la superaba. Pensó en tomar el metro a otra hora, al día siguiente, para evitarlo. Y de repente, ya estaba pensando en la hora y la estación en que la había abordado. Seguía inquieta. Cuando llegó a la redacción, exclamó:

—He conocido a un sueco en el metro, bueno, más bien indio.

Al ver la reacción de las demás chicas, comprendió por qué estaba exasperada: porque a partir de los treinta, los encuentros no son casuales ni inocentes, sino que están investidos de todos los posibles futuros. Ya no se trata solo de que una se cruce con un chico simpático en la calle, sino que quizá es El Encuentro definitivo, que pondrá fin a la soltería de treintañeras, o «el futuro», como lo habrían llamado las vecinas de Mamoune. Mientras que antaño charlaban alegres y sin preocupación de los chicos a los que habían conocido el día antes, ahora las mujeres están siempre en posición de ataque, preparadas para construir vidas futuras con miembros del sexo opuesto a la más mínima ocasión. En estos tiempos de amaneceres en compañía, pierden el sentido del humor y el don de la razón, pero ¡no dejan de hablar! Y por eso, en el fondo, Jade comprendió por qué su relación con Julien había durado tanto: no era más que una excusa para escapar a la escena que ahora se desarrollaba frente a sus ojos. Un puñado de mujeres agitadas ante la más pequeña anécdota, la de un chico que Jade acababa de conocer en el metro. Cuando tenía pareja, este tipo de cotilleos quedaban reservados para las solteras, y una podía cruzarse con quien le diera la gana sin tener que montar ningún número.

La pura verdad era que Jade soñaba con la magia. Con lo imprevisto, con miradas de cine, diálogos de verdad y corazones trastornados. Al darse cuenta, le dieron ganas de echarse a llorar. El día no empezaba nada bien.

Distraída, se cruzó con una de las periodistas de la redacción.

—¡Eh! ¿Sabes qué me han encargado?

Jade negó con la cabeza. La chica prosiguió, animada:

—¡Un reportaje sobre la poligamia en Francia!

Siguió parlotando, sin reparar en que Jade fruncía el ceño y trataba de dominar un nuevo ataque de cólera. La periodista morena, recién salida de la universidad, continuó detallando el encargo, que en realidad era un tema que Jade había propuesto

a la redactora jefe unas semanas antes. No serviría de nada ir a quejarse, porque la otra habría respondido con una risita apaciguadora, la que tenía reservada a los que acababa de apartar de un escobazo después de clavarles el puñal en la espalda. Jade se dio cuenta de que las cosas en la redacción habían cambiado para siempre: antes, a nadie se le habría pasado por la cabeza quitarle un tema a una de las redactoras más antiguas de la plantilla para dárselo a una jovencita sin experiencia. Sabía perfectamente que la redactora jefe, responsable de la traición, se zafaría de ella mirándola desolada, después de prometerle un temazo dentro de dos semanas con el que se propulsaría de nuevo a las alturas periodísticas.

Jade siguió observando perpleja a la linda redactora, que habían contratado al principio para la sección de moda de la revista. Trató de imaginarla vestida con su traje Chanel, paseándose por los barrios llenos de inmigrantes africanos para escribir su reportaje sobre la poligamia. Sonrió, pensando en que ella tenía todos los contactos necesarios para realizar el reportaje, que al fin y al cabo era idea suya. Se preguntó con un punto de perversidad cómo se las arreglarían para pedirselos. Solo tenía que esperar. Jade sabía, porque ya había hecho alguna investigación preliminar sobre el tema, que era un asunto peliagudo, incluso tabú, y que las familias no tenían ganas de abrir sus puertas a los periodistas. Si la cosa iba mal, siempre podía ir a vender su idea y sus contactos a la competencia. Eso pondría punto y final a su relación con la revista. Esta vez no quería dejar sin réplica el gesto descortés, la falta de consideración con que la habían tratado. Pero tampoco quería arriesgarse y perder su principal fuente de sus ingresos. «No es el momento», le decía una vocecita. «Acuérdate de que tu abuela depende de ti». Y además, la experiencia le había enseñado una regla de oro: no irse jamás dando un portazo. Tenía que pensar detenidamente qué hacer.

Después de entregar el último perfil que acababa de terminar sobre una serie de mujeres francesas con poder en el mundo económico, se fue de la redacción bastante pronto, sin despedirse de nadie. Se sentía traicionada y furiosa, igual que cuando llegó, aunque por otras razones. El sol brillaba en el cielo, y decidió no tomar el metro para regresar a casa.

Mamoune

¡Quién me iba a decir que sería Jade, la quinta de mis nueve nietos, la que vendría en mi busca! Era una niña caprichosa de pequeña, muy volcada en su madre, que no parecía darse cuenta de nada.

Lisa, la compañera de mi hijo, me pareció muy rara la primera vez que nos vimos. Era muy esbelta, casi rozando la delgadez extrema, con grandes ojos veroneses que no parecían ver a nadie. Era amable y algo ausente. Su rostro enmarcado de bucles rubios tenía un aire de virgen italiana. Hacía muy buena pareja con Serge, que era alto y rubio como ella, y tan cuadrado y fornido como ella delgada.

—Es bonita, pero tiene que echar carnes —dijo Jean, con mirada de hombre—. Y es artista, como él.

Lo había dicho como si eso significara que no podía evaluarla, al pertenecer a la categoría de los pintores.

Al principio pensé que Serge, deslumbrado por su primer bebé, era quien acaparaba a Jade. Luego me di cuenta de que era Lisa quien no sentía interés por ella. Se olvidaba de Jade, como si no existiera. No es que le molestaran sus llantos, o estuviera angustiada porque era madre primeriza. Es que no estaba allí. Vivía para su pintura, o para su amor por Serge. La pequeña era como un animalito al que había que alimentar y que de vez en cuando le parecía tierno. Así que Jade se convirtió en una niña colgada de los brazos de su padre, y que pasaba muy poco tiempo con su madre.

Pasaron los años sin preocupaciones ni responsabilidades para los padres de Jade, y un día descubrí que Serge tenía un cuaderno de dibujo lleno de esbozos de su hija. La criatura lo tenía fascinado: era encantadora, pero él no sabía cómo educarla. Así que decidí hacerme cargo de la niña lo más a menudo posible, porque su desapego para con ella me irritaba un poco. Creo que al ser los dos tan jóvenes, y puesto que la llegada del bebé no había sido planeada, mi ayuda fue un alivio para ellos. No sé si Jade se acuerda de que fui yo quien la educó, prácticamente, durante toda su infancia. Aún puedo verla pegada a mi falda. Se pasaba la tarde del jardín a la cocina y viceversa, y solo parecía feliz cuando me seguía a todas partes, compartiendo el día conmigo. No importaba si llovía o hacía sol: salía conmigo a recoger los huevos del gallinero, o me ayudaba a cuidar de las cabras. Cuando fue lo bastante mayor como para aprender a leer, ya no echaba de menos a su madre ni tampoco le demostraba cariño. Fue como si hubiera entrado en un mundo en el que solo ella habitaba. Se pasaba largas horas con la pizarra negra que Jean le había comprado, y jugaba a ser maestra con sus muñecas, o se inventaba historias increíbles frente a sus alumnas de plástico. Yo la escuchaba, sin que ella percibiera mi presencia, y disfrutaba con la riqueza de su imaginación.

Durante siete años, la hija única de Serge y de Lisa vivió encerrada en su mundo,

que transcurrió en una buena parte del mío. Luego llegaron sus dos hermanos, con tres años de intervalo entre cada uno. Por fortuna, despertaron un cierto instinto maternal en la madre de Jade, que hasta la fecha parecía inexistente. Jade no sintió celos, como yo me temía.

Quizá era ya demasiado tarde. Quería a su madre, pero con una indiferencia muy parecida a la que había recibido de ella. Incluso a pesar de pertenecer a una gran familia, siempre mantuvo conmigo una relación especial, como si fuera mi hija además de mi nieta.

Fue también la primera que descubrió, antes que todos los demás nietos, la caja de cartón llena de libros que la mujer del notario me había regalado. Decidió cubrir las estanterías de terciopelo rojo para guardar allí «los libros de Mamoune», los que no quería llevarse a su casa, como si tuviera miedo de que, al tomarlos prestados, se metamorfosearan. Siempre me pedía el diccionario, que no alcanzaba a coger porque estaba muy alto. Cuando la ayudaba a buscar una palabra, se echaba a reír, porque me equivocaba con el orden de las letras del abecedario. Mi nieta ignoraba lo mucho que me había costado, a mis veinticinco años, penetrar en los libros, acostumbrarme a no seguir la lectura con el dedo índice, y finalmente abandonarme al placer de la lectura y olvidar mis años de mala escolarización y ese famoso alfabeto que tan mal me sabía. Sí, desde el primer día me había aprendido mal el abecedario, y buscaba las letras en el diccionario al revés. ¡Como si no hubiera buscado centenares de palabras! Hasta el punto de que, hundida en la vergüenza ante mi falta de vocabulario, terminé por adoptarlo como uno de mis libros favoritos. Cada día, mientras tomaba una taza de café a las cinco de la mañana, aprendía de memoria palabras nuevas cuyo significado ignoraba. Me apuntaba las definiciones en pequeñas hojas sueltas que doblaba y me guardaba en el bolsillo de mi delantal. Y varias veces al día las releía, me dejaba impregnar por los sonidos y por su sentido, para grabarlas en mi memoria. Cuando llegaba la noche, arrojaba mis notas al fuego. No me permitía la salvaguarda de conservarlas: tenía que acordarme, costara lo que costara. Algunas siempre las recordaré, asociadas a mis actividades diarias y a lo que sucedía durante el día. *Apócrifo*, para mí, significa los textos bíblicos no reconocidos por la Iglesia y también los trapos mojados que olían a lavanda y que tendía a secar una mañana de julio, bajo un sol que caía a plomo. Y Roquentin, el apellido de ese viejo ridículo que pretende pasar por joven, y cuyos oscuros orígenes me sumergieron en una profunda meditación acerca de la vida de las palabras y de su evolución, terminó por bautizar a su categoría. Pues bien, ese apellido dejó su marca en una *quiche* de puerros, un domingo de agosto en que cayó un diluvio sobre mis otoñales tulipanes, que acababa de plantar. ¿Y qué decir de *felón*, *contingencia* o *intrínseco*? Eran noches de verano cuando se pone el sol y los mosquitos salen a cazar.

Ocho

Era demasiado pronto en ese día horrendo del que Jade quería escapar. Decidió cruzar la ciudad en autobús, para poder pensar en Mamoune antes de volver a casa. ¿Habría abierto su libro y llegado a leer algún pasaje? Incluso puede que le hubiera echado un vistazo al final. Pero no había que leer el final antes, eso era una costumbre horrible. Jade solía escapar de los malos momentos deteniéndose y dejando de huir. Optaba por flotar, por recorrer la ciudad. Decidió coger el autobús para no hundirse de nuevo bajo tierra, para observar París y sus habitantes como lo haría un viajero. Seguía reflexionando sobre lo sucedido esa mañana y al principio del trayecto ignoró el paisaje, pero a partir de Pont-Neuf su mirada se concentró de nuevo en las grandes arterias y los hermosos jardines llenos de flores, exuberantes a principios de primavera. Se fijó (¿pero no sucedía lo mismo cada año?) en que los jardineros municipales habían mezclado todo tipo de flores de colores diversos en los parterres.

Desde que vivía con Mamoune, observaba con más atención los espacios verdes. De repente, pensó que los arbustos podados en forma de cuadrado, según la rectitud que se le impone a los jardines franceses, no seguían en absoluto los preceptos de Mamoune. ¡Qué mujer, qué historia la suya! ¡Una Biblia de cuero ocultaba sus lecturas, mientras ella se dedicaba a recorrer la montaña con sus amantes de papel! Jade se acordó de que una vez le había hablado a Mamoune de una novela, *La cabaña del tío Tom*. A Mamoune le fascinó la historia de los esclavos negros que luchaban por aprender a leer, aunque fuera a escondidas, para acceder a todo aquello que los blancos les prohibían. Jade se sorprendió al ver una lágrima en su mejilla, y Mamoune señaló las verduras que estaba pelando por toda explicación. Pero, a pesar de las cebollas, la imagen había quedado grabada en la mente de Jade y hoy, al recordarla, comprendió su verdadero sentido. Las lágrimas de Mamoune sí tenían que ver con la historia de los esclavos que luchaban por su derecho a aprender.

Cambió de autobús y se dejó llevar por la ruta que la conducía hacia los distritos que le apetecía recorrer. Durante muchos años había ignorado partes enteras de París que en otros tiempos sí frecuentaba. Ese era el encanto de la gran ciudad: regresar a ciertos lugares era la garantía de remontarse en el pasado y reencontrar tus propias huellas. Además, ella era aguerrida. ¿O de dónde, si no, procedía su intuición de que su destino la esperaba a miles de kilómetros de allí? ¿No era esa inclinación a la aventura la que la había impulsado a dejar a Julien, a negarse al sombrío alistamiento en el ejército de lo previsible? Todo la atormentaba mucho más de lo que hubiera deseado, y también la sorprendía. Tenía que decidir cuál sería su próximo giro, pero ni siquiera sabía qué camino estaba siguiendo. Todo se confundía en su cabeza: su preocupación por Mamoune, el miedo a haber cometido un error al confiarle su manuscrito y la sensación de que la habían traicionado profesionalmente. Y ese encuentro, que no sabía interpretar bien, pero que le dejaba bien claro que a pesar de

su reciente separación, no estaba exenta de volver a encontrar el amor, o algo parecido.

A pesar del encanto de su paseo, el malestar de Jade persistía; algo la angustiaba, pero ignoraba el qué. De repente, sintió ganas de volver a casa, mucho antes de lo que pensaba. Compró un poco de legumbres y verduras, ningún plato preparado. Por si acaso, porque no se fiaba de Mamoune, que era capaz de esperarla con un banquete sorpresa. Empujó la puerta y dijo:

—¡Mamoune, soy yo!

Cuando entró en la cocina para dejar la compra, se fijó en que en la entrada había un bolso y una chaqueta.

En la sala principal estaba su tía Denise, sentada en un sofá, con aire ofendido y curioso. Jade se dijo que tenía aspecto de haber envejecido mucho después de su último encuentro, hacía menos de un año. Vestía, como de costumbre, muy estrictamente: un traje chaqueta gris y negro, que alargaba aún más su esbelta silueta. Llevaba el pelo muy corto y teñido de negro ala de cuervo, lo cual acentuaba la dureza de sus rasgos. En otro rincón de la sala estaba Mamoune, con aspecto de niña pequeña. Trituraba las perlas del collar que llevaba desde el día en que Jade la había secuestrado, pero que su nieta no había visto hasta hoy. Vio en su mirada, ante la llegada de Jade, una sombra de alivio. Denise había tardado veintiún días en presentarse desde la desaparición de Mamoune. Jade suspiró. El día aún no había acabado.

—Hola, tía Denise —saludó—. ¿Quieres tomar algo?

—No —dijo su tía, con voz autoritaria e impaciente—. Ya he bebido un vaso de agua.

Mamoune ya había ganado todo el tiempo que era posible ganar. Jade comprendió que su tía estaba deseosa de abordar el asunto que la había traído hasta París. Jade trató de ganar unos minutos más y dijo:

—Es hora del aperitivo.

Tras lo cual desapareció con ese pretexto en la cocina, justo a tiempo de ver a su tía entornando los ojos hacia arriba. Cuando volvió, con una bandeja en la que había depositado un bol de olivas, una botella de vermut rosado y tres copas, ya estaba lista para la discusión. Sirvió un vasito a Mamoune, que le dio las gracias con una sonrisa cómplice. Su tía hizo una mueca de desagrado pero terminó por aceptar dos dedos de vermut, como para estar a la altura. Y ya no pudo esperar ni un segundo más. Denise empezó:

—No sabes lo decepcionada que me quedé cuando vi que no estabas, Mamoune. ¡Y la inquietud por saber dónde estarías!

Su desazón no debió haber durado mucho, pensó Jade, porque sabía perfectamente que su padre Serge había llamado a su hermana desde Polinesia para decirle dónde estaba Mamoune. Denise seguía hablando:

—No entiendo esta situación, que debería haber sido muy sencilla si tú, Jade, que no sabes nada del cuidado de las personas mayores, no hubieras puesto en duda lo mucho que quiero a mi propia madre. Tu conducta ha sido pueril, contraria a los consejos de los médicos y al deseo de tus tías, que no teníamos inconveniente en responsabilizarnos de Mamoune. En fin, esto es ridículo.

Todo el rencor silenciado durante tres semanas explotó, y Jade la dejó hablar sabiendo que sería más fácil contestar cuando se hubiera desahogado. Para su sorpresa, fue Mamoune quien tomó la palabra cuando su tía se calló.

—Denise, pichoncito mío, nadie ha querido oponerse a tu decisión, ni a la de tus hermanas.

Sin duda, Mamoune no se daba cuenta de que había muchas maneras de interpretar su conciliadora declaración. Siguió hablando.

—Sois mis hijas, y seguro que habéis pensado en lo que era mejor para mí. Pero todo fue tan deprisa que no tuve tiempo de deciros lo que yo pensaba acerca de eso, y como ninguna de vosotras pudo acogerme, y aún no estoy totalmente impedida, pensé que tenía derecho a aceptar la propuesta de mi nieta, que fue muy rápida y espontánea.

Denise reaccionó como era de esperar: con un discurso más agresivo, argumentando el estado de salud de Mamoune, el peligro que representaba para ella no estar bajo vigilancia médica, y el hecho de vivir lejos de su casa, de su médico y de su familia. Tampoco se olvidó de denunciar la conducta irresponsable de Jade y la ligereza de su madre. En ese momento, Mamoune levantó la mano, en señal conciliadora.

—Que yo sepa, en París hay muchos y muy buenos hospitales, y si no me encuentro bien y mi presencia es una carga para Jade, ya tendremos tiempo de pensar en otras soluciones. Por el momento, querida mía —aquí Jade creyó entender «pesada mía», pero Mamoune seguía hablando con incansable dulzura y calma—, deja que tu anciana madre crea que aún puede decidir sobre su propia vida. No estoy segura de que nuestra relación deba basarse en los dictados que tu profesión marca. Ya eres mi hija, ¿sabes?, y en este momento de mi vida preferiría que no fueras mi médico. Así siempre me recordarás como tu madre, y no solo como una paciente.

Jade miró a Mamoune con curiosidad; su abuela empleaba un vocabulario desconocido para ella, frases largas y subordinadas. Su actitud era de glacial serenidad, y su determinación un poco torpe, lejos de su habitual benevolencia, la había transformado en una especie de aristócrata que enunciaba su voluntad. Incluso se había levantado, y estaba muy derecha, en pie frente a Denise, que permanecía sentada. Tenía las manos apoyadas en el respaldo de una silla y sus nudillos se crispaban a medida que hablaba. Jade creyó que terminaría su discurso con un

enérgico «querida niña».

—Cuando tengas mi edad seguramente me entenderás mejor. Nuestra vida es una serie de países unidos mediante puentes. Yo los he cruzado todos, y a la edad que tengo, como no puedo regresar a viejos territorios, me conformo con los recuerdos a medida que avanzo. Pero creo que escoger el lugar donde vivir y los seres que nos rodean es la última dignidad que le queda a un anciano, hasta el día en que ni siquiera pueda elegir eso. En fin, no me extiende más, pero en resumen tu libertad para actuar sobre mi persona empezará cuando caiga en la senilidad más absoluta, y ese día aún no ha llegado.

Mamoune hizo una pausa, como si proyectara su propio abandono en ese fragmento de tiempo. Denise estaba pálida, se había levantado y luego vuelto a sentar, arrollada por la cascada de reflexiones de la desconocida que tenía delante, cuya presencia jamás había adivinado en el rostro apacible de su madre. Jeanne, Mamoune, su madre era una mujer sencilla, una campesina cuyas palabras pertenecían al día a día. ¿Quién era la mujer que declamaba frente ella y que tomaba las riendas de su vida y de su futuro? Mamoune prosiguió, sin preocuparse en lo más mínimo de la mirada estupefacta de su hija.

—No hay decisiones inocentes cuando los hijos se convierten en los padres de sus progenitores. Ya no soy vuestro refugio, de acuerdo. Soy vuestra carga. Jade decidió ocuparse de mí, porque como te imaginarás, yo no le pedí que lo hiciera. No me parece que sea una solución muy arriesgada, y al menos podemos intentarlo, ¿te parece? Por mi parte, no pienso cambiar de opinión. Que te quede claro, a ti y a tus hermanas. Me quedo con Jade.

En ese momento, una mariposa entró en el salón. Había tan pocas en París que Jade no pudo evitar considerarla una señal del destino. No sabía si Denise lo vería así, pero su tía siguió con la mirada asombrada los botes felices del insecto entre las flores, y de nuevo miró a su madre con el ceño fruncido, como si intentara averiguar cómo había podido escapársele esa desconocida durante tantos años. Se quedó callada durante largo rato, después de que Mamoune acabara. Jade jamás había asistido a un diálogo así, donde el lenguaje se transformaba en un estilo que el atacante no esperaba y que reducía a la nada cualquier atisbo de agresividad o de cólera. Por toda respuesta, contuvo un amago de risa nerviosa. A Denise se le ocurrió, de repente, que Mamoune quizá se había aprendido de memoria su respuesta.

Jade también ocultó una sonrisa al pensar que Denise tendría que replantearse completamente todo lo que creía saber de su madre. ¿Cómo habría podido imaginar que Mamoune poseía tantos conocimientos filosóficos, tanta capacidad para interrogarse sobre la vida y la muerte? Ella que creía que su madre ni siquiera sabía cuál era el sentido de la palabra «filosofía». Su rostro, su hermosa cara de pómulos altos, de facciones impecables, excepto su nariz operada —como habría dicho

Mamoune—, se había convertido en una tela donde Jade vio pintarse la incredulidad, la incomprensión y la cólera, y quizá algo de tierna alegría, pero muy poca. Como si Denise le reprochara a su madre que le hubiera negado su presencia en el mundo, sin haberle dicho nunca nada.

Mamoune

Mis palabras anteriores, mi simplicidad, mi sentido común, todo lo que soy y que procede de la tierra donde he vivido no habrían bastado para que mi hija me tomara en serio; una hija a la que casi empujé a vivir en la ciudad, y que adoptó sus costumbres e incluso cierto desprecio por la gente de campo. Incluso Jade, que estaba más preparada después de nuestros diez días de convivencia y charlas sinceras, se quedó de piedra cuando me oyó hablar. Y sin embargo, también creo que le alivió ver que yo tomaba la iniciativa. Aún no tiene suficiente aplomo como para enfrentarse sola a una mujer como Denise, y me imagino que le habría resultado difícil justificar el secuestro de su abuela frente a una tía médico con treinta años de experiencia. Si Denise no fuera mi hija, yo habría disfrutado más con mi golpe de efecto. Pero mi rebelión tenía el único objetivo de ganar el derecho a vivir como me plazca.

No sé por qué, pero lo sucedido sigue desfilando frente a mí como si perteneciera al principio de otra vida.

Tras un largo silencio, Denise contestó por fin. Dijo que no había sido su intención impedir que viviera la vida que deseaba, ahora que era mayor.

—Perfecto, entonces —dije yo, cortándola con una sonrisa.

Fingí creer que la discusión había terminado y cambié de tema mientras ella intentaba volver al asunto.

—Podríamos ir a comer a uno de esos restaurantes de barrio, Jade conoce a todos los dueños. ¡No siempre tengo a mi hija y a mi nieta conmigo, juntas! Tres generaciones de mujeres, ¡os invito para celebrarlo! Además, tengo hambre —añadí mientras salía del salón para cambiarme.

Durante el corto trayecto que recorrimos hasta el restaurante marroquí que Jade eligió, mi hija me observaba sin cesar, y me consta que tenía un montón de preguntas que hacerme pero que no se atrevía a formular. Estas tres semanas que llevo en París ha hecho un sol delicioso. Las pocas nubes que hay no bastan para ensombrecer el cielo, y los veinticinco grados de temperatura no desaparecen hasta que cae la noche y deja paso a un suave frescor, algo húmedo. Las terrazas de las cafeterías están llenas de gente y se oye a menudo la melodía de los músicos. Solo la fuerte luz de la ciudad impide admirar las estrellas. Yo, que he vivido tanto tiempo en el campo, me sorprende cada noche cuando veo tanta gente paseando por la calle. Ríen y charlan, como si toda la ciudad estuviera de vacaciones. Así, hablando de todo y de nada, Jade nos guio hasta el restaurante de Wally el Sahariano, un hombre franco y vivaz que recibió a mi nieta llamándola su «lince de las arenas».

—Wally prepara la mejor sémola que he probado en toda mi vida —confesó Jade, presentándonos mientras nos sentábamos a una mesa redonda, situada en un agradable rincón.

Es una mesa para amantes, o para tres amigas con secretos por compartir, me dije. Jade parecía alegre, y no creo que fuera fingido. Es joven y no notó la crispación en el rostro de su tía, que me entristecía a mí también.

Pobre Denise, que creció firmemente instalada en la rigidez de sus posiciones, dispuesta a morir en la batalla que nadie se atreve a presentarle. Sin embargo, ella no es así: se ha escudado tras la máscara de esa mujer a lo largo de su irreprochable vida. En realidad, es una mujer que ha tenido que aguantar que su marido se vaya con otra más joven, y que ha tenido que cargar con todo: dos hijos y una profesión. Parecía inmune a la tristeza. Poco después, se negó a entregarse de nuevo al amor en una relación con un hombre casado, porque no quería que otra mujer sufriera lo que ella había sufrido. No debería pensarlo, pero creo que habrían hecho buena pareja, ella y su cirujano de pelo hirsuto. Una vez los vi juntos, en el casco antiguo de Annecy, y vi cómo cruzaban la calle, cogidos de la mano y riéndose. Casi no la reconocí: estaba tan relajada. Pero no me atreví a acercarme, claro. Sobre todo, no me atreví a decirle que la veía mucho más tranquila con ese hombre que con el director de clínica que era el padre de sus hijos. ¡Ay, Denise! Es capaz de todo con tal de tener razón y llevar su vida, o la de los demás, como le parece.

Creo que tiene todavía mucho que ofrecer, cosas que ignoro pero que no me sorprenderían, porque conozco el límite de esa ignorancia. Somos irracionales en lo que respecta a lo que vemos en nuestros seres más cercanos, y también en lo que creemos saber de ellos. ¿Cuántas veces nos hemos equivocado con las etiquetas que asignamos a nuestros amigos, o a la familia? ¿Por qué nos negamos a tener en cuenta los cambios y giros que agitan las almas de los seres humanos y que les hacen cambiar?

Lo que vio mi hija esa noche fue que su madre se había escapado, y ella había venido a buscarme sin pensar que mi huida no se remonta a unos pocos días. La mujer que huyó revela la existencia de otra de la cual nada sabe. Ahora, a los cincuenta y siete años —ella que se creía mayor desde que tuvo quince— descubre que su mundo es el de una niña. ¿Soy la culpable de eso? Sí, un poco. En la medida en que no la desengañé. Antaño intenté sugerirle que no juzgara a nadie por su apariencia. Ya verás, le decía. Deja que pase el tiempo. Pero ella rechazaba mis opiniones con un gesto displicente de la mano. Cuando solo tenía seis años, ya no se creía nada de lo que su padre o yo le decíamos. La única que podía controlarla, a veces, era su hermana Mariette, que le llevaba cuatro años. Mariette es tan niña como Denise, alta, toda dulzura y carne, y es la más graciosa de todas mis hijas. Tiene el pelo castaño y rizado, un aire alegre y boca carnosa. Denise siempre sintió fascinación por su deslumbrante inteligencia, al principio cuando jugaban, y más tarde gracias a su aguda capacidad de análisis, que aplicaba en no importa qué situación.

Al contrario que su hermana pequeña, Mariette escucha a los demás. Solo ella percibió el cambio que se había operado en mí, mientras me dejaba invadir por el

mundo de los libros. Me miraba con su cara grave y sus ojos de niña pequeña, y luego me inundaba con mil preguntas. «¿Y tú qué harías si...? ¿Qué opinas de tal o cual situación? ¿Y la madre de este, que ha dicho que el padre de aquel...?». Yo esquivaba como podía sus preguntas, porque no me gustaban los prejuicios ni las opiniones a la ligera, rumores que por desgracia, debido al sesgo que a veces le dan los críos, crecen y se complican.

Pero Mariette no era una correveidile, sino que simplemente se interesaba por la realidad. Preguntaba. Investigaba. Quería saber qué ocultaba su madre, a la que ella entregaba todo su amor, pero que solamente devolvía una parcela de su vida personal. Adivinaba mi doble fondo, me empujaba a desvelar los destinos de papel que aguzaban mi mirada sobre la vida verdadera. En ella reconocía a la nieta de mi madre, la comadrona del diablo que había dado a luz a la mujer inteligente que yo ocultaba. Mi hija perseguía mi silencio con su sed de saber más acerca de lo que su intuición le anunciaba. Era más de lo que yo podía darle, y al final resulté ser una prisionera de mis propias mentiras. Por suerte, Lea, mi segunda hija, no me acorralaba tanto como su hermana. Era la más independiente y lejana. Físicamente se parecía a su hermano Serge: era alta, rubia y deportiva, y tan callada como su padre. Las tres eran excelentes esquiadoras, y durante la temporada de esquí se pasaban el día en las montañas. Hoy bendigo ese terreno, en el que podían reencontrarse a pesar de sus distintas personalidades. Volvían felices, con las mejillas rojas y cómplices. Yo les preparaba *crêpes* y tartas que comíamos juntas. ¿Cómo no sentir nostalgia de esa época armoniosa?

Nueve

Después de la cena, Denise fue a pasar la noche a casa de una amiga. Sin duda es lo único que se desarrolló según lo que habíamos planeado. Mientras comían, Jade había mirado de reojo a su tía varias veces, y estaba prácticamente segura de que Denise aún estaba bajo el *shock* del monólogo materno. Y no era de extrañar. Cuando habló, Mamoune parecía estar guiándose de un *teleprompter*, tan correcto era el ritmo de su dicción y la seguridad con la que comunicaba sus deseos. Jamás había visto a su tía tan desamparada ni a su abuela irradiando tanta seguridad, como si fuera una reina. Las anécdotas que contaba Mamoune en su estilo habitual para animar la cena parecían tener el efecto de sumir a Denise en una mayor perplejidad, como si flotara en una nube indefinida. Por su parte, Jade estaba aliviada con la rendición de su tía, y tenía ganas de anunciarle a su padre que el terrible combate había muerto antes de nacer, y todo gracias al golpe de efecto de Mamoune. Las dificultades del día se habían borrado de su memoria. ¡Había temido tanto el momento de tener que justificar sus acciones, y no tener ningún argumento para impedir que Mamoune fuera internada en la residencia!

En cambio, su abuela no dejaba traslucir su estado de ánimo, y de vez en cuando, durante la cena, cada vez que Jade la estaba observando, le dirigía una amable sonrisa, la suya, la de siempre. Al verla de nuevo en su papel de mujer discreta, Jade comprendió hasta qué punto Mamoune se había acostumbrado a ocultar la otra mujer, distinguida y compleja, que hizo acto de presencia en su estallido de indignación. Quizá esa mujer, que había vivido toda su vida oculta, era la verdadera Mamoune.

Para evitar que la disputa familiar terminara en una victoria triunfal e hiriente, Jade abrazó con cariño a su tía, le aseguró que la avisaría con regularidad de cualquier novedad relacionada con la abuela, y que si sucedía algo preocupante, la llamaría de inmediato. Denise respondió, con voz tajante:

—Mi madre tiene razón: hay hospitales excelentes en París.

Mamoune, mientras, miraba con interés los escaparates de las tiendas de objetos exóticos frente a las que paseaban. Después, Denise paró un taxi y, tras darle un rápido beso en la mejilla a su madre, no se despidió de su sobrina y no se giró para saludarlas desde el vehículo, que desapareció en el anochecer.

—¡Casi como si fuera la fiesta de San Juan! —murmuró Mamoune.

Jade sonrió, porque sabía que la fiesta y el baile de ese día en el campo era el equivalente de un recuerdo feliz para su abuela, pues representaba el principio de su amor por Jean, su marido. Jade tomó del brazo a su abuela con ternura.

—Tendrás que contarme cómo eran tus bailes de joven. No logro imaginarte con un vestido blanco, volviendo locos a los chicos del pueblo.

Su abuela se echó a reír.

—Era menos tímida de lo que crees. Yo también fui joven, ¡no siempre fui una

respetable dama de aspecto serio! Era como tú, sí.

Según Mamoune, con el tiempo uno no perdía la juventud, sino que lo que cambiaba era una determinada manera de pensar en la edad.

—En el interior de un cuerpo mayor, el fuego que nos consume nunca se apaga del todo. Y eso es lo más injusto de la forma en que se piensa en la gente de edad. Uno se indigna con ese cuerpo, que ya no sigue los movimientos impetuosos del deseo. Al fin y a cabo, lo único que nos mueve de un lado para otro es seguir los caminos de las aspiraciones, querida mía. ¡No morir y vivir mejor, valiente enigma! No es el cuerpo quien decide, sino otra cosa. Y cuando el alma se niega el placer de desear, a pesar de la edad, entonces todo se derrumba. Así que desde que vivo contigo, ya no tengo que hacer ningún esfuerzo para olvidar que soy una anciana. ¡Al contrario! He llegado a la conclusión de que he rejuvenecido.

—¡Y es cierto! Mírate, Mamoune, si hasta pareces tú más joven que Denise — exclamó Jade, y de repente tuvo la sensación de que había cometido un error.

La mirada de su abuela se veló de tristeza. Luego retomó su actitud plácida y dijo, discreta:

—Una madre siempre tiene sus límites.

A continuación se encogió de hombros y suspiró largamente, y Jade se estremeció, intranquila. ¿Tan impotente se volvía uno cuando quería estar al lado de los hijos que traía al mundo? Jade nunca se lo había planteado. Todavía era la hija de sus padres, y todo le resultaba fácil y sencillo. Si pasaba una noche en blanco, no era por la preocupación que le causaban sus hijos.

Jade solía burlarse de sus amigas treintañeras, solteras y sin hijos, que se angustiaban sin motivo, a su juicio. Esa noche comprendió que el gusano del tiempo empujaba a los seres humanos hacia categorías inesperadas. La edad marcaba el ritmo de la vida, y en la suya empezaba a faltar una cierta ligereza. Las dos mujeres siguieron caminando en silencio, recorriendo la calle que seguía llena de gente y animada, y Jade adaptó su paso al de Mamoune. Un ligero rumor de conversaciones se escapaba de las terrazas. Al alcanzar su calle, que era más tranquila, oyeron un *étude* de Chopin que a Jade le gustaba especialmente.

—Es una de mis piezas preferidas.

Mamoune se detuvo para prestar atención, y le dijo, algo incómoda:

—Me parece bonito, pero no entiendo demasiado de música clásica. Tu padre escuchaba mucha cuando estaba en casa, y a mí me gustaba. Siempre le pedía que dejara la puerta entreabierta para poder oírla.

—Creo que sé cuáles eran sus fragmentos preferidos, Mamoune —dijo Jade, amable—. Si te parece bien, los volveremos a escuchar juntas. No es normal que nadie te haya regalado nunca un disco. ¡Me acuerdo de ti, siempre estabas escuchando la radio mientras planchabas! Solo se oía la música de ese aparato de radio rojo, viejo y gastado.

—Pues sí, solía bastarme con escuchar el canto de los pájaros. Hasta me sabía de

memoria los nombres de las aves, incluso cuando entonaban sus melodías mezcladas. Pero desde la muerte de Jean, ya no me apetece escuchar la radio. No tengo ganas, o quizá tengo miedo a lo distinto que sería. Cuando estaba planchando, sabía que él estaba en la habitación de al lado, y que solo tenía que entrar ahí para darle un beso.

Su voz se ahogaba a causa de la emoción que sentía al recordar a su marido y los momentos que habían pasado juntos; Jade no sabía qué decir. ¿Qué palabras podrían consolarla? Ella no sabía nada del duelo, de la separación de otro con el que se ha compartido toda una vida. ¿Hasta qué punto podía entender una pena tan profunda? Apretó la mano de su abuela con fuerza y dijo:

—Ven, voy a prepararte el té que Denise no ha querido tomar en el restaurante de Wally. Té a la menta, como aprendí a hacerlo en el Sahara con las mujeres de allá bajo las estrellas del desierto. Y luego nos lo beberemos escuchando *suites* de violoncelo de Bach.

Jade posó sus labios en la sien de Mamoune, donde el cabello tenía ese olor de violeta y de rosa que ella tanto amaba. Jamás había respirado ese perfume en ninguna otra persona, estaba segura. Era la fragancia que encarnaba a su abuela. Deslizó su codo bajo el de ella y la suavidad de la piel de Mamoune estremeció su corazón de ternura.

Pero cuando volvieron a entrar en el apartamento, a Jade le pareció que el malestar del día había vuelto con ellas. Conocía bien, casi de memoria, el miedo que la agarraba del cuello y le daba ganas de echar a correr, con aires de ultimátum. Cuando sucedía eso, el cerco de su angustia se estrechaba hasta que solo la aliviaba un viaje a la otra punta del planeta. ¿Acaso no se había hecho periodista por eso? Para vivir en el otro extremo del mundo, bajo los climas ajenos, entre seres diferentes, para que los sabores exóticos ahogaran las preguntas íntimas que siempre trepaban hasta su espíritu. ¿O es que pretendía contestarlas mejor desde el exilio? ¿Era para engañar a su necesidad de escapar por lo que había optado por vivir una existencia sedentaria al lado de Mamoune?

Mamoune

Toda revelación contiene un acto de amor, pero ¿lo sabe quien revela un secreto? No sé por qué, pero llevo un buen rato dándole vueltas a esa frase. Pero qué importa... ¡Vaya día! Voy a echarme a dormir muy a gusto. Sin embargo, Jade me inquieta, hay algo en su comportamiento que no entiendo. Parecía aliviada porque no tuvo que enfrentarse a su tía por mí, pero hacia el fin de la velada me dio la sensación de que se encerraba en una tristeza íntima y desconocida. Me di cuenta de que se esforzaba mucho por cuidarme y darme cariño, y parecía sincera, pero una parte de ella daba la impresión de vagar por un bosque de tristeza infinita. En cada uno de sus gestos percibí las oleadas de ausencia o de exasperación, y no me habría sorprendido lo más mínimo que diera rienda suelta a un río de lágrimas, a juzgar por la forma en que apretaba los dientes, como si fueran una presa que contuviera la crecida de un río. No puedo evitar pensar en lo mucho que me recuerda a su novela. ¡Por Dios! Con todo el ajeteo de la visita de Denise se me ha olvidado hablarle de la novela.

Esta mañana, justo antes de la visita sorpresa de mi hija, había empezado a leerla. Dudaba menos de ella que de mí. ¿Sería capaz de ayudarla, tal y como le había propuesto?

Rápidamente, el placer de la lectura me hizo olvidar mis dudas y empecé a sentir interés por algunos de sus personajes. Me molestaban, eso sí, algunos rasgos de la escritura de Jade, supongo que debidos a su formación periodística. De todas formas, me atrapó con su juego de historias de cama, de parejas que el lector descubre y que luego se abandonan porque conocen a otras personas. He descubierto en mitad de la novela mi interés porque sus vidas volvieran a unirse. Me hubiera gustado que la intriga me quedara un poco menos lejos, para no tener ganas de desengancharme. Procuré que el avance de la trama, la excitación del descubrimiento, no primara por encima de lo demás, porque sé que la primera lectura es única, y que las demás se alimentarán de esa primera impresión. También anoté, en un cuaderno aparte mientras numeraba las páginas del manuscrito, todas las ideas que se me ocurrían y que no quería poner por escrito en su novela antes de encontrar la forma apropiada.

Llevaba ya tres cuartos de la novela cuando alguien llamó a la puerta. Abrí, pensando que Jade se había olvidado sus llaves y resultó que era Denise, que se presentó de golpe y sin haber telefoneado. Me quedé boquiabierta, con el manuscrito extendido sobre la mesa y el lápiz entre los dientes. Rápidamente, empujé mi cuaderno de notas y la novela encima de la pila de papeles de trabajo de mi nieta y solté:

—Estoy limpiando la mesa de Jade, está muy ocupada con un nuevo artículo.

Me sentía como si fuera una niña pequeña que hubieran pillado en falta, con la

televisión encendida y viendo un programa sin permiso. Para remate, Denise me miraba con aire severo, como si estuviera a punto de reñir a un crío. Sin saludarme, me dijo a bocajarro:

—¿Pero cómo se te ocurre largarte de tu casa así como así?

Traté de buscar algo que decir, pero no se me ocurría nada. Así que opté por contestar con una tranquila calma, frente a sus ganas de pelea:

—Creo que aún me queda un poco de café, ¿o quizá prefieres té o agua? ¿Has venido directamente de Lyon?

—Agua estará bien —dijo mi hija, sentándose y mirando a su alrededor, observando la decoración cálida, los tejidos africanos, la biblioteca y ese alegre desorden vivo, como si en el apartamento de Jade pudiera encontrar las razones de mi huida. Sin duda, mi calma fue el espejo donde se dio cuenta de lo nerviosa que estaba. Estoy segura de que hay lenguajes secretos que brotan entre las personas que pertenecen a una misma familia, o entre las que se conocen desde hace mucho tiempo. Seguí observándola. Iba vestida de ciudad, con un traje chaqueta. La tela, el corte de la prenda y de la falda hablaban de una mujer que vivía con comodidad económica. Yo la recordaba de cuando era una cría, con las ideas muy claras sobre cómo quería ir vestida a la escuela. (Había días que pegaba patadas contra el suelo, tozuda). Y más tarde, en su propio apartamento contemporáneo, desnudo, negro y blanco, casi clínico.

A pesar de los recuerdos que me asaltaban —como si siempre quisieran participar en los hechos del presente— no se me escapaba que en esos momentos yo era la madre que se había fugado, la desconocida. Vi que tomaba precauciones, a pesar de su cólera, como si la sorpresa de su descubrimiento se lo aconsejara. Por si no fuera suficiente, yo aún estaba un poco distraída por la lectura, pues llevaba inmersa en la novela de Jade buena parte de la mañana, y no había parado ni a comer, contentándome con mordisquear lo que había en la nevera o en la bandeja de frutas. Así que, absorta en la lectura, mi hija parecía un personaje más, aparecido de improviso, y no pude evitar pensar que, en un giro del destino, la historia se desarrollaba frente a mí sin que yo tuviera que hacer nada. Así que le serví un vaso de agua y esperé a que el segundo personaje entrara en escena. Ese fue el momento en que Jade introdujo la llave en la cerradura.

Hace mucho tiempo que lo sé. Nadie quiere que le cuenten nada de la muerte hoy en día. Y además, ahora todos se esfuerzan en borrar el tiempo anterior, los años que la preceden. Así que por eso también deben eliminarnos a nosotros, los ancianos que seguimos vivos, y apartarlos de su vista: porque les recordamos a los más jóvenes cuál será su destino. ¿Y cómo hacerlo, cubrir con un velo nuestra decrepitud flagrante? Uniéndonos en un rebaño y conduciéndonos a las residencias, lejos de toda mirada.

No quise ser cruel y recordarle a mi hija que cuando yo era joven, la edad que ella tiene era canónica. Para una chica joven, las sexagenarias de mi época entraban en la misma categoría que las octogenarias. Pero sí que intenté hacérselo entender con mis reflexiones de hoy.

Desde que hablé con Denise, me siento liberada de un gran peso. Ella nunca me ha preguntado sobre la forma en que vivo la ausencia de Jean. Su padre murió, y eso suponía, imagino, el hundimiento de su madre ante la pérdida de su compañero. No vayamos más lejos, quedémonos en la superficie de los sentimientos. ¿Qué sabrá ella de la soledad? Su futuro ya no consiste en vivir la vejez acompañada por su marido, puesto que la ha dejado. Qué tonterías digo. Uno jamás piensa demasiado en la realidad futura cuando aborda cuál será el inicio de su vejez. Nos creemos jóvenes durante mucho tiempo, planificamos todo el rato... ¡Qué indulgencia! Me pregunto cómo lo hará Denise, ella que tanto odia el pasado y el futuro.

Cuando volvía a la casa donde había vivido su infancia, no se sentía como si regresara a su hogar y volviera a reencontrarse con el lugar que la había visto crecer. No buscaba los olores familiares, como Mariette, Léa o la propia Jade. Era la única que no salía a coger la primera fruta que daba el jardín, y jamás la sorprendí husmeando las sábanas limpias del armario. Nunca hizo la menor alusión a la infancia que había pasado a nuestro lado. Como la conozco igual que si la hubiera fabricado, sé que habrá organizado su vida profesional para los próximos cuarenta años por lo menos, lo que sin duda la protegerá de cualquier asomo de nostalgia, o de pensar en todo eso... Esa es su expresión favorita para responder a las preguntas de su hermana Mariette: «Si tuviéramos que pensar en todo eso». Y sin embargo sigue pensando en «todo eso».

Al acordarme de mis hijas, porque la verdad es que me cuesta más pensar en cómo es la vida de mi único hijo varón, me doy cuenta de lo interesante que es asistir al envejecimiento de tus propios vástagos. Cuando eran bebés me recordaban a todas las pequeñas criaturas que mi madre ayudaba a traer al mundo y que luego solía visitar para asegurarse de que todo había ido bien. Más tarde, cuando crecieron, me preguntaban por la forma en que la vida nos lleva, antes que nosotros a ella. ¿Por qué las cosas van en esa dirección y no otra? ¿Y ese camino, soy yo quien lo toma o es que hay algo más que se me pasa por alto?

Entre los sueños que persiguieron mis noches entre los treinta y los cuarenta años, había uno sobre un bosque: un lugar hermoso y lleno de caminos maravillosos, cada uno más tentador que el anterior. Yo me resistía a escoger uno, y cuando recuerdo aquel sueño revivo con fuerza ese mismo deseo: cortar a través del bosque, seguir la luz que se filtraba entre las hojas y las copas de los árboles, caminar con un cuadrado de cielo azul como única brújula. Me negaba a pisar los pequeños lazos de musgo. Siempre que volvía a soñar con ese bosque, me despertaba con el desagradable sentimiento de que no había tenido tiempo de comprobar si mi negativa a internarme en él terminaba realmente en un paseo más apasionante que los caminos marcados de

antemano.

Nunca logré acordarme de si el sueño tuvo continuación o no, o quizá ni siquiera existió. Solo cambiaba una cosa: cuanto más me perseguía el sueño, menos frustrada me sentía yo por mi falta de tiempo. Como si por fin hubiera vencido mi necesidad de ceder a la tentación del camino ya fijado y hubiera podido abandonar mi sueño de abrirme paso por la naturaleza, entre los bosques.

Un día, a finales de verano, mientras doblaba las sábanas en casa porque habíamos tenido bastantes invitados, me di cuenta de que había dejado de soñar con el bosque. Tenía unos cuarenta años. Durante mucho tiempo esperé para ver si volvía a soñarlo, para descubrir cómo terminaba. Pero nunca volvió, y eso me inquietó. ¿Acaso había finalizado mi lucha contra los caminos preestablecidos y mis deseos de aventura? Nunca me atreví a explorar hasta el fondo todas las posibles interpretaciones de ese sueño, pero los estremecimientos y la emoción que sentía cuando soñaba con el bosque no estaban en mi vida cotidiana. Con ese recuerdo aún en mi mente, escuchaba los latidos de mi corazón y su mera evocación me contaba, sin revelarlos, los secretos íntimos que parecía ocultar.

A veces, mientras leía, volvía a sentir la misma exaltación, ese inmenso deseo que hacía subir mi estómago hasta el cielo, como si volara. Era como si estuviera encerrada en mi dulce vida, en un cuerpo lento y sereno, dentro del cual reposaba un volcán. ¿Acaso no explotaría jamás? Mis lecturas y ese sueño eran los fragmentos más visibles de mi inquietud, pero nada más traicionaba mi naturaleza de aventurera secreta. No me arrepiento de nada, que conste. He sido feliz, con mi vida tranquila y sencilla, al lado de un hombre prudente. Todos los hijos que tuve me ayudaron a vivir en paz. Los acompañé durante los años en que los adultos no parecen darse cuenta de la extensión de las promesas que llevan dentro. Me sentía como si fuera la guardiana de un tesoro. Y así, mis hijos eran tan misteriosos y apasionantes como las novelas que me atrapaban. Como páginas en blanco, contenían todas las historias posibles, habidas y por haber; eran vidas infinitas, y a veces yo jugaba a imaginarme el resto de aventuras que les quedaban por vivir, mirando esas caras que tan bien conocía. Cuando pienso en esos pequeños momentos, me digo... Bueno, me digo que... ¡Vaya! Ya no sé qué me digo. ¡Qué horror! Como ayer, acabo de perder una idea entre la mesa de la cocina y el pequeño escritorio de la entrada. Siempre tengo la sensación de que basta con desandar un trayecto en sentido inverso para volver a encontrarla, como si se hubiera deslizado al suelo y aún estuviera ahí, abandonada sobre el parqué.

A veces me pregunto de qué sirven los recuerdos que vuelven, tan intensamente, mientras que los detalles del día anterior se borran de la memoria. Son como el vuelo de las aves migratorias, que no avisan de cuándo piensan regresar, y solo cuando pasan por encima de uno se divisan sus detalles con emoción. Y al instante siguiente ya no están.

Gracias a las miles de páginas que leí acerca del destino de los héroes aprendí a

no tener miedo de convocar el pasado. Es necesario para saber cómo se encadenan los hechos y cómo se teje la trama sobre la que se desarrolla el presente. Nuestras vidas de padres, de abuelos y de hijos se superponen en lo ignorantes que somos de la vida de los demás. Sin duda, Jade y yo tricotamos felizmente en nuestra extraña vida en común: descubrimos con pasión los rasgos de cada una, más allá de lo que creíamos saber.

Diez

Jade no tuvo que esperar mucho tiempo, porque al final de la mañana la redactora jefe de la revista la llamó por teléfono. Con voz edulcorada, le había dicho:

—¿Puedes echarle un vistazo al reportaje de una de las chicas, que se ha centrado en la poligamia...?

A Jade no le gustaba discutir por teléfono; para el combate prefería el cara a cara. Si la conversación se agriaba, no tendría reparos en decirle que ella no era ninguna marioneta. Y en cuanto al reportaje que le habían robado, a pesar de que lo había propuesto ella, no pensaba dejarse levantar sus contactos. Más tarde, en el metro, se abandonó al furor profesional y sonrió, preguntándose en qué estación se había subido el indio sueco, o el sueco indio. «¡Menuda frívola estoy hecha!», se dijo reparando en que ahora había cogido el tren una hora y media más tarde que ayer. No tendría oportunidad de ayudar al destino, como le había sugerido el chico el día anterior. Volvió a concentrarse en lo que había sucedido durante el día y se dio cuenta de que se había olvidado por completo de comentarle su manuscrito a Mamoune. Pero su abuela lo había encontrado, seguro, porque el texto ya no estaba encima de la mesa. ¿Habría empezado ya a leerlo? Esa mañana, Mamoune había emitido un pequeño gritito de alegría al ver uno de los libros de la biblioteca de Jade. Lo había extraído de la estantería y se había puesto a hojearlo con embeleso, como si fuera una niña pequeña que hubiera recuperado su juguete favorito y perdido. Como Jade la mirara, algo extrañada, Mamoune dijo:

—Es uno de esos libros que constituyó una etapa importante en mi vida como lectora.

Igual que la mayoría de novelas que Mamoune había leído, el volumen de Virginia Woolf había vuelto a la biblioteca municipal pero se había quedado bien guardado en las estanterías imaginarias de su corazón.

—Voy a releerlo, y serán dos grandes placeres: redescubrirlo y acordarme del día en que lo descubrí por primera vez. Placer y memoria del placer.

Jade echó un vistazo furtivo al reloj de la entrada, se dio un susto y cogió su chaqueta.

—Esta noche hablamos de literatura, Mamoune, que voy muy tarde.

Y salió corriendo del apartamento. «Soy como uno de esos padres preocupados que facturan a sus hijos y se largan», pensó algo avergonzada.

Pero se distrajo rápidamente con los argumentos que quería utilizar en su conversación acerca del artículo de la revista. No se fijó en el título de la novela que tanto había emocionado a Mamoune.

Antes de invitar a su abuela a vivir con ella, Jade solía quedarse largas horas en su apartamento para escribir sus reportajes después de haber terminado de

documentarse. ¿Fue la presencia de Mamoune lo que hizo que cambiara su forma de ver su guarida habitual? Cuando compartía el apartamento con Julien, él nunca estaba allí durante el día y, por lo tanto, convertir su casa en un despacho fue lo más natural. Pero ahora quizá sentía la necesidad de huir de su casa para estar segura de que la presencia de Mamoune no le había robado un ápice de libertad. Así, cada día de la semana, Jade se iba. Habría podido pasar más tiempo en el apartamento, con Mamoune. ¿De qué tenía miedo? ¿Quería demostrar, sin decirlo, que no estaba obligada a ser su niñera hora tras hora? O quizá es que no estaba segura de querer vivir con Mamoune, después de todo. ¿Qué le transmitía su presencia, precisamente en el momento en que su vida estaba a punto de convertirse en la de una mujer libre, abierta a una multitud de destinos distintos?

Sus pasos la habían llevado hasta los pasillos grises del metro y allí cambió de línea, sin pensarlo dos veces. ¿Por qué Mamoune aún no había mencionado su manuscrito? Quizá ni siquiera había empezado a leerlo. Jade trató de imaginarla, sentada en el sofá de piel del salón, del que pronto se había adueñado. Incluso había depositado una esclavina y la había retirado apresuradamente al día siguiente. Jade la había vuelto a colocar a la primera oportunidad, y esperaba que con ese gesto discreto Mamoune comprendiera que podía sentirse como en casa, y que a Jade le gustaba que se adueñara del territorio.

En el metro nunca lucía el sol, todo es siempre de color negro y gris... Pero una inmensa sonrisa eclipsaba todo lo demás. El sueco indio, el indio sueco, acababa de sentarse frente a ella. Jade se fijó en que sus ojos despedían un aire jubiloso cuando este le dijo:

—No coges el metro todos los días a la misma hora.

—Ni tú tampoco —respondió Jade.

¿Cómo resistirse a su rostro abierto y franco, que parecía surtirle continuamente de una fuente de luz interior potente y deslumbrante?

—¿Rajiv estaba seguro de que podía confiar en el azar! ¿Y tú? ¿Cree Jade en el destino?

Ayer había dicho «destino», hoy «azar», los dos primos hermanos. Jade se fijó en que también recordaba su nombre, y que se las había arreglado para recordarle el suyo. Jade intentó devolverle una sonrisa mientras pensaba que debía parecer una sosa.

—Creo que nunca hay que olvidarse de ayudar al destino —dijo con el mismo tono que él.

—Muy buena idea, seguro que al destino eso le gusta mucho —respondió Rajiv.

Jade se echó a reír. Nunca le había pasado eso: reírse de buena gana en el metro, con un desconocido. Siguieron conversando, casi sin querer, como si fueran viejos conocidos. Jade le preguntó por su vida en París. Era estudiante de biología, o algo parecido. Mientras le observaba, se preguntó qué edad tendría. Sin darse cuenta, retorció un mechón de pelo rubio entre sus dedos. Las facciones de Rajiv eran

jóvenes y fuertes: instintivamente, Jade hubiera creído que no tenía más de veintitrés años, pero su forma de comportarse transmitía una profundidad sorprendente. Todas sus frases tenían doble sentido y el joven parecía observarla, entre divertido y complacido, mientras Jade se preguntaba sobre sus verdaderas intenciones. Y esa voz ronca y grave que parecía llegar desde el fondo de su ser la perturbaba. Una parada antes de la que tenía que bajarse Jade, el chico se inclinó hacia ella. No se había olvidado de su huida del día anterior.

—Si no tienes ganas de poner a prueba la infinita y legendaria paciencia india, ¿te importaría decirme a qué hora piensas coger el metro mañana?

Jade se dijo que esa sonrisa iba a traerle problemas, y que su proceso de decisión se pondría patas arriba, pero al mismo tiempo le dio su tarjeta con su número de teléfono a Rajiv y dijo:

—Por si el destino se cansa tanto como el azar, vamos a simplificar las cosas, ¿te parece?

Rajiv inclinó la cabeza brevemente y se guardó la tarjeta en el bolsillo de su chaqueta tejana. Jade volvió a huir hacia la puerta y bajó del vagón sin mirar atrás, pero cuando el tren pasó a su lado mientras caminaba a lo largo de la estación, con el corazón latiéndole deprisa, no pudo evitar mirar de reojo la ventana del vagón y vio a Rajiv, todavía sonriente, saludándola con la mano. Sabía que durante los minutos siguientes se diría que había hecho una estupidez, una tontería: ¡darle su número de teléfono a un desconocido, así como así, en el metro! Pero en su cabeza flotaba un airecillo alegre que vencía al disgusto que sentía y que evaporaba todas sus dudas. Tanto, que le apetecía comprarse un cuaderno de notas blanco para apuntar ahí todas las cosas inverosímiles que había hecho ese día. Y además, Rajiv tenía razón: ¿acaso no había soñado ella misma ayer con perderse en un país desconocido? ¿No era el destino quien le guiñaba el ojo, mandándole un indio sueco con el que había coincidido dos veces por casualidad? Sí que era algo extraña esa coincidencia. A menos que...

Mamoune

¡Si pudiera grabar todo lo que se me pasa por la cabeza! Sería como el ordenador de Jade, y bastaría con un pequeño clic para recuperar mis ideas, sin el menor esfuerzo. Tengo que seguir anotando todos los comentarios que quiero hacer sobre su novela, y así también lograré no decirle algunas cosas en las que reparo a medida que avanzo en la lectura. Es extraño. Pensaba que quedaba un paquete de café en alguno de los armarios de la cocina. Quizá me he equivocado y Jade no me ha avisado de dónde lo ha puesto. Tal vez en el armario de la derecha.

Desde que me he puesto con su novela, estoy segura de que entre sus líneas habita el alma de un escritor, de los que escriben con una forma especial porque observan lo que nos rodea y ven cosas que nadie sabría detectar. Jamás seré capaz de escribir, eso lo sé bien, pero cuando leo la novela de un escritor, uno de verdad, siempre me doy cuenta de que posee esa mirada singular, esa forma de atrapar lo banal y contarlo de forma insólita, ese arte de tejer una relación entre cosas aparentemente inconexas. Cuando un escritor logra atraparme en una historia verosímil, es más difícil detectar cómo lo hace. Y lo consigue seduciéndome, haciéndome partícipe de los pensamientos de los personajes; en suma, todo depende de la capacidad del autor para hacer que me embarque en la lectura. Luego, entre las páginas llenas de sentimientos y letras, queda un espacio para mis propias reflexiones, en donde puedo construir mi historia dentro de la historia. No escribo novelas, pero sí reescribo las historias que he amado, aunque con respetuoso cariño. La parte de ensoñación que la lectura me ofrece revela mi realidad íntima, en cierto modo. No sé qué experimenta un autor cuando escribe, pero adivino en lo que calla un espacio en el que se producen los más bellos encuentros entre mi mente y los rincones que ignoro de mí misma. Y en la novela de Jade, en ciertos pasajes de la lectura, no puedo salir volando como me ha sucedido a veces con otros libros. Era como si su escritura me atara a sus caminos, a las interpretaciones que la autora ha decidido por mí. ¿Cómo puedo decírselo?

Cuando leo no tengo edad, voy al ritmo de la vida de los personajes y me caso, me separo y traiciono o me equivoco como ellos. Al leer una epopeya o una aventura épica, de más joven, en realidad envejecía con los héroes, atravesando con ellos los valles y montañas de la vida. Hoy es al revés: rejuvenezco gracias a los personajes, pero voy armada de mi experiencia, así que logro percibir las trampas, los desvíos incluso antes de que caigan en ellos. Ya me he sentido menos viva que los personajes cuyas vidas leí con tanta pasión. Y al cerrar el libro, he pensado con sobresalto que yo también podía inventar mi vida y dotarla del color de una existencia de novela. Durante algunos días, mi vida ya no era la misma. Debo decirle que aunque me han gustado las parejas protagonistas de sus historias, algunos personajes se parecen demasiado y los confundo.

Tengo que descansar un poco, no sé qué hago esta mañana. Voy dando vueltas de

aquí para allá y noto que tengo las piernas cada vez más cansadas. ¡Mucho mejor así, sentada! Ahora que lo miro, parece como si el ficus hubiera crecido un poco, como si le gustara que lo rieguen cada día y los cuidados que le dedico, podándolo cada semana. Y también, claro está, las historias que le cuento cada día.

Vuelvo a la novela de Jade: el lector se sumerge en el descubrimiento de unos personajes sabiendo que a todos les queda poco tiempo de vida, cosa que ellos por supuesto ignoran. La intriga de la trama está relacionada con eso, y absortos en los pequeños detalles de las vidas de todos y cada uno de ellos, poco a poco uno se va olvidando de que van a morir, y a cada tanto, el narrador vuelve a recordarnos, con una pizca de misterio y angustia, que el final es inminente. Al fin y al cabo pasa lo mismo en nuestras pequeñas existencias cotidianas, ¿no? Uno se olvida tan fácilmente de que todo puede detenerse, congelarse de repente de un momento a otro.

Mientras tanto, yo me dedico a fabricar lecciones de novela, con la inocencia que me confiere esa eternidad que se abre frente a mí. ¿Qué tramarán mis arterias mientras voy tejiendo mis pensamientos? No debo olvidarme de decirle a Jade que el final de su libro no me acaba de encajar. Dios mío, ¿cómo me las arreglaré para contarle todas mis opiniones y lo que pienso que debe mejorar en su novela, después de todo el tiempo que se ha pasado trabajando en ella? ¡Qué misterio, el de la creación! Me imagino que llegado un punto, después de tanto escribir, ahora tiene miedo de que alguien lea y critique su manuscrito, y heme aquí, abuela casi impotente, acogida con cariño y amabilidad, salvada de un destino terrible, y con el pretexto de ser una buena lectora, ¡me veo en la tesitura de inspeccionar su trabajo, la obra acabada, con la más que probable posibilidad de herir su frágil ego de autora!

Solamente soy una lectora entre tantas, y quizá haya mucha gente a la que la novela de mi nieta le gustaría tal cual está. ¿Acaso me habré vuelto demasiado exigente? O vete a saber si al cabo de tantas lecturas, mi gusto ha cambiado. A veces me ha pasado: años después retomo un libro que había abandonado y lo disfruto mucho. ¡Y qué decir de las primeras novelas que leí, amontonadas en un rincón de la mesa, con la certeza de que llegaría el momento en que las leería con fluidez, porque allí existía un ínfimo pedacito de la tela del universo! Algo creció de libro en libro que se apoderó de mis ojos, de mi memoria y de todo mi cuerpo. Me acuerdo de cómo me fascinaba el milagro de los buenos libros leídos en el momento adecuado de la vida. Eran los que salían de la estantería justo cuando yo necesitaba respuestas para una pregunta existencial. Gracias a ellos recuperé la paciencia cuando estaba a punto de abandonarlo todo, descubrí las virtudes del amor platónico, abandoné el viaje físico por el viaje por otras vidas y guardé el asesinato en la estantería de los imposibles. Lo he vivido todo, tengo mil años y eso se lo debo a los libros.

Me gustaría tanto poder ayudar a Jade y decirle lo que no me ha gustado de su libro sin ofenderla. Es como aquella niña que cuidé, ¿cómo se llamaba? Apenas había empezado a caminar. Me acuerdo muy bien de su madre, una morena pequeña y vivaracha con la que charlaba de los avances de su hija cuando venía a recogerla por

la tarde. Un día me describió lo avergonzada que se sentía ante los pasos vacilantes de su hija, que solía caerse muy a menudo. Se lamentaba y me decía que tenía ganas de estirar los brazos, de conducirla y protegerla, pero que ese mismo gesto le diría a la niña que no confiaba en ella, que la creía incapaz de andar sola, y que su madre sabía que iba a caerse.

—No quiero que sepa que tengo miedo —me decía—. ¿Me entiende, Mamoune? Solo quiero que esté segura de mí, que sepa que confío en ella, y luego yo ya la recogeré justo antes de que se caiga, para que no se haga daño.

Eso me hizo sonreír, y le respondí:

—Lo que acaba de decir es lo que hace una madre a lo largo de toda su vida.

Quizá me sucede lo mismo, ahora que he leído la novela de Jade. Me acuerdo de los primeros tiempos de mis lecturas: me fijé en que el encanto de los debuts tardíos es esa facilidad para convertir el idioma en una fábrica de ideas mágicas, observadas en anteriores textos. Las palabras que yo utilizaba a diario se transformaban, en virtud de eso, en otro idioma muy distinto. No podía impedir sentir admiración por esos escritores, y los comparaba a los grandes cocineros que, con los mismos ingredientes que yo, preparaban platos imposibles para mí y mezclaban sabores que yo no podía ni siquiera analizar. A veces, cuando la belleza de la escritura me absorbía por completo, escuchaba con otros oídos las conversaciones cotidianas, e intentaba traducir al estilo de ese o aquel autor las frases triviales que se cruzaban en mi camino. Me preguntaba cómo cambiarían las conversaciones de unos y otros, en manos de la pluma de ese autor, o de otro aún más magnífico. ¿Aspira a eso mi nieta? O, si la vida real nunca está lejos de la imaginada, ¿quiere descubrir hasta qué punto es válido lo contrario?

Once

Rajiv llevó a Jade a un restaurante indio en un pequeño callejón del distrito décimo. Todas las tiendas desprendían un aroma a especias y, cuando llegaron, se instalaron en la sala trasera del local, que tenía una decoración de lo más exótica, como si fuera una película, llena de estucados y telas con bordados en oro. Allí, el dueño del restaurante, al que Rajiv conocía bien, recibía a sus invitados personales.

—Es la sala de las bodas —dijo, saludando a Rajiv con un guiño antes de desaparecer por la cocina.

—¿Ha sido adrede o por casualidad? —preguntó Jade.

—Es mi restaurante preferido —repuso Rajiv, encogiéndose de hombros—. Uno está a la vez en París, Londres o India.

—¿Pero no en Suecia?

—Allí solamente viví dos años. Cuando le digo a una chica que he conocido en el metro que soy sueco, es para hacerme el interesante —dijo con la mirada chispeante—. La verdad es que no me acuerdo de mucho. Pero me gustaría volver, eso sí, con mi madre.

—Ah, ¿conoces a muchas chicas en el metro?

—Pues sí. Vagones enteros, cada mañana —confesó él, tendiéndole un *nan*.

Llegaron los platos, que ninguno de los dos había pedido. Rajiv se había limitado a decirle unas palabras en hindi al dueño y al cabo de unos instantes, su mesa estaba llena de platillos con aspecto a cada cual más apetitoso.

—Dos días. Se ha pasado dos días leyendo mi novela, seguro que ha forzado la vista para devorarla. Incluso me dijo que había leído algunos pasajes varias veces, para decirme lo que quería sin equivocarse.

Jade no sabía por qué le había contado a Rajiv que vivía con su abuela, y que estaba leyendo su novela porque le había propuesto su ayuda. No había tardado casi nada en revelar ese detalle de su vida. Y enseguida le había gustado como la mirada luminosa del hombre se volcaba sobre la suya propia. Prosiguió, relatándole a Rajiv todos los detalles de la conversación con su abuela, y su asombro al escuchar la crítica literaria de Mamoune.

Todo había empezado de forma curiosa. Cuando Jade había vuelto del trabajo, no se había atrevido a preguntarle si había leído la novela. Luego, casi cuando terminaban de comer, mientras le daba un mordisco a una pera, Mamoune había soltado:

—¿Y si hablamos de tu novela?

—¿Ah, ya la has terminado? —atinó a preguntar Jade, repentinamente intimidada. Mamoune había sonreído.

—Sí, he terminado de leerla, pero tú no has terminado de escribirla. Para que se convierta en lo que quieres, tendrás que trabajar más.

La escena había tenido lugar el día antes, y Jade se esforzó por describir a Rajiv la voz queda, la reserva y hasta el semblante grave de Mamoune, cuando le había dicho:

—Creo que tienes que reescribirla, pero no me entiendas mal. Esta novela es tu primer esfuerzo como escritora, y eso se nota.

Jade se quedó callada escuchando a su abuela, impresionada por el cuidado con el que detallaba con exactitud sus sentimientos y su opinión sobre su escritura.

—Tienes prisa, quieres contarlo todo de golpe, y lo vuelcas en el papel sin más. Lo entiendo: es como una cascada, como un torrente, con aguas que avanzan en libertad y también remansos tranquilos, lagos donde se gestan las corrientes subterráneas del libro. —Y casi sin querer, en un tono anodino, pronunció una frase que perturbó a Jade—: No dejes que la periodista devore a la escritora.

Jade no mencionó esta advertencia a Rajiv. Estaba absorta en el placer de conversar con él, de experimentar hasta qué punto esa cita era distinta de todo cuanto había conocido. Sentía de nuevo ganas de conocer a otra persona, y de sincerarse con ella. Descubría con sorpresa que hacía mucho tiempo que no se sentía así, y mientras le hacía preguntas sobre su infancia en Londres y su descubrimiento de la India a los diecisiete años, observaba cómo movía las manos, los rasgos de su rostro, el brillo de su mirada. Era una extraña mezcla de sabores e impresiones: el perfume exótico de los platos, las especias y el rasgueo de su voz ronca, que se confabulaban con su cuerpo para bailar un vals de sensaciones agradables.

Rajiv le habló de su regreso a Europa, de la profunda emoción que sintió al reencontrarse con sus orígenes, y de sus estudios en Londres y París. No era tan joven como parecía.

—Para los indios, soy un hombre mayor que debería estar casado desde hace tiempo. Tengo casi treinta años. Pero sería peor para ti: la gente pensaría que tus padres no tienen dinero para casarte, o que nadie te quiere. En India es un insulto decirle a alguien que le deseas muchas hijas y que se casen bien.

Mientras Rajiv proseguía, Jade se dio cuenta de que hacía tiempo que no conversaba con tanta libertad, intercambiando sus opiniones con otro; casi desde que vivía con Julien. Había seguido conociendo gente, claro está, mientras vivía con él, y después sola. Pero nunca perdía la sensación de que «eran dos». Al vivir acompañada durante unos años, su comportamiento se había modificado, y sin duda también el de los demás. Se había convertido en una coartada que enmascaraba la verdad más perturbadora: había olvidado cómo hablar de ella misma, y había perdido la curiosidad por los demás. Su oficio era hacer preguntas para descubrir la vida de los otros, pero en su vida personal había optado por no hacerlas, y no implicarse en nada. En cierto modo, había pasado años oculta detrás de su bolígrafo.

En cambio, la curiosidad de Rajiv era pura, desnuda. Enfocaba la luz hacia todo, y lo que en otro parecería indiscreción, viniendo de él era interés genuino y curiosidad natural, inocente. Como cuando preguntaba:

—¿Crees que tu abuela se casó por amor?

O bien:

—¿Qué ha sentido, todos estos años de duelo por su marido?

Eran preguntas que la propia Jade jamás se había hecho, pensó la joven, mientras Rajiv añadía:

—En cierto modo, tu abuela es medio india: esa pasión secreta por la lectura... En mi tierra dicen que todos hemos sido indios en otra vida.

Jade sonrió; le gustaba lo que decía, porque no conocía a nadie que hablara como él. Mientras seguía explicándole cosas de su infancia, Rajiv rozó su mano, su brazo y su mejilla, distraídamente, con una ternura natural. El contacto de su piel mate hizo que se estremeciera. Y pensar que dos días antes se preguntaba para qué servía la vida, y todo se le antojaba en vano. Tener hijos, una pareja, un amante... ¿para terminar anciana, sola y enferma? No valía la pena. Estaba convencida de que su vida sería solitaria, de que viajaría, pero sin ataduras. En cambio, hoy resplandecía de belleza frente a los ojos nocturnos de un hombre que la miraba con pasión, y su rostro estaba iluminado por una sonrisa radiante y el deseo de vivir. Y con todo eso tenía mucho que ver la certeza de su abuela de que Jade era una novelista.

Volvió después de comer con Rajiv, y mientras regresaba a su apartamento los personajes de su novela bailaban frente a sus ojos. Tenía ganas de rediseñarlos, de reflexionar sobre el papel que les había asignado en el argumento, y trataba de decidir cuáles suprimir o modificar. Había terminado de escribir la novela hacía ocho meses, así que en cierto modo ya no sentía el texto como suyo, sino como si lo hubiera escrito otra persona. Por eso, los comentarios de Mamoune no la habían molestado.

—Tienes que madurar, aprender a domeñar este torrente de palabras, que me da la sensación de que fluyen sin dificultad de tu cerebro —le había dicho su abuela—. ¡Vaya con esa imaginación que tienes!

Jade pensó entonces que Mamoune era algo así como una hechicera, que había nacido con la tierra y poseía la sabiduría de los ancestros, y había aprendido la magia de los libros sin quemarse los ojos. Era su hada madrina, mejor dicho. Jade había creído que era ella la que la había salvado evitando que fuera a la residencia, pero en realidad era Mamoune quien la había rescatado de un océano de tristeza, en el fondo del cual Jade estaba atrapada. Gracias a lo que Mamoune le había dicho acerca de su novela, Jade comprendía mejor cosas en las que no había reparado, detalles que se habían escapado a sus lecturas del manuscrito. Tal vez era lo que no había sabido o podido comprender en las cartas de rechazo de las editoriales: Jade había interpretado las negativas como heridas, como si alguien dijera que no quería su libro, que era impublicable. Había terminado por creer que las novelas que se escribían sin alegría, sin estilo y sin interés y que sí se publicaban eran mejores que la novela que ella creía haber escrito. Había sido una dura y amarga lección.

Pero Mamoune había llegado como si fuera la madrina de Cenicienta en busca de su princesa oculta por los harapos. Y le tendía a Jade agujas, telas y lazos y le decía que tenía que coser un hermoso vestido para ese impulso palpitante que sentía, que

vibraba como una llamada y que la empujaba a escribir.

Cuando había terminado su primera novela había sentido una felicidad absoluta. Salía con sus amigos por la noche, y cuando les decía que estaba escribiendo un libro, veía la incredulidad o la burla en sus ojos. Nadie la creía. Un escritor es una persona que ha publicado ya un libro, no un aprendiz. Pero Jade no quería que la consideraran una escritora: ella, simplemente, escribía. De todos modos, siempre le decían que admiraban su valentía, porque se había puesto manos a la obra. Todo el mundo quería ser escritor, y estaban convencidos de tener algo que decir. Pero eso no era lo mismo que publicar un libro.

Con su mirada aguda y a la vez benevolente, Mamoune le había ayudado a interpretar algo que al principio solo era un acto irreflexivo.

—Si has optado por enviar tu novela a las editoriales —le había dicho con un tono algo severo—, no debes olvidar nunca que expones tu texto a la lectura de los demás, y eso te obliga a ser muy exigente contigo misma.

Jade nunca lo había visto así hasta que Mamoune, en su cruzada lectora, le había abierto los ojos. Ahora, por encima del hombro, notaba la sombra de su abuela, que la empujaba a explorar territorios desconocidos, y quién sabe si peligrosos.

¿Qué tipo de lectora había sido Jade, al fin y al cabo? La pregunta era obligada, pues leer y escribir eran como líneas de la vida en la palma de la mano: iban juntas, se mezclaban. ¿Acaso Mamoune, devoradora secreta de libros, la había empujado a escribir, a través del lazo silencioso que se había tejido entre la abuela y la nieta?

A Jade siempre le había gustado leer. A veces cerraba un libro asombrada, o en ocasiones se negaba a leer ciertos pasajes porque tenía miedo y no quería que sucediera lo que el narrador iba desgranando. Estaba cegada por el deseo de que los personajes con los que se encariñaba, los que la emocionaban, no tuvieran que someterse nunca a los fantasmas del destino que la asustaban. Le hubiera gustado que huyesen, que escapasen de su sino, que siempre parecía superponerse al suyo propio. En cambio, durante su adolescencia —lo había comprendido al escribir esas páginas— era ella la que cruzaba todos los límites: rozando la violencia, arrojándose en brazos del sexo, sin importarle dónde estaba la frontera. Buscaba lo imposible. ¿Era eso lo que había esperado cuando emprendió la escritura de la novela? ¿Conocer a la extraña que se ocultaba en su interior, la mujer que le revelaría sus deseos más secretos? Si así era, Jade no estaba segura de que avanzar hacia ese encuentro de mano de su abuela fuera lo más apropiado.

Mamoune

Jade aún no ha vuelto; trabaja en una revista. Cuando estoy sola en su apartamento, vuelvo a reencontrarme con mi soledad, y siento un bienestar apacible que me hace falta. No quiero ser una carga en la vida de mi nieta, y su ausencia me dice que sigue con su vida normal. Eso me tranquiliza; y también el hecho de que confíe en mí, de que no tenga miedo de dejarme sola. Me llama cuando sabe que va a llegar tarde, y me informa de sus idas y venidas, pero siempre deja un margen de una o dos horas, para que ni ella ni yo estemos obligadas a estar pendientes la una de la otra. Me dijo que había conocido un chico en el metro, y que hoy van a comer juntos. Me lo ha dicho esta mañana, mientras se vestía, como si fuera un detalle más de su día, pero en su voz he notado una anticipación, una nota de excitación mezclada con un poco de inquietud. Espero que no sea peligroso. Pero no: mi nieta es demasiado lista como para meterse en un brete.

No sabe de qué escapé cuando vine a vivir con ella. Es una mujer joven y urbana, y no conoce las mezquindades que se ocultan entre las miserias de la gente. A las mujeres ancianas que viven aisladas les salen muchos pretendientes para acompañarlas durante los últimos años de su vida: vecinos y amigos varios. Bajo el pretexto de cuidarlas, de ocuparse de ellas, en realidad les roban sus joyas, su dinero y su autonomía. Les vacían los cajones, cuando aún viven, para quitarles sus pertenencias a ellas y de paso esquilmar a los futuros herederos. Devotos de las buenas obras que se hacen con el ajuar de la esposa, ahora que es viuda. He visto innumerables mujeres mayores que el cura del pueblo asignaba a los cuidados de solícitas vecinas, las cuales se dedicaban a inspeccionar los armarios de las interfectas mientras dormían la siesta. O el extremo opuesto: los vástagos jóvenes, que de repente sienten la imperiosa necesidad de visitar a sus abuelas antes de su extinción, para conseguir arramblar con el máximo número de objetos. Así que cuando llegó la primera señal de dolor, me preocupé de dejar claro a los depredadores que conmigo no tenían nada que hacer. Fueran familiares o vecinos, no quería que me pasara lo que tantas veces había presenciado en casa de los demás. Jade no es una chica interesada, lo sé bien. Si mi final llega aquí, en su casa; si llego a perder la cabeza y la lucidez entre estas paredes, sé que estoy protegida de engaños y mentiras.

Jamás agradeceré lo bastante a los libros que me hayan permitido vivir por encima de mi condición, puesto que me descubrían todo lo que yo veía en mi vida cotidiana, como si asistiera a un espectáculo teatral. Personajes mezquinos y avaros, como los que acostumbran a llenar nuestros pueblos, con aires de personajes notables. Gracias a las páginas que tenía entre mis manos, su concupiscencia se me revelaba de un plumazo. Cuando levantaba la cabeza, los veía de repente, más verdaderos que nunca. Quizá cambiaban los nombres, pero los móviles que les impulsaban eran los mismos. A veces, las palabras se parecían a las que yo oía, y los destinos se tejían y era fácil señalarlos con el dedo; entonces bendecía a los escritores

que desvelaban a mis ojos mi vida de pueblo, que de repente veía con una mirada distinta. Desde aquel momento, dejé de preguntarme si tenía derecho a los libros, si las historias narradas estaban reservadas a la gente cultivada, a los que vivían en la ciudad. Comprendí que el espejo que me ofrecía la ficción se había convertido en algo indispensable para mí. La escuela de Jules Ferry me había enseñado a leer; la escuela de la lectura iba a enseñarme a vivir.

No estoy cansada. No siento la languidez que me invadía cuando vivía sola en casa y se acercaba el aniversario de la muerte de Jean. Me vigilo cuando Jade no está, claro. Me obligo a descansar, a salir sin alejarme demasiado. Intento no ponerme en ninguna situación de la que no pueda salir sola. Por ejemplo, me ducho o me baño cuando Jade está cerca y, por lo visto, hago bien. Esta tarde, estaba sentada en la bañera y no pude mover las piernas. Como no cierro nunca la puerta del baño con llave, la llamé enseguida, con el corazón latiéndome tan fuerte que fácilmente se me habría salido por el pecho. Creí que había gritado pero Jade me dijo que apenas me había oído, que había hablado como en un suspiro. Ella pasaba junto a la puerta, entró en el baño y me ayudó a salir de la bañera. Me sostuvo, me acunó, me ayudó. Yo no dejé de pedirle perdón, y las lágrimas de impotencia se mezclaban con la vergüenza que me daba imponerle mi viejo cuerpo inválido.

—Mamoune, dulce Mamoune —murmuraba Jade—. Déjame ocuparme de ti. Precisamente para que no estuvieras entre extraños te traje aquí, para darte la atención que mereces. Me diste tanta ternura, cuando era pequeña, y aún hoy. ¿De qué tienes miedo? ¿Qué reproches vas a hacerte? Eres mayor, pero eso no me molesta. Mejor dicho, no tienes edad: hueles a leche, a violeta y a vainilla. Deja que te peine.

Y así fue: me vistió, me peinó como si fuera una niña, una muñeca. Tanta amabilidad me desconcertó, lo confieso. Me hacía sufrir y me tranquilizaba a la vez: era la prueba de que a partir de ahora, no podría vivir sola.

Pues sí, estoy vieja. A partir de ahora, necesito compañía y vigilancia. No tengo miedo de morir, sino de convertirme en una carga. Temo que Jade comprenda que ha cometido un error al llevarme a vivir con ella. Siento que debo liberarla, informarla de que he decidido retirarme voluntariamente a la residencia. Llamó a un médico conocido suyo, que vino a examinarme y no encontró nada fuera de lo normal. La tensión un poco baja, debido al cansancio. Nada fuera de lo normal a su edad, repitió el médico. Ya sé, ya sé. Es la edad lo que no es normal. No quiero adaptarme a ella y soy plenamente consciente de ello, pero no pienso dejar que me atrapen. Aún tengo que conseguir algo, antes de instalarme en una silla de ruedas y esperar a que alguien la empuje. Tengo que ayudar a Jade con su novela. Está decidido. Gracias a Dios, no tengo problemas con la vista. Se lo he repetido esta noche, después de que el médico se fuera. Cuando retome la reescritura del libro y termine de corregirlo, tiene que darme direcciones y sobres. Yo me ocuparé del envío, de releer las pruebas, de enviar los manuscritos. No será ningún esfuerzo excesivo para mí, pues todo puedo hacerlo

desde casa, tranquilamente. Estoy convencida de que su novela puede convertirse en... Bueno, la verdad es que no sé muy bien en qué, pero así me convengo de que mi inutilidad no es tal, que mi fecha de caducidad puede esperar a mañana. Siempre he sido así: tranquila, serena, abrazada a la vida, aunque no siempre estuve segura de que fuera a la mía. Ahora que soy mayor, pido un poco más de tiempo. Le ruego al cielo unas semanas, o unos meses. Horas que pueda contar por minutos, tiempo para el tiempo, del que uno contempla mientras transcurre, lentamente, con sencilla beatitud. El tiempo del presente será precioso para mí porque no me serviría de nada saltar hacia delante: solamente me espera un abismo, y esa sensación no me produce la menor serenidad. Cuando era joven, creía que los ancianos estaban resignados, que eran sabios y estaban dispuestos a morir en silencio. Preparados. Quizá, después de todo, así era. ¿Y yo? Los demás me creen una mujer calmada y prudente, tan madura para su edad, como solía decir mi madre. ¡Si me viera hoy! Soy un pobre pájaro nervioso que se golpea contra sus años perdidos como si fueran las paredes de la fatalidad.

Doce

La vecina de Jade, una española de Granada que sabía que yo estaba viviendo con ella, vio el coche del médico. Les trajo churros calientes y se quedó con ellas para darles algunos consejos sobre cómo preparar el mejor chocolate, el que hacía que los churros se aguantasen de pie.

—Si no comiera tanto chocolate, aún tendría cintura de bailarina —aseguró—, pero es el mejor remedio que conozco para superar un vahído.

Mamoune contempló a la mujercita rechoncha mientras depositaba los dulces sobre un plato, y se dijo que debía haber superado un buen número de vahídos a golpe de churros. Mientras, Jade observaba a su abuela. Tenía aspecto cansado, pero sonreía. El malestar en la bañera la había dejado preocupada. Cuando la sacó estaba pálida y no podía moverse. Y ahora, sentada como una dócil muñeca en el sofá, tenía un aire de lo más frágil. Jade le había hecho unas trenzas en lugar del moño que solía llevar. Era un peinado que la rejuvenecía. Mamoune miraba los churros con apetito, y cuando la vecina se retiró para no cansarla, Jade dijo, burlándose un poco:

—Vaya, no sabía que te gustasen tanto estos desayunos españoles tan «ligeros».

Mamoune sonrió y repuso, con la mirada perdida:

—Es un recuerdo de mi viaje de boda. Nunca he viajado a ninguna parte, excepto a España. Fuimos a Andalucía y comíamos churros a todas horas. Cuando volví, descubrí horrorizada que había engordado por lo menos tres kilos. Me los quité de encima en las montañas. Fue un viaje muy largo, en el coche de un amigo, un cacharro de antes de la Liberación que había sido su regalo de bodas. Jean se había sacado el carné.

—¿Y qué edad teníais entonces?

—El veinticuatro, y yo acababa de cumplir los dieciocho. No hizo falta el permiso de mis padres para que pudiéramos casarnos, como llevábamos pidiéndoles desde hacía un año. ¡Nos queríamos desde hacía tanto tiempo! A los veinte, uno cree que cinco años de amor son una eternidad. Todos se preocuparon mucho, en mi familia quiero decir, cuando nos despidieron para un viaje tan lejano, y con tan poca experiencia. Cruzamos los Pirineos, esa otra montaña de Francia que yo ignoraba fuera tan bella. Íbamos hacia el mar, pero preferimos seguir hasta Andalucía después de perder varias horas reparando el coche, que se había averiado al poco de empezar el trayecto en un pueblecito perdido. Pasamos un buen puñado de peripecias, pero fue un viaje hermoso.

En la transparencia de sus ojos azules, Jade vio en ese instante a la joven que fue su abuela antaño. Su mirada parecía fija en otros recuerdos, los que no cruzaban la barrera de la sonrisa misteriosa que flotaba sobre sus pálidos labios.

—Sí —prosiguió Mamoune, volviendo al presente—. Cuando volvimos a casa, decidimos que viajaríamos cada año a un lugar distinto del mundo. Entonces me

quedé embarazada de Mariette. Y luego llegaron Léa, Denise y tu padre. A los veintiséis años tenía cuatro hijos a mi cargo, y había que trabajar para alimentarlos. No volvimos a irnos de viaje.

Se calló de pronto, frunció el ceño y volvió a sonreír al mirar a su nieta.

—En tu novela, los personajes de Jean y Jeanne somos nosotros dos, ¿verdad? Mi marido y yo, quiero decir. ¿No sabías que sí habíamos ido de viaje de bodas?

Jade farfulló, avergonzada:

—Digamos que me inspiré en lo que sabía de vosotros, pero claro, jugué con la realidad. Ya sabes...

—No, no lo sé —interrumpió bruscamente Mamoune—. Solamente conozco la vida real o la realidad de los libros. No sé qué significa escribir una vida, traducirla con la imaginación. No conozco a ningún escritor, excepto a ti. Te confieso que al principio me costó reconocirme en ese personaje. Me llevó tiempo comprender cómo me veías.

—¿Y cómo crees que te veo?

—Como una campesina dominada por su instinto maternal, me parece.

—¿Y te gusta el personaje? A la lectora que eres, quiero decir.

Mamoune se echó a reír.

—Voy a ser sincera con la autora: la verdad es que no. Al principio me molestaba un poco. ¡Para que veas hasta qué punto no he sabido reconocirme en ella! Es que en la vida, uno no dice todo lo que piensa, ni pensamos todo lo que decimos, ni tampoco hacemos todo lo que creemos. Esa mujer me parecía un pedazo de piedra sin ningún misterio, como un bloque. No poseía el espacio íntimo que le permite al lector interpretar libremente sus secretos, como sucede con los personajes de novela que hacemos nuestros.

Mientras hablaba, se dedicó a degustar con visible placer un churro. Jade vio la niña que debió haber sido al contemplarla. De hecho, fue Mamoune quien le enseñó lo instructivo que era imaginar a los demás a otra edad, en un momento de sus vidas distinto del que los habíamos conocido. ¿Por qué nunca pensamos en lo que no sabemos de la gente que conocemos bien, en lugar de conformarnos satisfechos con pegarles la etiqueta que les hemos atribuido desde siempre? Eso le decía su abuela siempre. Y al principio, Jade había creído que era una forma de pedir perdón por el hecho de ser otra, de haberle mentado un poco. Después, Jade comprendió que para Mamoune era simplemente una forma de vivir, de ser abierta y honesta.

—¿Los demás personajes son invención tuya o también te has inspirado en personas de verdad, como con Jean y Jeanne?

—Algunos son una mezcla, otros pura ficción. La verdad es que no me senté a pensar: con este haré tal cosa y con el otro tal otra. Quería dibujar un conjunto variado de parejas, de edades y caracteres diferentes, maridos y esposas, amantes, amigos, hermanos y hermanas, vecinos y enemigos. Pero a medida que iba escribiendo, algunos se fundían con otros, mientras que otros se quedaban como al

principio. Por lo que me dices, veo que el resultado final no ha quedado tan claro como yo pretendía.

Mamoune se había quedado en silencio. Jade adivinó que estaba reflexionando acerca de la lectura de su novela, y que quería decirle algo. De repente, como si se le acabara de ocurrir, su abuela dijo:

—¿Qué sucede cuando relees? ¿Vuelves a descubrir el texto o serías capaz de recitarlo de memoria si te lo quitasen?

—Creo que lo descubro, pero si me lo quitasen sí podría recitarlo...

—Porque lo llevas en el corazón, y lo que sale de ahí es difícil de juzgar con ecuanimidad —respondió su abuela—. Deberías intentar releer lo que escribes muy muy lentamente. Incluso suprimiendo pasajes, para ver qué pasa. Aunque sé que es difícil hacer lo que te digo: después de todo, yo soy lectora, no escritora.

—Pero es que a mí me ayuda tu punto de vista de lectora, precisamente. ¿Tienes miedo de aconsejarme mal?

—Un poco. Pero bueno, lo que intento decirte es que deberías dejar que el lector adivinara un poco más tus personajes. Sin marearlo, sin darle demasiado. Hay una joya en el interior de lo que has escrito, y lo descubrirás cuando abras ese sobre que tú crees que es la novela entera.

—Mamoune, eso es increíble. ¿De verdad crees que hay una novela que vale la pena en lo que he escrito? He mandado ese manuscrito a una decena de editoriales, y nadie me ha dicho nunca nada parecido, ni me ha propuesto correcciones ni cambios como los que tú me acabas de apuntar. ¡Eres lo más cercano a un editor que he tenido jamás!

Mamoune se echó a reír.

—No sé si deberías alegrarte o preocuparte por eso. Querida mía, no sé qué decirte. Mi madre decía que no se podía cultivar tomates y venderlos a la vez. Uno nunca sabe quién toma las decisiones en las editoriales. Piensa que, de las cartas de rechazo que me has enseñado, solamente dos vienen firmadas con nombre y apellido, y son precisamente las que contienen las sugerencias más atinadas. ¡O puede ser que me equivoque por completo y tu libro sea una porquería!

Jade frunció el ceño, mientras Mamoune la miraba con ojos risueños.

—Prefiero pensar que tienes razón y ponerme a trabajar. Voy a recortar el texto, como dices. Después de todo, vengo de un mundo donde tengo que ajustar la extensión de mis artículos todo el tiempo al espacio que me dan, por culpa de la publicidad. Así que por una vez no debería costarme realizar esa operación quirúrgica si es para mejorar el ritmo del relato.

—Las escenas exóticas están muy bien. Yo no sé nada de las islas que describes, y me han gustado mucho esos pasajes. Los colores y los perfumes, la vida cotidiana.

El rostro de Rajiv flotó frente a Jade por un instante. La comida que habían compartido, el hermoso color de su piel iluminado por la sonrisa irresistible que asomaba a cada frase.

—Por cierto, con mi numerito en tu bañera, se me ha olvidado preguntarte cómo te ha ido la comida —dijo Mamoune, astuta.

Jade la miró. Era como si le hubiera leído el pensamiento.

—Bien, muy bien. Ha sido... Ha estado muy bien. Muy agradable.

Mamoune la observó con atención y algo de escepticismo. Parecía haber recobrado un poco el color en las mejillas. ¿Qué podía decirle Jade? Que estaba redescubriendo algo que creía perdido, una emoción cuya existencia ella misma ignoraba. En su fuero interno, había una distancia tan grande y a la vez tan fácil de cruzar entre lo que sentía y lo que era capaz de admitir que estaba asombrada. No sabía qué era lo que le seducía de Rajiv, y le importaba un bledo. Acababa de pasar las cuatro horas más interesantes de su vida con un hombre que hacía latir su corazón de forma anormal. Así que le daba igual si el cielo caía sobre su cabeza. Trató de desviar la conversación y dijo:

—Verás, Mamoune. Las chicas de mi edad en París que no están refugiadas en una pareja estable sienten un malestar que las impulsa a buscar su media naranja a toda costa, ¡incluso cuando acaban de cerrar el número de una revista donde dicen que están de maravilla solas! Hay toda una industria dedicada a la búsqueda de pareja: páginas web de citas, cafés donde se celebran citas relámpago para solteros... Uno rellena una ficha, se cronometran las citas, y ¡zas! Cinco minutos para conocerse, valorarse y a otra cosa mariposa si no hay química.

Mamoune la escuchaba, entre desolada y azorada.

—Pero pequeña mía, ¿a ti te hacen falta esos esparadrapos del corazón? Tú eres guapa y tienes muchas cualidades, hermosa mía.

—A mí no me ha hecho falta, Mamoune, porque no tenía ganas de conocer a nadie, al menos no después de dejar a Julien y reencontrar mi propio equilibrio, incluso con mis amigas. Lo que pasa es que sí he asistido a este tipo de citas relámpago, cuando escribía artículos para la revista. ¡El nuevo hombre, la mujer clásica y el futuro de las relaciones! Así iba el titular. Aunque desde que estoy sola, hay amigos, o mejor dicho amigas que ya no me llaman tanto para salir. Quizá soy sinónimo del peligro que acecha a las parejas.

Jade no le dijo a su abuela que al principio ese silencio la había afectado mucho, hasta que llegó a la conclusión de que era la mejor manera de elegir entre los verdaderos amigos y los que no lo eran. Y después de todo, siempre había sido testigo, con una mezcla de burla y miedo, de la ausencia de magia de dichos encuentros fugaces. Eran un reflejo del naufragio del deseo, del placer cargado de las primeras miradas. Hombres y mujeres ya no jugaban a la seducción y el embrujo, sino que llevaban una especie de libro de cuentas. ¿Eran esos encuentros el equivalente a una cena de amantes?

No, desde luego que no. Eran conquista, guerra, desafíos, crueles terrenos de juego, todo teñido de una carrera hacia el dinero insoportable. «Sí, he recibido tu declaración de amor, pero necesito que en tu próximo correo electrónico me pases tu

declaración de renta, además».

Jade midió el abismo que separaba la búsqueda frenética del alma gemela y la inocencia madura de Rajiv, que se había pasado más de una hora mirándola en el vagón de metro. En la mesa había un ramo de flores, más de cuarenta, que había llegado después de la comida, al mismo tiempo que el médico que había llamado para que examinara a Mamoune. La anciana no había despegado los ojos del galeno mientras se sometía al examen médico en presencia de su nieta.

—Dígame, doctor, ¿no sería más bien una autopsia lo que está haciendo, teniendo en cuenta la edad que tengo? —le había soltado risueña al buen hombre, mientras le guiñaba el ojo a Jade—. No ha sido más que un resbalón, un pequeño desfallecimiento. ¡Vaya con cuidado, que me está haciendo cosquillas!

Después de oír lo que su nieta acababa de contarle, Mamoune se quedó un poco abatida. No juzgaba en absoluto esas prácticas; solamente le parecía que esos nuevos usos amorosos carecían de alegría, y trataba de comprender la angustia que impulsaba a esa generación a buscar el amor de forma tan distinta a como lo había conocido ella.

—Cada época tiene sus reglas y sus formas de romperlas —suspiró Mamoune—. En mi época uno se casaba para huir de la familia, ni más ni menos. Las chicas no sabíamos nada, e incluso algunas no conocían ni su propio cuerpo. La fantasía de la juventud era nuestro único faro en las aguas atormentadas de nuestra ignorancia. Yo tuve la suerte de que mi madre era sabia y comprensiva, y me habló muy pronto de la vida íntima de las mujeres. Era una mujer severa, pero de gran astucia. Adoraba a mi padre, el único capaz de calmarla cuando montaba en cólera. Así que yo crecí a la sombra de su amor mientras a mi alrededor todo se derrumbaba: matrimonios que se celebraban sin el consentimiento de la novia, incomprensión, violaciones mal disimuladas, abortos clandestinos que terminaban mal, bastardos que nadie quería reconocer... El barco del amor naufragaba día sí y día también, y si a eso le sumas la guerra, la miseria y la pobreza, ¡cómo voy a decir que tu época es peor que la mía! Simplemente es distinta. Las mujeres gozan de un lugar mucho mejor, eso por supuesto, y me parece que los hombres están ocupados buscando el suyo. En todo caso, estas rosas son muy hermosas. ¡Hay hombres que aún saben cómo vivir y cómo amar en tu mundo!

Los ojos de Mamoune brillaron al mirar el ramo de flores. A Jade se le humedecieron los ojos. Rajiv era indio. Procedía de un país que no despreciaba a los ancianos. La joven sabía que su abuela se había sentido muy halagada al leer la nota de Rajiv que acompañaba el ramo de rosas:

Cada rosa es uno de los momentos hermosos de nuestra comida. Espero que este ramo ilumine tu casa y a tu magnífica abuela.

Las palabras de Rajiv resonaron en el corazón de Jade cuando entró en la salita con la explosión de matices entre sus brazos, el ramo de flores que iban del rojo

sangre al ciruela pálido.

Esa noche Jade arrojó a su abuela y le dejó varios volúmenes de poesía en la mesita de noche, por si se despertaba.

Le preparó un plato de plátanos machacados con flores de azahar, el postre que Mamoune solía darle, y la anciana le confesó:

—Jamás llegué a terminarme mi bol. ¡Siempre queríais más!

A Jade no le entristeció convertirse en la madre de su abuela por esa noche. Recordaba lo mucho que le habían advertido acerca de la desesperación de los que se vuelven repentinamente en los padres de sus padres; de cómo lidiar con esos bebés viejos que solamente inspiran piedad. Esas descripciones terminaban siempre con un «qué triste haber sido joven para llegar a esto». Pero a Jade le parecía triste olvidar que no somos más que eso: pequeños y frágiles cuerpos destinados a desaparecer. Así, esa noche acompañó a Mamoune hasta la cama y le masajeó los pies suavemente con leche hidratante de almendra. La ayudó a ponerse su camisón blanco de algodón bordado, cada gesto lento como la edad de Mamoune. Y Jade, que solamente sabía vivir deprisa, acomodó su ritmo al paso de la ternura. Abrazó a su abuela durante el pequeño ceremonial, que según Mamoune era como el de las reinas, y destiló minutos de oro de la noche que se avecinaba. Al depositar el último beso del día sobre la frente de su abuela, olvidó de un plumazo avergonzado sus antiguos miedos. Jade se retiró con dulzura, y antes de cerrar la puerta, Mamoune dijo:

—Gracias por compartir conmigo todo eso, querida. No entiendo muy bien estos tiempos, pero a través de tu boca me llega la melodía del mundo en el que vives.

Y Jade volvió a preguntarse, mientras cerraba la puerta con suavidad, cómo era posible que una mujer que tenía tanto que decir hubiera permanecido en silencio durante tantos años.

Mamoune

Jade es una joven muy atenta. Sé que se preocupa por mí, y a pesar de todo me siento bien, mejor de lo que parece seguramente. No me olvido de que la gente de mi edad considera que está bien de salud si los dolores de sus cuerpos no les confinan en la cama. Si fuera pesimista, pensaría que el malestar que acuciaba a mi madre al final de su vida es mi verdad diaria: de pequeño dolor a ligera enfermedad y tiro porque me toca, así cambian las preocupaciones de mi carcasa mortal. Cuando empecé a leer, y durante el tiempo que pasé escondida entre páginas, descubrí que hay palabras que solamente pertenecen a un tipo de personas, como la satisfacción y la voluptuosidad. Hasta que llegamos a una edad en la que, una vez confundidos todos los equilibrios, solamente aspiramos a una vida dulce. A veces la memoria me traiciona, y no recuerdo si lo que he aprendido es gracias a la gente que he conocido o a los personajes de las novelas que he leído. Al fin y al cabo, atesoro los momentos pasados con ellos como si fueran amigos de verdad, aunque no haya vivido nada con ellos. Se unen a los que han desaparecido, los que sí estuvieron en mi vida real. Confieso que me costaría hablar de los que amé entre las páginas de un libro sin mencionar a los que fueron mis amigos de carne y hueso. ¿Son acaso unos menos importantes que los otros? ¿Por qué imaginarlos muertos si puedo recordar los personajes de papel y deslizarme entre las páginas de sus aventuras nuevamente? Ambos han viajado por mis vidas sin distinguos, aunque quizá hoy las buenas respuestas que aportaron a mi vida cuando se lo pedí no tendrían el mismo sabor de la primera vez. En cierto modo, han perdido el poder que los hizo brotar en mi memoria como si fueran seres vivos, de verdad.

Le prometí a mi nieta que hoy procuraría estar más tranquila, y por eso no he salido de casa. Me tomé un café, me senté en el balcón para disfrutar de los rayos de sol de la mañana y tratar de distinguir las melodías de tres pájaros diferentes en este refugio de plantas y verde en plena ciudad. Releí algunos pasajes de su novela y volví a tomar notas, que pensaba entregarle después de haberlas repasado. Esta vez me concentré en lo que a mi juicio salía del marco de la literatura y rozaba la banalidad. Gracias a nuestra conversación sobre los usos y costumbres amorosos de hoy en día, había aprendido a leer mejor entre las líneas de la novela de Jade.

Sería pretencioso creer que poseo un instinto más agudo, un conocimiento mayor que los jóvenes de hoy no tienen. Cuando Jade me preguntó ayer por la guerra, me hizo una pregunta sorprendente:

—¿Eras patriota, con veinte años? ¿Qué significa para ti esta palabra? A mí me parece obsoleta —dijo.

—¡Por el amor de Dios, de ninguna manera! El patriotismo, en mi juventud, ya era algo propio de los viejos combatientes de la Gran Guerra —respondí—. No, yo era una joven muy tranquila. Lo que me impulsó a entrar en la Resistencia fue el

ruido de sables, un idioma que yo no conocía y que profería órdenes incesantemente a mi alrededor, tipos enfundados en uniformes militares que llegan una mañana y declaran que tu país es su tierra. Eso fue lo que me convirtió en una patriota, ellos hicieron de mí una joven convencida de que pertenecía a este país y tenía que defenderlo. Fue, digamos, la urgencia de la necesidad. En cuanto a las creencias patrióticas, quedan para la historia de los discursos. —Proseguí—: Más tarde, lo que me pareció deseable, puesto que yo era de origen modesto, no fue el dinero o el éxito sino el acceso a la erudición. Sí, sentía envidia de la facilidad que da el saber, la manera en que el espíritu se mueve sin esfuerzo. Saber aprender confiere una suprema ventaja al cerebro, desde siempre. La agilidad de la inteligencia me insuflaba el deseo de llegar, y el miedo de no lograrlo.

Ignoro si fui capaz de transmitirle la fuerza del deseo que me impulsaba, y la aventura a la que me empujó. Aún pienso en la conversación con Jade, cuando, instalada tranquilamente en un sofá después de haber encendido la televisión en plena tarde, doy con ellos. Un grupo de viejos japoneses centenarios. Un investigador científico explicaba lo que habían descubierto mediante el estudio de sus cerebros con el uso de técnicas de diagnóstico por la imagen. Uno había empezado a estudiar taiwanés y chino a los setenta y cinco años. Gracias a eso, había aumentado considerablemente el espacio de la memoria que poseía en su cerebro, que a su edad no debería representar más que un puntito minúsculo en la imagen. El esfuerzo que exige este ejercicio cotidiano, la gimnasia intelectual que el ser humano se impone para cuidar y mantener el interior de sus cabezas en buen estado me tuvieron absorta durante una hora larga. Ni siquiera oí cómo se abría la puerta. Así que me sobresalté, claro, al ver a contraluz una silueta masculina. Extendí la mano, rezando porque diera por casualidad con algo sólido o, mejor todavía, con un objeto punzante, cuando una voz suave dijo:

—Perdone, Mamoune. No quería asustarla. Soy Julien, ¿se acuerda de mí? Soy el novio de Jade. Bueno, el ex prometido, más bien.

El tono de su voz y la forma en que se dirigió a mí me obligaron a recordar mi propia edad. Gracias a mis japoneses centenarios llevaba una hora sintiéndome una jovencita, pues había seguido el programa atentamente para descubrir sus secretos y ser como ellos.

—Ah, sí, Julien, querido mío —repuse yo, adoptando un tono de circunstancias.

De repente pareció azorado, consciente de que estaba de pie en medio del salón, sin hacer nada. Se balanceó levemente, sin atreverse a inclinarse para saludarme o darme la mano. Aproveché para contemplarle detenidamente. Julien es un chico alto, con aire de deportista. Lleva la raya al medio y su melena rubia le confiere un aspecto casi angelical. Al mirarle, lo primero que se me ocurre es «amabilidad» e «indecisión». En vano traté de hacerle sentir más cómodo, preguntarle cómo le iban las cosas sin parecer que su presencia me sorprendía en lo más mínimo. No me respondió.

—Perdone, debería haber llamado antes de venir — dijo por fin—. No sabía que estaría usted aquí. Pensaba que hoy Jade trabajaba, que estaría en la revista siendo hoy jueves. La verdad es que contaba con que no estuviera. Quería recuperar algunos objetos, cosas mías que aún no me había llevado. Es que preferiría no cruzarme con ella. Quédese tranquila porque no voy a llevarme nada que no sea mío.

—No sé nada de vuestra separación, Julien, ni de lo que es tuyo o no, pero creo que si quieres llevarte algo deberías llamar a Jade.

—Sí, ya lo sé. Pero solamente he venido a por mi equipo de buceo.

Vacila y está tan perdido que no parece una persona capaz de bucear, de controlarse en el fondo del mar. Casi siento pena por él. Se da la vuelta y abre uno de los armarios del vestíbulo. Luego tantea:

—¿Tiene a otro, verdad?

—Julien, apenas llevo aquí un mes y Jade me ha salvado de la residencia, así que si eso es lo que llamas «tener a otro», pues sí, mira por dónde, y bastante madurito.

Julien pareció relajarse.

—No, Mamoune. No era eso lo que quería decir, pero me alegro por usted. Jade es una persona muy generosa y sé que la adora.

Su espontaneidad se vistió de palabras pronunciadas a su pesar, como si se creyera obligado a alabar al amigo que lo había traicionado y de repente comprendiera que su objetivo no encajaba con la exhibición póstuma de afecto. Sacó rápidamente una bolsa de deporte del segundo armario y comprobó su contenido. Tuve la impresión de ver a un ladrón principiante en el acto, que vacila entre el robo y la mudanza en un lugar vacío. Perdió un poco más de tiempo y me pidió permiso para beber un vaso de agua.

—Claro que sí —le dije.

Se fue hacia la cocina y pareció redescubrir la cercanía con aquel lugar que había sido suyo. Por un instante, el dolor del descubrimiento se dejó entrever en su rostro. Fijó la mirada en un punto de la pared de la entrada, donde debía colgar un cuadro o una fotografía que ya no estaba ahí. Apretó las mandíbulas y se despidió de mí antes de salir.

Estuve casi segura de que no llamaría a Jade, y me pregunté si debía contarle a mi nieta la visita de su ex novio, que sin duda la llenaría de cólera. ¿Por qué aún conservaba las llaves del apartamento? Sé que ardía en deseos de hacerme más preguntas acerca de la vida actual de Jade, para comprender quizá lo que había perdido en esa desgracia que no había visto venir. Pero es un chico sensible, se dio cuenta de que no tenía ninguna respuesta para él. Comprendió mi distancia, la manera en que no respondía a sus miradas mudas. Sondeó el apartamento, mendigando un rastro de su vida anterior con Jade, o peor aún, de lo que ya no quedaba. Su angustia me conmovió, lo confieso, pero no podía ni puedo inmiscuirme en el corazón de mi nieta. La propia Jade parece no reconocer su vida después de esta ruptura; sé que las nuevas formas de amarse, lejos del romanticismo añejo que la caracteriza, le resultan

más extrañas de lo que quiere admitir. So pretexto de hacerme caso, a mí y a mi generación, finge escandalizarse cuando confiesa las taras de su generación, mientras a mí solamente me parecen otras formas de relacionarse entre las personas de su edad. En su novela se vislumbra esta llama antigua y bella del amor romántico, que se obstina en disimular a veces bajo la vulgar escritura periodística para la revista femenina. Si pudiera dar rienda suelta a su elegancia natural, sin disfrazar a los personajes ni convertirlos en marionetas y caricaturas, si supiera poner la pureza al servicio de la juiciosa intuición que posee acerca de los seres humanos, su novela sería luminosa. Tengo dudas: no sé si mi exhortación para que simplifique su texto va a herirla o convencerla.

Trece

Jade se había sentado con Elisa en la terraza de una cafetería cerca del canal Saint-Martin, un lugar que le recordaba el verano en París. Nunca lo frecuentaba en invierno, como si fuera una cafetería migratoria, que solamente existiera al inicio de la primavera. Desde que lo había dejado con Julien, ya no quedaba con sus amigos en grupos alegres. Mantenía relaciones de amistad más individuales e intimistas. Con Elisa charló de su oficio de periodistas. No les pasaba exactamente lo mismo, porque una trabajaba en la televisión mientras que la otra escribía. Jade lo hacía desde el anonimato, Elisa bajo los focos. Cuando se conocieron tres o cuatro años antes, ni siquiera sabían de qué trabajaba la otra. Empezaron a tejer los hilos de la coincidencia y de la risa, mientras aprendían salsa en el mismo curso de baile. Se habían acercado gracias a los errores de movimiento de sus caderas, las miradas del hermoso Ricardo, su profesor cubano, la música y las salidas a locales *calientes*, pero hasta que no pasó bastante tiempo no hablaron, por casualidad, de sus respectivas actividades profesionales. Desde que descubrieron que las dos eran periodistas, quedaban fuera de horas y charlaban de baile y de su oficio. Ese día, Jade estaba un poco desanimada.

—Quizá no tengo futuro en el periodismo. Últimamente me pregunto por qué escogí esta profesión. Tal vez mis ganas de investigar la sociedad no eran más que una excusa para encontrar personajes reales en los que inspirarme para escribir.

—¡Qué pesimista estás hoy! ¿Es porque has roto con Julien? ¿Por eso te lanzas a un abismo de perplejidad profesional?

—No, es que durante los meses previos a la ruptura, creía que era el hecho de estar con él lo que me anquilosaba, ¿entiendes? Pero ahora me doy cuenta de que él no era más que una excusa para mi propia falta de acción. Le reprochaba que fuera conservador en una relación que me parecía vieja aún antes de que hubiéramos llegado a la pasión. Él me decía que no me entendía, que salíamos a navegar los fines de semana, que hacíamos deporte juntos, y que nos movíamos, en suma. Que no éramos estatuas... En fin, ya sabes lo que quiero decir.

—Claro que todo era previsible: los amigos, las fiestas de aniversario, vamos, la vida joven y emocionante de un par de chicos burgueses instalados en París.

A Jade le había caído bien Elisa desde el principio precisamente por eso, por su capacidad de entenderla en un momento, y resumir en dos frases lo que a la gente le costaba horrores captar.

—Sin aventura, sin una vida que despierte en ti sentimientos desconocidos o te lleve por caminos secretos e incluso peligrosos.

—¡Sí, sí, y sí! Al contrario de los protagonistas de novelas que no escapan a su destino —y aquí Jade adoptó un tono de voz melodramático, como convenía a lo que estaba diciendo—, creo que en la vida de verdad uno corre el riesgo de dejar pasar las oportunidades sin apenas darse cuenta. Y yo que me creía destinada al exilio, al viaje

y a la aventura heme aquí con pareja e hipoteca. ¡Todo garantizado hasta los cien años, hasta el aburrimiento!

—¿Y ahora qué piensas hacer? —interrumpió Elisa, que había leído en el rostro de Jade que la ruptura con Julien no era la única novedad de esas últimas semanas.

—Ahora vivo con una octogenaria, ¡y es más emocionante que mi asfixiante ex pareja burguesa! Y bueno, también he conocido a una persona.

Entonces Jade procedió a hablarle a Elisa no solo de Mamoune, su abuela lectora, sino también de su encuentro con Rajiv. Se dio cuenta, mientras describía el joven a Elisa, que el muchacho era un misterio para ella. En plena fiebre del otro (¿pero quién era ese otro?), enamorada y desordenadamente, procedió a describir sus manos, las historias de su familia india, las emociones que experimentaba cada vez que estaba con él, todo eso bajo la mirada divertida de Elisa que la escuchaba y la acompañaba en su relato. Era una persona natural, dotada de la rara capacidad de escuchar al otro; era precisamente esa cualidad, y su dulzura, lo que la convertía en una gran entrevistadora en televisión, y le confería una credibilidad a prueba de duda. No fingía interés, sino que partía hacia la apasionante aventura de descubrir a los demás seres humanos. Jade terminó de hablar de Rajiv, y a su vez se sintió obligada a preguntar:

—¿Y tú? ¿Hay alguien nuevo en tu vida, verdad?

Elisa asintió.

—Es un poco mayor que yo y no trabaja en la televisión —dijo casi con alivio—. Es tierno y atento.

Elisa había sufrido durante varios años una relación distante e intermitente con un hombre que decía que era demasiado buena para él, demasiado fiel como para comprometerse, demasiado hermosa como para vivir juntos y demasiado viva como para compartir su día a día. Herida, se había pasado tres años suspirando por él, había esperado hasta la saciedad y por fin se había alejado de él, aunque sin cortar formalmente. Ahora Jade observaba la felicidad en el rostro de Elisa, mientras hablaba de amor y de su nueva pareja, y eso le gustó. Pidieron un segundo cuba libre para celebrar el aniversario de cuando se conocieron bailando salsa, y también para celebrar las buenas noticias de sus vidas. Elisa saboreó la bebida y de repente dijo, gravemente:

—Creo que siempre lo supe, pero ahora estoy segura: escogí ser periodista televisiva para que me quisieran. Y como sabes, nunca he trabajado tan duro como estos últimos tres años, cuando tanto sufría en mi vida personal. Bueno, hoy todo se ha calmado y acabo de darme cuenta de algo que quizá vaya en contra del movimiento de liberación de la mujer: no sé si quiero seguir siendo presentadora.

Jade pensó en lo que acababa de decir su amiga y recordó sus propias dudas profesionales.

—¿No será que hay mujeres que compensamos con el trabajo la falta de una relación amorosa fuerte? Sé que las feministas se llevarían las manos a la cabeza,

pero ¿por qué no vamos a tener derecho a estar enamoradas, ser lánguidas y no hacer nada más durante todo el día?

Y las dos se echaron a reír, debido al leve estado de embriaguez que ya experimentaban. Jade insistió:

—No, no, lo digo en serio: ¿por qué los hombres no viven el amor como nosotras? Ellos parecen llevar escrito en los genes la búsqueda del éxito profesional y ambiciones sociales a pesar de o sin importar el amor.

—O quizá es que a nosotras no nos importa el dinero ni el reconocimiento profesional —apuntó Elisa.

—Pero ¿qué tiene el amor? ¿Por qué lo perseguimos, y por qué somos capaces de dejarlo todo a un lado para conseguirlo? Porque es así, ¿no? ¿No lo dejaríamos todo por amor?

Jade sabía que muchas de sus amigas le llevarían la contraria: dirían que el amor no era nada especial, y eso en cierto modo la abatía. El rostro de Mamoune se le apareció, de repente, como si fuera la respuesta a todos los interrogantes de su vida. Comprendió que le otorgaba un saber que superaba el que Mamoune poseía o había adquirido a lo largo de sus lecturas secretas. Pero es que cuando Jade era pequeña, Mamoune era formidable: nadie se le resistía. Era la única persona en todo el mundo capaz de calmar a niños monstruosos, de los que se tiran al suelo, histéricos, enfadados y coléricos, y se niegan a ir a la cama a su hora. Mamoune conseguía metamorfosearlos en angelitos, que se despedían educadamente diciendo «Buenas noches», y luego la siguieran dócilmente para que les contara un cuento, con su voz suave y dulce, mientras ellos se acurrucaban en sus brazos.

Desde que Mamoune vivía con ella, Jade no pensaba tanto en la muerte, ni en la suya ni en la de las personas que amaba. La idea seguía presente en su interior, como una ligera niebla que a veces es capaz de atormentar a las personas que son conscientes, en todo momento, de que la vida acabará de golpe un día. Jade no se atrevía a hablarlo con su abuela; quería expulsar esa preocupación acallándola. Tenía miedo de que Mamoune creyera que ella era la razón de que pensara en esas cosas pero, sobre todo, Jade temía abordar un tema que, en el fondo, estaba más cerca de la edad de Mamoune que de su juventud. Y además, era cruel hablar de la muerte con una persona de la edad de su abuela, que tal vez ya había pensado en eso aunque no lo dejara entrever.

De todos modos, a veces, Jade ardía en deseos de saber qué pensaba Mamoune de ese aspecto de la vida. ¿Habría resuelto las cuestiones cruciales de todo ser humano: qué sentido tenía vivir, durante cuánto tiempo, por qué y con quién?

Su teléfono móvil sonó e interrumpió el debate filosófico. Jade se disculpó, Elisa hizo una seña afirmativa y la joven echó un vistazo a la pantalla deseando que no fuera Mamoune. Las dos aborrecían a las personas que no pueden despegarse de su móvil. Era Rajiv: ver su nombre en la pantalla bastaba para que se sonrojara las mejillas de Jade. No obstante, dejó el pequeño objeto de color negro en un rincón de

la mesa, y escuchó los latidos de su corazón hasta que el móvil emitió el aviso de que alguien había grabado un mensaje de voz. Durante todo este tiempo, Elisa no le había quitado ojo de encima, y dijo con aire burlón:

—Puedes escuchar el mensaje, si quieres —creyendo saber exactamente cuál era el estado de ánimo de su amiga.

—No, no hace falta.

Pero al cabo de un instante volvía a tener el aparato en la mano, y se puso a escuchar el mensaje, mientras Elisa detallaba el aspecto de su nuevo novio: pelo corto y castaño rojizo, pómulos altos, ojos azules y verdes, sonrisa ancha... Nada que envidiarle a Rajiv, en suma. ¿Sería su voz lo que la encandilaba? Las dos mujeres cruzaron una sonrisa. Jade dijo:

—Me propone que vayamos a un concierto de piano juntos. De jazz, no de música clásica, mañana por la noche. «Acaricio respetuosamente tus pies esperando que me digas que sí». ¿Conoces a algún hombre que diga eso?

—No, pero no quiere decir nada malo. Eso sí, está un poco loco, ¿no?

Jade enarcó las cejas y elevó su copa en el aire para brindar con su amiga.

Dos hombres pasaron a su lado y les guiñaron los ojos a las dos muchachas que reían y bebían al atardecer. Murmuraron entre sí y les hicieron señales seductoras. ¿Por qué no conformarse con la vida ligera, con la despreocupación de su juventud, rechazando hasta la frontera de la vejez el perfume de las tormentas que planea sobre la vida? Por primera vez, adivinaba una respuesta tranquilizadora y al mismo tiempo aterradora: porque no cambiaba nada. Existía algo que no tenía edad, un sentimiento difuso que permanecía entre la ilusión de ser inmortal y la de no envejecer jamás. Algo que era importante, pero cuyo nombre Jade todavía desconocía.

Mamoune

Jade está concentrada de nuevo en su novela. La veo suspirar frente a la pantalla del ordenador, anotando cosas en el manuscrito que le he dejado con mis comentarios y borrando con rabia largos pasajes. Luego sale al balcón para observar las macetas de manzanilla. Al principio me he confundido y casi he dicho «de comillas». La verdad es que pensamos en imágenes, ¿no es cierto? ¿O cómo se explica si no que de repente uno vea una frase, así, fijada en el espacio? Tendré que vigilar lo que digo y lo que pienso, a este paso. Mira, ahora está acariciando con los dedos el borde de una hoja, con la mirada perdida en el horizonte; no sale de ese estado de estupor desde hace un buen rato. Debe estar reescribiendo. Quizá se descubre desnuda frente a ese texto al que dio a luz pero que no ha revisado hasta ahora. Me emociona verla así, la verdad. Es un reflejo de los escritores que tanto he amado, y comprendo mejor sus citas sobre la literatura ahora que soy testigo de las subidas y bajadas de ánimo de mi nieta, de sus abismos y cumbres de placer, del gozo cuando está arriba y de la embriaguez de las profundidades de la creación. Parece ausente: no se da cuenta de si suena o no el teléfono, simplemente detecta el ruido y mira vagamente hacia su origen, pero sin prestarle más atención. Hablamos cada día; me cose a preguntas, se preocupa.

—Mamoune, ¿crees que vivo emboscada detrás de lo que escribo, que me oculto como una cobarde?

—Creo que es mejor eso que ser obvia y sacar la cabeza entre las líneas.

Me mira con el ceño fruncido y ese aire apesadumbrado que ya tenía de pequeña, cuando me recitaba un poema que no se sabía de memoria.

—Aprende de los defectos, querida. Como en la vida: dale la vuelta a la pieza de tela, enseña solamente el lado dorado.

—¿De dónde sacas esas cosas, Mamoune?

—Nací vieja, supongo. ¿No te lo había dicho? Tengo mil ciento ochenta años.

—A veces trato de imaginar cómo seré yo cuando tenga tu edad.

—A mí también me pasa: me imagino cuando tenía la tuya.

—¡Mamoune, me has entendido perfectamente! Tú sabes cómo eras cuando tenías mi edad, pero yo tengo que adivinarlo.

—¿Para qué? Aprovecha y vive el presente, cariño.

—Definitivamente, no eres como la mayoría de las abuelas.

—¿Pesada y pía, quieres decir?

—Por ejemplo.

—No desesperes, quizá me vuelva así con el tiempo. Sobre todo lo primero, porque con Dios tengo muchas cuentas pendientes. Venga, vuelve al trabajo, voy a preparar una merienda.

Pongo unas manzanas en el horno y me acuerdo de que Jade me ha avisado de

que hoy saldrá con Rajiv. Le preocupa tener que dejarme sola. Ya le he dicho que pensaba meterme en la cama temprano, leer algo y dormir, así que no creía que hubiera el menor riesgo. De todos modos insiste en que avise a su vecina española si me encuentro mal. No parece molesta por los pequeños inconvenientes para su libertad que mi presencia en esta casa conlleva. Admiro su firmeza y su sentido de la organización: ¡será una gran madre! Me ha dejado la cena lista antes de irse, y yo me he dejado mimar, como si solamente así se quedara tranquila. Sé que mi problema de tensión la ha hecho dudar del arreglo que tenemos: de si quedarme con ella es lo mejor para mí. Respeto su miedo, y espero protegerla de los reproches de sus tías si llegara a sucederme algo.

Mi nieta me interroga mucho sobre mis años de lectora secreta.

—Solamente te vi con la Biblia a cuestas, Mamoune — dice—. ¿Cómo lo hacías para leer todo el rato? ¿Dónde te escondías? ¿Tenías libros en algún armario secreto?

Quiere saberlo todo sobre mis lecturas del pasado. Se olvida de que cuidé a un buen puñado de críos y jóvenes que se acostumbraron a verme siempre inclinada sobre un recetario de cocina, o un libro cualquiera del que nada sabían. Tampoco recuerda que durante las largas tardes de domingo, en lugar de ir a la iglesia, me escapaba a la montaña o al aprisco de mi padre, y me llevaba un par de libros, ocultos entre mis cosas. Leí tanto tiempo en plena naturaleza que se convirtió en mi recuerdo de una biblioteca, el más intenso de todos. Sobre las estanterías de las nubes, instalada en el tapiz de yerba o recostada contra una roca en pleno bosque, mezclaba el perfume de los pastos alpinos con el de mis lecturas.

Y entonces llegó el encuentro con el que se convirtió en mi gran amigo, el único confidente de mi amor por los libros: El conde. Me pidió que visitara su castillo, cerca de Annecy. Acababa de someterse a una operación grave y no podía cuidar de su nieta. Sabía de mi reputación como cuidadora y madre sustituta, y quería que me llevara a su pequeña Clementina durante quince días a nuestra granja en las montañas. Debía tener alrededor de setenta años, y yo por esa época tenía unos cincuenta y cinco. Fue un encuentro extraño: él era deslumbrante. Sus gestos destilaban la clase de los aristócratas, sin por ello ser arrogante. Me recibió en su biblioteca. ¡Qué recuerdo! Jamás había visto tantos libros y tan hermosos. Cuando salió un momento a pedir que nos sirvieran el café, me levanté como si estuviera hipnotizada. Como en sueños, subí por una de las escaleras de madera que recorrían las inmensas estanterías. Acaricié con dulzura las tapas antes de atreverme a tomar uno de los volúmenes. Respiré el interior de las páginas, que parecían destilar un perfume secreto y venerable. No podía apartar la vista de tanta belleza. Con los ojos, devoré los títulos hasta que encontré los ensayos de Montaigne, en una encuadernación tan hermosa que no me atreví a tocarla al principio. Por fin, con el corazón aleteando y sin la menor noción del tiempo que pasaba, me hice con él. Las páginas eran finas, como si fueran a romperse con un mero suspiro mientras pasaba una tras otra con veneración. De repente oí una tosecita educada a mis espaldas. Era

el conde, que me contemplaba en silencio. Me puse colorada y puse de nuevo el libro en su sitio en un gesto que esperé fuera lo más natural posible. Luego me senté en el sofá, frente a su sillón, y cuando él a su vez se instaló frente a mí me observó intensamente. Me di cuenta entonces de que el hombre que yo había venido a visitar, el abuelo anciano y debilitado de Clementine se había desvanecido, para dejar paso al hombre más guapo que jamás había visto. Sonreía, y su mata de pelo blanco ondulaba confiriéndole el aspecto de un sabio. En su mirada, de azul acero, brillaba una luz maliciosa. Sentí mis mejillas arreboladas bajo el fuego de su mirada. Tenía casi sesenta años y a pesar de eso, me estaba fundiendo bajo la mirada ardiente del viejo noble. Aún no había pronunciado palabra. El silencio era embriagador.

—¿Le gustan los libros, señora?

Al principio recibí la pregunta como una bofetada, un insulto por mi osadía. Solamente conocía mi intensa soledad de lectora, y no había entendido nada. El conde estaba emocionado: por fin había encontrado alguien que compartía su pasión. Siguió hablando, con voz vibrante.

—Es usted como yo, entonces. Ama el accidente de un sueño que yace enterrado en una novela. Ama que la escritura se aferre al dolor de las tinieblas, para convertirlo en luz. Lo sé, lo siento. La he observado hace unos instantes, desde el momento en que tomó la escalera. Al ver cómo se dirigía hacia mis libros, supe quién era usted. Le gusta adivinar el juego que se desarrolla entre un escritor y su lector, la mirada que se intercambian a través de una infinita distancia, sin que sus ojos se vean jamás. Ama devorar los mundos en los que están escritas nuestras otras vidas, las que tienen un destino.

Han pasado tantos años y sin embargo aún recuerdo a la perfección lo que Henri me dijo ese día. Yo lo escuchaba hablar, boquiabierta. Sus palabras se grabaron en mí como si nunca más hubieran de borrarse. La verdad era que nadie me había hablado así, jamás. Ni siquiera me preocupé de mi desvergonzada exploración de su biblioteca. Se había callado y esperaba mi respuesta. Estoy segura de que tartamudeé al decir:

—Sí, sí... Gracias. Así es. Gracias por decirme todo eso.

—Una vez soñé con ser escritor, Jeanne. ¿Me permite que la llame Jeanne, verdad?

Por un instante, pareció perdido en su pasado. Quise decirle que acababa de descubrir mi secreto, mi más oculta verdad.

—Es usted el único que lo sabe.

—¿El qué?

—Es difícil de explicar. Verá usted, en mi entorno...

—Ah, ya entiendo. Lo sé, Jeanne. El derecho a la erudición solo pertenece a los ricos, y a los pobres les basta con aprender a leer, bracear, nadar en el universo de las letras del alfabeto, y no en las de la literatura. Y para los más perspicaces, solamente es un medio para entrever con nostalgia los hermosos textos que jamás podrán gozar

a fondo. Conozco la injusticia de este mundo, Jeanne, su bajeza. Lo sé.

Se calló de repente, con los ojos perdidos en el vacío, y luego prosiguió:

—Hasta es posible leer a las personas, a los demás: pero a mi mujer, a mi propia esposa, jamás he sido capaz de descifrarla. Solamente le interesan los bordados, los adornos, la decoración. ¡Y yo llevo toda una vida dedicándome a entenderla! Deberíamos haber llegado a un terreno común.

—Pero se casó con ella —dije, tímidamente.

—No, mi querida Jeanne —dijo, sonriendo tristemente—. En mi clase, son las tierras las que se casan; los humanos se conforman.

Después hablamos de nuestras lecturas y de los escritores que más nos habían conmovido. El tiempo pasó volando: se me hizo corto, pero transcurrieron horas y horas. Me di cuenta al salir, cuando vi que había caído la noche. En un momento de nuestra conversación, me dijo que se alegraba de que fuera yo quien se ocupase de su nieta.

—La traeré el sábado, a la hora que hemos quedado, para que vayan a pasar esos días en la montaña. Mi esposa está delicada de salud y no puede cuidar de la niña sola, mientras que yo trataré de soportar mi convalecencia con paciencia.

Un gesto de cansancio asomó en su rostro, pero pronto se rehízo y sonrió.

—Me alegro de haberla conocido, Jeanne.

Justo cuando me despedía de él, deslizó dos llaves en mis manos.

—La más grande es la del portal, y la dorada es la llave que abre la puerta de la torre donde se encuentra la biblioteca. Hay un pasadizo recto que le evitará cruzar por el castillo. Venga, se lo mostraré.

Así lo hizo, mientras salíamos, y él seguía hablando:

—Venga cuando quiera, llévese los libros que quiera o le apetezcan de mi biblioteca. Avisaré a todos los criados de que está trabajando para mí, que me ayuda a clasificar mis libros o cualquier otra cosa.

Me quedé sin palabras un momento. Nada de lo que pudiera decirle parecía estar a la altura de mi alegría o de mi turbación. Era casi doloroso.

—¿Por qué lo hace? —atiné a murmurar.

—Mi querida Jeanne, usted es joven aún y en cambio yo no sé cuánto tiempo me queda. Pero sé, con toda la certeza de mi corazón, que es usted la compañera de lectura que llevo toda la vida esperando. Además, aún no le he dicho lo que espero a cambio de estas llaves.

Emití un sonido inconexo, azorada, esperando que no me pidiera nada que me viera obligada a negarle; o quizá, no sabía si sería capaz de hacerlo. Él observó mi embarazo con diversión.

—De vez cuando, concédame el placer de tomar un café conmigo, para que hablemos de nuestras lecturas favoritas, como hemos hecho hoy. Hace mucho, cuando era joven, conocí a mujeres que miraban los libros de la misma manera que usted lo ha hecho hoy: con una pasión que haría enloquecer de celos a muchos

hombres. Solo que estos no se daban cuenta: ya sabe cómo son los hombres, siempre en busca de un enemigo sin sospechar por un instante la verdadera fuerza y el verdadero lugar donde se encuentra. ¿O acaso me dirá que su marido sabe que es usted amante de la literatura?

Mi mirada aturdida fue suficiente para confirmarle la mentira en la que vivía. Atiné a contestar, fingiendo estar ofendida:

—¡Eso a usted no le importa!

Él se echó a reír y dijo:

—Sea como fuere, no tema porque no la descubriré. Y si se ha convertido en amante de los libros, no le importará tener como amigo al dueño de una biblioteca, ¿verdad? Es usted un regalo del cielo, Jeanne. Le ruego que acepte estas llaves y que confíe en mí. Y sobre todo, llámeme Henri, y nunca señor conde.

Así empezó nuestra relación. No sé si algún día se lo contaré a Jade, porque lo primero que me preguntará es si estaba enamorada de ese hombre. Por supuesto que sí, tendría que decirle. A mi manera: con un afecto puro en el que la pasión solamente existía por y para los libros, sin espacio para nada más. Yo era una mujer modesta, y en este rincón de la Francia campesina donde los habitantes confunden saber y riqueza, me había convertido en la dueña de un tesoro de luz: el cofre de las palabras de la biblioteca del conde.

Catorce

Mamoune apenas había hablado en todo el día. Jade se dio cuenta de que parecía absorta, hasta aburrida. Durante toda la mañana había limpiado la casa, luego había leído los periódicos mientras Jade trabajaba en su novela. A la hora de comer, le había preparado una ensalada a su nieta. Había roto un plato, se había exclamado enfadada al recoger los pedazos y desde que habían empezado a comer, no había pronunciado palabra.

—¿Qué pasa, Mamoune?

—Nada, querida —murmuró la anciana—. Ya se me pasará.

—¿No quieres decírmelo?

Mamoune la miró, y dijo:

—Desde que las mujeres obtuvieron el derecho a voto, siempre he votado, en todas las elecciones. Y ahora tocaban presidenciales, y con todo esto no he podido votar.

—Pero Mamoune, ¡habérmelo dicho! Habríamos gestionado el voto por correo. ¿Por qué te lo has guardado? No tenía ni idea de que fuera algo tan importante para ti.

—Bueno, es que es la primera vez que ha habido una candidata en la carrera presidencial. ¡No pasa precisamente cada día!

—Visto así, claro, tienes razón, pero...

—Es que tú siempre has vivido con el derecho de hacer lo mismo que los hombres, pero no es mi caso. ¡Lo que nos costó llegar a ser ciudadanas de pleno derecho! Tenía dieciocho años cuando aprobaron el derecho a voto para la mujer, y aún me acuerdo de lo orgullosa que estaba mi madre el día en que fue a votar.

—¿Tú no votaste esa primera vez?

—No. La mayoría de edad estaba fijada en los veintiún años, acuérdate. Pero mi madre quiso que fuera a verla votar, cuando las mujeres se sumaron a las elecciones municipales, para que no se me olvidara nunca esa fecha histórica. No quiso ir con mi padre, sino con la otra única mujer de la familia. ¡Tendrías que habernos visto! Toda una estampa: al principio, en el pueblo, todas las mujeres lo hacían en secreto. No querían votar lo mismo que sus maridos, pero tampoco querían que ellos se dieran cuenta.

Mamoune se calló de repente, perdida en sus pensamientos. Casi nunca habían comentado los hechos de actualidad o la política juntas. Jade los consideraba parte de su trabajo, y Mamoune parecía contentarse con sus visitas a la biblioteca, y las prefería a los telediarios televisivos. Jade se dio cuenta súbitamente de que su vida con Mamoune estaba suspendida en el tiempo, como un refugio en el que olvidar su labor diaria de periodista y las torpezas y estupideces del mundo moderno. La repentina conversación sobre política que habían mantenido la había descolocado un poco, pero no le desagradaba. Una vez más descubría una faceta desconocida de su abuela, la de la mujer que había votado por primera vez, que podía hablar de un

tiempo vivido y que había desaparecido.

Jade regresó a su escritorio pensando que Mamoune era una mujer de tomo y lomo. La descubría poco a poco cada día. Por ejemplo, hablar de su novela con ella le había revelado un horizonte desconocido, alguien en quien jamás había pensado: el lector. Si le hubieran preguntado por qué leía, Jade habría respondido que para ser hechizada, para que el escritor la subyugara. Pero ¿quién era capaz de escribir con la idea de deslumbrar a sus lectores? Le parecía demasiado artificial como para ser honesto.

No sabía cómo, pero Mamoune había sido la clave para revelar un secreto: uno podía ser escritor, aun antes de darse cuenta de ello. Su abuela la había obligado a mirar su texto con una precisión que la intimidaba. Jade era consciente de que, aun con la ayuda de Mamoune y su mirada crítica ayudándola, era la única responsable de cómo iba a escribir su novela; de cómo expulsaría de sus páginas lo que se deslizaba sin querer y cómo desarrollaría lo que aparecía a su pesar. Tenía que evitar que las florituras y la complacencia ganaran la partida; y su experiencia en el mundo un poco artificial del periodismo había contribuido a que los trucos de magia ocuparan el lugar de la verdad, del tiempo y del lugar de la narración.

Estaba metida en un buen lío, esa era la pura verdad. Estaba segura de que la Jade escritora era la parte que menos conocía de su propia personalidad. ¿Acaso revisaba sin cesar para protegerse y evitar conocerla? Era demasiado orgullosa y tenía miedo: en ese sentido, la lectura que Mamoune había hecho de la novela era muy acertada. En cada una de sus notas al margen, de sus comentarios, Jade veía a una lectora aguda y experimentada, capaz de descifrar lo que le faltaba a la novela de su nieta sin resultar ofensiva. Simplemente se había limitado a pedirle que revisara su texto.

A veces Jade sentía tentaciones de rebelarse, de seguir el instinto de su edad. Por negarse a retocar su novela habría llegado a tachar de ignorante a su abuela, pero la verdad era que los brillantes comentarios que había hecho arrojaban luz sobre su texto. Además, los complementaba con ejemplos que extraía a voluntad de las líneas de los grandes maestros, escritores cuyas obras Jade admiraba. Con humildad, tacto y precisión le había mostrado las partes de su novela que eran prescindibles; sin herirla, había subrayado lo esencial, sin olvidarse de alabar sus cualidades positivas. Sobre una de las páginas del manuscrito, Mamoune había dejado esta nota: «Por muy levemente que aparezca el autor entre líneas, uno se pregunta qué hace aquí; pero si a lo largo de las páginas su presencia adelgaza, a favor de una escritura elegante, con palabras bien escogidas, y un lenguaje noble pero, sin embargo, no sentimos su alma, entonces el lector le echa de menos».

Al releer su novela a la luz de lo que Mamoune le había dicho, Jade comprendió que nunca se había preguntado qué quería contar, realmente. Para olvidar los corsés que su oficio le imponían, había escrito sin planificar, sin saber en qué dirección se

movería su historia, con total libertad y alegría, cierto, pero ahora se enfrentaba al resultado de aquella improvisación.

En el apartamento lleno de flores, al despertarse a la mañana siguiente, Jade percibió inmediatamente el aroma de violetas y de rosas de Mamoune, y sonrió al sentir que su corazón se alegraba porque su abuela impregnaba ahora el desorden de su vida con su presencia. Era la dulzura tibia que la acompañaba cuando garabateaba las páginas con rabia, cuando se convertía en jardinera y podaba pasajes enteros de su texto. Mamoune le había dicho que el objetivo de la tala era evitar que los bosques se asfixiaran, después de todo. Había que sacrificar a los árboles más comunes, para lograr que los perfumes más extraños pudieran sobrevivir. Jade sonreía al escuchar esa frase, pues veía en ella a dos mujeres entrelazadas: Mamoune, la mujer de las montañas, y Jeanne, la sabia erudita.

Ese día, Jade le pidió a Mamoune que releyeran juntas algunos fragmentos de la novela, pero la abuela se negó.

—Tienes que trabajar, querida —dijo—. Prefiero redescubrir la historia de una sola vez, en la versión final, o si no me confundiré. Por cierto —añadió— me gusta mucho el cuadro que tienes en tu habitación, y siempre se me olvida decírtelo.

—Es una pintura de Klimt —respondió Jade, aún preocupada por su revisión—. Se titula *Las tres edades de la vida*. ¿De verdad prefieres leerla de nuevo de principio a fin?

—¿*Las tres edades de la vida*, dices? No lo entiendo, solamente hay dos personajes, una madre con su bebé.

Jade asomó la nariz fuera del manuscrito para contestar:

—La mayoría de las reproducciones de la pintura son fragmentarias. Hay una tercera mujer, cuando uno ve la pintura al completo. La de más edad. —Se interrumpió, cuidadosa con lo que iba a decir—: Me lo regalaron así, pero a mí me gusta más con los tres personajes.

Mamoune no dijo nada. Inclina la cabeza y se frotaba las manos. Jade, observándola, se dijo que parecía rejuvenecer más cada día. La tomó de la mano y dijo:

—Ven, te voy a enseñar esa pintura con todos los personajes íntegros. Y de paso aprenderás a buscar imágenes por Internet.

Hacía unos días que Mamoune le había pedido tímidamente si podría utilizar su ordenador.

—Pero solamente si no te molesta —dijo azorada—, y si logro entenderlo rápidamente, sin que tengas que perder mucho rato explicándomelo. Es que quiero practicar esto de Internet, ¿sabes?

Sorprendida y contenta, Jade aceptó. Le había explicado cómo moverse por la pantalla y cómo localizar cosas en los buscadores. A su abuela le costó bastante

acostumbrarse a mover el cursor e iba muy lenta, pero le ponía tanto empeño que Jade se olvidó de sus conatos de impaciencia y la ayudó a espabilarse. Mamoune practicaba con el ordenador cuando ella estaba fuera, tal y como Jade le había aconsejado que hiciera. Un día, perdió sin querer el archivo de un artículo que su nieta acababa de terminar y que tenía que entregar a la redacción.

—Seguro que lo has movido sin darte cuenta y lo has puesto en otra carpeta, abuela. Trata de recordarlo —dijo Jade.

Pero Mamoune se obstinó en repetir que ella no había tocado nada, lo cual enfureció a su nieta más allá de toda razón. Perdió dos horas buscando el archivo de marras, y mientras creía que lo había borrado o que no lo recuperaría, casi empujó a Mamoune al borde de las lágrimas. Un poco más tarde —pero demasiado tarde— Jade le pidió perdón por su estallido de furia y tuvo que suplicar que no abandonara y que siguiera atreviéndose a usar la «máquina», como Mamoune llamaba al ordenador. Logró convencerla recordándole que solo mediante la práctica evitaría cometer errores de manipulación de archivos como ese. Mamoune se quedaba fascinada ante cada nueva conquista de las posibilidades del aparato, y esa misma capacidad de asombro era como un bálsamo para el corazón de Jade. Un día, encontró a su abuela pensativa frente a la pantalla, y se apresuró a ayudarla pero la anciana negó con la cabeza.

—Es que ahora mismo me acordaba de cuando instalaron la electricidad en casa de mis padres, y del día en que mis hermanos y yo leímos el recorte de periódico que habían guardado mis padres sobre la travesía del Atlántico del aviador Charles Lindbergh. Lo habían guardado porque el periódico era del mes y del año en que nació. Ese día mi hermano me confesó que de mayor quería ser piloto.

El hermano de Mamoune, siete años mayor que ella, había muerto pilotando durante la guerra. Jade siempre había oído descripciones heroicas de su muerte, y era comprensible que se hubiera convertido en el héroe personal de infancia de su abuela. Alto, moreno, el más guapo del pueblo: eso decía siempre Mamoune. El hecho de que además se hiciera piloto no era sino un motivo más para la fascinación de la pequeña Jeanne. Cuando volvía del macizo de Glières, a donde había llevado un mensaje de la resistencia, Mamoune supo que el avión de su hermano había sido derribado mientras transportaba paracaidistas. Era marzo de 1944 y no le hubiera importado morir ese mismo día, tan insoportable fue para ella la noticia de su hermano querido. Pero su madre, que no era tonta, la reclutó de inmediato para que la ayudara en un parto esa misma noche. Con los ojos anegados en lágrimas, le había dicho entregándole el bebé recién nacido:

—La muerte también es vida. La guerra se ha llevado a tu hermano y a mi único hijo varón. La vida es una bastarda de la que hay que gozar con todas nuestras fuerzas. Así que vive, hija mía, toma la felicidad entre tus manos y llora a tus muertos sin irte con ellos, si aún no ha llegado tu hora. Es el mínimo de dignidad que les debemos y que nos debemos. Esa lección, esa noche marcó profundamente a

Mamoune. Y sin embargo nunca había hablado de eso con Jade, hasta el día de hoy, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador. Un grano de arena había bastado para despertar el pasado y el recuerdo apenas convocado volvía a encarnarse, y a devolver al presente parte de lo que fue.

Mamoune

A veces confieso que me enfado por tonterías. Es así: como ayer, cuando Jade me dijo:

—Mamoune, tus dientes...

—¿Mis dientes? ¿Qué les pasa a mis dientes? ¿Es que te extraña no verlos flotar en un vaso en tu cuarto de baño? Pues no, los llevo todos puestos.

Es una suerte que Jade no sea rencorosa. Carraspeó y dijo:

—No, solamente quería decirte que mi dentista vive en este edificio y que es muy amable, por si alguna vez necesitabas uno, pero ya veo que es un tema delicado. A partir de ahora no voy a mencionarlo más.

Me he sentido muy tonta. Pero es extraño, porque antes yo no era así, no estallaba tan fácilmente. ¡La edad hace que me hierva la sangre!

Y sin embargo, nunca me sentí bien desde la muerte de Jean. ¿Fue porque me quedé en la casa donde habíamos pasado casi toda nuestra vida juntos? Quizá fue un error, y el cambio de aires me ha ido bien. He dejado de concentrarme en la soledad de mis preguntas, y ocuparme de la novela de Jade me ha hecho sentirme útil. No me atrevería a decírselo jamás, pero tengo la sensación de haber empezado una nueva vida, ahora que vivo con mi nieta. Soy capaz de pensar en el pasado sin que me devore el corazón. Las conversaciones con Jade, el roce con el mundo que trae a casa me obligan a abandonar el sopor del tiempo que había dejado de transcurrir, mientras me arrastraba hacia sus garras.

El mero hecho de salir a la calle, de mezclarme en la efervescencia de la ciudad, hace que ya no me sienta a un paso de la tumba. Yo que soy tan poco urbana, que me imaginaba perdida sin mi jardín en la montaña y la libertad de la naturaleza, ¡heme aquí! Me sorprende lo mucho que me gusta esta otra vida. Hasta el anonimato de la gran ciudad, que tantas veces se tilda de triste, me gusta. Ya no soy la pobre viuda, la pobre Jeanne, la que cruza el pueblo mientras adivina el murmullo de las conversaciones sobre la forma en que camina sin ánimo, o cómo ha desaparecido su sentido del humor y sus ganas de reír desde que murió Jean. Los mismos que, si les pareciera que reía demasiado o que me lo pasaba excesivamente bien para una viuda, habrían caído sobre mí como buitres. ¿Acaso no somos lo que los demás imaginan de nosotros?

En este barrio más bien joven, las miradas se deslizan sobre mí pero no me ven. No me canso de escuchar los ecos de los gritos de los adolescentes o los jóvenes adultos que intercambian ideas que yo nunca conocí, problemas que nunca tuve y que hasta hablan en idiomas que no conozco, aunque se parecen al francés. La vida en París me ha enseñado mucho: ahora me siento capaz de cruzar montañas bien

distintas de las que recorría antaño.

Mis manos, que ya no son tan precisas como cuando tejían delicados encajes, pasan ahora sus días agarradas a un instrumento plastificado llamado ratón. Durante horas, trato de conducir la flechita del cursor en la pantalla hacia donde yo quiero, si bien aún me cuesta creer que así gobierna el ordenador. Pero mal que bien, insisto hasta que se me cansa la vista, para comprender este nuevo mundo que no es tan virtual como cuentan. Descubro una forma nueva de comunicarme: a través de la pantalla. Y aunque aún me siento como una vid creciendo, fuera de lugar, en un campo de fresas, me doy cuenta de que lo importante es tener ganas de sembrar y de que crezcan plantas nuevas en este viejo campo.

Jade me ayuda, a veces pierde la paciencia (no en vano es nieta de quien es) porque quiere que aprenda más rápido. Al final termina por soltar una carcajada cuando le digo que su ordenador tendrá alta velocidad de conexión a Internet, pero que no es el caso de la vieja que lo está manipulando. A veces se me ocurre (aunque no tengo ninguna certeza) que podríamos haber compartido momentos así, Jean y yo, y quizá al final de nuestras vidas habría reunido el valor suficiente como para contarle la verdad de mi mentira, de confesar con palabras el motivo y el momento de cuándo empezó todo. Tal vez. Pero no debo lamentar nada, pues eso impide vivir. Esta noche Jade ha salido, y llevo un buen rato contemplando la pintura de Klimt, en una hoja impresa donde aparece todo el cuadro. Me preparo sopa para cenar, que a ella no le gusta nada porque lleva puerros y a mí me encanta precisamente por eso. Reflexiono sobre las tres figuras del cuadro: la niña, en brazos de la madre; hermosas, serenas con los ojos cerrados, pintadas con colores vivos. La mujer mayor es de color gris, decrépita y el pelo le oculta la cara. Yo soy la más anciana de las tres, la que habría quedado fuera del cuadro, pero sé que dentro de mí viven las otras dos mujeres.

Antes de irme a dormir empiezo a leer mi regalo. Es la primera vez que mi nieta me compra una novela. Llegó ayer por la noche con aire misterioso y un paquetito. No tuve ninguna duda de que era una novela en cuanto lo vi: un libro voluminoso, ¿pero cuál? Desgarré el envoltorio mientras ella me observaba atentamente: *Orgullo y prejuicio*, seguido de *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen, en una magnífica encuadernación en cuero. Ya no me acordaba de que le había dicho que no había leído mucho a esta autora, y que me apetecía descubrirla.

—Tienes mucha suerte porque aún no los has leído — me dijo Jade con la envidia imposible que toda lectora siente al redescubrir por primera vez lo que una vez leyó y amó.

Quince

—Al escucharte tocar, resulta difícil creer que lleves estudiando desde hace solo ocho años. ¿De verdad aprendiste a tocar el piano a los diecisiete sin haber tenido contacto con otro instrumento musical antes? ¿Dónde tenías escondida toda esa música?

—Pues no lo sé, estaría dormida. Supongo que esperaba algo sin saber ni siquiera que lo estaba esperando: un medio para conocerme, para liberar mis emociones.

Rajiv miró a Jade sonriendo.

—Ya te dije que es tan insólito y seductor como su música.

A la salida de su concierto, Yaron Herman, el pianista amigo de Rajiv acababa de conocer a Jade. En la penumbra rojiza de la sala, la joven sintió la mirada de Rajiv, observándola a la espera de su reacción, aunque no tuvo que esperar mucho para comprobar que estaba cautiva del músico, emocionada después de escuchar sus melodías. Estaba flotando en una ensoñación casi voluptuosa, y a Rajiv le hacía feliz ver a su amigo y compartir su música con Jade. Siguieron hablando de los fragmentos del concierto mientras se adentraban en la dulce noche. Rajiv les propuso ir a tomar la última copa a su casa. No tardaron en llegar, después de recorrer las calles del distrito de los teatros.

—¿Y os conocéis desde hace mucho, vosotros dos?

Yaron y Rajiv intercambiaron una mirada rápida y la muchacha se dio cuenta de que Yaron esperaba que su amigo respondiera primero.

—Yo también era concertista, de música clásica. En fin, eso iba a ser. A diferencia de Yaron, llevo mucho tiempo estudiando música. Algunos decían que tenía talento. Nos conocimos en un festival, y...

—Es un intérprete genial que decidió poner sus manos al servicio del mundo entero —dijo Yaron, bromeando.

—¿Quieres decir que ya no tocas? —preguntó Jade.

—Bueno, aún debe ser capaz de tocar el *Para Elisa*, si se lo pides con amabilidad.

—¡Sí, pero no profesionalmente! —dijo Rajiv, ignorando la pulla de su amigo—. Toco el piano para mí, por placer o para los que quieren escucharme. Digamos que he optado por otro género de conciertos, y que no lo lamento en absoluto. Voy a por bebidas: ¿champán para todos? Venga, cuéntale a la señorita por qué motivo no quise ser concertista profesional, hermano mío.

—Pues todo empezó con un viaje iniciático que hizo Rajiv a la India —dijo Yaron cuando el otro se hubo ido. Jade recordó que Rajiv ya le había mencionado ese viaje, pero que había omitido su decisión de dejar la música—. Descubrió sus raíces en un país que no conocía, y durante los seis meses que pasó allí cambió completamente. A su regreso, renunció al piano, decidió estudiar medicina, y luego se dedicó a la investigación y el desarrollo de medicamentos genéricos.

En ese momento, Rajiv regresó con copas y una botella. De nuevo Jade quedó

fascinada por la danza grácil de sus manos, y recordó lo que Yaron había dicho sobre el talento musical de Rajiv; eso le hizo sentir al muchacho más cercano aún.

Jade se dio cuenta de que nunca habían hablado de música, ni siquiera para intercambiar nombres de bandas favoritas.

—Seguro que te ha contado un montón de tonterías. Cuando no estoy, siempre aprovecha para ligar con las chicas guapas —dijo Rajiv.

—Para nada, acabo de explicarle a Jade que eres muy inteligente, capaz de investigar moléculas y jugar al Scrabble a la vez. Pero eso sí, eres un desastre cuando se trata de servir champán. Anda, déjame a mí.

Jade se echó a reír. Era la primera vez que subía a casa de Rajiv. Estaban instalados en una estancia grande y desordenada, llena de libros por todas partes, con una inmensa cama cubierta de cojines indios. La sala desprendía la sensación de que aquel apartamento podía pertenecer a cualquier veinteañero soltero de París. Yaron dejó de hablar y se fijó en un rincón de la habitación, donde una pila de ropa y papeles cubría un mueble lacado en negro.

—¿Has comprado un piano?

—No, recuperé el que le había dejado a un amigo que acaba de mudarse. ¡No vayas a creer otra cosa!

Luego se giró hacia Jade como si le debiera una explicación, y dijo:

—Cuando abandoné mi carrera musical tuve que apartar el piano de mi vida, incluso de mi vista. Era un objetopreciado para mí, pero me dolía demasiado. La decisión en sí misma no, eso no fue doloroso, pero como practicaba continuamente, tuve que obligarme a perder la costumbre de tocar el piano para poder dedicarme a estudiar. Al principio tuve el mismo problema que alguien que deja de fumar. En cuanto saqué el piano de mi apartamento, iba a las dos de la mañana en busca de los bares del barrio donde sabía que habría un piano. Terminé tocando los nocturnos de Chopin en un bar de putas de Pigalle. ¡Fue una verdadera cura de desintoxicación! Cuatro años después, estoy curado: puedo tocar cuando me plazca o bien olvidarme durante varios meses de una partitura.

Su decisión impresionó a Jade, y Yaron, a pesar de la forma en que le tomaba el pelo, también sentía respeto por la elección de su amigo. Unos minutos más tarde, los dos se pusieron a tocar a cuatro manos, la melodía más divertida que Jade había oído jamás. Al cabo de un rato Yaron se despidió discretamente, bajo pretexto de una cita con su novia, y Rajiv empezó a espiar a Jade, tras su sonrisa cálida. La miraba con sus enormes ojos negros, que parecían llenos de una verdad de misterio insondable. Menudas sandeces, se dijo Jade. Esto es la prueba irrefutable de que estoy perdidamente enamorada.

—Unas semanas antes del día en que tomé el metro, sabía que iba a encontrarte —susurró Rajiv.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabías?

—Muy sencillo. Cuando uno sabe escuchar, se presienten las cosas. En cuanto te vi, te reconocí. Por ejemplo, sé que tienes una marca de nacimiento en la parte baja de la espalda.

—Pero ¿cómo sabes tú eso?

Al principio, Jade se tomaba a broma esas misteriosas declaraciones de Rajiv, que la desconcertaban porque él terminaba tildándola de escéptica. Pero en ese momento, pensó que todo tenía sentido: las palabras de Rajiv, la presencia de Mamoune en su vida. Eran las dos de la madrugada y de repente, Jade pensó en su abuela, sola en su apartamento.

—Que no, que no. Que no sé tocar el piano.

El tipo quería que tocara, invocaba un aprendizaje lejano y una melodía que no cesaba de tararear. ¿Es que nadie iba a abrir la puerta?

—¡Ya voy! —gritó Jade, desperezándose. Su propia voz la sacó de su pesadilla musical. Tropezó con las zapatillas que estaban en mitad del despacho y se dirigió a tientas hacia la puerta. ¿Dónde estaba Mamoune?

—Disculpa, no pensaba que fuera a despertarte a las once y media de la mañana.

Gaël, su amigo de infancia, estaba de pie en la entrada, con un ramo en la mano, vestido con una camiseta blanca y unos tejanos. Jade vio un papel pegado en la puerta en el que su abuela había garabateado una nota: que salía a comprar.

—No, no me despiertas. Es que estoy un poco... Ayer fui a un concierto.

—Ya veo, ya. ¿Quieres un poco de café, o unas pastas? Mientras te vistes, te lo preparo si quieres.

Jade se echó a reír cuando se dio cuenta de que estaba en pijama en medio del pasillo del rellano.

—De acuerdo, café cargado para mí, por favor —dijo, huyendo hacia el cuarto de baño—. Estoy contigo en dos minutos.

—Mujer, no hace falta que vayas tan rápido. Tómame tu tiempo, que yo no tengo ni idea de dónde guardas las cosas en la cocina, ¡tardaré mucho más!

Un cuarto de hora más tarde, Jade pensó, mientras le observaba, que Gaël era irremplazable. Llevaba el pelo marrón muy corto, lo que le confería un aire de niño sabio, y tenía los ojos verdes. Era encantador a pesar de sus rasgos irregulares, y mientras mordía su tostada con miel, se preguntó si era guapo. Tenía planta, como se suele decir, pero Jade no podía decidir si era guapo o no, porque le conocía desde siempre. Perteneecía a esa categoría de hombres que jamás había deseado, con los que podía hablar de todo sin mentir, sin jugar, sin fingimientos de ningún tipo, porque eran amigos. Terminó de contarle los detalles de la velada anterior y trataba de explicarle lo distinta que era su relación con Rajiv.

—Creo que hay partes de nuestros cuerpos y nuestras mentes que no conocemos.

Están ahí, a la vista, incluso se pueden tocar, pero no somos conscientes de su existencia hasta que despiertan. ¿Qué pasa, te divierte lo que te digo?

—Jade, te conozco desde la escuela. Te he visto enamorada un montón de veces. Me has soltado la serenata de los cuerpos ardiendo, de la pasión de las almas, del hombre de tu vida... Pero por lo que veo, ¿me estás diciendo que aún no te has acostado con Rajiv?

—Pues no. Después del masaje, o mejor dicho, el festival de caricias de casi dos horas, se detuvo al llegar a las rodillas y me dejó hecha un flan. Vamos, que me volví para mi casa, como una niña decente.

—¿Ni siquiera te besó?

—¡Sí, eso sí! El interior de mis muñecas durante varios minutos. Divino.

—Divino no sé, y a ver si llegáis hasta el final, pero mientras tanto esto promete crisis cardíaca de pura emoción.

—¡No lo lloames «esto»! Es una relación sublime y además no me cogió desprevenida, sino que me advirtió antes de empezar a masajearme. «Voy a acariciarle hasta el músculo poplíteo», me dijo.

—No me digas que todavía te trata de usted.

—No, era broma... u otra manera de seducirme. Yo me imaginaba un pliegue recóndito e íntimo, fíjate. Pero la sorpresa fue aún mejor: es la parcela más común de la superficie de mi pierna y posee un número incalculable de puntos estratégicos, una absoluta indecencia. Habría que volver al XIX y llevar faldas hasta los tobillos, te lo garantizo.

—Bueno, me acuerdo de un tiempo en que llevabas prendas así.

—Todo empezó cuando le pedí que tocara un poco el piano.

—Para que aprendas a pedirle destreza digital a un ex futuro concertista de piano.

—¡Habría sido un gran artista!

—No, si por lo que cuentas de ayer noche todavía lo es —dijo Gaël maliciosamente.

Jade estaba contenta y se alegraba de ver a Gaël, aunque este se hubiera presentado por sorpresa, hasta el punto que, divertida por su sarcasmo, olvidó su difícil despertar. Necesitaba hablar sin parar de la aventura amorosa y carnal que estaba viviendo con un hombre que la conocía bien. Sin embargo, su viejo amigo no parecía hacerse a la idea de lo que Jade sentía. ¡Era tan difícil traducir para otro el encuentro que había mantenido con Rajiv sin caer en la caricatura! Lo cierto era que ni ella sabía qué pensar.

—Perdona, Jade, que te haga una pregunta tan concreta: ¿lo tuyo con Julien era platónico?

De repente se oyó la puerta abriéndose y Jade se puso un dedo sobre los labios, pidiendo silencio. Mamoune, radiante, entró en la sala. Llevaba un ramo de flores y arrastraba un carrito de la compra rebosante de verduras y de frutas.

—Querida, ¿te has despertado ya! Dios mío... ¿Eres Gaël? Pero qué mayor estás.

La última vez que te vi tendrías unos quince años. Ya no sé si tutearte, o si tratarte de usted... ¿Vives cerca?

—A dos paradas de metro, es todo lo lejos que mi amistad por Jade puede soportar. Pero por favor, ni se le ocurra tratarme de usted, Mamoune. Después de todo, me hizo de abuela: me pasé media infancia en su casa.

—Queridos, ¡un beso! He salido a comprar uvas e higos. Pensaba que ayer habías llegado tarde, Jade, y no he querido molestarte.

Jade no perdió la ocasión de sermonear a Mamoune porque hubiera decidido salir a la calle y cargar con las bolsas de la compra sin su ayuda, pero su abuela parecía decidida a no hacerle el menor caso. Estaba feliz, arreglando un ramo de flores en un jarrón.

—Los tulipanes hacen juego con esos ojos tan hermosos que tienes, Gaël —le dijo, guiñándole un ojo cómplice.

Luego, añadió mientras se iba a la cocina con sus bolsas:

—Seguro que tenéis cosas de jóvenes que contaros. Mientras, yo iré preparando un asado.

Mamoune

Creo que voy progresando. Ya he comprendido que este diabólico instrumento de búsqueda que es Internet funciona como las muñecas rusas: por capas. Arrastra al navegante de un sitio a otro, lo lleva lejos y se desliza por otro lado sin prevenirle. Así que tengo que ser muy organizada y meticulosa con mis búsquedas, porque no quiero dejarme arrastrar a ese túnel de páginas que me aleja de la primera idea con la que inicié la navegación. Como aún no soy ninguna experta, a veces me pierdo y tengo que tirar hacia atrás, para encontrar las páginas que busco. Después de mucho trajinar, por fin tengo una lista de editoriales a las que creo que puede interesar recibir el manuscrito de Jade. He visitado sus páginas y me he dado cuenta de que a veces incluso desaniman a los escritores para que no les manden propuestas. Hasta he apuntado algunas de las frases que pueblan sus páginas web, para que Jade sonría: «¿Qué es un editor de calidad, hoy en día? Es estar a la altura del patrimonio literario y de valores que ha sustentado su desarrollo». Qué bien. Otro dice: «Publicar obras que permitan comprender nuestro tiempo e imaginar el mundo del futuro...». Un tercero afirma: «¿Cómo publicar tu primera novela? ¡Con mucho valor! Recibimos quinientos manuscritos al mes y seleccionamos menos de cinco de entre todos». Bueno, al menos este se moja con las cifras.

Entre las editoriales más modestas una me llama la atención especialmente. Es la editorial En lugar seguro, un pequeño sello independiente distribuido por un gran grupo. La página se abre con una cita de Alberto Manguel: «Estoy convencido de que seguiremos leyendo mientras persistamos en nuestro empeño de nombrar el mundo que nos rodea». Por fin, la primera mención al lector, en lugar de a los autores. Sigo navegando. La sección *Para enviarnos un manuscrito* se abre con la carta de Albert Couvin, el fundador de la editorial, que a pesar de su relación de distribución con un gran grupo parece que ha conservado su personalidad editorial.

Dice que jamás dejamos de descubrir: escribiendo libros y editándolos. Me parece interesante este editor que se posiciona como un eslabón de la cadena, y se dirige a los futuros autores o a los que desean serlo. Exhibe su honestidad y el orgullo que siente ante su criterio subjetivo: «Si tuviera que contarles los criterios de selección que acompañan mi decisión cuando leo los manuscritos que recibo, rozaría la mentira. La única garantía que puedo ofrecerles es mi pasión por leer sus textos, e imaginar que bajo el envoltorio frágil de su manuscrito palpita un escritor». Sigue diciendo que las cartas de rechazo de su editorial vienen firmadas por el director de cada colección, y que se evalúan en profundidad todos los manuscritos que reciben. Incluso ofrece algunos consejos juiciosos: que los autores se olviden de hacer carrera, de los fuegos artificiales del reconocimiento público, del estruendo mediático de las estrellas literarias, de los discursos en torno a la literatura, y del «libro-producto cuyos millones de ejemplares vendidos no dicen nada, pues solamente son cifras».

Termina su carta así: «Gocen de la escritura, antes que de la idea de ser escritor. Luego, envíen el fruto de su labor, un texto que se sientan orgullosos de haber tejido siguiendo el viejo consejo de que hay que primar el oficio por encima de la obra. Se despide su quizá futuro editor pero ante todo, su respetuoso lector».

Me llevó más de una hora digerir la lectura de esta carta, que parecía hablar al mismo tiempo de lo que yo siento como lectora de la novela de Jade, y lo que he vivido toda mi vida como lectora secreta. ¡Qué emoción me ha proporcionado la visita a esta página! Casi me ha parecido que estábamos destinados a encontrarnos. He aquí un hombre al que no me importaría conocer en persona: lo que dice de la escritura es lo yo opino de la lectura. Al lado de la firma del fundador de la editorial había un pequeño sobre virtual: una nueva señal de la pasión que siente e invierte por su oficio. No está en las alturas, inasible; se le puede escribir, pero ¡no tengo ni idea de qué decirle! Tengo ganas de hacerlo, pero soy una mujer anciana que no sabe nada del mundo. No sé enviar correos por Internet. Y eso que cada día veo a mi nieta consultar su buzón electrónico. Las primeras veces tardé un poco en entender por qué estaba frente a la pantalla cuando decía que iba a leer sus mensajes. Tendré que desarrollar la habilidad de Jade para enviar y recibir mensajes sin pasar por Correos, por primera vez en mi larga existencia.

Las ganas de saber más me empujan a buscar información sobre este hombre, a quien presiento ya como alguien providencial y por qué no, quizá como el futuro editor de mi nieta. Veamos. Aplico lo que me ha enseñado Jade y, para mi sorpresa, consigo bastantes datos. Nació el mismo año que yo, en 1927. Fue editor en Estados Unidos, traductor en Japón y luego fundó su editorial en Francia. Al parecer, su compromiso con la inteligencia y el aprendizaje literarios son sólidos, y fue ministro de Cultura durante una semana, el tiempo que tardó en comprender que no podría aceptar las imposiciones de la vida política y que las reformas que proponía se quedarían en papel mojado. Leo artículos sobre su fugaz paso por el ministerio y veo que su entorno también tardó una semana en darse cuenta de lo difícil que era negociar con alguien sin pelos en la lengua. Fue pionero en destinar los libros que iban a trincharse, como dicen en el sector, a una biblioteca para los «sin techo». He aquí el retrato que Internet construye de este hombre insólito y apasionado. Se abre una página y salta un artículo nuevo con una fotografía. Casi me exclamo, sorprendida: se parece a mi antiguo amigo Henri. Pero no, es imposible. Cuando lo estudio más detenidamente, veo que comparten silueta y mata de pelo blanco, aunque no son la misma persona. También posee enormes ojos brillantes, hechos para devorar el mundo, este mundo que está al alcance del pequeño ratón que manejo y que gracias a los esfuerzos de Jade, me ha abierto la puerta de la cultura a domicilio.

Ha sido una alegría descubrir que esta época, que me parecía tan arisca para con la anciana en que me he convertido, posee ventajas que yo ignoraba. Cuando uno

supera una cierta edad, todo está ligado al esfuerzo físico. Demasiado tarde descubrí que para ser joven no hace falta valor: el impulso, el movimiento y la rapidez vienen solos, de forma natural y sin dolor. Pero he aquí un ingenio, como yo llamo al ordenador, que se adapta a mi inercia y no me obliga a avanzar dolorosamente, ni fuerza una articulación cuya existencia ni siquiera tenía presente. Desde luego, está el peligro de las posturas, pero por el momento solamente tengo motivos para alegrarme del ejercicio cotidiano que obliga mi memoria a funcionar. Si bien no puede rivalizar con la del ordenador, al menos estimula mis meninges sin cesar. Terminó extenuada del maratón cerebral que me arroja a los brazos de Morfeo en cuanto acabo de cenar, y apenas llego a leer algunas páginas antes de caer rendida. Después de una noche poblada de sueños no siempre serenos, donde mis búsquedas me devoran entre sus circuitos, me despierto al día siguiente sin la columna excesivamente deformada.

Ya no tengo el impulso de abrir los postigos para contemplar el jardín que abandoné hace ahora tres meses. Me da la sensación de que me fui de aquella casa hará más de diez años, y aún me dejo años. Procuro evitar a los espejos, para que no confirmen lo que siento en el interior de mi anciano cuerpo. Uno aprende a hacer eso cuando envejece. «Pero ¿qué haces sin espejo?», me decía una vecina. No creo que se diera cuenta del alcance de sus palabras: a partir de una edad, el espejo devuelve demasiado en su reflejo.

Dieciséis

Era la primera vez que Jade veía a Rajiv ataviado con un traje tradicional. Acababa de presentarse en su casa, de improviso, por si le apetecía acompañarlo a una ceremonia india. Jade pensó, una vez más, que nada en el comportamiento de ese hombre lo asemejaba a los que había conocido antes. Al verlo así, enfundado en blanco de pies a cabeza, le pareció verdaderamente extranjero. No parecía muy seguro de sí mismo, pero ella no pensó en su timidez mientras él esperaba su respuesta, de pie frente a su casa. Se preguntó más bien qué lugar podría ocupar en su vida. Su actitud era educada; pero en la intimidad, ardía con ella. Más bien parecía que la estuviera cortejando, en lugar de intentar ligar con ella; hasta esa palabra parecía inadecuada cuando pensaba en él. Una simple caricia en la sensible piel del brazo de Jade se convertía, en las manos de Rajiv, en el prelude a un orgasmo; su voz hacía que se estremeciera y pensara en algo completamente distinto a lo que decían sus palabras. Cuando estaba con él, se comportaba como una amiga mediante un esfuerzo sobrehumano por ocultar la realidad: que no sabía cómo actuar, que estaba desorientada. Como si lo extraño del muchacho se le hubiera pegado.

—Se me ocurrió que podría interesarte asistir a la *pûjâ*. Es en la calle de atrás, a dos minutos. En un templo donde los hindúes veneran a sus dioses varias veces al día.

—¿Por qué no? —Estaba dispuesta a ir a cualquier sitio con tal de pasar un rato con él—. Dame un segundo para que me cambie.

Jade garabateó una nota para avisar a Mamoune que no volvería hasta más tarde, mientras su corazón latía como si fuera a salir por la garganta. Corrió a la habitación para vestirse; era la primera vez que Rajiv venía a su casa. Si Mamoune no hubiera estado a punto de volver de su paseo habitual, ¿habría aceptado su invitación? Mejor no pensar en eso ahora.

—No sabía que hubiera un templo tan cerca de mi casa —le dijo a Rajiv volviendo a su lado con un movimiento grácil. Dejó la nota para Mamoune ostentadamente encima de la mesita y aspiró el perfume de violetas del apartamento antes de irse, como si esperara que su aroma la calmase.

—No se adivina desde fuera, pero una vez cruces la entrada del edificio, que es típicamente parisino, te parecerá que estás en una producción de Bollywood.

«Sí, desde el exterior no se adivina», pensó ella. «Como tú».

—¿Tengo que hacer o decir algo durante la ceremonia? ¿Estás seguro de que no será un problema que yo vaya?

—No te preocupes. Te traduciré lo que digan, si es que lo entiendo —añadió él, riéndose.

—¿No hablas hindi? —se sorprendió Jade, acompasando su paso al de Rajiv.

—Sí, pero depende del sacerdote a veces me cuesta. Hay mil seiscientos dialectos

en India, y a veces habla alguno con el que no estoy familiarizado.

En todo lo que decía Rajiv, incluso en las bromas, sobrevolaba un aire de gravedad que hacía vacilar a Jade. Solamente sus ojos traicionaban una chispa maliciosa.

—No soy muy creyente. Asisto a los rituales, como un indio educado a la inglesa pero que no sigue la tradición al pie de la letra. Aunque me gusta reencontrarme con la comunidad india —añadió, pensativo.

Cuando entraron en el templo, Jade no lamentó haberse puesto un vestido largo de color beige para acompañar a Rajiv. Los indios la saludaron con ese inimitable balanceo de la cabeza que uno nunca sabe si es negativo o positivo, porque no sonríen al hacerlo.

Durante la ceremonia, Rajiv le tradujo algunos fragmentos de las palabras sagradas:

—La *pûjâ* es una especie de comunión entre los dioses y el mundo —explicó, inclinándose hacia ella mientras le murmuraba al oído. Accidentalmente, le rozó la piel del cuello con los labios. Jade contuvo un estremecimiento.

Rajiv no se había unido al grupo de hombres de la ceremonia, sino que ambos se habían quedado ligeramente apartados, como los invitados. No había exagerado al hablar del templo: había esculturas de madera, la gente vestía tejidos de colores y los ornamentos dorados proliferaban. Parecía un palacio indio y no un edificio del centro de París.

Una hora más tarde, paseaban de vuelta a lo largo del canal de Saint Martin. Rajiv le habló de su primer viaje a su país de origen. Jade dijo:

—Seguramente habías visto documentales antes de ir, ¿no? Hay muchos en la BBC. No pudiste sorprenderte tanto.

—Era un europeo, como tú. Me sentía igual, y el barrio indio de Londres no tiene nada que ver con la India. Un lugar como Puducherry es inimaginable antes de conocerla y vivir un tiempo ahí. Hay doscientas mil bicicletas y millares de vehículos, pero sobre todo una masa ingente de hombres y mujeres que tenían el mismo color de piel que yo y a los que les bastaba una mirada para saber que yo era un extranjero. Si a eso le sumas el calor, la humedad y el olor...

Dejó de hablar bruscamente, como si quisiera que la marea de recuerdos volviera hacia él. Prosiguió:

—Al principio, era insoportable. El olor, me refiero. Me daba vergüenza. Tenía miedo de la miseria y de las castas. Aquí por la calle se ve a gente, personas, individuos, incluso si hay una multitud. Pero allí durante todo el día te da la impresión de estar observando a la humanidad como un todo. Ese viaje fue como un terremoto tras otro para mí, y después de esos seísmos no volví a ser la misma persona. Luego conocí a un maestro yogui. Descubrí quién era, mi identidad. Toda mi vida cambió. Deseé conocer el país a fondo, aunque no llegara a lograrlo jamás; eso había dejado de ser importante. Por fin sentí que solamente los europeos pugnan por

comprenderlo todo. Y lo que cuenta es otra cosa.

Se calló y se inclinó sobre el canal, contemplando el agua y el reflejo del follaje sobre las ondas. Jade puso la mano sobre la nuca de Rajiv y la acarició dulcemente.

—Culturalmente, por supuesto que soy más parecido a ti que un indio educado allá —dijo él—. Pero ese país me poseyó, igual que lo hizo la música antes. Igual que una mujer puede poseer un hombre para toda la vida.

Jade no se atrevió a levantar los ojos y encontrarse con la mirada de Rajiv, aunque sabía que él la estaba mirando, porque le quemaban la piel. ¿Por qué había escogido esa frase precisamente? ¿Quería decir eso que un hombre no puede sentir ese mismo amor por una mujer? «Qué ridículo sentirme así a los treinta años», pensó Jade. «Como si fuera una adolescente desbocada y sintiendo todas las sensaciones de la primera vez». Rajiv la besó, y Jade cerró los ojos para sentir mejor la dulzura de sus labios.

En cierto modo, la llegada de Rajiv a la vida de Jade se correspondía con una aspiración: se había negado a rendirse a la banalidad. Hasta el momento, cada vez que había intentado hablar del tema con sus amistades, todos pensaban que estaba deprimida.

—No quiero vivir sin ser consciente de que estoy viva —les decía ella.

—Qué tonterías, ya se te pasará —le respondían.

Pero Jade no quería que se le pasara. Quería sentir la tremenda suerte de pensar que una vida apasionada estaba al alcance de su mano y que no era un sueño. Quería convertir en realidad los sueños que le quemaban el corazón. En la yema de los dedos, quería tocar la suavidad y la dureza de lo que esperaba de la vida. Se repetía que cuando uno desea algo con suficiente fuerza, acaba por suceder, aunque ni ella lo creía de veras. Le parecía insoportable pensar que algún día se iría a la cama y al despertar se habría olvidado de sus anhelos de escapar, de volar. Sabía que tenía que lograr dominar sus miedos y sus deseos; tenía treinta años, todo estaba por venir y el aguijón de la escritura la empujaba sin cesar a seguir intentándolo. En cambio, cuando iba al trabajo se sentía cada día como al borde de un precipicio. Las ráfagas bruscas de preguntas sobre el sentido de lo que hacía la zarandeaban de vez en cuando. Eran como demonios misteriosos que la empujaban hacia la nada.

Al final no había hablado de la muerte con Mamoune, no había tenido tiempo, no se había atrevido. ¡Siempre preocupada por parecer demasiado seria para su edad! Al mirar hacia el futuro, era consciente de que avanzamos hacia lo más difícil, lo más doloroso, lo más duro. ¿Cuál era la alternativa? Quizá lo que su espíritu le aconsejaba: vivir con toda el alma, desear con pasión. Así se transmiten las cosas esenciales. Le pareció estar escuchando a Mamoune. Quién sabía de dónde procedían los pensamientos.

Pero lo que Jade sí sabía era que quería escapar del momento insidioso en que

fundirse con los demás equivale a no sentir nada. El final no era la muerte, sino vivir de otra manera, observar la realidad armada de esa certidumbre. La lentitud, el saborear la vida era importante; por mucho que todo se hubiera acelerado, y goteara en el vacío, las cosas verdaderamente importantes no cambiaban. Había que estar alerta, y hacía falta una buena dosis de fuerza de voluntad y espíritu crítico para poder orientarse en medio del estruendo del mundo moderno, fingido, fútil.

No podría contar esa verdad si seguía siendo periodista. Necesitaba el suave disfraz de la ficción para relatarla. En ese momento, Jade tomó una decisión.

Mamoune

Denise aún no ha contestado mi correo electrónico, y hace ya tres días que se lo mandé. Jade se ha enfadado, dice que su tía es una inadaptada y que no utiliza las herramientas que facilitan y aceleran la vida. Por mi parte, empiezo a pensar que todos estos artilugios modernos no son sino tiranos que nos esclavizan. Hasta Jade me lo ha confirmado: le exaspera cuando la llaman al móvil para preguntarle dónde está. Ella, para cortar la conversación lo más rápidamente posible, dice: «Al otro extremo del auricular». Si precisamente lo bueno de estos teléfonos es que el que llama no sabe dónde está uno, dice ella. Yo ya no tengo teléfono pero no me va nada mal. A veces el móvil de Jade vibra en su bolso y parece que lleve una campanilla encima. Entonces vacía todo el contenido de su bolso de golpe para encontrarlo, y generalmente lo hace vociferando porque no encuentra el dichoso aparato.

Esta mañana, vuelta a empezar. Jade se levanta y dice:

—Espera, Mamoune, voy a activar el silencio y pruebo tus brioches.

No tenía ni idea de qué quería decir con eso de activar el silencio y me ha parecido un invento morrocotudo: apagar el sonido del aparato que suena cuando te llaman. Y Jade se lanza a devorar mis brioches, como si aún tuviera cuatro años. Aprovecho el momento en que se instala en un rincón de la mesa y suelto mi pregunta bomba:

—¿Es muy importante para ti escribir?

Jade frunce el ceño, deja de mojar la pasta en su chocolate caliente y dice, con expresión muy seria:

—Desde que he cumplido los treinta, cuento con que ya he vivido la mitad de mi existencia —dice mi nieta. (Entonces, pienso, yo he sobrepasado largamente los límites de la mía)—. Si la segunda parte de mi vida transcurre tan rápidamente como la primera, pronto habrá terminado todo. Son cosas que siempre me han inquietado, ¿sabes, Mamoune? Incluso cuando era pequeña. Sé que parecen ideas incongruentes, que a nadie le importan. Pero son la raíz de mis ganas de escribir. Algo que susurra en la sombra y me obliga a verter imágenes e ideas en páginas y páginas de escritura. Emociones, preguntas que puede que solo me interesen a mí, pero que la gente lee en la vida de ficción.

—No me digas que oyes voces, cariño —le digo a Jade, medio en broma—. Como si los miedos y el destino de las personas vivieran en algún lugar del espacio y los escritores fueran allí a buscar argumentos para contárnoslos a los demás.

—Pues algo así, abuela —asiente Jade—. Como voces secretas, que uno tiene la obligación de transcribir. No veo las cosas como los demás, no sé si me explico. Tampoco lo tengo muy claro —termina, encogiéndose de hombros.

—Bueno, de cualquier manera es un hermoso motivo para escribir. Ahora que lo dices, me pregunto lo siguiente: si alguien hubiera venido a contarme lo que estaba dentro de los libros que leía, no sé si lo hubiera creído.

—Lo que me pasa es que lo que vivo y lo que leo se convierte en mi verdad, a través de la ficción —dice, reflexionando—. Pero las palabras que utilizo ya no son las mismas, sino que son mías.

Después de mi conversación con Jade, tomo una decisión. Tengo todas las razones del mundo para mandarle un correo electrónico al señor Albert Couvin, editor de *En lugar seguro*.

Esa tarde me paseo por el cementerio del barrio, y regreso como siempre con la sensación de haberme salvado por los pelos. Cuando pienso en mi muerte, no sé por qué vuelvo a verme cuidando de mi primer hijo, poco después de dar a luz. Me distraigo por el camino y dejo de pensar en eso: ¿para qué voy a distraerme con la Muerte, cuando hay tanto que hacer? No, Jeanne: ni miedo ni autocompasión. A escribir el correo electrónico, perderle el miedo al señor Couvin y ponerse manos a la obra.

Después de leer su carta dirigida a los escritores que desean enviar manuscritos a su editorial, entiendo por qué me pareció notar una constelación literaria formada por todos los libros publicados por él que habían caído en mis manos, como si el señor Couvin estuviera tejiendo su propia gran novela de novelas. Así que empiezo por ahí. «Su entusiasmo por el descubrimiento de nuevas voces me hace pensar que quizá mi nieta encontraría en usted un lector atento para su primera novela». Le cuento por qué vivo con Jade, le confieso que soy una lectora secreta. «Puesto que según su biografía, tenemos la misma edad, no necesito explicarle lo mal visto que estaba, en ciertos entornos, que las mujeres leyeran». Veamos, tengo que contarle que como lectora apasionada (título modesto donde los haya) le propuse ayuda a Jade, para mejorar su novela. También le diré las dificultades a las que me enfrento, ahora que estamos en plena tarea de revisión. «Pero una cosa es leer y otra que esa lectura le sirva al autor para realizar una tarea de revisión. Le di a mi nieta una opinión sincera y desde el corazón de su libro, pero ahora mis conocimientos se quedan más que cortos de la experiencia que ella necesita para abordar la tarea de reescritura». ¿Entenderá lo que le pido? Necesito un editor, un buen editor que tome el relevo de la labor que yo no puedo hacer.

Me ha llevado un tiempo encontrar las palabras adecuadas, corregir la carta, expresar lo que verdaderamente quería decirle al editor. Quizá por eso he sentido una mínima parte de lo que puede sucederle a un autor cuando revisa su texto, se preocupa de que el lector reciba verdaderamente lo que quería decir. Termino disculpándome por ser una mujer campesina, que nunca ha escrito sino a Hacienda y a las aseguradoras.

Después de eso, toca batirse con la tecnología. Copio el texto en el cuerpo del

mensaje, y una vez satisfecha con el resultado, aprieto la tecla de envío y no sucede nada. Me quedo quieta, inmóvil, sin atreverme a modificar nada porque me aterroriza perder el trabajo hecho hasta ahora. Miro la pantalla impotente, luego me recito de nuevo la dirección de correo que Jade me dice que es la mía: Jeannef@ y luego la dirección de nuestro proveedor de correo. Todo está correcto. Releo el mensaje. De repente, se me ilumina el rostro: ¡me había olvidado de añadir el destinatario!

Desde luego, es terrible pelearse con una máquina que funciona sin la menor lógica humana. En mi día a día cotidiano me veo enfrentada a estos pequeños enigmas mecánicos continuamente, y mi capacidad de raciocinio y mi sentido común no me sirven para nada. Nunca me había pasado, como me sucede con el ordenador, casi una hora en la cocina o en mi jardín sintiéndome tan superada. Incluso con la lectura de libros difíciles o desconocidos, sabía que había un secreto que lograría alcanzar, pero en esos momentos no importaba cuánto tardase esa recompensa que se hacía esperar: cuanto más ardua la batalla, más satisfechos se quedaban mi espíritu y mi mente. En cambio, este mundo extraño en el que el menor aparatejo te hace sentir inútil queda muy lejos de la mente humana, casi como si fuera el más bárbaro de los objetos.

Quizá me he vuelto una anciana gruñona, pero creo que lo único que ha cambiado entre el mundo que conocí y el actual es la velocidad de cruce de lo que sucede. No creo que tenga mucho que enseñarle a Jade, o al menos nada que sea provechoso para una mujer moderna como ella. Pero en cambio yo sí necesito sus consejos y su ayuda para poder vivir al ritmo de su universo. ¡Que no es precisamente fácil! Cuando pienso en mi madre, que decía que su oficio de comadrona siempre sería igual, creo que se habría levantado de la tumba, escandalizada, si hubiera visto el documental sobre las nuevas formas de la maternidad que vi yo la otra noche. La lección es que no hay parcela de la vida humana que sea inmutable o intocable, y a veces me digo que más me vale morir pronto, no sea que vayan a inventar un artilugio para mantener en modo suspendido a los ancianos premoribundos.

Me parece oír voces en el vestíbulo. Quizá Jade ha regresado ya. No voy a decirle nada de mi carta al editor, esperaré a ver si me contesta. No quiero ni pensar que el entusiasmo de la carta en su página vaya seguida de un silencio sepulcral. Oigo una voz masculina acompañando a la de mi nieta, y entonces Jade me llama. Debo tener una pinta horrible. Bueno, allá vamos.

No me equivocaba: Jade ha venido con un chico. Lo ha traído a un café y de paso me ha presentado a Rajiv, su amigo indio. Me ha parecido un chico respetuoso y cortés. Todo en él respira franqueza y Jade tenía razón: su sonrisa ilumina la estancia. Es curioso sin resultar metomentodo, y heme aquí contándole mi vida:

—Íbamos al colegio con zuecos, y caminábamos cinco kilómetros por la mañana y otros tantos por la noche, de regreso. ¡Y no teníamos miedo! A menudo en la

montaña el termómetro marcaba veinte grados bajo cero. Los inviernos eran muy duros, y los veranos calurosos. Hombres, mujeres y niños estaban cincelados por el mismo molde: éramos más rudos que hoy en día.

Jade y Rajiv se quedan estupefactos y sonríen ante lo que le dijo el médico del pueblo a mi abuela cuando llegó el primer vehículo con motor: «¡Diez kilómetros por hora! Es una locura, el corazón no podrá soportar esa velocidad». La conversación da vueltas y hablamos de si la vida en mi tiempo era más violenta. Seguramente piensan que la frialdad del tiempo moderno contrasta con la dulzura del pasado. Pero les rectifico:

—Vengo de un tiempo en que había una guerra cada veinte años, y el mundo no conoció semejante horror nunca más. La escalada en la destrucción y en la violencia fue terrible. Quizá por eso, porque habíamos conocido ese apogeo violento, quisimos vivir con paz y suavidad nuestra vida cotidiana, no estoy segura. Cuando hablo del pasado, a veces me pregunto si es el mío, porque no lo parece. Es como si os contara mentiras, sin querer. Me irrita pensar que me dejo lo más importante en el tintero, que solamente me acuerdo de las anécdotas. Y además, yo sí que voy navegando en esta época vuestra, más perdida que una boya sin norte. ¿Qué claves puedo daros, a vosotros que sois jóvenes y tenéis la vida por delante? Os esperan cambios que ni siquiera podemos imaginar. Me temo que si os cuento algo, si os entrego la llave de mis recuerdos, será para abrir puertas que ya no existen.

—No digas eso, Mamoune —exclama Jade, apenada.

—Por cierto: ¿le importa si yo también la llamo Mamoune? —pregunta Rajiv, educado. Jade le mira, sorprendida.

Durante un instante siento unas tremendas ganas de observarlos, de mirarlos y verlos juntos. Creo que no saben los años que tienen por delante, el tiempo que les espera en el futuro. Los dos juntos exudan armonía, y eso me llena de paz. Quizá tengan razón: los viejos conservamos en nuestra memoria recuerdos que les permitirán sostener en una mano la confianza en el futuro y en la otra las huellas del pasado.

Diecisiete

Seis meses después de que Mamoune se instalara en su casa, Jade había olvidado todas sus dudas. Las cosas no eran sencillas, desde luego, y había detalles de la vida cotidiana que no dejaban de complicarse. Por ejemplo, a primera hora de la mañana se pasaba el rato cerrando las ventanas que Mamoune se empeñaba en abrir de par en par. Como era mujer de montaña, y estaba acostumbrada a vivir al aire libre, su abuela abría los postigos tanto si llovía como si tronaba. A Jade no le gustaba el aire frío, sobre todo cuando se levantaba, y le había explicado muchas veces a Mamoune que abrir las ventanas justo cuando el tráfico estaba cargado no era la mejor idea para la atmósfera interior de la casa. Eran pequeños detalles de intendencia que palidecían al lado de los momentos que Jade pasaba con Mamoune, como cuando iban de museos o al cine, cuando la anciana no estaba demasiado cansada. Jade no se fiaba de su entusiasmo, de su deseo de no ser un lastre en su vida y de hacerse a un lado. Cada tanto, Mamoune le decía:

—Uf, ochenta años. Los tengo, sí, pero te aseguro que ellos no me tendrán a mí. Me siento mucho mejor que cuando tenía sesenta, edad en la que estaba acostumbrada a saltar como una cabra montesa, pero, eso sí, a precio de que me doliera hasta el tuétano en cuanto realizaba algún esfuerzo adicional. Más o menos por esa época descubrí que tenía músculos, nervios y articulaciones de las que nada sabía. Sin duda, vejadas por mi ignorancia, se tomaron muy en serio la tarea de informarme de todo el dolor que eran capaces de infligir.

Mamoune era irónica cuando hablaba de su capacidad de resistencia, pero Jade había detectado las señales que indicaban en qué momentos más valía que la dejara descansar. Lo veía por la forma en que se movía o se sentaba, o cuando parpadeaba porque alguno de esos músculos rebeldes le recordaba su presencia; o la expresión que revelaba el dolor que sentía, cuando creía que Jade no la observaba. Mamoune se habría negado a confesar que le doliera el más mínimo nervio, y habría aplicado la máxima de su generación: que uno está vivo mientras se mueve y que cuando se queda quieto es que ha muerto.

Al observar a su abuela atentamente, cada día, Jade también había llegado a darse cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo. Al decírselo a su abuela, esta le contradijo:

—No, no. Es al revés. Esto es como el café.

—¿Como el café? —preguntó Jade, extrañada.

—Sí. Nosotros somos el agua y atravesamos el café molido. Nos cambia: a veces salimos más amargos, a veces aguados y otras veces, las más escasas, en el punto justo. Perfectos.

Y se quedaba satisfecha con la explicación.

—Es decir, que la edad se nota porque todo va más lento —dijo Jade. Y sin decirlo, pensó: eso es cruel.

Así, había aprendido a moderar su energía cuando le enseñaba a su abuela alguna

función o tecla del ordenador. Lo que a ella le parecía la mar de lógico, a Mamoune le costaba un montón y a veces, bloqueada por la impaciencia y enfadada consigo misma porque no entendía las cosas lo bastante rápido, se cerraba en banda. Más de una vez había flirteado con el desastre, como habría dicho la tatarabuela. La imagen ideal de Jade de una Mamoune amorosa y cándida que no perdía los nervios había quedado algo tocada, la verdad, después de sus clases de informática improvisadas. Se transformaba como a la gente suele sucederle al volante del coche: ¡se convertían en máquinas de matar!

Pero la vida con Mamoune era un tiovivo. Un día, muy tímida, Mamoune le había dicho:

—¿Te importaría acompañarme a una tienda de ropa interior?

De repente, a Jade le dio una tremenda vergüenza que no se le hubiera ocurrido antes a ella, como si los cuerpos ancianos no necesitaran cubrirse igualmente y una mujer que ya no estaba, supuestamente, en edad de seducir no quisiera utilizar ropa interior agradable, aunque solo fuera para ella. La ropa interior elegante no estaba reservada a las muchachas jóvenes como Jade, con sus sedas y sus encajes, artificios secretos para disfrute de las muchachas y sus amantes.

Y aunque Mamoune se esforzaba por no pedir nada, Jade a menudo la ayudaba en el baño. Por ejemplo, se había acostumbrado a secarle el pelo para que no se le cansaran los brazos. Las dos iban juntas a la peluquería una vez al mes, y Mamoune había aceptado a condición de pagar ella, de vez en cuando.

Gracias a Mamoune, Jade había aprendido a administrar sus recursos: preocupada por la posibilidad de dilapidar sus ingresos, se había convertido en una persona minuciosa con sus gastos, y ahora compraba mucho menos que antes. Habría sido más exacto decir que por primera vez en su vida, controlaba lo que gastaba. Salía menos, y como Mamoune compartía gastos con ella, su banco ya no la llamaba para avisarla de un descubierto inopinado.

El día en que fueron a renovar el guardarropa de Mamoune fue memorable. Jade la ayudó a escoger varias blusas, empujándola a probarse prendas que en la vida se le habrían ocurrido a Mamoune.

—Es que ya no estás en el campo, Mamoune. Ahora eres una mujercita de París.

—Bueno, aunque la mona se vista de seda... —dijo la anciana.

Jade se echó a reír, feliz, y se dijo con el corazón estremecido de emoción que toda mujer lleva dentro de sí una pizca de coquetería, hasta el último momento de su vida. Entre visita y visita a las tiendas, pararon en una tetería para tomarse una infusión, y Jade insistió que era a ella a quien le apetecía parar, que no lo hacía por Mamoune en absoluto.

—De verdad, Mamoune, me agobia ir de tienda en tienda. Para mí también es muy agotador. Prefiero sentarme de vez en cuando y disfrutar de la conversación

contigo, y poder elegir juntas las prendas. Y también me gusta que me cuentes cosas tú, y que terminemos cantando nanas juntas en medio de la calle.

Mamoune sonrió y se dejó llevar por el entusiasmo de su nieta. Le contó la historia de su traje de novia, que su tía había forrado de lana para protegerla del frío pues se había casado en invierno. Luego, durante la ceremonia el picor se había hecho tan insoportable que Mamoune había deseado que la noche de bodas no fuera un descubrimiento del amor físico, sino una sesión de rascado para aliviar su alergia. Jade se echó a reír con la historia de la castellana del pueblo cuyo joven marido había encontrado un cinturón de castidad olvidado en un rincón del castillo. Al pedirle que se lo pusiera como chanza, se olvidaron de que haría falta una llave para abrirlo. En plena noche, tuvieron que pedir ayuda para poder quitárselo y acudieron a Jeanne y a su marido. El hombre pensó que el viejo Jean sabría qué herramienta utilizar para liberar a su joven esposa y que, sobre todo, la discreción legendaria de Mamoune le ahorraría a la pareja, hartos conocida, las burlas del pueblo.

Ese día Mamoune pareció estar a caballo entre la frescura de los recuerdos que regalaba a Jade y el cuerpo avejentado que se prestaba de menor grado a la memoria y al viaje al pasado. Se probó la ropa nueva que su nieta le sugería, pero se negó a cruzar la cortina para poder verse frente al espejo con un poco de perspectiva. En algunas tiendas se toparon con dependientas altivas que pensaban que las mujeres de más de cincuenta años y que pesaran más de sesenta y cinco kilos tenían que vestirse mirando catálogos de correspondencia, como si fuera extremadamente importante garantizar que no salieran a la calle bajo ningún concepto. Mamoune, por su parte, exhibía las preocupaciones propias de su época: ahorrar, analizar hasta el cansancio la calidad y la composición de los tejidos, calcular la longevidad del producto. A Jade casi se le saltaban las lágrimas de risa cuando le dijo que esperaba que el abrigo que se estaba comprando durase al menos veinte años.

—Eso, eso. Cuando te invite a cenar dentro de veinte años, más te vale que el abrigo esté reluciente, o si no te quedas en casa.

Mamoune se echó a reír y dijo:

—¡Menuda crueldad acabas de soltar!

Jade se dio cuenta de que formaban una pareja poco común: la octogenaria y la treintañera, regalándose cosas y dando rienda suelta a sus locuras de tiendas. Al vivir día a día pensando la una en la otra habían aprendido a hacerse al vuelo con las pequeñas felicidades de la existencia, para componer hermosos ramilletes de experiencias.

Libros, cremas de belleza, blusas de seda... Jade le regaló ese día a Mamoune el lujo que jamás había tenido, y que ni siquiera había deseado. Y a su vez, su abuela la cubrió de obsequios a cuál más delicado: plumas, cuadernos de notas blancos como la leche y un batín de noche.

—Para que te protejas de mis ventanas abiertas de par en par —dijo, maliciosa.

La noche siguiente fueron al teatro. Mamoune, que jamás había visto una obra

teatral ni siquiera por televisión, por fin tuvo el privilegio de asistir, a pocos metros del escenario, a una, y comprender la diferencia que había entre un texto teatral leído y la interpretación del mismo con actores. Deslumbrada, habló durante días y días de Alceste, tan puro de corazón, y de la frívola Celimena, por fin ambos encarnados frente a ella en sendos actores.

—¡Qué grande debió ser para Moliere escribir una obra así! —exclamó.

Mamoune

Querida señora Jeanne Coudray, Me complace confirmarle que he recibido su correo electrónico con placer y sorpresa.

Qué idiotez, aquí estoy frente al ordenador con el corazón a mil por hora. Me ha contestado muy rápido: apenas un día desde que le mandé mi correo. Lo primero que dice es que tiene ganas de leer la novela de Jade. Ya estoy más tranquila. ¡No me había equivocado, este editor es un hombre bueno y hay que ver lo bien que escribe para decir las cosas! Lo que más le preocupa es la novela.

¿Dice algo inédito y esencial? ¿Lo dice bien? ¿Con la nota adecuada, el tempo correcto, cadencia y ritmo buenos? Hay autores que han dejado de hablar de las cuestiones de fondo para hablar de otras cosas, y a veces solamente piensan en las posibilidades de venta de una novela.

¡Eso ya lo había notado yo sola! Luego sigue hablando de lo importante que es saber releer y revisar. Hay escritores, a veces los más grandes, que son solo un juguete de su escritura. Y habría que añadir que hay un buen puñado de escritores noveles —y aquí también cuenta a los que empiezan a escribir a los sesenta— que miden mal la distancia que les separa de su texto.

Hay a menudo un abismo entre lo que un autor cree haber escrito y lo que nosotros leemos en su texto. Los gatos viejos de la literatura no se fían de esas trampas de la complacencia e instalan desde el principio trampas en sus novelas para combatir esta ilusión narrativa que no cesa cuando envejecen, y que además se detecta fácilmente en cuanto uno conoce los trucos del oficio.

Su carta rebosa detalles a cuál más rico sobre el papel de lectora de Jade que desempeño. Me habla de la vida del editor, compuesta de pequeños milagros, de encuentros, de azares que nunca lo son, de golpes en la cabeza y obstinaciones irracionales. En este punto de la carta, me detengo y me obligo a fruncir el ceño, para no equivocarme.

Sin embargo, le confieso que su historia de lectora secreta, querida Jeanne, me ha encantado, ha cautivado mi corazón de editor y de escritor. Si mi petición no le parece fuera de lugar, sería para mí un honor hablar con usted de su experiencia lectora mientras tomamos un café o incluso, si puedo robarle más tiempo, mientras compartimos una comida. Siento mucha

curiosidad por saber de la lectora y de sus lecturas.

Pero ¿qué voy a decirle a este hombre? Es una invitación galante, tan caballerosa que me sume en una terrible vergüenza. Dios mío, si hasta más adelante en la carta me pregunta si yo no escribo, y alaba el estilo pulido y discreto con el que he redactado mi nota sobre la novela de Jade. Y el golpe de gracia llega con la posdata.

¿Por un casual ha vivido usted alguna vez en la Alta Saboya?

¿Qué habré dicho en la carta que pueda traicionar de esta manera mis orígenes?

Si alguien me hubiera dicho algún día que iba a escribirle a un editor (no de cualquier editorial, sino de un sello independiente, fuerte y respetable), y que además este me iba a contestar, ¡me hubiera perdido del susto por las montañas con mi rebaño de cabras! No pensé en las consecuencias que podía tener enviarle el correo electrónico. La facilidad del pequeño clic con el que envié el correo, en una fracción de segundo, me hizo olvidar la realidad de lo que hacía. Al recibir la respuesta comprendo lo inmenso de mi audacia. Yo, que soy tan tímida en la vida cotidiana, ¡en menudo atolladero me he metido! La carta me persigue durante toda la mañana. Apenas puedo mover un dedo sin que se agolpen en mi mente cientos de respuestas.

¡Qué amabilidad y qué elegancia en su respuesta! De repente me doy cuenta de lo que he llegado a perderme al permanecer oculta, al no confesar mis deseos más secretos y guardarlos en un cofre, como enterrados en lo más profundo de mi montaña. ¿Y si alguien me preguntara ahora, me atrevería a contestar, a pesar de mi edad? No me falta lo que creo ser ni lo que ya no soy, sino aquella que nunca fui. Quizá era demasiado joven, y no era el momento adecuado, o ambas cosas. ¿Por qué hay personas que tardan una vida entera en llegar a un punto determinado, mientras que hay otros que nacen y sin mover un dedo, llegan sin esfuerzo?

No importa. Esta carta es como un lingote de oro en mi vida. La palabra no cuenta, lo que importa es la aventura que promete, tan brillante y de riqueza incomparable. La releo varias veces, pensando en la multiplicación de los milagros que implica. Primero, Jade me salvó. Me esfuerzo cada día para que no se arrepienta nunca de ello. Hoy comprendo que estar con ella me ha devuelto la alegría de vivir, y me ha aportado una ligereza vital que ni me había dado cuenta de que había perdido. En esa residencia habría muerto pronto: no era más que un hospicio, aunque le cambien el nombre para disimular. Todo me empujaba hacia allí, empezando por los familiares que me habían abandonado. Y ahora, heme aquí manteniendo correspondencia con un prestigioso escritor, traductor y editor de prestigio que quiere invitarme a un café. Quizá hasta es posible que haya leído libros suyos; sí, creo que sí, recomendados por mi viejo amigo el conde. Voy a ver si en mi diario guardo las citas que debí apuntar en su día.

Pero ¿por qué me pregunta si he vivido en la Alta Saboya? Releo una vez más la carta que escribí y no encuentro el menor detalle que traicione mi procedencia. Bueno, he aquí mi excusa para contestarle y agradecerle su amabilidad. Aprovecharé para preguntárselo en mi respuesta. ¡Pero qué hombre, qué elegancia y qué clase! Hoy en día apenas tengo ocasión de leer cartas de verdad, ni siquiera medianamente bien escritas.

A menudo he creído que la lengua no nace de un país, ni de un lugar solamente, sino también de un tiempo. Incluso en mi casa, con nuestra educación rudimentaria, mezclando el *pâtois*, nos expresábamos mejor que ciertos presentadores que veo en los programas de televisión que, como habría dicho mi madre, hablan como zafios. A veces utilizan frases hechas, sin significado. Uno se acostumbra a pillar la idea al vuelo, pero la verdad es que no dicen nada. Así pues, la lengua de un país no solo pertenece a un territorio, sino también a un tiempo. Si el progreso consigue que nuestras vidas se alarguen anormalmente, no debería extrañarnos que un día dejemos de entendernos entre generaciones, cada vez más separadas por el abismo del tiempo, de la edad y del idioma.

Dieciocho

Jade no le había explicado a Mamoune lo que sentía por Rajiv. Era tan complicado: le había hablado de él, de la India y de lo que había descubierto a su lado, pero siempre sin entrar en intimidades. No habría sabido describirle a su abuela el deslumbramiento que sentía. Gracias a Rajiv, Jade estaba descubriendo su propio cuerpo y las sutiles relaciones entre la carne y el alma. Se sentía como una nave que bogaba con las velas desplegadas sobre un océano de éxtasis, al que las palabras habían abandonado hacía mucho tiempo. Era un viaje extraño que no tenía nada en común con lo que había vivido hasta ahora. Más allá de la superficie de su piel, las manos de Rajiv encendían en el interior de su cuerpo circuitos secretos, cuyas ramificaciones sin fin se revelaban en cada uno de sus abrazos, abriéndola a mundos desconocidos. A veces Jade se preguntaba dónde terminaría esa carrera que la impulsaba hacia un estado de dependencia casi mágica. ¿Cómo podía tomar ninguna decisión, si estaba prácticamente asfixiada de amor? Era injusto: no estaba segura de si estaba enamorada o simplemente embriagada, sedienta por descubrir esas vibraciones inéditas, casi animales que Rajiv despertaba en ella. Una vez había bromeado, muy ligera, sobre eso y Rajiv la había tranquilizado, riendo:

—El Tao es muy sencillo. Hay miles de indios y hombres de otras nacionalidades que practican el tao, que poseen los mismos conocimientos que yo y hasta saben mucho más.

—No, gracias —respondió rápidamente Jade. Sabía que tenía que ordenar los torbellinos de sentimientos totalmente perturbadores que experimentaba durante sus encuentros, a causa de la fuerza y la energía que Rajiv exudaba. No se atrevía a ponerle nombre, pero si tuviera que nombrarlos, tendría que emplear las palabras «amor» y «éxtasis». Pero ¿cómo? ¿Amor en el éxtasis, éxtasis del amor?

Rajiv se dio prisa en añadir:

—De todas formas, aunque haya miles de indios y hombres de otras nacionalidades que practican el tao, que yo sepa soy el único indio, pianista y buscador de pequeñas moléculas que está locamente enamorado de una chica que se llama Jade y que vive con su abuela.

Jade solamente oyó la expresión «locamente enamorado». No es que Rajiv fuera escueto en palabras, pero esa vez pareció pronunciarlas con una calma grave, solemne.

Ese día, le dijo:

—Si quieres saber por qué las horas que pasamos juntos tienen futuro, escucha esto. —Y apretados el uno contra el otro, mientras los latidos de su corazón se ralentizaban, Rajiv leyó—: «El arte del placer revela la suma de las emociones humanas y oculta la vía suprema. Así, el que sepa controlar su placer carnal, estará en paz y llegará a una avanzada edad».

Jade pensó en Mamoune fugazmente, y se dijo que seguramente había otras maneras de alcanzar una avanzada edad, pero enseguida le dio vergüenza. ¿Quién era ella para juzgar si nada sabía de la vida íntima de su abuela? Tampoco es que quisiera meterse. Decidió que el huracán que la transportaba por donde quería ya era lo bastante complicado como para encima ponerse a pensar en la vida íntima de Mamoune.

Para dejar atrás el miedo, se repetía que cuando uno está en el corazón del placer, no siempre debe saberlo todo. Pero por deformación profesional, ella siempre quería buscar las razones de lo irracional. ¿Para qué negarse a lo que acababa de empezar y que tan dulce era? ¿Sí, por qué? Se había convertido en la persona alegre, despreocupada, relajada que ansiaba ser, todo risas y proyectos. Después de todo, tener a Mamoune y a su buen sentido al lado le había hecho mucho bien.

—Mamoune, ¿me acompañas a ver a una amiga que acaba de ser madre?

Jade tenía previsto visitar a Pauline ese sábado por la tarde. No vivía muy lejos y acababa de dar a luz a su primer hijo. Jade se dio cuenta de que había acertado: ante la idea de ver un bebé, los ojos de Mamoune se pusieron brillantes. Por el camino, le confió a su abuela:

—La noche anterior me pareció al hablar con ella por teléfono que estaba un poco triste y superada por el parto.

Pauline tenía la edad de Jade, y era una mujer alta, rubia y delgada, de tipo espectacular, de los que hacían que más de uno se girase al verla pasar. Pero ese día, al abrir la puerta, Jade apenas la reconoció: llevaba un chándal de color azul pálido, el pelo despeinado y tenía grandes ojeras de cansancio. Parecía ausente.

—¿Dónde está el papá feliz? —preguntó Jade.

—Ha ido a hacer *jogging* —dijo suspirando Pauline.

Durante los minutos siguientes, Jade se dio cuenta de la transformación que se operó en Mamoune. Su abuela miró a la bebé con ternura, inclinada sobre su cunita. Parecía mantener una conversación con ella, en silencio. Luego tomó a la criatura en brazos, y empezó a hacerle carantoñas y murmurar suaves tonterías. Luego se dirigió a Pauline y le dijo:

—No te preocupes, querida. Esta niña sabrá decirte todo lo que necesita, si aprendes a escucharla.

Con actitud tierna y buenos consejos, pero sin darle ninguna lección, Mamoune siguió hablando con Pauline y reforzando su confianza en su capacidad como madre.

—Todo vendrá de forma natural —insistió—. Ya verás, tranquila.

Dos horas más tarde, cuando dejaron a Pauline en su apartamento, estaba sonriente y maquillada, ataviada con unos tejanos y una camisa de cuello masculino abierta hasta el pecho, mientras la bebé se arrimaba a la mama de su madre, apaciguada por la dulzura de los momentos que acababan de compartir.

Por el camino de vuelta, Jade preguntó:

—¿Cuál es tu secreto, Mamoune? Pauline se ha quedado mucho más tranquila.

—Mira, voy a contarte la historia de otra madre, de otra vida. Imagínate por un instante nuestras vidas de antaño, el tiempo que tardábamos en hacer las tareas del hogar, las pesadas obligaciones en que consistía llevar una casa y una familia en nuestros tiempos. Aún me acuerdo de días enteros haciendo hervir los pañales de tela que parecían no secarse nunca, mientras los bebés los manchaban a un ritmo que parecía cada vez más rápido. Súmale a eso el lavar los platos, la ropa de cama, y te puedes hacer una idea de las jornadas idiotas durante las que nos atábamos los críos a la espalda o en cunas colgantes para controlar, de vez en cuando, que durmieran un poco. No teníamos ni tiempo de ver cómo crecían, cómo vivían, dormían o lloraban. A veces, mientras les dábamos el pecho, seguíamos cosiendo y doblando calcetines.

Mamoune se quedó callada de repente, como si le faltara aire.

—Madre mía, solamente de contártelo es como si volviera a pasar por esas galeras para mujeres. Parémonos un ratito en lo de Ahmed.

Mamoune entró en la tienda de comestibles que también ofrecía mesas para clientes y se fue directa al fondo del establecimiento, como una visitante habitual. Jade la siguió, algo cohibida.

—¿Cómo está, Jeanne? —dijo un anciano al que Jade no conocía.

—Como usted, Ahmed, bien teniendo en cuenta que uno ya no es nuevo de fábrica —dijo Mamoune, acercándose—. Le presento a mi nieta Jade.

—Ah, ¿esta es su pequeña? Buenos días, señorita. ¿Tiene usted mucha suerte de vivir con una abuela como Jeanne! ¿Querrán un té a la menta?

Las dos mujeres asintieron y se instalaron en una de las mesitas redondas del local. Mamoune se quedó mirando a Jade, que seguía sorprendida, mientras Ahmed se fue a atender a otros clientes.

—No pongas esa cara. Ya conozco a casi todo el mundo en el barrio a estas alturas. Bueno, para terminar lo que te estaba contando: nuestros bebés no tenían el lujo de vernos inclinadas sobre sus cunitas todo el día, con expresión angustiada. Se dormían al son del ruido que hacíamos, de las canciones que tarareábamos. Y es que cantábamos mucho, sobre todo mientras lavábamos. Éramos felices, nos ayudábamos entre nosotras. Hoy es distinto: entonces, si llegaba al grupo una madre primeriza, de esas que con cualquier fiebre o llanto se ponen nerviosas, las demás enseguida le explicaban cuál era el problema y compartían su experiencia con ella. La ayudaban con su carga de trabajo, le conseguían tiempo para que pudiera tomar a su bebé entre los brazos. No nos hacíamos preguntas, no dudábamos. No existía la dicotomía entre maternidad y trabajo. Había que espabilarse, y también las que trabajaban en la fábrica asumían su labor en casa. Veían muy poco a sus hijos, porque terminaban criándolos las abuelas: mujeres ancianas, sí, pero que no sobraban en ninguna familia, más bien eran imprescindibles.

Una mujer morena de unos cuarenta años se acercó y depositó una tetera encima del mostrador. Acababa de oír lo que Mamoune había dicho, y le dio un abrazo impulsivamente.

—Era igual en el pueblo, pero allí también están cambiando las cosas. Las jóvenes quieren irse a la ciudad. Pero bueno, al menos aún no hay residencias para ancianos — dijo, guiñándole el ojo a Mamoune, y añadió—: Me dijo su abuela cómo la salvó de eso. Soy Souad, la hija de Ahmed.

Le tendió a Mamoune una botella envuelta en papel de periódico.

—Le he guardado el aceite de Argán, el que probó la última vez con la ensalada. Pruébelo, no se olvide de lo que le dije, también es bueno para la piel.

Mamoune le dio las gracias y se dispuso a pagar.

—Por favor, Mamoune, guarde su dinero. Ya me pagaré cuando vuelva a por la siguiente botella.

Jade y su abuela reemprendieron el camino de vuelta a su apartamento. Mamoune se apoyó en el brazo de Jade para subir la cuesta.

—De vez en cuando hago una parada en esa tienda — explicó a su nieta—. Simpatizamos un día en que entré para comprar unas aceitunas. Casi cada día paso por delante, charlamos un poco y a veces me tomo un té con menta. Son una familia numerosa, ¿sabes que tienen abierta la tienda veinticuatro horas al día?

—En París es muy habitual —dijo Jade, suspirando.

—Ya sé que a ti nada te sorprende, pero ¡menudo hartón de trabajar! —Mamoune se quedó callada un instante y luego siguió hablando—: Hija mía, creo que no piensas en el trabajo de la misma manera que yo. Las mujeres de tu generación han disfrutado de la increíble suerte de tener un montón de máquinas que cubren la mayor parte de las tareas del hogar con solamente apretar un botón. Eso hace que hoy en día las mujeres puedan dedicar más tiempo al pensamiento, a la filosofía, y a oficios menos manuales que antaño. Todo eso, en mi época, era privilegio de unas pocas. Yo he podido cambiar todas esas tareas ingratas por tiempo de lectura, y te aseguro que he bendecido varias veces al cielo por haber vivido para ver la revolución de los electrodomésticos. Estarás menos cansada que yo cuando tengas mi edad, por ejemplo: estoy segura de eso.

Jade enarcó las cejas y dijo:

—No se me había ocurrido, Mamoune. Es que yo nací con la idea de que estudiar era lo más normal del mundo, y luego, buscar un trabajo. ¿Cuándo tuviste tu primer electrodoméstico?

—Déjame pensar. Jean lo compró hacia 1970. De la noche a la mañana, pasamos a la modernidad, por así decirlo. Una lavadora, una televisión, un lavavajillas. Bueno, la televisión era más bien para él.

—¿Cómo? ¿Tú no veías la tele? —preguntó Jade, extrañada.

—No, la pantalla me aburría. Pero claro, para los niños que cuidaba, esta revolución de las máquinas fue el no va más. Por fin pude dedicarme a ellos, a

cultivar nuestro jardín, a enseñarles los nombres de las flores mientras correteábamos por la montaña, o a dedicarnos a cocinar deliciosos pasteles de chocolate. Todo lo que no había podido disfrutar con tus tías ni con tu padre, en suma. ¡Es el único reproche que tengo para esas máquinas: que no llegaran antes!

Ese mismo día, más tarde, Jade volvió a pensar en la suavidad de Mamoune, en lo generosa que había sido con su amiga, ayudándola a superar ese momento de miedo e incertidumbre. Se preguntó qué pensaría el marido de Pauline al regresar a casa y descubrir la transformación en el estado de ánimo de su mujer. Fue a buscar a Mamoune, que estaba instalada en uno de los sillones del salón, y se sentó a sus pies.

—Te has portado como una reina con Pauline. No sé si las chicas de mi generación sabremos ser tan buenas madres como la tuya.

Mamoune dejó la novela que tenía entre manos.

—Todo depende de cómo te hayan educado y de lo que hayas aprendido, querida mía. Por ejemplo, estoy segura de que como siempre me has visto rodeada de niños, tú sabrás muy bien qué hacer cuando te llegue el día. No serás una cereza que brota en un campo de coliflor, como decía mi madre.

Jade se quedó de piedra al ver que su abuela era muy capaz de imaginarla en el papel de madre, un rol que ni siquiera se había planteado. Hasta sintió un repentino rechazo, mientras Mamoune la observaba atentamente. Rápidamente, la joven cambió de tema.

—¿Te había dicho que Rajiv me ha invitado a ir de vacaciones con él a la India?

La mirada de Mamoune siguió conservando un brillo malicioso, hasta diabólico; y Jade se preguntó si había pasado de un asunto a otro por pura casualidad, como había sido su intención.

Mamoune

¿Cómo recordar esa cita, y lo que ha significado para mí, yo que jamás he tenido citas? Cuando éramos jóvenes e íbamos al baile del pueblo, en los campos y en el verano en las montañas, a eso se lo llamaba frecuentarse; uno se había cruzado ya varias veces, de camino a la escuela o en alguno de los valles de la región. Todos nos conocíamos entre nosotros: el hijo de Tal y la hija de Cual y también las habladorías y los esqueletos en los armarios de sus familias. No sucedía nada sorprendente, nunca. No poseía el sabor de las coincidencias que a veces surgen entre dos personas. Era imposible que se pareciera a la historia de los que se ven por primera vez y adivinan en los ojos del otro el recorrido de toda una vida tejida de recuerdos y reminiscencias.

Si algún día llego a perder ese recuerdo que desde hace tiempo velo como una frágil llama, espero que los momentos que he vivido hoy permanezcan a mi lado. En mi segunda carta de minuto —así llamo yo a estos correos electrónicos, casi para olvidar que paso mucho tiempo para redactarlos, si bien llegan volando a sus destinatarios—, le respondí a Albert Couvin y le dije que efectivamente había nacido en la Alta Saboya. Con gran cortesía, su respuesta fue invitarme a comer. Tenía que contarme una historia importantísima, me dijo; solamente cara a cara me lo diría, ya que ni el teléfono ni una carta eran medios adecuados para algo tan personal. Quería mirar a los ojos de su interlocutora cuando se la contase.

Escogió un restaurante sencillo y tranquilo en una callecita del barrio de Saint-Germain, muy cerca de donde estaba su editorial. Durante los primeros minutos pasé muchos nervios: el parecido entre Albert y Henri, en el que había reparado al ver su foto por Internet, era más que notable, tanto en sus gestos como en la expresión de su cara. Me perturbaba, y no tardó en revelarme la causa.

—Henri es mi medio hermano —declaró—. Yo fui el hijo bastardo de una bonita criada y del conde. No me reconocieron como hijo legítimo, claro está, pero recibí la misma educación que el heredero del título, y también viví en el castillo. Henri fue mi compañero de juegos en la infancia, pero desde que obtuve mi licenciatura no volví a la Alta Saboya. Pero al ver su mensaje recordé que Henri, que es dieciocho años más mayor que yo, me había hablado de una amiga suya, lectora, durante uno de sus viajes a París hace varios años. Me dijo que le hubiera gustado que su hermano editor conociera a la mujer que había tomado a la literatura por amante.

Al principio no supe qué decir: me extrañaba que Henri, con el que había llegado a mantener una relación de confianza, no me hubiera hablado de ese hermano al que parecía apreciar. Pero recordé que en realidad sí me había hablado de él: me había recomendado la lectura de dos novelas cuyo autor era Albert Couvin, y yo había olvidado su nombre, pero no los textos, cuyas citas estaban pulcramente anotadas en mi diario de lecturas.

Después de su confesión, perdí la timidez. ¡No iba a dejarme intimidar por el hermano pequeño de Henri! Mientras hablábamos sobre el hombre excelente al que ambos habíamos amado, compartimos nuestros más íntimos pensamientos. Hasta entonces yo no había podido hablar con nadie de Henri y de los buenos momentos que pasamos juntos; no podía transformar ese pasado doloroso en conversaciones agradables que me ayudaran a olvidar que le echaba de menos. Descubrí, hablando con Albert, lo necesario que es en el pequeño teatro de seres amados y desaparecidos poder sostener la mano de otro y disfrutar de nuevo del espectáculo de nuestras emociones y nuestros recuerdos.

Seguimos hablando durante cuatro horas más: descubrimos por azar durante una conversación que se alimentó de vidas, libros amados y de las aventuras del lenguaje que salpimentaban las historias de Albert, que nuestros cónyuges habían muerto el mismo día. Así, a varios kilómetros de distancia y años en el tiempo hasta que el destino nos reuniera, habíamos llorado simultáneamente la pérdida de una parte de nuestra alma. Disfruté escuchándole y trataba de disimular mis lagunas de ignorancia, pero pasé momentos maravillosos y me olvidé de mi timidez. Fueron cuatro horas durante las que charlamos como si tuviéramos toda la vida por delante, y no por detrás como él mismo dijo. Se me hicieron cortas como cuatro minutos, y largas como una eternidad de felicidad. Tuvieron que pasar varios días para que me recuperara de la emoción.

Cuando volví de mi encuentro, Jade me esperaba furiosa y preocupada a causa del largo tiempo que había pasado fuera de casa, comiendo. No supe qué decirle.

—Pero si fui y he vuelto en taxi, no podía pasarme nada.

—¿Y si te hubieras encontrado mal? Casi llamo a la policía y al ejército para que te localicen.

Yo estaba aún flotando en mi nube de felicidad, por lo que no atinaba a poner la cara de contrición que hubiera calmado su cólera. Le llevó un breve momento de monólogo airado para darse cuenta de la diferencia de nuestros estados de ánimo. Yo estaba feliz como una perdiz, y en cuanto me dio la oportunidad le conté con pelos y señales mi cita, las coincidencias de la comida de un par de octogenarios, y sin preocuparme un ápice por las consecuencias. ¡No tenía de qué! De repente, Jade se detuvo y se me quedó mirando, estupefacta:

—Mamoune, ¡tú te has enamorado!

—Qué tontería —dije al momento—. A mi edad, imposible. ¡Se me pasó la ocasión!

Es curioso cómo las palabras pronunciadas revelan, sin posibilidad de retorno, la impostura de los sentimientos. Jade se lanzó, por su parte, a una prolija y científica explicación:

—El amor no obedece a ningún reloj biológico, Mamoune. ¡Uno puede enamorarse a cualquier edad!

Para mis adentros, me dije que eso era cierto siempre y cuando el amor no fuera

físico, porque si no la edad avanzada resulta todo un inconveniente. Pero debo confesar que la escuchaba a medias. A pesar de las horas que había pasado con Albert, no quería escuchar la historia de los latidos de mi corazón, que se portaba como una cabra loca y actuaba sospechosamente igual que la descripción que Jade hacía del sentimiento amoroso. Una voz interior trataba de advertirme, sin duda la de mi pobre razón: «Jeanne, mujer, eres patética y te imaginas lo que no es». Pero todo cambió cuando encontré el correo electrónico de Albert en mi buzón de correo, que debió escribir no bien nos hubimos separado y llegó a su despacho.

Mi querida Jeanne.

Dígame si estoy haciendo el ridículo y tenga piedad de mí: si es así, no me deje avergonzarme más aún declarándole lo que siento y aún no me atrevo a nombrar después de la comida que hemos compartido juntos. Se publicó hace poco uno de esos estudios sobre los deseos y los proyectos, y se decía en él que la pasión y el fuego son cosa de jóvenes. Pero ¿qué hacer entonces cuando uno siente esa misma pasión y ardor en esta edad provectora que usted y yo tenemos? ¿Qué hacer cuando la sombra de la gran dama cruel confirma que hay que decir las cosas y actuar antes de que sea demasiado tarde? No me importa, estoy loco y me siento feliz de estar loco, después de esta tarde y esa maravillosa comida que se convirtió en merienda a lo largo de las horas y que fácilmente habría terminado en una cena si me hubiera atrevido a secuestrarla. ¿Lo ve? No soy tan viejo como para no pensar en locuras. Aún tengo tiempo, y le pido perdón por mi estallido, y le doy las gracias por existir, Jeanne, a la que quiero ver a menudo.

Respetuosamente.

Albert.

Termino de leer el mensaje, estupefacta. Y avergonzada, me doy la vuelta para asegurarme de que Jade no está leyéndolo por encima de mi hombro.

Esa noche, al echarme en la cama mil dolores vienen conmigo, me saludan con sus reverencias de siempre y yo suspiro, estirando este viejo cuerpo que durante un instante he creído abandonar, flotando de felicidad. Qué me importa todo, qué importa nada. Me pregunto a quién podría dar las gracias por esta dulce, inesperada aventura. Me he vuelto tan atea con el paso de los años... Esta noche, creo que me dormiré con una sonrisa en los labios.

Diecinueve

Increíble pero cierto. Jade no daba crédito, pero la verdad era que Mamoune, su abuela, a los ochenta años de edad, se había enamorado mientras le buscaba un editor. No importaba quién era él, en realidad: era el mero hecho de que hubiera sucedido lo que más la sorprendía. Después de todo, Mamoune encarnaba para Jade la imagen de una madre, y solamente se imaginaba una dulce complicidad entre ella y su abuelo Jean. Era inmutable, como un icono de ternura: dulce, pero sin pasión. Era cierto que su vida secreta como lectora ya había asestado un golpe a esta imagen idílica: ¡pero ahora se había pasado! Cuando trataba de adivinar cómo habría sido la juventud de su abuela, pintaba imágenes bucólicas de la campiña, donde los niños se pasaban tres meses en el campo, empezaban sus vacaciones con la cosecha del heno y volvían a la escuela después de la vendimia. Así, en este marco más bien restringido, Jade le suponía algunas locuras a su abuela, como besos robados en un pajar o cosas por el estilo. ¡Pero que Mamoune se fuera a comer con un desconocido con el que había contactado por correo electrónico era impensable! Ponía patas arriba todo lo que Jade había creído de su abuela. Además, no sabían nada de aquel hombre, se dijo para sí aunque sin atreverse a reprochárselo a Mamoune. De acuerdo, era editor e iba a leer su novela, pero esas aventuras, a su edad... Aunque lo verdaderamente chocante había sido que Mamoune regresara cuatro horas después, con aires de jovencita lánguida. Hasta parecía que hubieran compartido algo más que una inocente comida. Sin embargo, la cólera y la preocupación de Jade se desvanecieron conforme se daba cuenta del descubrimiento que acababa de hacer: uno podía enamorarse a cualquier edad, incluso a las puertas del otro mundo. Quizá era sobre todo eso lo que nos convertía en seres humanos. Mientras quedaba un hálito de vida, el amor era posible, incluso flirteando con el azar, y con la misma fuerza, la misma despreocupación estúpida, las mismas extravagancias. Y era fuerte confesar que Mamoune, a su edad, parecía ajena a estas inquietudes y a los dulces tormentos que asaltaban el alma de todo ser enamorado. ¿Era posible que en la edad tardía, el amor fuera así? La pasión en la serenidad, sin jugar ni fuegos de artificio. Jade tendría que haberse alegrado de la aventura de Mamoune, pero sin embargo no podía, y no sabía por qué. «Soy su nieta y no me gusta la idea de esperarla en el umbral de la puerta, como si fuera su madre», se dijo molesta. «O quizá tampoco me gusta que en un par de días haya desmontado todo lo que yo creía saber sobre las relaciones amorosas. O peor aún: ¡estoy celosa!». Mamoune, por su parte, no adivinaba la agitación y las contradicciones que reinaban en el alma de su nieta.

Jade pensaba en el amor entre los cuerpos, y al mismo tiempo no quería pensar en ello. ¿Qué hacía uno con un cuerpo de ochenta años, cuando estaba enamorada? Se sentía atrapada por las preguntas sin respuesta, por el miedo y hasta el asco que le inspiraban. Jade adoraba la piel fina y suave de Mamoune, pero se sentía incómoda

imaginando el roce de dos cuerpos avejentados y sus pieles marchitas. Y también sentía vergüenza al no poder olvidarse de eso y concentrarse en los sentimientos, la belleza del encuentro, e incluso la discreción que le recordaba que esos caminos íntimos no eran asunto suyo. Sabía perfectamente que no tenía por qué pensar cosas así, que no tenía el menor derecho, pero ella también estaba enamorada y tenía treinta años. Estaba en la plenitud de su juventud, su cuerpo enamorado brillaba exultante, y la idea de Mamoune igual de enamorada que ella la perturbaba: le obligaba a plantearse preguntas que la asustaban, precisamente las que ocultaban las revistas y semanarios para los que Jade escribía. ¿Cómo se envejece bien en el cuerpo de uno mismo? ¿Qué queda de los placeres de la vida y de la carne cuando todo lo vivido resta a nuestras espaldas, en un pasado más o menos lejano? ¿Cómo resistir la tentación de luchar contra los años lanzándose a cirugías estéticas más o menos sofisticadas? Jade observaba a las actrices que eran mayores que ella desde hacía veinte años, que lo serían aún más dentro de otros veinte, y que sin embargo tenían aspecto de ser hermanas suyas, o incluso sus hijas. Bajo la máscara de los *liftings*, colocaban rostros pétreos en las brillantes páginas de las revistas femeninas, y ocultaban sus manos, las que revelaban su verdadera edad. En ese sentido, el cálido rostro de Mamoune, todo arrugas, y la expresión de vieja india sabia que se le ponía cuando Jade le trenzaba la melena blanca por la noche le confería una rara belleza, que ni siquiera de joven había tenido. Desde ese punto de vista, la historia de amor de Mamoune era un milagro, y al darse cuenta Jade se arrepintió de sus primeros prejuicios y se dijo que le compraría una blusa de seda para la siguiente cita con el que podría ser su futuro editor. ¡Mientras no decidiese publicarla por amor a su abuela!, pensó sonriendo.

Y es que Albert Couvin parecía estar también enamorado. Le había escrito justo después de la comida que habían compartido, así se lo había confesado Mamoune con las mejillas ruborizadas como una principiante. Jade pensó que no era plausible: ninguna revista le hubiera comprado esa historia, no tenía la menor credibilidad. Pero le hubiera gustado ser una mosca en la pared y asistir a la comida, para poder responder a la pregunta crucial que se venía haciendo: ¿hay vida después de la juventud? En sí, la aventura de Mamoune ya constituía una sublime respuesta. Le había bastado mudarse a vivir con Jade para encontrar otros intereses y olvidar la ausencia de su esposo fallecido desde hacía tres años. Mamoune se había esforzado por comprender el mundo de Jade, había cobrado fuerza, y ahora estaba lista para una nueva vida.

Jade reflexionó sobre su primer viaje a Colombia, lo maravillada que se quedó durante los primeros días que pasó entre los indios *kogi*. Los chamanes eran sus *mamu*: ancianos y sabios dirigían al resto de la tribu después de haber pasado dieciocho años en completa oscuridad. Los hombres se encargaban de elaborar los pedazos de algodón a partir del cual tejían sus vestimentas. Le dijeron a Jade que sus pensamientos se tejían igual, mientras sus dedos volaban por entre los hilos de

algodón. La joven había viajado impulsivamente a esa zona del planeta después de ver un documental en el que uno de los indios miraba directamente a cámara e increpaba, como si hablara con ella solamente:

—¿Qué hacéis con la tierra? Está viva y vosotros la estáis matando. ¿Por qué?

Igual que hoy, Jade había comprendido que era una pregunta que había que hacerse. ¿Por qué? ¿Para qué ir más deprisa, obligarse a olvidar que todos terminaríamos teniendo una edad, para qué negar el futuro y vivir el presente ciegamente, aterrados por si el pasado nos atrapa? ¿Sí, con qué objeto? Se quedó aterrorizada ante lo absurdo de la vida. Una sola de las miradas de Mamoune la llena de una serenidad desconocida, como si construyera un muro que la defendiera de la estupidez y de la ignorancia. Una sola de las miradas de Mamoune, y su deseo de saber por qué, para qué, cobraba sentido.

Mamoune estaba curda. En realidad, jamás había estado enferma. Nunca diría, como ese jubilado lúcido al que Jade había oído decir mientras visitaba uno de esos lugares de pesadilla, paradas de fin de trayecto:

—Aquí nos tratan bien, señorita, pero se aburrirá mucho: ¡el ambiente es sepulcral!

Su abuela no se echaría a temblar cada vez que se encontrara mal, porque Jade le había prometido que, sana o enferma, se quedaría con ella tanto tiempo como quisiera. La salvaría de ese final terrible, solo, ajeno. Veía las residencias que había visitado, durante sus reportajes, como si se proyectaran en visión panorámica en su cabeza, pero hasta el día de hoy no había comprendido con claridad meridiana lo que le había dicho el anciano, esa vez, mientras se aferraba a sus manos para agradecerle que le escuchara.

Ser humano no significaba solamente grabar testimonios y transmitirlos, como su oficio exigía. Ser humano era mantener esa conversación, ser consciente de la igualdad que la vejez y el sufrimiento imponen a todos. Era sentir la humanidad, y guardarla como si fuera un tesoro.

Jade decidió que el encuentro entre el editor y su abuela era una feliz coincidencia, y tomó uno de sus libros de cabecera, de un autor llamado Albert Londres. Otra buena casualidad: que el editor que iba a leer su manuscrito llevara el mismo nombre que uno de sus autores favoritos. Mientras tanto, tenía mucho trabajo por delante: la revisión del manuscrito, y todas las dudas que surgían acerca de la escritura, que ella había creído innata y que según esa estúpida idea, tenía que brotar sin esfuerzo de la crisálida de su imaginación.

Mamoune

Cuando Albert me reveló el pasado embarazoso de su padre, del cual Henri nada me había dicho, no se sorprendió cuando le dije que nada sabía de su existencia. (Aunque quizá no quiso que creyera que le afectaba). Mi amistad con su hermano se había construido sobre la base de las lecturas que compartíamos y comentábamos, y al final resultaba que casi no hablábamos de nuestras vidas personales. Una o dos veces, Henri me había dicho que lamentaba no haber vivido una gran historia de amor, pero nunca me había contado nada de su infancia. Y ahora, cuando Albert me hablaba de su historia común, no me costaba mucho imaginar las habladurías que debían recorrer el castillo mientras él vivía allí con su madre. El niño adoptado, su curioso parecido con el hermano mayor, la madre joven... Henri tenía casi diecinueve años cuando nació Albert: hubo quien aventuró que el verdadero padre del niño era el hijo del conde.

—El silencio y la abnegación de mi madre me recuerdan a veces a tu vida secreta como lectora —dijo de repente Albert. Me pareció un comentario curioso, y enseguida protesté:

—Yo no me escondía. Iba al castillo, me veía con Henri y nos encontrábamos en su biblioteca. Incluso vi a la pequeña Clementine, cuando hubo crecido. Y mi marido Jean sabía que mantenía buenas relaciones con la familia del conde.

Era la verdad. Yo me llevaba bien con casi todas las familias cuyos hijos cuidaba, y para algunos era casi parte de la familia. No había un ápice de maldad en la amistad que me unía con Henri, y creo que Jean siempre lo supo, y leía en mi rostro que cuando desaparecía durante largas horas, no le traicionaba.

—Otra vez vas a perderte a la montaña —decía, sonriente. «En mi montaña de libros», pensaba yo.

De repente, Albert dijo:

—Qué bella es usted, Jeanne, mientras escucha mis recuerdos.

Desconcertada, solamente pude echarme a reír algo bruscamente. Dije:

—Perdone, Albert, pero yo nunca fui bella, así que no voy a empezar a los ochenta años. No lo diga más, y sobre todo no lo piense, o creeré que me halaga porque sí.

—Está bien —aceptó Albert, y prosiguió muy serio—: Pero es verdad que la vida de mi madre en el castillo fue una elección que implicó un gran sacrificio en su vida. Tuvo que permanecer soltera para siempre, para que yo pudiera recibir la educación que algún día me permitiría realizarme. En esa época, eso significaba mucho. Solamente los que son ricos pueden hacer lo que les venga en gana. Y en cambio, ella tuvo que callarse y aguantar el oprobio para que su hijo tuviera lo mejor. Perdió la posibilidad de llevar una vida normal, de casarse con un campesino. Cuando fui mayor, traté de preguntarle, de saber si lo lamentaba, pero no me confesó nada.

—¿Se negó a decirle lo que sintió?

—En absoluto, al contrario, a mis preguntas me contestaba con otras: «¿Qué habría ganado yo», me dijo, «dándote un padre pobre incapaz de mantener a una mujer y a su hijo? Querido Albert, yo no tuve una buena educación, pero no tengo un pelo de tonta. Ricos o pobres, los hombres siempre son iguales. El conde apagó su sed conmigo, pero fui yo quien terminé haciéndome con el tesoro: tú. Serás más feliz que tu padre, ya lo verás, y tendrás más suerte que su verdadero hijo, que tendrá que preocuparse de la herencia, con todos los inconvenientes que eso conlleva. Tú, ángel mío, serás libre y sabio, y te habrás alimentado y educado gracias a su sentido de la culpa».

En ese momento comprendí el sentido del nombre de la editorial de Albert: En lugar seguro. Estaba inspirado en el título de una novela del escritor norteamericano Wallace Stegner, pero por encima de todo ocultaba el recuerdo de una madre que le protegió siempre a cambio de su silencio y de su renuncia a la vida, atrapada en ese castillo al que jamás regresó. ¡Cuánto debió envidiar Henri a ese hermano que había podido hacer lo que quería, y transformar sus fantasmas en proyectos y luego en realidades!

A mi vez, yo le hablé a Albert de mis encuentros con Henri en su castillo.

—Me contaba de cómo convivía en lenta agonía con una esposa a la que no odiaba, decía, porque no tenía la culpa del sopor y la falta de vida que emanaba de su personalidad. Así, hablábamos de Diderot, Montaigne o Joyce —y mientras lo decía me pareció revivir los instantes felices de nuestras conversaciones—, y también me inició a los escritores norteamericanos que le hacían soñar y que yo desconocía.

—Pero ¡qué desvergonzado! —exclamó Albert—. Si cuando yo le traía libros escritos en América me decía que no quería leerlos.

Cuando tuvimos nuestra última cita, Albert tomó mis manos entre las suyas y me preguntó:

—¿Le resultaría muy doloroso contarme su última entrevista con Henri? Fue, lo sabe usted, pocas horas antes de su muerte. Yo estaba en el extranjero, y me enteré, volviendo a París, que mi hermano había muerto. Durante mucho tiempo sospeché que el personal del castillo me había ocultado la gravedad de su estado para evitar que volviera para estar a su lado.

No pude negarme, por varios motivos: entre ellos, que ese momento se quedó grabado en mi memoria con más nitidez de lo que ni yo misma me había dado cuenta.

Esa noche, insistió en que un criado del castillo me acompañase de vuelta a mi casa, con una caja que contenía una primera edición de la *Encyclopédie*. Aún está en mi casa, en la entrada, con una enorme planta encima que disimula su presencia y la protege de las miradas de los curiosos, desde hace ya años. Durante la última vez que vi a Henri, me pasé casi todo el rato suplicándole y llorando, pidiéndole que consagrara sus últimos momentos a hablar, en lugar de a legarme libros. Pero no se calmó hasta estar seguro de que me iría en coche, cargada con su regalo de despedida.

Clavó sus ojos de azul acero en mí y me dijo:

—Sé que nosotros siempre hemos sido una extraña pareja, Jeanne. Tú no pensabas en el cuerpo, y a mí me hubiera gustado poder darte solamente mi espíritu; me temo que eso no es posible, como no es posible separarlos.

Intenté detenerle, pero me sostuvo la mano y supe que iba a hablar de lo que siempre había estado presente entre nosotros: que a pesar de todo el afecto que le tenía, nuestra amistad era intelectual solamente.

—No protestes, dulce amiga —me dijo—. Solamente las mujeres sois capaces de este amor terrible e inocente. No conozco un solo hombre que en algún momento no desee gozar, por fugaz que sea el instante, con una mujer cuyo intelecto admira. Pero dejémonos de circunloquios, porque no pienso morir sin saberlo: ¿me has querido, un poco al menos, Jeanne?

—Sí, Henri —respondí yo con un hilo de voz, temblando—. Te he querido y te he admirado. No puedo explicar todo lo que has sido para mí estos años.

Lo recuerdo como si tuviera mi respuesta grabada en la carne, pero no le dije nada de mi confesión a Albert. Soy demasiado tímida y pudorosa como para decírselo, así que omití ese momento, ese tesoro que guardo igual que su *Encyclopédie*, en lo más recóndito de mi casa, de mi corazón. Después de nuestro intercambio, la sonrisa de Henri se trocó en una mueca de dolor y me apretó la mano con fuerza, dejando caer la cabeza sobre el almohadón cubierto de encaje, con aspecto de estar agotado. Pensé en su mujer, que había muerto hacía tres meses, de una rara enfermedad que bordeaba la demencia.

—Descansa, Henri. Mañana volveré, te lo prometo.

Volvió a tomar mi mano con fuerza y dijo:

—Por favor, Jeanne. Nunca nos hemos mentido. No empecemos hoy.

Murió por la noche, a consecuencia del cáncer de páncreas que lo había destrozado por dentro los últimos meses.

Albert dijo gravemente:

—Gracias, Jeanne. Le agradezco que haya revivido esos dolorosos momentos para contármelos. Ahora que sé que estuvo usted a su lado en sus últimos momentos, mi tristeza se mitiga.

No dejó de sostenerme las manos mientras le contaba la muerte de su hermano, y como yo vertí abundantes lágrimas durante la narración, él las secó de mis mejillas con delicadeza.

—¿Sabe por qué son saladas las lágrimas, Jeanne?

—¿Para que no olvidemos que el océano es un gran pesar? No me haga caso, estoy diciendo tonterías. No lo sé. ¿Qué puedo saber yo de agua salada, si nunca he visto el mar? Hábleme de lagos y de montañas, allí he nacido y he crecido. Pero también usted las conoce a fondo.

—¿Cómo dice? No, me está engañando, no puede ser: ¿que usted nunca ha visto el mar? Imposible.

—No le miento, Albert. Hemos crecido en la misma región, pero yo he llevado una vida recluida y he viajado poco o casi nada. He estado en París algunas veces, también visité Suiza, pero el mar que debí ver durante nuestro viaje de bodas siempre se mantuvo lejos de mí. Y luego a veces me proponía ir a ver a mis hijos, y de paso conocer el mar... Pero las casualidades y contratiempos de la vida se cruzaron en mis planes. En fin, cada vez que estaba destinada a ver el mar sucedía algo que lo impedía.

Me di cuenta de que estaba emocionado e incrédulo. Seguía con mis manos entre las suyas, y sin duda se había olvidado de explicarme por qué las lágrimas son saladas. Se quedó callado, reflexionando. Mi mente también vagabundeaba: habíamos nacido en el mismo lugar, visto y amado los mismos cielos, aspirado las mismas primaveras y llorado de emoción al contemplar los colores vivos de los mismos otoños, a dos valles de distancia. ¡Qué sorprendente era la vida! Tenía golpes teatrales, sombras de personajes que se cruzaban en la oscuridad. Me hubiera gustado vivir allí, deslizándome entre las bambalinas de lo real, un poco como la lectora de un libro.

—¿Qué planes tiene el próximo fin de semana, Jeanne?

Con esta pregunta, Albert interrumpió mis ensoñaciones. ¡Como si a mi edad tuviera la agenda de un ministro!

—¿Qué me propone, caballero?

—Invitarla a ver el mar, por supuesto. Para eso solamente tendrá que cruzar la verja de un jardín, el de mi casa. Iremos a La Croix-Valmer, en esa casi isla que es Saint Tropez. Allí tengo una residencia, mía y no de esa familia ilustre a la cual nunca pertenecí. Quiero ver los primeros pasos que dé en la arena, Jeanne. Quiero estar a su lado cuando eso suceda.

No supe qué decirle. ¿Debía pedirle permiso a Jade antes? No, qué ridiculez. Estaba feliz y no sabía por qué no me atrevía a decirlo así, con esa palabra. Era consciente de lo que me sucedía, vivía en el momento y era tan arrebatadora la sensación que me preguntaba si no estaba leyendo uno de mis libros. Recordé una cita de *El rojo y el negro*, de Stendhal: «Como la señora de Renal nunca había leído una novela, todos los matices de su felicidad eran nuevos para ella».

Veinte

Por primera vez en su vida, Jade no sentía que le faltase nada. Estaba satisfecha, ahíta de vida. Era una sensación nueva y embriagadora; desde que tenía memoria la había acompañado un fondo de tristeza y de insatisfacción. Ahora se pasaba días enteros trabajando en su manuscrito y volvía a poseer su texto después de haberlo odiado, porque aunque el texto había traicionado lo que ella quería decir, ahora gozaba extrayendo su decir más puro. Se sentía una obrera de la cantera de felicidad a la que Mamoune la había empujado: así se resumía su nueva vida. Su tesón, aunque por el momento no generaba ningún ingreso, tenía la virtud de hacerle olvidar las decepciones de un oficio que había llegado a practicar con pasión. Sin embargo, desde hacía un tiempo el gran desaguado de artículos que le anulaban en el último momento, sumado a la cantidad de dinero que las revistas le adeudaban, habían enfriado su entusiasmo por el periodismo.

Empezaba su día reclamando los pagos que le debían con breves y amables mensajes que endurecía a medida que pasaban los días y no cobraba. Casi parecía que les estaba reclamando el pago de una deuda de usura. Luego, ponía música: las Variaciones Goldberg, suites de violoncelo de Bach o cánticos gregorianos que a Mamoune le gustaban especialmente. Jade disfrutaba descubriéndole música clásica a su abuela. Por la mañana, Mamoune se sentaba en la cocina, sobre el sillón naranja que se había convertido en suyo, con una taza de café en la mano, los ojos fijos en la lejanía y la cabeza ladeada en una especie de feliz abstracción. Compartían un desayuno ligero antes de que Jade se pusiera manos a la obra con las correcciones de su libro. La joven tenía la sensación de ser una costurera que había empezado por reducir un dobladillo y terminaba por convertir la falda en un traje de noche. Así que se enfrascaba en reflexiones y nuevos vuelos de las palabras, pero ya no temía a su propia novela.

Cuando pensaba en todo lo que había dejado atrás (y era el momento adecuado, en plena transición), se daba cuenta de que siempre había arrastrado una sed de algo esencial, cuyo nombre ignoraba hasta que encontró la escritura. Luego había intentado alejarse, bajo pretexto de que no lo necesitaba. Había confundido la literatura con los diálogos suaves de las revistas. Puesto que ya no era tan fácil encontrar en la vida moderna a los escritores exigentes, cuyas obras se encargaban de ensanchar el espíritu de los demás, se había contentado con lo común, desarrollando su escritura en el marco del periodismo en lugar de dejar que volara libre. ¡Ella misma se había puesto las esposas mientras fingía alimentar su afán! No sabía exactamente cuál había sido el catalizador que todo lo había trastornado: si su encuentro con Rajiv, vivir con Mamoune o las dificultades de ser una rebelde en el cómodo nido que era la prensa de hoy en día. Quizá fuera por las tres razones a la vez.

Durante todo el día había trabajado en su manuscrito pensando en Rajiv, y en que habían quedado dentro de unas horas. Se obligaba a no recordar las imágenes entrelazadas de sus dos cuerpos, o de otro modo era incapaz de concentrarse, pero no lograba borrar del todo el murmullo que agujijoneaba su vientre. Para llegar a casa de Rajiv, Jade tendría que andar un buen trecho, pero eso le gustaba. Así relajaba la espalda, tensa por las horas que se pasaba en la mesa de trabajo, y saboreaba los momentos previos a su cita, anticipándose a su reunión después de casi cuatro días enteros sin verse. ¡Es decir, una eternidad! Llegaba con antelación. Se tomó un café y sostuvo la taza con tan mala fortuna que se lo tiró encima, bajo la mirada divertida del camarero. Debía verse todo: sus nervios, su mirada desdibujada esperando a Rajiv. Incluso antes de subir a casa del joven, el corazón empezaba a latirle como un caballo desbocado. La cosa iba de mal en peor. Por fin, por fin llegaba al gran portón de madera roja, y estiraba la mano para llamar al timbre. Sabía que él saldría a recibirla con una sonrisa alegre, pero se contuvo y esperó a que él terminara de tocar la pieza que sonaba desde el otro lado de la puerta. Cuando llamó, lo primero fue un ligero beso en la mejilla.

—¿Quieres un té? —propuso él, abrazándola.

Jade se sorprendió. Normalmente, Rajiv guardaba las distancias hasta el punto que cada vez que se reencontraban Jade empezaba a dudar si habría soñado su último abrazo de pasión y tenía que luchar contra la sensación de que nada había ocurrido aún entre ambos.

—Jade —murmuró él, con la voz que ella amaba, mientras tomaba su rostro entre sus manos. Tenía una expresión seria—. ¿Sabes lo que significa tu nombre?

Empezó a hablar, pronunciando palabras que ella no entendía.

—Es chino —añadió él—. Las puertas de Jade.

La mano de Rajiv se deslizó hacia sus muslos, con precisión a través del tejido sedoso de su falda. Ella le cedió sus labios, quizá porque quería evitar su intensa mirada, sus ojos negros clavados en su alma. Rozó con suavidad su boca, siguió besándole la oreja y mientras seguía murmurando los nombres secretos de su nombre, Jade trataba de luchar contra las oleadas de estremecimientos y de gemidos soterrados que amenazaban con arrastrarla hacia abajo. Tenía las mejillas pintadas de fuego y el miedo palpitando en su vientre; su cuerpo temblaba en una ráfaga tras otra de deseo, y estiró las manos hacia delante en busca de un punto de apoyo. Él seguía conjugando su nombre y todas sus traducciones eróticas, capturando su cuerpo en nuevas caricias desconocidas. Jade nunca había imaginado que las cuatro letras de su nombre contuvieran todos los secretos de alcoba del mundo. Entre la marea de la voluptuosidad, se convirtió en una aprendiz rebelde, olvidando las palabras y concentrándose solamente en los gestos de Rajiv. La conferencia magistral de semántica se transformó pronto en una clase práctica.

Más tarde, pero qué importaba el tiempo en momentos así, aún temblorosa y desnuda, con las rodillas contra los senos, mientras lo contemplaba sirviendo el té

prometido, Rajiv la miró con una sonrisa burlona.

—Tendré que volver a empezar: no parecías prestarme mucha atención.

—Es que soy una mujer lenta y meticulosa. Además, me estabas dando demasiada información y no tenía ninguna libreta a mano en la que apuntar...

—Curioso, teniendo en cuenta que eres una periodista profesional.

Y Rajiv agarró riendo el sostén que Jade acababa de arrojarle.

Mientras se dirigía al metro, después de dejar a Rajiv en su casa, Jade flotaba sobre una nube. Las palabras desfilaban por la pantalla de su mente: jugar con el jade, *nongyu*, hacer el amor, felación, flauta de jade, *xiao yu*, perlas de jade... ¿Y qué más? Se había perdido la mitad. Todo se mezclaba con los deliciosos estremecimientos que le recorrían la espalda hasta la nuca. ¡Qué importaba, Jade o Yu! La cuestión era que miraba el mundo de una forma muy distinta. La sonrisa enigmática de Rajiv le recordó la primera vez que se vieron. Le había preguntado cómo podría abrir las puertas de Jade, expresión cuyo significado se había guardado muy mucho de revelarle ese día.

Apretó entre sus brazos el *Anangaranga* y *El jardín perfumado*, los dos libros que Rajiv acababa de prestarle, y bajó por la calle caminando con alegría. Era curioso la de emociones que podían despertar las curiosidades de los lenguajes. Jade estaba redescubriéndolo todo, y el tapiz de los años que tenía por delante volvía a extenderse frente a ella.

Mamoune

No me imaginaba que a los treinta alguien pudiera preocuparse tanto por su edad. Acabo de mantener una conversación con Jade que me ha desconcertado. La verdad es que no recuerdo qué pensaba yo a su edad, pero seguro que estaba entregada viviendo la vida que me había tocado, sin preocuparme de nada más.

Era en 1957, doce años después de la guerra; ya habíamos logrado dejar atrás algunos de los fantasmas. Mi último hijo tenía cinco años, el mayor once y los otros dos nueve y siete años cada uno. Volví a emerger del largo y agotador período de la maternidad, y aún me sentía joven y llena de energía, porque ya no estaban tan pegados a mis faldas, siempre hinchadas a causa de mis continuos embarazos. Empezaba a cuidar a los niños de los demás para poder ganar un poco más de dinero, pero también porque era un trabajo sereno y me permitía seguir al lado de los míos. En el pueblo empezaron a llamarme la pequeña madre. Me habían pedido más de una vez que siguiera con lo que iba a ser mi vocación: madre sustituta.

La vida era agradable. Y cuando me acuerdo de ese tiempo, veo la vida de Jade con otra luz. Acaba de separarse del hombre con el que creía que iba a pasar el resto de su vida. Trabaja, y si lo entiendo bien, le cuesta muchísimo colocar sus artículos en las revistas. Aunque aún es joven, imagino que tiene dudas acerca de la maternidad, esas ganas difusas que viven amenazadas por el tictac de un reloj biológico implacable. ¿Cuál es la edad hasta la que una persona puede traer al mundo a un bebé, en realidad? La pobre Jade se atormenta pensando en el futuro y no quiere dejar nada al azar. Y para acabar de arreglarlo, acaba de sumar a su joven vida mi anciana presencia, que no cesa de recordarle su propia vejez. ¡Cada día ve con sus propios ojos a su abuela, la que ha salvado por el camino! Por un instante imagino el torbellino de ideas y sensaciones que debe asaltarla y sumirla en la incertidumbre de su tiempo y de su vida. Es un buen ejemplo de su generación y hereda una disyuntiva que la supera, y que también la acuciaría si tuviera marido, hijos y la comodidad material a la que aspira.

Cuando veo la tempestad de preguntas que asalta a Jade, no puedo evitar pensar que me encuentro frente a un alma atormentada, de la que inevitablemente nacen libros, pinturas o música.

Ayer, por primera vez, me habló de su oficio preocupándose de explicarme las reglas que ha aprendido a lo largo de los años, y me tomé su franqueza como una muestra de confianza. ¿Quizá hasta ahora pensaba que era una abuela mayor, o demasiado inculta como para entender esos problemas? Me dijo que cuando se pone a escribir un artículo, la regla básica de los periodistas, la que enseñan en la facultad, se refiere a situar al lector. A los datos que deberían encontrarse en el primer párrafo de cada reportaje, en suma: el dónde, el quién, el qué, el cómo, el por qué, con quién y durante cuánto tiempo. Sin atreverme a interrumpirla, pensaba que curiosamente esas

eran las preguntas que todo ser humano sin duda debería plantearse, aunque, a menudo, son las que más se evitan. ¿Qué estoy haciendo, por qué me quedo, con quién, cuál es el problema? ¿Cuánto tiempo me queda?

De repente me di cuenta de lo que debió atraer a Jade del oficio de periodista, y comprendí su indignación sobre el silencio de lo que los medios guardan sobre lo importante mientras dedican su espacio a lo trivial y lo anodino. Yo, que jamás he escrito una línea, creo que a pesar de mis años y estar al borde la muerte, no estoy mucho más avanzada que ella en ese aspecto. Ciertamente es, no obstante, que a su edad yo ya había iniciado un camino sin retorno.

Soy una anciana, afrontémoslo, que trató de hacerse con algo de cultura pero siempre fue hija de la tierra, de esta montaña donde solo el eco del viento responde a la desesperación más profunda. Durante la guerra vi familias cuyos niños suplicaban a sus padres que no... desaparecieran —porque todavía hoy la mera idea de la palabra *suicidio* me repugna— para escapar de la miseria y del desamparo. Hoy en día, en nuestros campos ya no se ven esas escenas, pero por suerte los bosques eran la respuesta milagrosa que les salvaba. La opulencia de los prados verdes, el esplendor de los cielos que derrochaban gracia y belleza alegraban los corazones sin pedir nada a cambio. A menudo, los más desesperados conseguían extinguir su deseo de desaparecer paseando por la montaña. Me pregunto qué hacen los que sienten la misma desesperación en la ciudad. Ningún rostro amable les mira, no hay naturaleza que con su plenitud pueda apaciguar su angustia. Supongo que para mí, al final de mi vida, es una suerte vivir aquí, a pesar de haber abandonado las tierras montañosas que acompañaron mi infancia. Al haber conocido la capital, comprendo el sufrimiento mejor. No es que parezca un lugar pobre, ni que abunden los desheredados, pero la miseria humana y la soledad de las almas destacan más entre la muchedumbre, y yo les presto atención. Además, gracias a Jade habré descubierto un montón de cosas que también van de la mano con la vida de ciudad: la humildad de aprender a cualquier edad, la facultad de rebelarse contra lo indigno y proclamarlo, aunque sea con la voz afónica, en pensamientos que se irán con el viento. Albert me lo dijo así, la última vez que comimos.

—No importa la forma en que se liberan las ideas, si algo se escribe en nuestro corazón incluso en secreto, la resonancia de lo dicho parte hacia la reserva de las palabras, del lugar donde emanan las creaciones.

Esa es su teoría, y me di cuenta emocionada, sin decírselo a Albert, que se parece a lo que siente Jade cuando escribe. Es en el espacio abstracto de tiempo donde se elaboran las historias que van a transmitirse. Con un lenguaje que jamás cesa de evolucionar, con aventuras que se escriben y con la esencia de las historias que perseguimos en los libros que existen y los que habrán de venir.

La escritura, y también los escritores, forman parte de una farándula que alegra nuestras vidas, nos ayuda a comprender, a caminar en el mundo y a veces tal vez incluso a morir. Cuánto me gusta ese hombre cuando se entusiasma con ojos llenos de

pasión, al otro lado de la mesa, y me cuenta sin darse cuenta exactamente lo que me faltaba por comprender de mi amor por la lectura. Leí, leí dándole la espalda a la vida real, leí contra lo que no quería. Creí que había aprendido lo mejor que sé de los libros; hoy no estoy tan segura. ¡Cuántas ideas perdidas, y quizá recuperadas por no sé quién, se agitan hoy en mi cabeza! Pero a mi edad, no me queda más remedio que seguir los caminos perdidos de mis incesantes reflexiones interiores. A menudo creo avanzar en una dirección, luego se cruza en mi mente otra idea y termino en otro lugar, sin querer.

Practico mi memoria, para hacer frente a los estragos de la edad y al temor que siento ante la idea de perder de una sola vez la cabeza y mi cerebro. Pero a veces, me pregunto qué sentido tiene: ¿para creer que todo va bien? Por suerte, la respuesta acude rauda: fue al venir a vivir con Jade cuando esta mujer anquilosada que fui, con un pie casi metido en la tumba, despertó y espabiló. Si al milagro de mi nueva existencia le sumo la inmensa amistad que siento por Albert, me siento una picara chiquilla cortejada por un chaval de barrio.

Por cierto, aún no he osado confesarle a Jade que me voy con Albert a su casa del Mediterráneo. Heme aquí en una situación de lo más estúpida: me da vergüenza decirle a mi nieta que voy a ausentarme de su apartamento coqueto para fugarme por unos días con mi nuevo amigo. Casi me pregunto si debería pedirle permiso, por miedo a que no me lo dé. Pero no, Jade casi ha terminado de revisar su novela, y creo que ha llegado el momento de que la lea Albert, aunque no quiero que piense que recibirá ningún trato de favor. Sé que el editor dejará a un lado la amistad que siente por su abuela, y que valorará el libro según le parezca. Por mi parte, estoy igual de nerviosa que ella y dispuesta a hacerme responsable de cualquier error de juicio en los consejos que le di. De común acuerdo, hemos decidido que no volveré a leer el manuscrito antes de que ella se lo entregue a Albert. Eso sí, mientras la esté leyendo le echaré un vistazo; pero si tuviera que leerla mientras él me observa, no lo soportaría. Me acuerdo del día en que Henri me sorprendió en el parque de su castillo. Me estuvo mirando largo rato antes de que me diera cuenta de su presencia. Estaba yo inmersa en la lectura de *Ana Karenina* y cuando por fin sentí su mirada, me dio la impresión de que acababa de sorprenderme mientras me bañaba en las frescas aguas de un lago, voluptuosa, en verano. Desde que conocí a Albert, siento que me ha devuelto algo que perdí con la muerte de Jean. Es la suavidad relajante y particular que sentimos bajo la mirada de otro. Uno nunca envejece con miradas así, solamente se siente felicidad y una inmensa ternura. Los espejos no importan un ardite cuando se vive desde siempre envuelto en la mirada amorosa de un ser que conocemos con todo nuestro corazón. Y lo que perdemos es brutal cuando nos quedamos solos frente al espejo que durante tanto tiempo habíamos ignorado, y que parece reflejar precisamente ese olvido. Durante unos minutos, nos metamorfoseamos, igual que el retrato de Dorian Gray, cuando su verdadera edad reaparece. Bien, es cierto que el resultado no siempre es tan monstruoso, pero la mirada súbita, sin complacencia,

sobre nosotros mismos en ausencia del ser querido, arruga el rostro examinado con una lupa cruel.

Veintiuno

«Los libros son un camino de piedra para mis preguntas: son las respuestas. ¿Cómo ir hacia nuestro destino, hacia lo que me espera? ¿A qué precio ser feliz? Todos los caminos llevan hacia la muerte, toda luz brilla sin resplandor, sin decir nombre. En la oscuridad, los dedos que buscan y que palpan encuentran por fin su deseo. Al final del viaje, casi sin movernos, comprobamos que hemos aprendido todo. A los ojos de los demás, somos sin duda una hilera de sencillas palabras: vida, felicidad, compasión, dolor, vitalidad. Todo se convierte en uno, como la semilla del universo y como la parte que nosotros somos de ese universo».

Jade releía la página, se detenía en ciertos pasajes sin comprender. ¡Era imposible que hubiera escrito eso! El texto se le hacía extraño, ajeno. Sin embargo, sí recordaba regresar esa mañana, después de la noche que pasó con Rajiv, ebria de cansancio y de amor. Volvía a verse, atraída como un imán al escritorio de su habitación. Se había sentado desnuda, poco antes de irse a la cama. Con los senos pegados a la superficie de madera, había tomado un bolígrafo, una hoja de papel, y había escrito enfebrecida, antes de quedarse dormida encima de las letras recién escritas. Ahora casi era capaz de renegar de ese texto, solamente porque no lo entendía y le daba miedo. La escritura tenía el poder de una hechicera, pero ¿era capaz de cambiarla tanto por amor? Esa persona que conocía desde hacía tan poco tiempo, pero que ella veneraba, le había descubierto palabras desconocidas en ella, el olvido de sí misma, el deseo de fundirse y de no controlar nada. Rajiv la eludía, pero le revelaba su propio ser. Jade se sentía atrapada en una locura que no temía lo bastante como para impedir a ese hombre que la arrastrara hacia un lugar desconocido, hacía la mujer que empezaba a nacer en ella. Volvió a verse gimiendo, llorando, gritando, entregada por completo al deseo, a la profundidad de sus viajes a la embriaguez de la piel, insostenible a veces. Cuando bajaba a la calle, le dejaba atrás, tenía miedo de llevar su pasión escrita en la cara. Creía ver en los ojos de los transeúntes la verdad: que leían en ella como si fuera un libro abierto. La miraban, insistían, parecían rebuscar en su mirada huidiza hasta fundirse de nuevo en la calle anónima. Tenían razón: ya no se escondía, los miraba desde el fondo de su ser porque acababa de sumergirse, por primera vez, en la profundidad de su personalidad, y acababa de emerger a la superficie después de un amor intenso, ardiente, cuyo resplandor atraía a todos.

Jade miró por la ventana. El día era día tristón y gris. Pensó en Mamoune, que se había ido con su editor, que un día quizá también sería el suyo, por ironías de la vida. Su abuela le había dejado una nota en la mesa de la cocina, un pastel de frutas, flores y recomendaciones para que no se secan las plantas del balcón. Jade sintió como si todo se alineara esa mañana. La vida, la historia de Mamoune, su viaje, la pareja de arrendajos que se habían posado en la ventana de enfrente. Esa mañana que ya no lo era, porque tocaban las dos del mediodía cuando se despertó de un pesado sueño, tan

profundo como el que sigue a una noche en blanco. Se preparó un té a la nuez de coco, la bebida que tomaba cuando estudiaba. Miró el otoño pensando en los buenos momentos que había pasado con Mamoune, en cómo el tiempo a su lado había transcurrido más deprisa de lo que había imaginado y en que durante todo ese tiempo sus tías no se habían preocupado de averiguar cómo estaba su madre. Telefoneaban de vez en cuando, pero nunca le escribían ni se pasaban a verlas. Jade les había dicho que ahora su abuela estaba conectada, que tenía correo electrónico.

—¡Son demasiado mayores como para eso! —había exclamado Mamoune guiñándole el ojo.

Jade seguía preguntándose la razón de su indiferencia. Serge, el padre de Jade, les mandaba correos varias veces por semana. Enviaba música, fotografías, poemas; todo lo que podía acercar a su madre y a su hija a la vida que llevaba en las islas. Hablaban a menudo por Skype y Jade se enternecía al ver que Mamoune se arreglaba el pelo antes de conectarse para ver el rostro hirsuto de su hijo, que se reía con cinco segundos de desajuste, contento de verlas juntas y felices.

Se esforzaba en pensar en eso para evitar imaginarse la falta que Rajiv le hacía, tan pronto, ya. Tenía ganas de llamarle, de estar con él, de deslizar su cuerpo contra el suyo. No quería pensar en todo lo que tendría que hacer para pasar la noche fuera con Rajiv, y dejar sola a Mamoune. No veía manera de vivir su amor bajo el mismo techo de su abuela: no se atrevía a invitar a Rajiv a pasar la noche con ella, en su piso.

Mamoune iba a estar fuera una semana, y no tenía idea de cuánto durarían sus pequeñas vacaciones improvisadas. Al despedirse de ella, Jade se había dado cuenta de que era feliz, aunque tampoco podía ocultar que se sentía un poco culpable por su repentina aventura, y que ver el mar era una hermosa coartada para tomar la mano del hombre que pronto se la llevaría en taxi para ir juntos a la estación. Las dos juntas habían revisado su guardarropa para preparar la maleta.

—Cuidado con el mistral, abuela. Sopla muy fuerte en otoño, y por la noche hace mucho fresco. Eso sí, de día seguro que hará un sol muy agradable, así que puedes ponerte la bata de verano.

Lo decía para tranquilizarla, porque se daba cuenta de que Mamoune estaba inquieta. ¿Es que siempre hemos de temer lo que más nos atrae, incluso a una edad como la de Mamoune? Sin embargo, su abuela había aceptado la invitación de Albert, que iba a ser un fin de semana y después, por un impulso repentino del editor, se había convertido en toda una semana. La había llamado la noche anterior, y Mamoune había repetido su propuesta en voz alta e incrédula:

—¿Seguro, Albert? ¿Está seguro de que toda una semana...?

Como si así quisiera obtener la aquiescencia de Jade, que sonreía asintiendo. Por primera vez en su vida, Jade había notado una especie de coquetería en su abuela, que la joven apartaba de su cabeza parloteando de la calidad de un tejido, o de si era una

prenda de abrigo o no.

Por mucho que le daba vueltas, Jade no veía cómo las dos podrían vivir las historias de amor de sus corazones palpitantes. No obstante, ese amor vivido en paralelo sellaba una complicidad adicional entre ambas. Discreciones y silencios acompañaban a sus elocuentes miradas, y sus lecturas reflejaban lo que transcurría en sus vidas. Mientras Mamoune releía *Madame Bovary*, Jade se había sumergido en *El rojo y el negro* siguiendo los consejos de su abuela. Luego, las dos habían optado por comprar todas las obras de Irene Némirovsky, que Jade acababa de descubrir pero que Mamoune conocía gracias a Henri. Pasaban horas y horas charlando de los libros que amaban, y a veces opinaban de forma muy distinta sobre los personajes y sus situaciones, y debatían apasionadamente. Hablaban en voz alta en los restaurantes, mientras compartían una comida, y atraían la atención de los demás comensales en las mesas vecinas.

—Los autores que realmente valen la pena son los grandes de la literatura norteamericana, los contemporáneos son malísimos y no quiero leerlos.

—Pero Mamoune, déjame que te cuente el argumento de algunos de esos libros de narrativa actual, ¡seguro que te acabo convenciendo!

—Te digo que no: son demasiado tristes y además les falta talento.

—Bueno —objetó Jade— a ti te gustan escritores que no son precisamente fáciles ni escriben finales felices.

—¡Al menos saben escribir sobre la adversidad! —replicaba Mamoune, que pensaba que una novela no tenía que ser un mero reflejo de la realidad; para eso bastaba con asomarse a la ventana y mirar a la calle—. «Hola, soy yo. ¿Cómo estás? ¿Nos vemos mañana?». Es el tipo de diálogos en el que las palabras solamente describen la banalidad de lo cotidiano. Y me aburren. Hasta el silencio que debe arrojar luz sobre las relaciones humanas necesita ser subrayado con palabras. Eso les reprocho: les falta encanto.

Jade suspiró y llegó a la conclusión de que su abuela, como era propio de su generación, no soportaba bien la autocompasión. Los estados de ánimo ombliguistas de numerosos escritores contemporáneos hacían que se le cayeran sus libros de las manos.

—Las novelas, como las personas, deben ser amables, saber seducir —continuó Mamoune—. Por eso te regalé las obras completas de las hermanas Brontë.

Jade tenía que admitir que gozó muchísimo, más de lo que esperaba, con la lectura de esas novelas. Descubrió un despliegue de belleza, de melancolía y de traición, y comprobó cómo se tejían las palabras para describir las vidas de personajes extravagantes; sintió la diferencia entre escribir y relatar. Se dio cuenta de que algunos escritores, más ocupados en escuchar su escritura, sin querer habían dejado a un lado la historia, deslumbrados por la belleza helada de una escritura cincelada pero vacía de carne y de sangre. Siguieron compartiendo su entusiasmo por los libros y los secretos, hasta el momento en que prepararon la maleta de Mamoune

para su viaje.

—A mi edad —le confió su abuela recogiendo sus cosas—, cuando uno se va de viaje siempre tiene la sensación de que no va a volver.

Se frotó los ojos tratando de pensar en todo lo que iba a olvidarse. Antes de bajar a la calle, abrazó con fuerza a Jade y murmuró:

—¡Míranos, vaya pareja estamos hechas! Tú, una futura anciana y yo con el corazón rejuvenecido.

Jade cerró los ojos para respirar mejor el aroma de violeta y de rosas mientras se apretaba contra la suave mejilla de Mamoune.

Hacía tiempo que la joven no vivía sola en su apartamento. Se había acostumbrado a la dulce presencia de Mamoune y esa mañana, sin ella, buscaba su perfume y se acomodaba en el sillón que Mamoune solía ocupar para recuperar su esencia. Al mismo tiempo que gozaba de la soledad (la misma a la que aspiraba después de las noches con Rajiv), recorría su apartamento que ahora era el suyo, de las dos, en busca de las huellas de su abuela.

Regó cuidadosamente sus plantas, probó su pastel, echó un vistazo a la habitación bajo pretexto de ir a buscar su chaqueta. Definitivamente, muchas cosas habían cambiado: Mamoune la que más, ahora parecía otra mujer.

—Conocía a Mamoune y ahora resulta que vivo con Jeanne —le dijo una noche, para tomarle el pelo.

Y era verdad, Jeanne se había convertido en mucho más que Mamoune: era una mujer a la que quería después de conocer su historia, sus amores y la secreta intensidad de su vida aparentemente tranquila, que tanto la emocionaba. Encontrarse con Jeanne hizo que su amor de nieta por Mamoune cambiara, dejándole la mejor parte, los recuerdos de infancia. Era un valioso regalo.

Pensó en Mamoune y el mar que iba a conocer al lado de su amante octogenario, y tuvo que admitir que sentía algo de celos porque no podría estar a su lado cuando descubriera el maravilloso espectáculo del agua. Encima de la mesa, su abuela había dejado una nota al lado del manuscrito de Jade.

No se puede pasar la vida contemplando la espuma de las olas sin sumergirse en las profundidades, que mandan sobre los movimientos de la superficie, pero no hay otra elección con un verdadero libro. Es a la vez igual que nadar en la superficie y descender hacia el fondo, sombra y luz que se alternan hasta dejarnos exhaustos.

Jade se preguntó, por un instante, si su abuela no habría podido ser, además de lectora secreta, escritora.

Mamoune

La sensación de urgencia me agota. Me gustaría vivir como antes, cuando sabía que tenía tiempo por delante, o al menos lo suponía y no me hacía preguntas al respecto. Es la misma sensación que tuve, sin embargo, durante la guerra, cuando conocí a Jean y también cuando nacieron mis hijos. Tenía miedo de que tuvieran un accidente, de que algo irreparable sucediera. Luego, el cansancio de ese temor perpetuo dejó paso al fatalismo. Aún así, no dejé que esa preocupación me impidiera disfrutar de la vida, e incluso acentué los momentos hermosos. Todo era un milagro, una supervivencia, puntos ganados en la partida. Los años pasan discretos entre las tragedias que nos rozan al pasar. Incluso cuando el cuerpo duele y atormenta, el placer de actuar y de ser es aún más vivido.

En ese momento, en el tren donde viajo en compañía de Albert hacia el sur, creo tener veinticinco años, apenas. ¡Más joven que Jade incluso! La idea me arranca una sonrisa. Mi nieta es generosa, le deseo toda la felicidad del mundo. Me gustaría que se convirtiera en la mujer que está aprendiendo a dibujar.

—Está pensativa, Jeanne. Espero que no me reproche haberla secuestrado tan repentinamente para un viaje más largo de lo que teníamos previsto. —Dijo dulcemente Albert.

—¡No me ha secuestrado, Albert! He venido encantada.

—Bueno, déjeme pensar eso de todos modos, al menos durante un rato. ¡Fue por culpa suya! Cuando me dijo que no había visto el mar, no pude soportarlo. Por cierto, ¿ha leído *El silencio del mar*?

—Ah, Vercors y su estilo elegante. Sí, lo leí y lloré, por supuesto. Me acuerdo porque estaba en la biblioteca y tuve que sacarlo para seguir leyendo en la montaña, donde podía llorar a gusto sin ser vista.

—Pienso mucho en esa vida oculta suya, Jeanne. En esa relación que tuvo con los libros, y enseguida se me ocurrió que debió sufrir mucha soledad a causa de ese secreto. Usted es una mujer que goza compartiendo, eso se ve a la legua. Sé que contó con la compañía de Henri, pero usted leía antes de conocerle, y siguió leyendo en secreto después de su muerte.

—No fue así, Albert —corrigió Mamoune—. Yo no estoy acostumbrada, como usted, a formular siempre una opinión de los libros que leo. Quizá es que leer me ofreció la oportunidad de escuchar una música, un canto interior. Desde luego que nunca tuve la educación ni el nivel suficiente como para emitir juicios literarios sobre mis lecturas. En cierto modo, creo que mi soledad fue una muralla protectora. Sí, es cierto que no podía hablar de los libros que alimentaban mi alma. Mi vida de campesina estaba llena de chismes y cotilleos, mientras que mi vida de lectora se nutría de silencio. No es mal equilibrio, ¿no cree?

—Jeanne, creo que no se da usted cuenta... Veamos, hace ya dos meses que nos

conocemos. Si le hablo del sentido de lo posible y del sentido de lo real y del sentido de las realidades posibles, ¿qué se le ocurre?

—Que me fascinó y me cautivó desde que descubrí *El hombre sin atributos*. Pienso en Musil, evidentemente.

No puedo describir el rostro de Albert cuando le di esa respuesta. Hasta pensé que había dicho una tontería, pero hete aquí que se lanzó a un montón de explicaciones combinadas con halagos y cumplidos que me hacían enrojecer de pura exageración. No había nada extraordinario en lo que acababa de decirle. También habría podido mencionar a Don Quijote, ¡cuyo sentido de la realidad tampoco estaba nada mal!

Me encanta escucharle, comprender a este hombre que es un libro viviente que me habla con frases que me cautivan. Me dejo mecer por su música. Detesto los libros cuyos diálogos son reflejos banales de la vida cotidiana, meras transcripciones de lo real, pero amo a las personas que convierten sus conversaciones en literatura. Albert extrae las suyas de un cofre del tesoro, donde se encuentran almacenados giros y expresiones que siempre me han gustado. ¡Qué tonta soy! Ni siquiera me esfuerzo por ocultarle mi pueril entusiasmo. ¿Para qué? Es bueno saber que un hombre así existe, y que sabía lo que yo sentiría al ver el mar incluso antes que yo.

Después de tantas imágenes en la televisión, en fotografías, pensaba que no era más que un enorme lago. No creía que llegara a sorprenderme, aunque Albert me lo había advertido.

—Ya verá, Jeanne, cuando uno conoce el mar de mayor, pensará que sin él estaba huérfana.

Me tomó la mano para cruzar un jardín lleno de pinos, hayas y mimosas, y salimos por la pequeña verja que daba directamente a la playa. De repente, mis pies se hundieron en la arena y una eternidad de agua se meció y resplandeció bajo el sol. «Es un mar de diamantes, un regalo valiosísimo», pensé. Nada de lo que había conocido antes en mi vida se le parecía: era infinito, mucho más que las montañas a las que estoy tan acostumbrada que ya no me sorprende. Siento un enorme agradecimiento hacia Albert, por imaginar esta cita tardía y organizarla con tanta delicadeza. Me ayudó a quitarme los zapatos y me dijo que el bautismo de mis pies en la arena y luego en el agua era indispensable para completar este momento único. Me subí el dobladillo del pantalón, y él hizo lo mismo. Parecíamos una de esas ilustraciones de pescadores de la Bretaña que solía tener cuando era joven. Hasta me dio la risa, me pareció cómico que Albert insistiera en que me acercara al agua salada, ¡si me llegaba hasta la rodilla!

—Es muy tarde, y correría el riesgo de resfriarse, pero mañana nos bañaremos.

—No, Albert, si no sé nadar. Había ríos en la montaña, lagos, pero nunca se me dio bien. No floto bien.

—¿Qué dice? ¡Todo el mundo flota!

—No, yo no. Me caía siempre al fondo, con los ojos abiertos, la boca cerrada sin respirar y esperando a que vinieran a por mí. No tenía miedo, me bastaba con

aguantar la respiración y no tragar agua.

Albert se echó a reír asegurándome que jamás había oído nada parecido.

—¡No me lo invento! —insistí—. Toda mi familia lo intentó, pero nadie logró enseñarme a nadar. Debo tener los huesos demasiado pesados o algo así. Pero a pesar de eso acompañaba a los niños hasta el agua, porque no tenía miedo. Empezaban conmigo, les mostraba los movimientos básicos y luego Jean seguía hasta allí donde ni ellos ni yo tocábamos fondo.

Esa tarde, sentada en la playa con Albert a mi lado, contemplo el atardecer y las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Con una caricia suave, Albert las limpia y me tiende su pañuelo. Estoy avergonzada, es una reacción estúpida. Así se lo digo, y él niega con la cabeza.

—No, Jeanne, no pida perdón. Me hubiera sentido decepcionado si la belleza de este espectáculo la dejara fría.

Durante el tiempo que llevo viviendo con Jade en París, no he echado de menos la naturaleza. Pero ahora que vuelvo a estar entre árboles y pájaros es como si abriera una caja de recuerdos. Vuelvo a verme, cada mañana, rodeada de prados y de nubes, de la hermosa montaña en todas sus manifestaciones. Hasta el aire parece llenarme más los pulmones.

En cuanto el sol desaparece por el horizonte, hundiéndose en el agua rojiza, Albert me muestra su casa. No tiene ni una pared libre: está todo cubierto de estanterías repletas de libros. Las paredes de piedra y los pilares se entrelazan hasta el techo. Es una casa antigua, y a su edad hay que sumarle las nuestras.

—He añadido toda el ala izquierda para disponer de más estancias —explica, y brillan sus ojos al decir—: Tengo dos hijas, y a veces vienen a verme.

Me lleva hasta su refugio, una habitación enorme que hace las veces de dormitorio, oficina y salón en tonos armoniosos de color *beige*. Está amueblado como si fuera la cabina de un capitán de barco. En un rincón, casi en un recoveco en el que no se repara a primera vista, hay una pequeña chimenea justo enfrente de la cama. En la estancia de al lado la decoración es más femenina, azules y rosas pálidos para los tejidos barrocos y bordados, un tocador y un viejo armario del siglo pasado: muebles casi insólitos para una casa al borde de la playa.

—Era la habitación de mi mujer —dice Albert—. Dormirá usted aquí, Jeanne.

El tono no admite la menor protesta. Es como si lo hubiera pensado cuidadosamente, y este es el lugar donde quiere que duerma durante mi semana aquí.

Más tarde, mientras tomamos una copa antes de cenar, Albert cuenta que después de la muerte de su esposa empezó a cocinar.

—No solo a cocinar, sino también a utilizar las manos en la cocina. Hasta entonces no era independiente, ni siquiera me había hervido un huevo ni me había lavado o planchado un pantalón. Era un inútil para la intendencia.

—¿Por qué no contrató un ama de llaves, o alguien que le ayudara?

—Tenía que estar solo —dijo Albert—. No podía soportar a nadie durante los

meses siguientes a la muerte de Francesca. Necesitaba rememorar nuestros recuerdos juntos, siguiendo sus pasos con los míos. Repitiendo los gestos cotidianos que solamente eran suyos, comprendí quién era ella. Dejaba mi espíritu libre mientras quitaba una mancha, o veía cómo se cocía un guiso. Era como reencontrar el amor que sentíamos el uno por el otro en esos actos sencillos de su día a día. ¡Casi me muero durante esa época! Me volví loco: hablaba con ella en voz alta, me burlaba de mi propia incompetencia, le pedía ayuda, volvía a enloquecer. Fue el duelo que llevé a cabo por su pérdida: aprender a llevar mi existencia material sin ella. Al cabo de un mes, una mañana, volví a sentirme lo bastante fuerte como para regresar a mi trabajo, y a ocuparme de los escritores que había publicado en la editorial y que dependían de mí. Ya podía volver a nuestra casa común, prepararme una sopa como un viejo marinero a bordo de su barco. Desde entonces, viene una mujer para limpiar pero nunca cuando estoy yo. Prepara la casa para cuando yo vengo, cocina la comida mientras yo estoy fuera y hace la compra. Aparte de mis hijas, ninguna otra mujer ha entrado en esta casa desde la muerte de Francesca, y yo he aprendido a cocinar mi propia comida.

Creo que está más orgulloso de haber conquistado su tristeza que de algunos títulos que ha publicado, porque eso le resulta más natural y no le requiere tanta concentración. ¡Qué bien lo entiendo, yo que me dediqué a fondo a cultivar el jardín de Jean para convertirlo en mi paraíso en la tierra! Mi alma entiende lo que ha sabido encontrar en las tareas cotidianas que tan habituales me resultan a mí. Escondido de las tareas que tradicionalmente se han ocupado las mujeres, hay secretos que los hombres ignoran. No están muy lejos de la magia de la escritura y la lectura, son el tejido oculto de la vida. Mientras el espíritu viaja, vagabundo, las manos siguen trabajando atareadas. El verdadero poder pertenece a los que saben escuchar las voces que susurran. Dice Albert que un alto porcentaje de lectores de novelas son mujeres, y yo creo que es porque pueden comprender lo que no se dice, lo que está entre líneas, y que no temen que los sentimientos dejen en ellas huellas que ya están grabadas en su corazón.

Esa noche Albert me permitió ayudarlo en la cocina. Preparamos la cena juntos, nos acercamos aún más. Yo me había ocupado de Jean como una mujer de mi generación, y nunca había tenido a mi lado un hombre que supiera cortar la cebolla mientras yo limpiaba los tomates.

—Basta de lágrimas por esta noche, Jeanne —dijo, mientras se quedaba las cebollas con decisión y seguía cortándolas él.

Le sonreí. No hacía frío, pero aun así encendimos el fuego de la chimenea, solamente por el placer de contemplar el baile de las llamas. Pensé en Jade. Me pregunté qué diría si pudiera verme ahora, con la cabeza recostada sobre el hombro de Albert, tan a gusto, con los pies desnudos entrelazados bajo una suave manta. Somos dos viejos amantes, felices de serlo, con sendos corazones bañados en la ternura de los milagros y alimentados por lo que no sabíamos, los dos juntos.

Hay muchos otros sentimientos, deseos y locuras que aún no soy lo bastante mayor como para olvidar, y sin embargo sé que no soy lo bastante joven como para creer que volverán a formar parte de mi vida. En el amor sobre todo, a veces el silencio es mejor que las palabras. Gozo del momento y disfruto del silencio para conjurar el tiempo que pasa.

Veintidós

Rajiv y Jade acababan de terminar los *nan* calientes junto con el té indio de especias que el joven había preparado. Incluso sin conocer los secretos de su receta, Jade lo bautizó como la bebida mágica mientras lo observaba. Él tragaba a pequeños sorbos, y ella contemplaba su nuez moviéndose arriba y abajo. Llevaba una amplia camisa blanca y unos pantalones negros, y el pelo mojado, como si fuera un príncipe indio. Era tan guapo, y ella seguía deseándole como el primer día. La mirada de Rajiv se posó en el piano por un instante y Jade creyó detectar una leve sombra de tristeza. Rajiv dejó la taza en la mesa y se sentó frente al instrumento. Con las manos en las rodillas, la cabeza inclinada: así estuvo durante unos diez segundos, y entonces las notas empezaron a elevarse en el silencio. Aun si Jade se sabía de memoria el tacto suave de sus caricias, seguía descubriéndolo cada día, incluso ahora que no era la primera vez que lo oía tocar. Cerró los ojos para escucharlo mejor, para sentir los dedos de Rajiv que sobrevolaban el teclado. Rozaba las notas o medía los acordes con ligereza, con la fuerza precisa. Jade tuvo la sensación de que era la primera vez que tocaba esos fragmentos con energía nueva. Debussy, Ravel, las Goyescas: la mano izquierda presente, sin asfixiar la derecha, con maestría. Tocaba rápido pero las notas sonaban claras y distintas, sin quedar tapadas por la siguiente en la melodía. Era una ejecución hábil que además transmitía la emoción del artista. «Cada nota contiene varios sonidos», se dijo Jade sin comprender aún cómo lo lograba. Como los distintos hombres que viven en un solo cuerpo, el suyo. Estaba deslumbrada y completamente enamorada, conquistada: no quedaba ni un ápice de su corazón por ganar. Se había rendido tan plenamente que se sintió un poco avergonzada. Escuchando a Rajiv, pensó que tenía dotes suficientes como para haberse dedicado a la carrera de concertista, y que abandonar ese futuro por otro proyecto tan diferente denotaba un deseo y una fuerza de voluntad inusitadas. Ojalá no hubiera cometido un error cortándose las alas. No le gustaría que un día al mirar atrás pensara que había sido un hombre atrapado, y no un hombre que había escogido libremente su destino. Cuando Rajiv terminó de tocar, se volvió hacia ella y en sus ojos resplandecía un suave desafío que Jade no había visto aún, y que su sonrisa hizo desaparecer. No sabía qué decirle. Podía ser entusiasta con alguien que se sintiera desanimado, o voluble con un hombre que dudara continuamente, ¿pero qué decirle a quien ha optado por otra vida por motivos tan nobles?

—¿Cuál crees que es tu destino? Acabas de tocar música conmovedora, pero tu decisión también lo es.

Rajiv se levantó y la besó.

—Eres la primera que me comprende, que no quiere obligarme a escoger.

—Es que justamente podrías hacer las dos cosas a la vez, convertirlas en algo que se complementa en tu vida. ¿Quizá podrías pagar tus proyectos gracias a los ingresos que obtuvieras con los conciertos?

Rajiv se la bebía con la mirada y sus ojos seguían brillando.

—Sí, lo he pensado. He oído hablar de un médico que reparte su vida entre el hospital y la música. Sí, ¿por qué no financiar el hospital y el laboratorio con recitales de piano?

—Yo conozco a ese médico —dijo Jade—. Si quieres conocerlo, tengo una amiga periodista que le ha hecho un reportaje y seguro que aún tiene su contacto.

—¿Crees que podría pasármelo? Mi caso es un poco distinto al suyo, porque yo quiero trabajar en un laboratorio produciendo medicamentos genéricos. Aunque como conservo mis relaciones en el mundo de la música, podría organizar conciertos privados para financiar todo eso. Pero claro, él es un pianista muy conocido.

Jade entendió el silencio que siguió a su respuesta.

—Te ayudaré. Puedo escribir artículos, hacer promoción...

—¿Vendrías conmigo a la India?

Jade no se atrevía a decirle que lo seguiría hasta el fin del mundo. No sabía nada de ese país, pero sabía lo suficiente. Había que ir para amarlo, o al revés, lo había olvidado. Todos los proverbios del mundo acudían a su cabeza. Vivir con miedo es vivir a medias; tomar el camino seguro es no llegar jamás. Decir que no a los deseos es como decir que sí a la muerte. Uno nunca se arrepiente de las cosas que ha hecho, se arrepiente de las que no hizo. ¿Qué riesgo corría, en realidad? Pensó en Julien, en largos meses aburridos y callados durante los cuales no se atrevió a decirle que quería dejarlo. Pensó en lo que hubiera sucedido si se hubiera quedado por cobardía, por miedo a quedarse sola para siempre. Pensó en Rajiv, que la había esperado en una estación de metro sin saber si volvería a verla al día siguiente. ¿Qué estaría pensando él ahora, en ese momento? Recordó la fuerza de la convicción, de los deseos desconocidos que brotan o que mueren según el poder que cada uno tenemos de decir que sí o que no, dos o tres veces o más durante toda nuestra vida. Para protestar, para dejar pasar las cosas o para cambiar el curso de nuestra existencia.

Jade sonreía mientras sostenía la taza de té mágico. ¿Qué ponía Rajiv en aquella infusión de especias? Claro que se iría con él. Ella podría trabajar en cualquier lugar del mundo, en París o en la India. Siempre encontraría razones para escribir, temas sobre los que escribir, revoluciones que contar, artículos o libros. De repente, Mamoune. Su corazón se encogió.

Rajiv adivinó lo que estaba pensando y dijo:

—No te preocupes, Jade. Nos llevaremos a Mamoune con nosotros a la India. Allí los ancianos son respetados, son los sabios que todo el mundo escucha. Vivirá con nosotros. Mis padres ya no viven en Londres desde que mi padre se jubiló de policía. Ahora están en las tierras de nuestra familia, porque aunque soy medio sueco, la verdad es que también soy medio príncipe indio.

—Me estás tomando el pelo.

—Te aseguro que no. De todas maneras te habrías acabado enterando, y eso no tiene la menor importancia en un país asolado por la miseria. Solamente te lo cuento

para que estés tranquila, para que sepas que Mamoune será reverenciada por mi familia india. Tengo dos o tres tías de su misma edad que viven en la gran casa de mi padre y estarán encantadas de hacerle compañía. —Añadió, con una sonrisa—: No te hagas ilusiones: no somos ricos, solamente una mansión, algo de tierras y mucho respeto, porque pertenecemos a una antigua familia que en tiempos reinó en esa región.

Allí, aunque esté arruinado, un príncipe sigue conservando algo de categoría.

Jade había dejado de escucharlo. Pensaba en Mamoune, en lo que diría cuando le contara ese futuro que estaban pactando para ella, a sus espaldas. ¿No era un poco egoísta por su parte? Tal vez no querría venir, ahora que había conocido a Albert. «Me siento responsable», se dijo. «Es fuerte llevarme así como así a mi abuela para vivir mi sueño de amor». Y era una locura: todo en aquella aventura le daba mucha risa. Jade ya había secuestrado una vez a Mamoune, de sus montañas a París, y ahora estaba pensando en llevársela de nuevo, esta vez a un lugar aún más lejano. De repente, su sonrisa se trocó en preocupación: ¿la salud de Mamoune podría soportar un cambio tan radical?

Mamoune

—Qué sorpresas da la vida, Jeanne. Siempre me imaginé que viviría al lado de una mujer que habría conocido desde mi juventud. Por razones que hoy no entiendo, pensaba que pasaría el final de mis días al lado de una compañera cuyo cuerpo habría visto envejecer, arruga a arruga, y lo habría amado porque lo habría conocido de joven. La misma piel, el mismo olor, la misma forma de moverse. Así, la textura de ella no habría envejecido, y habríamos viajado por el final de nuestras vidas juntos, entre la indulgencia o la ceguera o el recuerdo. —Albert suspiró—. Cuando mi mujer murió, me quedé con la soledad por toda compañera, y es muy exigente y cruel.

No digo nada. Albert está confesando algo que presiento muy importante, un monólogo en el cual yo no soy más que un testigo mudo, y que se interrumpiría a la más mínima intervención por mi parte.

—Desde que te conozco, y también desde que me he reencontrado con este deseo que renace, he abandonado todos los planes que tenía de joven. Me gustan mucho las mujeres, y conozco a muchas: más jóvenes que yo, autoras, viejas amigas, incluso nuevas conocidas. He tenido no poco éxito, si me lo permites, pero no compartiría nunca mi vida con ninguna de ellas, y si no me engaño tampoco querrían seguirme más allá del dulce flirteo que mantenemos. Pero tú, Jeanne, eres diferente. Un regalo del cielo, que llegó en un mensaje de buena mañana, con tu cándida petición de ayudar a tu nieta a encontrar un editor. Eres la lectora de mi corazón. Tu vida me conmueve, igual que me emociona el ardor con el que hablas de los libros que has leído, y desde que estamos juntos en esta casa y descubro tu intimidad, se me hace difícil imaginar una vida en la que no estemos juntos para siempre.

Se detiene, como si de repente una idea súbita cruzara por su mente. No me atrevo a decir nada, oigo mi corazón latiendo con tanta fuerza como si fuera un tambor, y contengo la respiración. Me mira fijamente y sigue hablando.

—Jamás me imaginé que diría algo así, cuando hace tan poco de la desaparición de Francesca. Pero lo que acaba de suceder y lo que queda lejos se confunden y forman una línea continua. No pensaba en volver a convivir con nadie, y hoy solamente me importa el tiempo que me queda, y ha pasado la hora de hacerse preguntas razonables. No me arrepiento ni por un segundo. Ese momento ha pasado, ya no pienso en términos de utilidad o de razón, me siento feliz de quemar etapas.

Lo escucho, sin atreverme a creer lo que me dice Albert en esa séptima noche de nuestra vida en su casa. Hemos paseado todo el día, saliendo de buena mañana para recorrer el bosque cercano a la casa. Luego hemos comido en la terraza y admirado sus mimosas en flor.

—Qué extraño que estén en flor en pleno octubre —le dije yo, al verlas.

—Mi casa se ha puesto de largo para recibirte, y como sabían que venías, las mimosas se han inventado una floración otoñal —repuso él.

Para Albert, todo es un pretexto para decirme cosas que no sé si son verdaderas o falsas, pero que son hermosas. Me coge la mano y me lleva hasta Cítera^[2].

Albert es un hombre «érase una vez», y después de este inicio prometedor, mi vida se parece precisamente a un cuento de hadas.

—Me gustaría conocer tu pequeña casita en las montañas, o tu granja de pueblo en Morzine. Pasaríamos allí algunos días, Jeanne —me dice con entusiasmo—. Soñemos un poco: organizaremos nuestra vida entre París, mi casa de La Croix-Valmer y la de Morzine. Hace tanto que no voy a la Alta Saboya, y sin embargo pasé allí una infancia muy feliz.

Es un hombre intuitivo, inteligente. Se ha dado cuenta de que me preocupa darle la sensación a Jade de que me fugo con el primer hombre que se cruza en mi camino, si bien los dos sabemos que no es exactamente lo que ha sucedido. Sabe también, Albert, lo peligroso que es vivir solos a nuestra edad, y aunque no diga nada, sé que anticipa los fallos en los engranajes, en la mecánica. Pero es demasiado orgulloso para confesarlo y demasiado lúcido como para no enfrentarse a la desbandada. En su razonable constatación, me guardo lo mejor, ese regalo precioso que es el encuentro tardío. Hemos amado, y hemos llorado la desaparición de nuestros cónyuges. Seguimos adelante, en la certidumbre de que hay que superar la ausencia y no reemplazar lo que ya no está. Logramos, de vez en cuando, no encontrar detestable nuestra soledad, aprendimos a regocijarnos porque ya no hacíamos sufrir al otro con el peso de nuestros males. El temperamento de los dos nos impulsa a luchar contra el proverbio de que cuando se cumple una edad, uno va de enfermedad en enfermedad sin curarse nunca, hasta llegar a la orilla de la muerte. Me callo y aprieto los dientes, él tose y carraspea, cada uno tiene una técnica para localizar al enemigo y mantenerlo a raya, esperando que vaya a parar a otra puerta, con la tozudez de una mosca de verano. Y mientras el corazón se despierta y combate los achaques del tiempo, la vida es un tesoro.

Viejos amantes, somos como las mimosas de su jardín. Florecemos en octubre, y el tiempo que dura una sonrisa nos ilumina ese amor milagroso.

Albert tiene carácter y yo no me muerdo la lengua: ya no me callo. Nuestras minúsculas diferencias nos arrancan estallidos de risa.

Tengo que contarle esta locura a Jade. No es que crea que tengo que pedirle permiso, pero hemos tejido juntas una relación muy hermosa, y a ella le debo la libertad de la que hoy dispongo. Me siento culpable por dejarla, y al mismo tiempo sé que su vida de mujer adulta está a punto de empezar.

¿Qué habría sido de mí si Jade me hubiera abandonado a la triste suerte que me reservaba la vida en una residencia? Residencia: un dulce eufemismo que oculta el lugar de descanso eterno que, no me cabe duda, me habría atrapado entre sus garras para siempre.

Epilogo

Miro el espejo del salón. Está cubierto de un tono violeta, y no encuentro mi rostro en el espejo. Llevo dos meses encerrada en la casa en la que vivió mi abuela. Dos meses llevo escribiendo día y noche. La vecina me cocina algo de comida y me alimento con lo que encuentro en la cocina. Mis tías vienen a visitarme, inquietas al verme recluida con mis notas. Paseo cada día por un jardín que ha vuelto a florecer milagrosamente, sin que nadie se ocupe de él. Desde que vivo en la casa el gato de Mamoune ha vuelto, en busca de su huella. Él me guio hasta el arcón, oculto bajo una planta, en el que he encontrado un ejemplar de la primera edición de *l'Encyclopédie* de Diderot. Son los dos primeros ejemplares, prohibidos en Francia, que un noble de la región de Saboya conservó en su biblioteca personal. Creo recordar que la Saboya en ese momento no pertenecía a Francia. Su descendiente legó, al parecer, ese tesoro a mi abuela, acompañando su regalo con una carta.

Esto es para ti, Jeanne. A ti te encomiendo el cuidado de esta preciosa obra. Tú, que a escondidas has sabido gozar del arte secreto de la lectura, sabrás apreciar este legado. Tómallo como el de un amigo que fue un admirador de tu espíritu en la sombra, de tu espíritu y de tu discreción.

Afectuosamente, Henri de Saint-Firmin.

P. D.: Si un día llegaran a faltarte lecturas, contacta con mi hermano. Es editor y dirige una buena editorial. Estoy convencido de que sentirá la misma alegría que yo al conocer a la lectora secreta de quien tanto le he hablado. La vieja Honorina, en el castillo, sabrá darte razón de él, de mi medio hermano brillante que mi padre no supo reconocer jamás.

Encontré en el salón de su casa el libro de cuentas donde mi abuela consignaba, cada año, los gastos diarios. La segunda parte del gran cuaderno estaba llena de citas, de frases extraídas de cientos de novelas. Pasajes cortos de novelas, menciones tomadas al vuelo, poemas recopilados a lo largo de una vida, con su diminuta escritura maltrecha, a veces con faltas como si no hubiera podido copiar el texto original y lo hiciera de memoria. Me puse a leer el curioso libro que forman estos extractos, anotados cuidadosamente y a veces, con la fecha. Cuentan un vacío y a la vez una indigestión de literatura, de las letras más hermosas. Autores como Victor Hugo y Flaubert corren de la mano de Faulkner, de Hemingway o de Melville. García Márquez se codea con Musil y Miguel de Cervantes llega después de Pasternak, Conrad y Dostoyevsky. Me quedo sin palabras, extasiada, frente al gusto y la variedad de sus lecturas.

En el cuaderno encontré algo más: una carta que le envié a mi abuela, unos meses antes. Una carta en la que le contaba que había escrito una novela, y que había

enviado el libro a muchas editoriales y lo habían rechazado otras tantas. Una carta en la que había anotado una simple frase escrita a lápiz: «Yo podría ayudarte». Lloré, porque no pudimos compartir nuestros tesoros.

Mamoune murió hace dos meses, veintiuna semanas después de ingresar en una residencia donde nunca debió poner pie.

Arrastro mi pena y mis remordimientos. Es una herida abierta, sangra y me dice que debería haber seguido mi primer impulso y venir a buscarla. Tendría que haberla secuestrado, enfrentarme a la decisión de mis tías, y llevarla a vivir a París. Pero solamente llegué para recoger su último suspiro.

Deslizó su Biblia entre mis manos con una mirada casi maliciosa. Cuando abrí el forro de cuero para cambiar las flores secas y refrescar el aroma a violeta del volumen, vi que era el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust.

Me encerré en su casa, escuché su voz y escribí nuestra historia. Como si fuera la de otra persona, para que no me quemara viva la vergüenza de haber abandonado a Mamoune.

Mañana vuelvo a París. Destruiré todos mis diarios, le diré a Julien que no quiero seguir viviendo con él.

Miro el enorme ramo de tulipanes que me ha mandado Rajiv, el amante que acompaña mis noches desde hace una semana, y me pregunto cómo habrá encontrado la dirección de esta casa perdida en las montañas. Vuelvo a leer la nota que las acompaña:

Espero que mi cariño pueda mitigar la pena que la pérdida de tu abuela debe causarte. Espero con impaciencia el regreso de la mujer que amo, porque quiero llevármela a la India. El amor debe decirse sin miedo, y vivirse mientras vivos estemos.

Antes de irme con él, mandaré el manuscrito de *La lectora de Jade* a Albert Couvin, el editor de *En lugar seguro*, y esperaré que me perdone la audacia de ponerme en contacto con él...



FRÉDÉRIQUE DEGHELT (FRANCIA). Es periodista, escritora y realizadora de televisión francesa. En 1995 publicó su primer libro, *Mistinguett, la valse renversante*. Desde entonces, Deghelt ha seguido publicando novelas, entre las que destacan *La vie d'une autre* (2007), adaptada al cine, y *La lectora de Jade*, ganadora del Prix Solidarité y publicada por Principal de los Libros en 2013. Actualmente reside en París.

Notas

[1] Juego de palabras: «*vallée de l'Arve*», «*larmes*» que significa lágrimas y «*larves*», que son larvas. (N. de T.). <<

[2] Uno de los nombres de la diosa Afrodita en la mitología griega. (*N. de T.*). <<